JOSÉ VASCONCELOS

# Ulises criollo

Edición crítica

**Claude Fell**

Coordinador

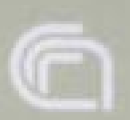
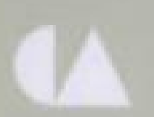
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA











RGENTINA BRASIL COSTA RICA CUBA ESPAÑA FRANCE GUATEMALA ITALIA MÉXICO PERÚ PORTUGAL

ALLCA XX, UNIVERSITÉ PARIS X - Bât. F 411-412
200, Av. de la République - 92001 Nanterre Cedex (Francia)
Tel.: 01 40 97 76 61 - Fax: 01 40 97 76 15

Primera edición, 2000

CUIDADO DE LA EDICIÓN
Aurore Baltasar
Fernando Colla
Ricardo Navarro

ILUSTRACIÓN DE CUBIERTA
Águeda Lozano (México)

FOTOCOMPOSICIÓN
Anormi, S. L. - Madrid

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN
Aubin Imprimeur - Ligugé

PAPEL
Biblioprint ahuesado 45 g., Miguel y Costas & Miguel, Barcelona

Vasconcelos, José (1882-1959)

*Ulises criollo* / José Vasconcelos: edición crítica, Claude Fell, coordinador, 1.ª edición Madrid; Barcelona; La Habana; Lisboa; París; México; Buenos Aires; São Paulo; Lima, Guatemala, San José: ALLCA XX, 2000.

(Colección Archivos: 1.ª ed.; 39)
I.S.B.N.: 2-914273-00-2

I. Claude Fell, coord. II. ALLCA XX. III. Título. Serie: Colección Archivos (1.ª ed.); 39.

# ÍNDICE GENERAL

## I. INTRODUCCIÓN

Liminar: Ulises criollo. *Sergio Pitol* ........ XIX
Introducción. *Claude Fell* ........ XXXV
Nota filológica preliminar. *Claude Fell* ........ LXVII

## II. EL TEXTO

*Ulises criollo.* **José Vasconcelos.** (Establecimiento del texto y notas, *Claude Fell*) ........ 1
Advertencia ........ 3
El comienzo ........ 4
Mi pueblo ........ 11
Vocación desatendida ........ 13
Laura, dame un beso ........ 15
Noticias pretéritas ........ 16
Gastronomía cosmopolita ........ 17
La primera orfandad ........ 18
La herencia ........ 19
Prosperidad ........ 21
Un baile ........ 22
En la escuela ........ 24
Frente a la plaza ........ 28
¿Quién soy? ........ 29
El estudio ........ 32
El mes de María ........ 36
El calor ........ 39
Ripalda y reloj ........ 41
La lectura ........ 44
La sorda pugna ........ 49
El puente ........ 53
¿Alucinación? ........ 56

Primer fracaso ........ 57
Camino de Durango ........ 59
El Teatro ........ 65
La partida ........ 67
Nostalgia ........ 69
En la capital ........ 74
Los parientes ........ 77
En Toluca ........ 82
La Coronación de la Virgen ........ 87
Los jacobinos ........ 91
Liberación ........ 92
El mar ........ 97
Campeche ........ 100
El instituto campechano ........ 103
Las vacaciones ........ 109
El clima ........ 111
La gimnasia ........ 113
La bahía ........ 117
Melancolía ........ 119
Amagos de adversidad ........ 123
El gran hombre ........ 124
Sofía ........ 125
El cordonazo de San Francisco ........ 128
Las Steger ........ 129
Divagaciones y exámenes ........ 130
Otra vez el garete ........ 135
De nuevo en la capital ........ 137
La granada se parte ........ 143
La soga al cuello ........ 148
El rayo ........ 151
El narcótico ........ 155
El retorno ........ 158
El estudiante ........ 166
El número cinco ........ 172
Siglo nuevo ........ 177
Pesar injusto ........ 185
En jurisprudencia ........ 193
La pendiente ........ 197
Conatos de pasión ........ 203
Chorro de claridad ........ 210
Hacia la independencia ........ 217

Desencantos y esperanzas ........ 221
Un escándalo........ 230
Dostoyevsky ........ 234
De amanuense........ 240
El Jockey Club ........ 248
En el juzgado de lo civil........ 249
Un reaccionario ........ 251
De pasante ........ 258
Un Ateneo de la juventud ........ 265
Mis hermanas ........ 268
En provincia ........ 276
La realidad........ 286
El telegrama ........ 298
De postulante ........ 300
El intelectual ........ 310
La familia ........ 320
De abogado de la legua ........ 326
Barbarie adentro ........ 345
El violín en la montaña........ 347
Sobre el asfalto........ 353
Francisco I. Madero........ 361
La propaganda ........ 367
El istmo ........ 371
De intérprete........ 376
El nuevo embajador ........ 377
En Nueva York........ 390
La apoteosis del crimen ........ 409
De diplomático ........ 424
La Biblioteca del Congreso ........ 426
Los arreglos de Ciudad Juárez........ 432
Desde mi balcón........ 438
De político ........ 440
Desgarramiento irremediable ........ 440
Notoriedad ........ 444
La Convención del Teatro Hidalgo........ 451
La agonía ........ 457
Presidente del Ateneo........ 462
Adriana........ 466
Política y negocios ........ 471
La amistad ........ 477
El reverso de la medalla........ 480

Otra sublevación .......... 485
El embajador yanqui .......... 488
La transformación .......... 493
Las amapolas de Xochimilco .......... 499
Las hermanas .......... 501
Madero, gobernante .......... 503
El averno .......... 506

Notas explicativas .......... 526

## III. CRONOLOGÍA

Cronología establecida por *Claude Fell* .......... 543

## IV. HISTORIA DEL TEXTO

El *Ulises criollo*, 1935: ¿una nueva historia mexicana revisitada. *Maryse Gachie-Pineda* .......... 575
El *Ulises criollo* de Vasconcelos: recepción de la crítica. *Andrea Revueltas* .......... 593
Tres asedios a Vasconcelos. *Javier Garciadiego* .......... 613

## V. LECTURAS DEL TEXTO

Vasconcelos, fabulador. *Martha Robles* .......... 631
José Vasconcelos, el hombre sentimental. *Fabienne Bradu* .......... 636
Primeras memorias, primeros mitos: el *Ulises criollo* de José Vasconcelos. *Sylvia Molloy* .......... 650
*Ulises criollo* en su camino de enunciación. *Anne-Marie Jolivet* .......... 674
La cicatriz de Ulises. *Liliana Weinberg de Magis* .......... 713
La voz: el eco. Vasconcelos: lección de historia y vida. *Víctor Díaz Arciniega* .......... 732
*Ulises criollo:* el imperio de los sentidos y los libros. *Rafael Olea Franco* .......... 776

## VI. DOSSIER

### Ulises criollo *en la prensa mexicana de 1935-1937*

*Ulises criollo. Jorge Cuesta* .......... 809
La autobiografía de Vasconcelos. *Ramón Puente* .......... 811

Las confesiones y las pasiones de Vasconcelos. *Gonzalo de la Parra* ..... 813
*Ulises criollo*. Una vivisección, el alma y la carroña. *Oliverio Toro* ........ 816
Al margen de la actualidad. Miscelánea II. *Jorge Useta* .................. 820
*Ulises criollo*, vigorizante y creador. *Joaquín Cárdenas* .................... 820
A punta de lápiz: el *Ulises criollo*. *Fígaro* ................................ 823
Carta al señor Vasconcelos. *Juan Franco* ............................. 825
Vasconcelos. *Jesús Guisa y Acevedo* ..................................... 827
El libro de un criollo. *Miguel Mazín Cervantes* ......................... 829
*Ulises criollo. Teodoro Torres* ............................................ 831
*Ulises criollo* ........................................................... 832
Notas sobre *Ulises criollo*. *Benito Coquet* ................................ 834
México a tientas en busca de una literatura nacional. *R. L. Martin* ...... 837
Vasconcelos que no es Vasconcelos. Juicio femenino acerca de *Ulises criollo*. *A. Izquierdo Albiñana* ......................................... 840
*Ulises criollo*. *Leonor Llach* ................................................ 842
Los gazapos de Vasconcelos. *Nemesio García Naranjo* .................. 844
Temas metropolitanos. El próximo certamen literario. *Juan Franco* ..... 846
*Ulises criollo* a través del prisma revolucionario. *Juan Velasco Jiménez* .... 847
Puntos de vista: las tormentas de Vasconcelos. *Gonzalo de la Parra* ..... 849
Puntos de vista: Pani frente a Vasconcelos. *Gonzalo de la Parra* ......... 853
Puntos de vista: las autobiografías. *Gonzalo de la Parra* ................ 855

*Recepción crítica*

El escritor. Un maestro imposible. *Antonio Castro Leal* ................ 861
Las *Páginas escogidas* de José Vasconcelos. *Octavio Paz* ............... 865
La obra literaria de José Vasconcelos. *José Luis Martínez* ............... 867
Iracundia y apostasía de José Vasconcelos. *Manuel Pedro González* ..... 876
Ulises, Águila de Prometeo. Encuentros, afinidades, distancias con José Vasconcelos. *Rodolfo Usigli* ............................................ 882
Algo sobre novela mexicana contemporánea. *Mariano Azuela* .......... 896
Vasconcelos y la novela de su vida. Forma interior y técnica en Vasconcelos. *Antonio Magaña Esquivel* ................................ 904
Hombre en llamas. *Pedro Guillén* ............................................ 914
José Vasconcelos: *La tormenta* y *Ulises criollo*. *Marta Portal* ............ 917
El fantasma de lo que fui durará muchas generaciones. *José Joaquín Blanco* ......................................................... 923
Pasión y contemplación en Vasconcelos. *Enrique Krauze* .............. 929
Lecturas de Vasconcelos. *Noé Jitrik* ......................................... 961
José Vasconcelos, padre de los bastardos. *Christopher Domínguez Michael* ........................................................... 984

Ha muerto Ulises (una antievocación). *Cristina Pacheco* ............. 1067
José Vasconcelos. *Luis Cardoza y Aragón* ........................... 1071

## VII. BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía establecida por *Claude Fell* ................................ 1075

Programa Archivos: coeditores, origen, objetivos, resultados ........... 1151

# I. INTRODUCCIÓN

LIMINAR
ULISES CRIOLLO
*Sergio Pitol*

INTRODUCCIÓN DEL COORDINADOR
*Claude Fell*

NOTA FILOLÓGICA PRELIMINAR
*Claude Fell*

# LIMINAR
# ULISES CRIOLLO

*Sergio Pitol*

*Debo haber tenido once o doce años cuando oí mencionar por primera vez el nombre de José Vasconcelos. Pasaba unas vacaciones en la ciudad de México en casa de una tía, hermana de mi padre, cuando en una ocasión tomé un libro que alguien había dejado en un sofá, y distraídamente comencé a hojearlo. Se trataba de* La tormenta. *Pasaba las páginas de manera mecánica sin mayor interés, casi por inercia, cuando apareció mi tía –su generosidad me había proporcionado desde el inicio las lecturas canónicas correspondientes a mis cambios de edad: cuentos de hadas, Verne, London, Stevenson, Dickens; me parece que en la época a la que me refiero andábamos ya en Tolstoi– y pareció asombrarse al ver aquel volumen en mis manos. Como sin darle mayor importancia al asunto me sugirió cambiar de lectura, ese libro, dijo, trataba de asuntos demasiado complicados, y al no conocer aún bien la historia de México no lograría sino aburrirme. Agradecí su consejo. En casa me habían tratado de interesar en el voluminoso* México a través de los siglos, *donde, desde la inicial exposición de motivos, me sentí por entero perdido. Todo habría quedado en eso si por lo noche, durante la cena, mi tía no hubiera referido aquel incidente, añadiendo alguna alusión misteriosa sobre mi precocidad. Comentó haberme encontrado embebido en uno de los pasajes más escabrosos del libro, lo que de haber sido cierto me había pasado por entero inadvertido. Ese pie de entrada dio lugar a una conversación acalorada. Un médico, amigo íntimo de la familia, manifestó estruendosamente su admiración por el Maestro y su repulsa a la inicua manera con que el país había pagado sus esfuerzos. Sus libros proclamaban no una sino muchas verdades que nadie había tenido el valor de pronunciar en México, y añadió que a él no le escandalizaba, como a tantos hipocritones y mojigatos, que el Maestro –durante años oí siempre que cuando alguien mencionaba el nombre de Vasconcelos, anteponía la palabra «Maestro», término que al instante se teñía de una pátina de grandeza y martirio– hubiera descrito en forma tan descarnada sus pasiones. El Maestro podía darse el lujo de hablar de sus amantes y de cualquier otra cosa como le*

*diera su real gana. –Léelo, me dijo, no permitas que te oculten nada; léelo, te va a hacer bien. Vas a saber lo que es un hombre de verdad caído en medio de una bola de lacayos y pendejos. Luego la conversación se animó aún más con anécdotas sobre el personaje, su pasado, sus viajes, su campaña presidencial, su derrota y su fe en México, que la nación no supo apreciar.*

*Al regresar de vacaciones, encontré en casa el* Ulises criollo *y* La tormenta. *Libros que, me imagino, figuraban obligatoriamente en los libreros de la clase media ilustrada del país. Comenté la divertida discusión que había tenido lugar en México, y, para mi sorpresa, mi tío (mi tutor) no la encontró tan divertida. La mención de Vasconcelos imponía de inmediato un tono de respeto sombrío. Corroboró la extraordinaria calidad del personaje, la admiración que se le debía, y añadió que, en efecto, aún no estaba en edad de leer esos libros, no, sobre todo,* La tormenta; *había allí cuestiones personales de las que no tenía sentido enterarme. Por supuesto deduje que se trataba del tema de las amantes. Mi abuela pasaba buena parte de su tiempo refugiada en las novelas. Ella no compartía el criterio de lecturas progresivas en virtud de la edad; cualquiera de sus libros estaba a mi disposición. Si había leído la* Nana *de Zola y, en cambio, me era imposible asomarme a las páginas de* La tormenta, *eso debía significar que contendrían escenas verdaderamente apocalípticas. Tal vez se tratara de un libro parecido a los de Peral o de El Caballero Audaz, dos vulgarísimos pornógrafos de la época que un compañero de escuela había descubierto en el dormitorio de su hermano mayor, y que leíamos a escondidas con más desconcierto que regocijo.*

*Sólo tres o cuatro años más tarde, ya estudiante en Preparatoria, pude devorar –con pasión y deslumbramiento– aquellos dos primeros volúmenes autobiográficos, y más tarde, ya en la Universidad, continué con los dos restantes, pero entonces lo hice con interés más bien decaído y a menudo ganado por la exasperación y el disgusto. En ninguna parte tropecé con las escenas de alto riesgo que aguardaba. Para entonces, la figura de Vasconcelos me era bien conocida; había leído y oído comentarios nada entusiastas sobre él, algunos feroces, otros desganados; todos cargados de intención desacralizante. Por ejemplo, ya no se le llamaba Maestro, a menos que la palabra se cargara de un retintín de ironía o de desdén.*

*Al leer* Ulises criollo *y* La tormenta *me sentí galvanizado por la energía de su escritura. La lectura se convertía en una experiencia extraordinariamente sensual. Vasconcelos en sus mejores momentos es un escritor de los sentidos. Su sensualidad penetra el lenguaje. Veía yo imágenes, sí, pero también compartía sabores de dulces y platillos deliciosos, percibía aromas que iban desde el sudor de los caballos en que se movía la tropa hasta el perfume de las mujeres lujosas evocadas en algunos pasajes. Me imagino que de haber leído a Mme. Blavatski, en ese período ávido de iniciaciones, no hubiese caído en trances tan*

*intensos. Reconocía el temple heroico del personaje; pero, afortunadamente, se trataba de un héroe que en cada línea se negaba a la parálisis estatuaria. A menudo me perdía en los detalles. Conocía el período revolucionario sólo a grandes rasgos y la trepidante sucesión de acontecimientos y de personajes me mareaba. La historia de su amor apasionado, tumultuoso y desdichado por una tal Adriana no me resultaba de ninguna manera inusitada; cosas más o menos parecidas había leído con frecuencia en las novelas y otras peores había visto en el cine, al grado que pensaba que eso era lo normal, lo cotidiano, lo que tranquilamente tendríamos que pasar cuando llegásemos a la edad adecuada. Me parecía inconcebible que algunos lectores se escandalizaran ante determinados pasajes de su vida, porque, claro, entonces no lograba comprender, y sólo me fue posible hacerlo en una lectura muy posterior, hasta qué grado la historia personal que narraba Vasconcelos vulneraba el concepto tradicional del decoro mexicano. Que un hombre de su prestigio se pronunciara abiertamente contra el matrimonio, que abominara de la relación conyugal como institución, se gozara en la insoportabilidad de su esposa y prefiriera vivir durante varios años acompañado de una mujer con quien los extremos de exaltación, de pasión, de desprecio, odio y aún asco se atropellaban a cada momento, consciente de que esa mujer lo engañaba, a veces con amigos muy cercanos, y que, además, conociendo sus infidelidades saliera en su búsqueda para hacerla volver a su lado con ruegos y amenazas, y que después de insultarla, la tranquilizara, le preparara sus alimentos y le lavara la ropa, así como también que en su juventud se hubiese enamorado de una muchacha de la vida airada, y aceptara de ella dinero para pagar paseos y borracheras, en fin, que anduviera como loco por los desplantes de semejantes güilas y que como loco siguiera sus huellas por fondas y tabernas para en su momento implorar su perdón. Aquello que con tanta frecuencia podía uno ver en la pantalla o leer tranquilamente en una novela de cualquier nacionalidad y cualquier tiempo, un hombre mexicano, un caballero que era a la vez un macho, lo podía vivir –y eso sería lamentable, aunque no pasaba de ser su tragedia personal–, pero nunca confesarlo, y menos en letra de imprenta. El hecho de que quien mostrara al mundo intimidades tan lamentables, esa zona de penumbra, fuera un hombre que había conocido de muy cerca el olor a la pólvora, y ocupado posiciones públicas prominentes y fuera reconocido por los jóvenes del Continente como Maestro de América, significaba una transgresión a las formas difícilmente perdonable. La presión social acabó por triunfar. En la última edición de las* Memorias, *publicada en vida del autor por una organización católica, Vasconcelos suprimió esos pasajes. Las familias pudieron dormir tranquilas.*

*En una lectura adolescente aquello carecía de significación, no existía. Lo deslumbrante, en cambio, era compartir de algún modo el destino de un hombre excepcional y su capacidad de aventura, un hombre nacido para no acatar*

*órdenes que no hubiese aprobado previamente su conciencia, que había conocido la cárcel, la miseria, el triunfo, participado en conspiraciones y levantamientos, y, sobre todo, capaz de relatar las proezas y vicisitudes de su actividad política con la misma intensa aura mística con que hablaba de sus descubrimientos filosóficos y de sus raptos amorosos.*

*Me conmovía enterarme, por ejemplo, de que Vasconcelos había atravesado a caballo buena parte del país, acompañado por un minúsculo puñado de leales y una mujer, Adriana, su amante, que en aquellas circunstancias resultó peor que la más dañina plaga que imaginar fuera posible, aventurándose durante días y días por los más riesgosos senderos de la Sierra Madre, huyendo de sus enemigos, siempre al borde de sucumbir a una celada, hasta cruzar el río Bravo y saber que, por el momento, la vida estaba salvada, y encontrarlo casi de inmediato en la biblioteca de San Antonio, Texas, reuniendo materiales para su* Estética, *y muy poco después, en París, asistiendo al histórico estreno de* La consagración de la primavera, *de Stravinski. Tal era su vida y eso era lo que resultaba prodigioso, que conspirara un día a favor o en contra de Pancho Villa para en el capítulo siguiente saberlo estudiando a Plotino o a Pitágoras en Nueva York, o recorriendo las salas del Museo Metropolitano, después de repasar aplicadamente su Burckhardt para mejor comprender a los pintores italianos del Renacimiento. Los sobresaltos de México y las visiones del amplio mundo se alternan y sobreponen constantemente. La pasión sexual, la avidez intelectual y el propósito de transformar el país por medio del espíritu son las constantes del joven Vasconcelos. Otra, que abarca todas, es la noción de «gloria», que considera inmanente a su persona, la intuye desde la niñez, la prepara en la juventud y la defiende a como dé lugar en los momentos posteriores al desastre.*

*Mi primera lectura fue, desde luego, parcial; no podía ser de otra manera. Pero me dejó la impresión de haber entrado en contacto con un hombre de sorprendente originalidad y de visión múltiple. Otras lecturas han afinado, estilizado o modificado esa primera visión. No comparto la mayoría de las opiniones que Vasconcelos sustenta, pero, a pesar de ello, subsisten el asombro, la admiración, el reconocimiento a su valentía para enfrentarse al mundo y, sobre todo, su irreductibilidad a formar manada.*

*En 1956, enviado por el editor Rafael Giménez Siles, visité un par de veces a Vasconcelos en la Biblioteca México para consultarle ciertas dudas surgidas en la corrección de planas del primer volumen de sus* Obras completas *que preparaba una de las tantas empresas editoriales de don Rafael; se me había encomendado el cuidado del volumen inicial. Se trataba, si mal no recuerdo, de unificar la grafía de algunos nombres propios que el autor empleaba de manera arbitraria. En ambas ocasiones me recibió en su despacho, acompañado del Embajador de la República Dominicana, muy amigo suyo, por lo que colegí de*

*la conversación. Era Vasconcelos en esos años finales un hombre muy amable, muy sonriente, y al mismo tiempo muy distante. Parecía no interesarse mayormente en la suerte de esa edición que finalmente reuniría todos sus libros, algunos de ellos fuera de circulación desde hacía treinta o cuarenta años. Le señalé la conveniencia de unificar las distintas maneras en que había escrito algunos nombres geográficos o biográficos, y, sobre todo, la variable grafía en los nombres rusos y orientales, a veces copiados de alguna transcripción al inglés, otras al francés, así como evidentes errores de imprenta de las ediciones originales. Me pidió que le dejara las planas y la lista de posibles correcciones y que volviese un par de días después a recogerlas. Pasé a verlo por segunda vez y volví a encontrarlo conversando con el mismo diplomático. Se excusó por no haber podido revisar los papeles. Luego comenzó a examinar conmigo las planas y la lista que el corrector de pruebas había enviado. Ante cada una de las dudas se quedaba un momento pensativo, continuaba luego su interrumpida conversación con el embajador de Trujillo y al fin se dirigía a mí para darme su opinión; después de cinco o seis consultas sobre una lista relativamente larga, dijo que no tenía sentido preocuparse por semejantes minucias, que la editorial decidiera por él, que tenía plena confianza en Giménez Siles y que a fin de cuentas lo único que importaba era el pensamiento y no esas minúsculas quisquillas.*

*Había dejado desde hacía tiempo de admirarlo. Sus artículos en la prensa me parecían nefastos. Su defensa del franquismo, de los regímenes totalitarios de América Latina, su acercamiento a los sectores más reaccionarios del país, su antiindigenismo delirante, su antisemitismo, su desdén por la literatura moderna, todo eso predicado de manera machacona y sin gracia convertía su lectura en una empresa bastante fastidiosa. Sus libros filosóficos, de los que tanto se había vanagloriado, no interesaban ya a nadie; los de historia de México sólo convencían a los conservadores más recalcitrantes. Sus cuentos y meditaciones literarias habían envejecido. Los jóvenes le habían dado la espalda, al grado de que hasta sus libros de memorias pasaban en esa época por un período de oscura penitencia. Nada de eso parecía desalentarlo. Por el contrario, se gozaba en la pelea. Si durante un cuarto de siglo no había dejado de decir que el de México era un pueblo envilecido, y que todos los gobiernos de la Revolución posteriores a Madero habían estado integrados por ladrones y sinvergüenzas, para él era un reconocimiento el recibir los escupitajos que ese pueblo y ese puñado de pillos e incompetentes descargaban sobre su persona. Parecería que fuera consciente del papel que representaba. Si la sociedad mexicana no lo había apoyado y seguía gozándose en su envilecimiento, si le había dado la espalda cuando él estuvo dispuesto a redimirla, si los políticos y sus secuaces lo consideraban como un payaso (término que parecía ofenderlo más que ninguno, pues lo repetía a menudo), él podía comportarse como le daba la gana, en demostración de lo que los políticos habían logrado hacer del país y*

hasta de él mismo. Si el mundo se había envilecido y desquiciado, si la razón se había extraviado, él jugaría un papel acorde con las circunstancias. El verdadero responsable no era el individuo sino el engranaje de corrupción que los gobiernos de la Revolución traicionada habían urdido.

Para comprender Ulises criollo, y los otros libros de memorias es necesario recordar algunas cosas. Vasconcelos inicia la escritura del primer volumen en 1931, dos años después de su derrota en las elecciones para la presidencia de la República. Nunca reconoció los resultados oficiales. Durante la campaña electoral él y sus partidiarios fueron reiteradamente vejados y escarnecidos. Algunos vasconcelistas fueron asesinados; muchos otros, encarcelados. José Vasconcelos había sido la gran carta de prestigio nacional e internacional de la Revolución: el educador de la nación, el apóstol del libro, el pensador, y, por encima de todo, el creador de un auténtico y extraordinario Renacimiento Cultural en el país, esfuerzo donde se conjuntaron todos los dones y prestigios que el personaje poseía. Aun ahora, nuestra deuda con el movimiento de renovación cultural emprendido por él hace setenta años sigue siendo inmensa. La educación en todos los niveles y la difusión del libro se convirtieron en causa nacional durante ese período. «Los años del águila» los denominó Claude Fell en un libro excelente sobre ese período, utilizando una frase de exhortación del propio Vasconcelos a los maestros. Aunque inmenso, aquél fue el único triunfo en su vida política, y sus ambiciones en ese terreno eran enormes. Las tres veces que aspiró a un puesto de elección fue derrotado. Primero, como precandidato a una diputación en el período de Francisco Madero; después, en 1924, terminado apenas su brillante período en la Secretaría de Educación, como aspirante a gobernador del Estado de Oaxaca, y finalmente en 1929 como candidato a la presidencia de la República. Lo demás es de todos sabido: largos años de destierro, intentos iniciales e infructuosos para mantener desde el extranjero una presencia política en México, estancias largas en España, giras de conferencias por Sudamérica, invitación a los Estados Unidos, donde varias universidades le abrieron sus puertas. Paulatinamente, la política activa fue retrocediendo a un segundo plano y el espacio que esa preocupación dejó libre fue ocupado por la que él consideraba su vocación esencial: la filosofía. En ese período, al mismo tiempo que trabajaba en su Estética escribió los libros autobiográficos, a los que atribuía un carácter más bien utilitario. En ellos se defendía de la campaña de desprestigio orquestada por sus detractores, y, al mismo tiempo, pasaba a la ofensiva y combatía con ferocidad a sus enemigos, a los de siempre y a los nuevos, aquellos que de repente habían cambiado de casaca. En el afán detractor cometió también injusticias por mero capricho, por desacuerdos meramente personales y aun por discrepancias estéticas.

Los años de desencanto, de frustraciones y rencores, los posteriores a la derrota electoral de 1929 cuentan determinantemente en la gestación y el con-

*tenido del relato que poco después emprendería de su vida. Al salir de México descubrió que su figura intelectual no tenía las dimensiones que él le atribuía, engañado por la soberbia convicción de su grandeza, la ciega devoción que le rendían sus discípulos y colaboradores más cercanos, y, también, por el elogio de intelectuales extranjeros invitados a México durante su gestión ministerial.*

*Su fuerte no era el diálogo, no lo había sido nunca. Uno de los pocos amigos de juventud que osó dialogar con él en el momento de sus grandes triunfos con la familiaridad de años atrás, cuando las legendarias reuniones del Ateneo de la Juventud, fue Alfonso Reyes, quien, en un breve período de correspondencia especialmente activa, se permitió aconsejarle: «...entretanto estoy en conversación contigo; estoy releyendo cosas tuyas, pues quiero empaparme de un golpe en todo lo que has publicado, antes de continuar con los estudios indostánicos. Debo hacerte dos advertencias que mi experiencia de lector me dicta: 1.ª, procura ser más claro en la definición de tus ideas filosóficas, a veces sólo hablas a medias. Ponte por encima de ti mismo: léete objetivamente, no te dejes arrastrar ni envolver por el curso de tus sentimientos. Para escribir hay que pensar con la mano también, no sólo con la cabeza y el corazón. - 2.ª, pon en orden sucesivo tus ideas: no incrustes la una en la otra. Hay párrafos tuyos que son confusos a fuerza de tratar cosas totalmente distintas, y que ni siquiera parecen estar escritos en serio. Uno es el orden vital de las ideas, el orden en que ellas se engendran en cada mente (y eso sólo le interesa al psicólogo para sus experiencias), y otro el orden literario de las ideas: el que debe usarse, como un lenguaje o común denominador, cuando lo que queremos es comunicarlas a los demás». A partir de esos consejos directos y cordiales comunicados en una carta del 25 de mayo de 1921, la correspondencia baja de temperatura, hasta reducirse por muchos años a un intercambio de tarjetas formalmente amistosas.*

*En España, ya en el exilio, visita a José Ortega y Gasset, quien lo recibe en su despacho acompañado de algunos discípulos cercanos. Poco antes de morir, Vasconcelos expresó su decepción ante el encuentro: «No me hizo buena impresión ni yo a él». No podía haber diálogo: el instrumental filosófico del mexicano, un compuesto de vitalismo, energía irracionalista, Bergson, induismo, Schopenhauer, refutaciones a Nietzsche, mesianismo, exaltación dionisiaca, concepciones decimonónicas, extraídas a veces de tratados de segunda clase, de ninguna manera se conciliaba con el discurso filosófico que Ortega se había propuesto introducir en España a través de la* Revista de Occidente. *En Buenos Aires, una de sus otrora plazas fuertes, fue considerado por los escritores modernos como figura del todo prescindible, personaje pintoresco, atrabiliario y obsoleto. Sus viejos amigos liberales y socialistas ya no le interesaban y el grupo de* Sur, *donde se movían como peces en el agua sus compañeros del Ateneo, Reyes y Henríquez Ureña, representaba para él a esa casta de literatos «preocupados por las quisquillas del estilo», a quienes*

detestaba. Comenzó a recorrer el mundo como un fantasma, y ese sentimiento tiñe vivamente la carga emocional y conceptual que reproducen las memorias.

A medida que se aleja del presente, Ulises criollo adquiere una luminosidad, una pasión y una inocencia que no volverán a aparecer en los siguientes volúmenes. Se trata, de principio a fin, del relato de una educación sentimental y de una múltiple experiencia iniciática. Es la transcripción de la mirada asombrada de un niño que se ocupa en la tarea de conocer y reconocer el mundo, tarea que se renueva en cada uno de los cambios biológicos del personaje. El mundo es real, eso parece cierto, lo que cambia, y ahí se finca uno de los mayores enigmas de este libro formidable, son las percepciones que el autor le atribuye al personaje, al niño, adolescente, joven estudiante, profesionista con éxito y más tarde revolucionario que fue el autor en tiempos anteriores a la creación del libro. No sólo las opiniones no coinciden sino que a menudo son radicalmente opuestas a las sostenidas por él en cartas, libros, discursos y entrevistas antes de 1929.

La única explicación que se me ocurre es que Ulises criollo pertenece a un género diferente al de los otros tres libros que integran las llamadas Memorias. ¿Es realmente el primer volumen una autobiografía? Ulises criollo aparece normalmente incluido en las recopilaciones de la novela de la Revolución, y en los recuentos literarios se trata al libro de Vasconcelos en la misma sección que incluye a La sombra del caudillo, de Martín Luis Guzmán, y a Los de abajo, de Mariano Azuela. Los historiadores de la literatura y los críticos están en lo cierto. Ulises criollo puede ser una novela cuyo protagonista se llama José Vasconcelos, como el personaje central de En busca del tiempo perdido se llama Marcel. Ambos autores novelan sus circunstancias, su atmósfera, se detienen en el amor a la madre y en otros amores; narran su iniciación en un universo estético, la pasión por Bergson y mil otras circunstancias. De haberse conocido los autores, jamás se habrían tratado, lo más seguro es que se hubieran detestado. Aun sin conocerse, a Vasconcelos le repelía visceralmente la figura y el estilo de Proust. De la misma manera que El camino de Swann es una obra de ficción ligada íntimamente a las circunstancias reales de Proust, sólo que en el libro aparecen estilizadas, deformadas, creadas con la libertad que caracteriza la creación de un novelista, libertad que el historiador o el memorialista no pueden permitirse, en Ulises criollo, el autor mexicano recrea y modela según su voluntad una serie de acontecimientos vividos por él. El personaje José Vasconcelos hereda del autor José Vasconcelos su temperamento y su visión mesiánica, así como muchas otras circunstancias comunes: fecha de nacimiento, padres y hermanos, viajes por el país y por las ciudades del mundo, una esposa insoportable y una amante llamada Adriana que a diario lo enloquece, estudios y amigos comunes, y una misma Revolución en la que ambos, autor y protagonista, combaten y triunfan para finalmente resultar

*derrotados. Las circunstancias objetivas podrán ser idénticas, pero el novelista puede permitirse insuflar en su creatura sentimientos, emociones, ideas, filias y fobias radicalmente diferentes a los suyos propios. ¡Para eso se ha hecho la novela! Con el fin de establecer el carácter novelístico de su personaje, Vasconcelos lo hace proferir opiniones que él no sostuvo en la época en que sitúa a su personaje. Para ello, «concibe una teoría del resentimiento social que aplica a sus recuerdos más tempranos», como muy bien señala el argentino Noé Jitrik.*

*Si algo da unidad al relato es el proceso de construcción de una voluntad y el ejercicio incesante de esa voluntad en la conformación de un destino. «La voluntad puede mover montañas» es el lema del Peer Gynt ibseniano, personaje con el cual en más de una ocasión el propio Vasconcelos se identifica. La aplicación de una energía sobrehumana en la forja de un destino los emparienta. Ambos se conciben como hacedores de un futuro personal fuera de lo normal, donde hasta el azar resulta producto de la propia energía. «El arte de ser capaz de verdaderas hazañas consiste en poseer la libertad de opción en medio de las emboscadas de la vida». Esa declaración de Gynt parece regir la existencia toda de nuestro Ulises, y él la emplea de manera consciente en la organización de sus recuerdos.*

*Como los personajes de Stendhal, autor a quien detestaba, con la misma intensidad con que despreciaba a Proust, a Flaubert y a Mallarmé, Vasconcelos supo, desde muy temprano, que la voluntad es todo aquello que se opone a la realidad, por más acerada e impenetrable que ésta pretendiera ser. Y en torno a esa convicción construyó su vida. Si la realidad lo vence, su voluntad ignora la derrota. El resultado: una personalidad imprevisible aun para él mismo. Nunca imaginó, por ejemplo, que sus libros autobiográficos redujeran a cenizas, desde el instante de su aparición, el resto de su obra. Su* Estética *sale a la luz el mismo año que* Ulises criollo. *Está convencido de que aquel tratado es la culminación de su pensamiento filosófico. Toda su fe está puesta en él y no en* Ulises. *Sin embargo, el libro autobiográfico convirtió en letra muerta aquel legajo de reflexiones sobre el arte y los mares que lo circundan. No podía ser de otra manera: un egotista de sus dimensiones sólo podía plasmar todos sus poderes en el relato de su existencia.*

*«La biografía de Vasconcelos –escribe Jorge Cuesta en un artículo publicado poco después de la aparición de* Ulises– *es la biografía de sus ideas. Este hombre ha tenido ideas que* viven, *ideas que aman, que sufren, que gozan, que sienten, que odian y se embriagan; las ideas que solamente piensan le son indiferentes y hasta odiosas.* Ulises criollo *es, por esta causa, el libro en que la filosofía de Vasconcelos encuentra su genuina, su auténtica expresión. Aquellos en que la ha expuesto de un modo puramente doctrinal son casi ilegibles», y luego añade: «Tan inconsistente, tan pobre y tan confusa como es su doctrina cuando se la mira* pensando, *es vigorosa, imponente y fascinadora cuando se la mira* viviendo».

*En la advertencia inicial a* Ulises criollo *el autor no sólo aclara las razones del título sino que además avanza un tema que va a convertirse en una constante a lo largo de la tetralogía, y que terminará por constituirse en eje y asumirse en obsesión de todo su quehacer posterior: el criollismo como única zona posible de regeneración de la nación mexicana: «El nombre que se ha dado a la obra entera se explica por su contenido. Un destino cometa, que de pronto refulge, luego se apaga en largos trechos de sombra, y el ambiente turbio del México actual, justifican la analogía con la clásica* Odisea. *Por su parte, el calificativo* criollo *lo elegí como símbolo del ideal vencido en nuestra patria... El criollismo, o sea la cultura de tipo hispánico, en el fervor de su pelea desigual contra un indigenismo falsificado y un sajonismo que se disfraza con el colorete de la civilización más deficiente que conoce la historia, tales son los elementos que han librado combate en el alma de este* Ulises criollo *lo mismo que en la de cada uno de sus compatriotas».*

Ulises criollo *recoge la vida del personaje desde sus primeros días hasta el golpe militar de Victoriano Huerta, y los preparativos de Vasconcelos para integrarse una vez más a la acción revolucionaria. Es el relato de una larga marcha, sobre todo hacia el fondo de sí mismo, que parte del estado inmediatamente posnatal, de donde emergen sus más viejos recuerdos, envueltos «en una sensación acariciante y melodiosa, prolongación física, porción apenas seccionada de una presencia tibia y protectora, casi divina. La voz entrañable de mi madre orientaba mis pensamientos, determinaba mis impulsos. Se diría que un cordón umbilical invisible y de carácter volitivo me ataba a ella y perduraba muchos años después de la ruptura del lazo fisiológico», hasta los momentos de afirmación de una personalidad independiente. La ruptura de ese cordón al que alude tardó en el personaje más tiempo del necesario en producirse, casi todo el que comprenden las páginas del libro. Fueron años marcados por el amor a la madre y la desesperación de la pérdida, por la tentación, a su debido momento, de la carne y la sensación posterior de condena, de abyección, de horror al cuerpo, expiación sólo mitigada por la certidumbre de que la «gloria» lo esperaba en un futuro aún impreciso, años marcados, además, por el deslumbramiento que le produce el conocimiento del país a través de algunos viajes, y también, y tal vez sobre todo, por la incorporación a una vida política que le hace descubrir el agobio de la dictadura porfirista y los caminos para combatirla y derrotarla, lo que definitivamente rompe el cordón que lo aferra a la madre. Todo esto no es sino la vislumbre, el preámbulo, del esplendor al que llegaría más tarde. Esplendor en la acción, en el pensamiento. Y, también, esplendor de la carne.*

*Eso y más alimenta este primer volumen, sugerido como punto de partida y un compás de espera antes de que se presente la revelación fatal, aquella cuyo desarrollo y ejemplificación se convertirá en obsesión al final de las* Memorias

*y que ya no lo abandonará por el resto de su vida: la amarga convicción de que México es un país envilecido e irredimible. En el juego de opciones elaboradas por Sarmiento para nuestro continente, Vasconcelos había apostado con toda la energía de que fue capaz en favor de la civilización y contra la barbarie. Había creído de manera feroz, delirante y mesiánica que la voluntad, la suya en particular, podía mover no sólo las trilladas montañas, sino también a las almas, empresa que resultó mucho más ardua y compleja. Luchó por convertirse en el Quetzalcóatl que había de derrotar para siempre a Huixilopochtli, en el águila que terminaría por fin de devorar a la serpiente. Por supuesto, no lo logró.*

*Al recrear su pasado cincuenta años después, teniendo a sus espaldas la reciente derrota, encontramos que Ulises, el niño, es consciente ya de que la nación tiene dos enemigos, uno externo: los yanquis, otro interno: los indios. Los primeros recuerdos están situados en Sásabe, algo menos que una aldea enclavada en el desierto de Sonora, punto fronterizo con los Estados Unidos, donde la vida transcurre en permanente temor, ora de los norteamericanos que aparecen sorpresivamente para arriar la bandera mexicana e izar la de las barras y las estrellas, obligando a los mexicanos a replegarse y aceptar la imposición de una nueva línea fronteriza, ora la de los apaches que suelen aparecer de tiempo en tiempo para saquear y destruir los escasos poblados. La única salvación, el puerto, la esperanza, los va a vislumbrar después, al entrar en contacto con la tierra firme, allí donde la presencia hispánica se hace visible.*

*Al evocar su adolescencia en Campeche, apunta: «En el hermoso jardín tropical todavía la banda convocaba a las familias para las retretas, pero cada día eran menos las bellas de porte lánguido, pálida tez y ojos negros. La casta linda de tipo sensual cedía a los rudos indígenas del interior que en callados grupos escuchaban el concierto a distancia y como si aguardaran el momento de ocupar las casas que abandonaban los blancos». En el universo de Vasconcelos el indio está por doquier, acecha a toda hora. Está a la vuelta de la casa, en la maleza del jardín, bajo las piedras, convertido en liana, en agua, en trueno. Es el atraso, encarnación de sus dioses brutales, es la paciencia artera, el cálculo maligno, el rayo y el castigo. «Dentro de Durango y en las principales cabeceras de los distritos –escribe, más adelante–, la población es criolla, pero apenas se sale de los límites urbanos, el indio aparece en condiciones semejantes a las que guardaban en tiempos de los aztecas. Es por falta de ánimo y de sistema que perdura el indio en su atraso». El tono se vuelve casi frenético en los últimos volúmenes. Sobre los descubrimientos arqueológicos en Uxmal y en Chichén Itzá llevados a cabo durante el período en que fue titular de la Secretaría de Educación, asienta años después: «Según avanza la piqueta del desenterrador van apareciendo año tras año prodigios nuevos; pero todo es uniformemente bárbaro, cruel y grotesco. Ningún sentido de belleza; en el decorado, simple labor paleográfica. Como no*

*tuvieron alfabeto eficaz, usaron el dibujo y el relieve como lenguaje, lo que fuerza y aleja la línea de su desarrollo musical desinteresado, que es la esencia del arte. Decoración utilitaria que, por lo mismo, no nos causa emoción estética alguna; sólo el asombro de los tanteos y aberraciones del alma humana». Llegó a detestar a los arqueólogos, a los estudiosos de cualquier aspecto de las culturas prehispánicas. «Canallitas» al servicio de los intereses yanquis para disminuir la huella de la cultura europea en el continente, fruto de un mestizaje aborrecible, resultado del cruce de dos razas detestables entre las detestables: la india y la judía.*

*«El vigor de la raza en Veracruz y Campeche se había reblandecido tanto que permitió que indios y negros se sumaran a la savia de Europa», afirma en el mismo libro, donde también reserva un viaje a Oaxaca y la visita que hace allí a dos ancianas hermanas de su madre. Le dolió «la suerte de aquellas viejecitas, despojo de una generación agotada por su propio esfuerzo creador y al fin vencida por el medio inclemente, absorbida por razas notoriamente inferiores». En la decadencia de aquellas ancianas advierte «todo el drama de la derrota del blanco de raza española sustituido gradualmente por el mestizo y amenazado por el retorno de lo indígena».*

*Es demasiado, lo sé. Sin embargo, Vasconcelos nunca emitió esas sinrazones en la época en que las sitúa en su autobiografía. La prueba mayor nos la ofrece su obra. En 1920, en* Estudios indostánicos *afirma rotundamente que sólo las razas mestizas eran capaces de grandes creaciones; en 1925, en* La raza cósmica, *vislumbró el futuro de la humanidad en la eclosión del mestizaje que conformaba a la América Latina. Esa región del mundo era la depositaria de una nueva energía del espíritu, la que volvía nuevos los antiguos mitos, la que recreaba el espíritu dionisiaco. En 1926, en* Indología, *una confesión suya refutaba aquel rencor racial que cada vez lo fue ganando con mayor virulencia: «Desgraciadamente –decía– yo no tengo sangre negra, pero cargo una corta porción de sangre indígena y creo que a ella debo una amplitud de sentimiento mayor que la de la mayoría de los blancos y un grano de una cultura que era ya ilustre cuando Europa era aún bárbara».*

Ulises criollo *es también el registro de una iniciación en el mundo de la cultura, de un trato con las ideas, de una trayectoria espiritual, del camino, en fin, hacia las estrellas. Si en otros temas una concepción puede tener a menudo efectos retroactivos y se hace parecer como válida en períodos anteriores, hubo uno en que su pensamiento fue coherente siempre, en el desprecio a eso que consideraba como innecesarias florituras del estilo. Comenta al inicio de* Ulises *que desde que aprendió a leer sólo le preocupó el contenido y no la forma. Esa declaración se convertirá en un principio sin refutación posible, fortalecido por la certeza de que su destino estaba marcado de manera infalible para alcanzar la gloria. «Era evidente que estaba destinado a manejar ideas. Sería uno a*

*quien se consulta y se sigue... A los diez años me sentía solo y único y llamado a guiar... Una predisposición temperamental y también el hábito de traducir desde la infancia me ha dejado esta indiferencia e incapacidad para la forma.»*

*Sobre su pertenencia al grupo de intelectuales que constituyó el Ateneo de la Juventud (Antonio Caso, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Pedro Henríquez Ureña y Julio Torri, entre otros), él antepone serias reservas: «Por mi parte nunca estimé el saber por el saber. Al contrario: saber como medio de alcance de la suprema esencia; moralidad como escala para la gloria, sin vacío estoicismo, tales mis normas, encaminadas francamente a la conquista de la dicha. Ningún género de culto a lo que sólo es medio e intermedio, y sí toda la vehemencia dispuesta para la conquista de lo esencial y absoluto... Mis colegas leían, citaban, cotejaban por el solo amor del saber, yo egoístamente atisbaba en cada conocimiento, en cada información, el material útil para organizar un concepto del ser en su totalidad. Usando una expresión botánica muy en voga en nuestro medio, tomaba de la crítica únicamente lo que podía contribuir a la* eclosión *de mi personalidad. Yo mismo era brote inmergido en los elementos y ansioso de florecer». Credo que equivale a llevar con arrogante placer una pesada piedra atada al cuello. Las limitaciones de sus textos filosóficos y sus ensayos literarios provienen de esa permanente ceguera de la que se enorgullecía. No hay nunca en él una actitud desinteresada, contemplativa, hacia el lenguaje, ni siquiera hacia las ideas. Tampoco hay emoción ni sorpresa ante el hallazgo literario. Hay más bien algo que se parece al atropello en ese desdén por la forma, en el no reconocimiento del valor intrínseco de la palabra o el pensamiento, y en cambio sí una vocación manifiesta a utilizar cualquier elemento que le permita alcanzar poderío, salvación y gloria. «Por contagio del ambiente literatesco me metí a la tarea ingrata de escribir descripciones de cada una de esas danzas (las de Isadora Duncan). Leía esos trozos en el Ateneo y resultaban pobres, defectuosos de estilo. No revelaban lo que había querido poner dentro de la trama verbal. No me hubiera bastado ninguna literatura para una composición en la que yo vertía las resonancias del Cosmos. Hubo uno que dijo: "Tu asunto requeriría el estilo de Mallarmé". Imposible convencerlos de que un Pater, un Mallarmé, intérpretes de decadencias, no pueden con el peso de una visión nueva, vigorosa y cabal del mundo. No era estilo lo que me faltaba, sino precisión, claridad de concepto. Pues mi concepto resultaba de tal magnitud que al desenvolverse crearía un estilo, construiría su propia arquitectura. En desquite pensaba: estos colegas míos literatos van a salirme un día con que los fragmentos de Pitágoras necesitan el retoque de algún Flaubert... Muchos de ellos fueron avanzados de los que hoy desdeñan a Balzac por sus descuidos de forma, y, en cambio, soportan necedades de Gide o de Proust, como que eternamente los profesionales del estilo ignoran el ritmo del relámpago de los mensajes que contienen espíritu».*

*Vasconcelos se enamora de sus carencias, se obceca en ellas. Ese tipo de personalidades por lo general trata de imponer sus concepciones a los demás. Sin embargo, a él de ninguna manera le estorbaron para realizar el programa de cultura que delineó y llevó a cabo cuando fue designado Secretario de Educación. Un programa que, sin eufemismos, puede uno considerar como titánico. Por sólo ese período de prodigios podría su nombre pasar a la historia. Cierta prensa norteamericana y todos los grupos conservadores del país lo acusaron de aplicar un programa educativo y cultural sovietizante, de corte bolchevique, para desacreditarlo. La brillante reforma educativa y el renacimiento cultural que emprendió estuvieron siempre, en su momento, y aun durante muchos años después, cercados por la incomprensión, minados por la suspicacia, la envidia y el recelo de los mediocres. Sin embargo, se impuso su energía. Para lograrlo, se rodeó de todos los escritores de talento del país, igual los comprometidos con sus ideales educativos que los empeñados en el culto de la forma, así como de músicos, pintores y arquitectos de todas las edades y tendencias, aun de aquellas que admitía no comprender, o que abiertamente no compartía. En ese sentido fue absolutamente ecuménico. Con él se iniciaron casi todos los escritores que conformaron nuestra vanguardia literaria, y se pintaron, ante el pasmo horrorizado de la gente de razón, los primeros murales. Llamó a todos los artistas a colaborar con él y no los convirtió en burócratas. Y ya en sí eso es un milagro.*

*Se ha escrito ampliamente sobre la Cruzada educativa y cultural de Vasconcelos. Me conformo con citar unas líneas de Daniel Cosío Villegas, un intelectual a quien caracterizaba el escepticismo, y hasta cierta frialdad ante sus pares: «Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y a escribir al prójimo, entonces sí se sentía en el pecho y en el corazón de cada mexicano que la acción educadora era tan apremiante como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro, y en el libro de calidad perenne...».*

Ulises criollo *cubre los treinta y tres primeros años del autor. Lo cierra el asesinato de Francisco Madero. Durante largos años el trato con las mujeres y el trato con las ideas le habían resultado incómodos, incompletos. Mucho más difícil, sin embargo, le era prescindir de ellas. El comercio con las primeras se manchaba con posteriores sentimientos de abyección. El trato con las ideas se le había presentado hasta entonces sólo como un revulsivo necesario para deshacerse del pensamiento positivista que impregnaba la época. Parecería que todo lo vivido, de la niñez al fin de los estudios universitarios, estuviese a la espera de algo que lo unificara. La concordia sólo se daría en él con la Revolución: el acercamiento a Madero, la actividad en la campaña antirreeleccionista, la victoria sobre el porfirismo, el amanecer de un México nuevo, y, al final,*

*la primera derrota. Ese período de actividad política alcanza en el libro un resplandor, un aura de epifanía inigualables en nuestra literatura. Allí se vislumbra al fin la buscada armonía. Todos los hilos tienden a la unidad del ser: el triunfo de la carne, libre ya de agonías y recriminaciones, el éxito político, el vínculo cósmico. «Por mucho que sorprenda y siga sorprendiendo –dice Cuesta–, y por incomprensibles que sean las causas que lo motivaron, el pensamiento de Vasconcelos aparece tan íntimamente ligado al movimiento revolucionario, que no es posible considerar al uno separado del otro.»*

*Han pasado treinta y cinco años desde la muerte de Vasconcelos. En los últimos de su vida fue una especie de sombra de sí mismo. De su pensamiento filosófico queda poca huella: sus batallas, su cólera, sus contradicciones, sus imprevisibles cambios de bandera han dejado de avivar las pasiones. Queda de él, sobre todo, el testimonio de una insumisión. El ejemplo de una individualidad que se resistió a cualquier regla impuesta desde el exterior. Queda una espléndida fe de carbonero que vislumbró la salvación por el espíritu y que convirtió el libro en su instrumento predilecto. Queda el esplendor de su prosa, que ilumina todo* Ulises criollo *y muchos fragmentos en los otros libros de memorias. Queda la imagen de un hombre que al querer salvarlo todo se pierde por entero. Queda el recuerdo de su energía redentora. Y todo eso, en un mundo donde la sumisión ha sido regla, nunca se lo acabaremos de agradecer suficientemente.*

# INTRODUCCIÓN DEL COORDINADOR

*Claude Fell*

Generalmente es a través de los cuatro tomos de sus *Memorias* como se aborda la obra y el pensamiento de José Vasconcelos (1882-1959). Muchos comentaristas y bastantes lectores han observado que a medida que se penetra en este fresco autobiográfico, donde numerosos comparsas y adversarios parecen haber sido captados por el pincel cruel y satírico de José Clemente Orozco, va surgiendo un haz de contradicciones cada vez más evidentes. Y uno termina por hacerse la pregunta: ¿por qué –si no es para «ajustar cuentas»– escribió Vasconcelos estos libros que, con todo, tuvieron en México uno de los mayores éxitos editoriales de la primera mitad del siglo XX? Haciendo a un lado las evocaciones de infancia y juventud del *Ulises criollo*, el primero y más sereno de los cuatro tomos –que se publica ahora en la Colección Archivos, a partir de una lectura atenta del manuscrito depositado en la Biblioteca de la Universidad de Austin–, no encontramos sino traición –política y sentimental–, viles venganzas, abusos de fuerza, baños de sangre, intrigas entre bambalinas. La mayoría de los personajes clave de la Revolución hacen el papel de bestias taimadas o sanguinarias: Villa, Zapata, Huerta, Carranza, Calles e incluso Álvaro Obregón, de quien Vasconcelos fue ministro de Educación entre 1921 y 1924. Sólo emerge de este fango aquel a quien Vasconcelos llama y llamará toda su vida «el apóstol», «el santo», «el mártir»: el presidente Francisco I. Madero. Por lo demás, de *La tormenta* se cae en *El desastre*, y la infamia generalizada triunfa y se institucionaliza en *El proconsulado*. Y no hablemos de *La flama*, posible quinto tomo de las *Memorias*, publicado en 1959, el mismo año de la muerte de Vasconcelos, «libro malo y prescindible», como lo califica José Joaquín Blanco,[1] donde la amargura alcanza su punto culminante.

Muchos años después de su muerte, prácticamente hasta el homenaje rendido en 1982 por la UNAM en ocasión del centenario de su nacimiento, José Vasconcelos constituyó un remordimiento, una especie de mala conciencia de

---

[1] José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, p. 181.

México. Cuando un investigador, sobre todo si era extranjero, quería saber más sobre la acción y la obra del ex «Maestro de la Juventud», los rostros se cerraban y las fuentes de información se agotaban. Corría la voz –hoy felizmente desmentida por los hechos– de que él mismo había destruido todos sus papeles personales y sus manuscritos. Se le reprochaba indistintamente la acritud de algunos de sus artículos –él mismo se consideraba «escritor violento»–, su gusto por el escándalo y su falta de «pudor» en el recuento de sus enlaces extramatrimoniales, su campaña presidencial fallida de 1929 y el no haber encabezado un poderoso partido de oposición después del fracaso electoral, su largo destierro, su participación controvertida en los aconteciemeintos revolucionarios, el hecho de haber dirigido durante la segunda guerra mundial una revista abiertamente pronazi –*Timón*–, su antiamericanismo luego transformado en una sonada adhesión a los Estados Unidos durante la Guerra Fría, sus ataques contra la Iglesia y su catolicismo que a veces lindaba con el integrismo, etcétera. El mismo año de su muerte, declaraba en una larga entrevista que le hizo Emmanuel Carballo, a propósito del pueblo de México: «Es un pueblo formado por una inmensa mayoría de cobardes». Vasconcelos aprobaba enteramente la definición que Carballo había dado de él: «una enorme isla rebelde rodeada de incomprensión por todos lados», y a la pregunta de si era un «amargado», contestaba: «Me siento como aquel que se encontrase de pronto en una sociedad de rateros, en un antro del bajo mundo, entre invertidos y apaches, y se oyese compadecer porque no comparte tales perversiones».[2] No hay que extrañarse, pues, si el personaje suscitó en su país polémicas feroces, controversias a veces mezquinas, odios profundos, decepciones amargas por parte de los que –todas generaciones confundidas– admiraban su labor pasada en la SEP entre 1921 y 1924 y buena parte de su obra literaria. Pero quizás, como lo nota acertadamente Martha Robles, Vasconcelos se empapó de ese contexto hostigador para asentar las bases de su genio creador: «Lejos de ser esclavo, como lo dijo a Carballo –escribe Martha Robles–, el exsecretario de Educación aprovechó su inconformidad para crear modalidades narrativas en nuestra costumbre literaria [...]. Con todo y el acoso reinante en los días del caudillaje revolucionario, Vasconcelos ejerció el valor de la pluma. De sus diferencias políticas procede lo mejor de su obra y, gracias a tales desequilibrios, él innovó el género autobiográfico al vincular hechos a descripciones más o menos precisas, fragmentos de ensayos, pasajes imaginados y una misma indignación que hila lo evocado a su mundo imaginario».[3] Por eso, todos, incluso sus adversarios más despiadados, coinciden en reconocer la alta

[2] Emmanuel Carballo, *Protagonistas de la literatura mexicana*, México, Ediciones del Ermitaño/SEP, Letras Mexicanas, 2ª ser., 48, 1986, pp. 40, 28, 32.

[3] Martha Robles, *Entre el poder y las letras. Vasconcelos en sus Memorias*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 81.

calidad literaria de los primeros dos tomos de sus *Memorias*, *Ulises criollo* y *El desastre*, y muchos críticos no vacilan en clasificar *Ulises criollo* entre las obras más logradas de la literatura mexicana de la primera mitad del siglo XX, considerando, como lo hace Mariano Azuela, por ejemplo, que se trata de una verdadera «novela».

Entre 1925 y 1934, fecha de la elección del general Lázaro Cárdenas a la presidencia de la República, el divorcio entre los miembros el Ateneo de la Juventud, del que Vasconcelos fue miembro creador y Presidente, está consumado. La derrota fraudulenta de Vasconcelos en las elecciones presidenciales de 1929 lo ha obligado a exiliarse, y sólo volverá a México en 1939. Viaja constantemente, tratando de encontrar un medio de subsistencia seguro y la estabilidad material necesaria para crear y dedicarse a la elaboración y la publicación de lo que enjuicia como su obra capital: sus libros de filosofía. Desde Argentina, escribe a Alfonso Taracena el 24 de noviembre de 1934: «Gracias por sus juicios sobre mis Memorias. No he podido continuarlas porque estoy trabajando en mi Estética. Si al fin lograra irme al Ecuador y lograra allá la tranquilidad económica que aquí no tengo, pronto daría cima a muchos otros trabajos, porque nunca había logrado la fluidez con que hoy me vienen las cosas».[4] Desde 1929, una de sus principales fuentes de ingresos, la colaboración periodística con *El Universal*, se ha agotado por motivos políticos;[5] la tentativa, en 1931-32, de resuscitar *La Antorcha*, desde París primero y luego desde Madrid, ha fracasado, por razones políticas y económicas;[6] en 1932, *La Prensa* de Buenos Aires rompe el contrato que tenía con Vasconcelos y decide «suspender hasta nueva orden la entrega mensual contratada»: «Confieso –escribe Vasconcelos en *El proconsulado*, con cierta clarividencia– que me sentí deprimido por la pérdida económica y también por la preocupación de que habían aburrido mis escritos, habían bajado de calidad; de otra manera no se explicaba».[7] Corre la voz de

---

[4] *Cartas políticas de José Vasconcelos (1924-1936)*, preámbulo y notas de Alfonso Taracena, México, Clásica Selecta-Editora Librera, 1959, p. 146.

[5] La colaboración de Vasconcelos con *El Universal*, interrumpida en agosto de 1929, sólo se reanudará en 1941. *Cf.* John Skirius, *José Vasconcelos y la cruzada del 29*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 224-227.

[6] En *El proconsulado*, Vasconcelos evoca las razones de la desaparición de *La Antorcha*: el gobierno mexicano puso trabas a la difusión de la revista, bloqueada en la frontera. Invoca también motivos políticos: «Cuando me di cuenta de que el derrocamiento de Ortiz Rubio, que debió ser la señal para levantamientos armados contra la pandilla que así se burlaba de sus propias obras, originó, al contrario, el alborozo público por la nueva presidencia incalificable, decidí suspender la publicación de La Antorcha. Era prostituir la palabra, expresé, usarla frente a situación que ya no era menester condenar, puesto que era patente su infamia. Lo único que procedía era la rebelión. Y puesto que ésta no venía, no quedaba a la minoría honrada otro recurso que el silencio despectivo ante tamaña vileza». J. Vasconcelos, *El proconsulado*, *O.C.*, II, *op. cit.*, p. 550. El 18 de agosto de 1932, escribe a Taracena, desde Madrid: «La Antorcha la he suspendido unos meses por falta de fondo total». *Cartas políticas de José Vasconcelos*, *op. cit.*, p. 28.

[7] J. Vasconcelos, *El proconsulado*, *op. cit.*, p. 538.

que Vasconcelos se está muriendo de hambre y de miseria en un oscuro pueblo de Galicia –Somió– donde se ha refugiado con su hija, su yerno, Herminio Ahumada, y su nieta.[8]

En realidad, Vasconcelos da prueba de una intensa actividad política e intelectual. No se resigna a quedarse excluido del juego político mexicano, asumiendo «el papel desairado del que condena y a la vez aboga por su propia causa que otros ven confusa».[9] Convencido de haber perdido la elección de 1929 por traición y manipulación, considera que la rebelión armada es el único medio para reintegrar la patria y asumir el poder. Multiplica las conferencias, las entrevistas, los artículos en la prensa española, colombiana, argentina; está más o menos directamente implicado en dos conspiraciones contra el gobierno mexicano y su discurso político se hace cada vez más extremista; entre mil ejemplos posibles se puede citar un fragmento de una carta de marzo de 1934, reproducida por Taracena, a propósito de Plutarco Elías Calles: «Sin valor personal y sin talento, sin antecedentes honorables y sin carácter, Calles ha podido consolidar un régimen en el cual sus propios hijos y los más connotados ladrones, los pistoleros y asesinos de paga se reparten el país en bajalatos. Jamás había bajado México tanto. Y lo peor no es Calles, simple basura levantada por el vendaval revolucionario, creación del azar; lo peor es que el pueblo ha perdido su espíritu de rebeldía. No quiere oír hablar de rebelión, un pueblo que ha vivido convulsionado y que nunca como ahora ha tenido motivos para rebelarse. Para encumbrar asesinillos hemos hecho no sé cuantas revoluciones y hoy que se asesinan los destinos de la nacionalidad, se juzga antipatriótico e iluso al que habla de rebeliones».[10] Esta amargura política, no desprovista de cierta lucidez, lo conduce, como lo subraya José Joaquín Blanco, hacia «el abandono de la democracia; en los treintas su lenguaje es ya lo opuesto al maderismo».[11]

Si nunca pierde totalmente la esperanza de volver al primer plano de la vida política nacional, Vasconcelos se percata también de que si quiere focalizar de nuevo la atención del público, debe hacerlo mediante la escritura y el libro: «Para conquistar la figuración permanente en la historia de los pueblos civilizados –escribirá en 1938 en un artículo de *Hoy*– es menester que a la acción ilus-

---

[8] Nota Taracena: «Eran los días en que don Vito Alessio Robles circulaba la versión de que el Lic. Vasconcelos andaba en España con cabellera caída sobre los hombros, descalzo y con levita. Parece que hasta mostraba un truco fotográfico y llegaba a poner como testimonio el dicho de unos jóvenes vasconcelistas acabados de arribar a la Madre Patria. Mis corajes se intensificaban y mostraba a mi vez fotografías en que lo mejor de Gijón ofrecía banquetes al Lic. Vasconcelos, que aparecía en los retratos lleno de vida y de salud mental y física». J. Vasconcelos, *Cartas políticas, op. cit.*, p. 29. *Cf.* también: Vito Alessio Robles, *Mis andanzas con nuestro Ulises*, México, Edciones Botas, 1938.

[9] J. Vasconcelos, *Cartas políticas, op. cit.*, p. 79.

[10] *Ibid.*, p. 134.

[11] J. J. Blanco, *op. cit.*, p. 170.

tre, creadora, se añada la obra escrita que nos revela el alma, el pensamiento del personaje».[12] En esta perspectiva, dos vías quedan abiertas: primero, como ya lo señalamos, el periodismo. «En los tiempos actuales –apunta Vasconcelos–, al lado del libro y como sustituto de los vates ambulantes y del teatro de costumbres, el diario y la revista son los instrumento de la difusión, la cristalización de las creaciones de la mente [...]. Hoy las publicaciones periódicas reemplazan en gran parte al libro, al teatro, a la plaza pública, y el agora. En la revista y el diario concurren los espíritus más despejados de la época para exponer, discutir y apuntar soluciones para todos los temas contemporáneos o de ciencia, pensamiento e historia».[13] Pero la prensa mexicana le rechaza cualquier tipo de participación, y Vasconcelos tendrá que esperar a febrero de 1937 para iniciar y desarrollar una colaboración semanal regular y rentable con la revista *Hoy*; en adelante, la obra periodística de Vasconcelos cobrará dimensiones impresionantes.[14]

Por otra parte, está la divulgación filosófica y la obra literaria. Entre 1929 y 1940 la producción intelectual de Vasconcelos se hace proliferante, tanto en el campo del ensayo socio-político y socio-cultural, como en el de la filosofía: *Tratado de metafísica* (1929), *Pesimismo alegre* (1931), *Ética* (1932), *Bolivarismo y monroismo* (1934), *De Robinson a Odiseo: pedagogía estructurativa* (1935), *Estética* (1935), *¿Qué es el comunismo?* (1936), *Breve historia de México* (1937), *Historia del pensamiento filosófico* (1937), *¿Qué es la revolución?* (1937), *Manual de filosofía* (1940). Pero este período corresponde también con la publicación de sus obras literarias más representativas: *La sonata mágica: cuentos y relatos* (1933), *Simón Bolívar* (teatro, 1939) y, sobre todo, entre 1935 y 1939, los primeros cuatro tomos de su autobiografía: *Ulises criollo* (1935), *La tormenta* (1936), *El desastre* (1938), *El proconsulado* (1939), que Vasconcelos deseó editar bajo el título genérico de *Ulises criollo*.[15] Las *Memorias* van a conocer un éxito editorial considerable y *Ulises criollo*, el primer tomo, será uno de los libros mexicanos más vendidos en la primera mitad del siglo XX.[16] Vasconcelos consi-

---

[12] J. Vasconcelos, «Sarmiento rebelde», *Hoy*, 17 de diciembre de 1938, p. 17. Citado por Maryse Gachie-Pineda, *Réel, idéologie et pensée politique dans le Mexique cardeniste (1933-1940): Vicente Lombardo Toledano, José Vasconcelos*. Thèse de Doctorat d'Etat, Université de la Sorbonne Nouvelle Paris III, 1984, tomo II, p. 374.

[13] J. Vasconcelos, «Advertencia» a *¿Qué es la revolución?*, México, Ediciones Botas, 1937, pp. 9 y 11.

[14] *Cf.* Carlos J. Sierra, *José Vasconcelos. Hemerografía 1911-1959*, México, Sobretiro del Boletín de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1965.

[15] El mismo año de la muerte de Vasconcelos se publicó *La flama: los de arriba en la Revolución; historia y tragedia*, México, Cía Editorial Continental, 1959, que puede considerarse como el quinto tomo de las *Memorias*.

[16] «Es probable, y lo consigno como hipótesis de trabajo, que del Ulises se hayan hecho 22 ediciones hasta 1938. El primer titular de los derechos, Botas, parece que imprimió únicamente 13 ediciones cuyo número de ejemplares no sobrepasa los 36 mil. Creo que estos datos no corresponden a la realidad ya que las *Memorias* de Vasconcelos, sobre todo el *Ulises*, fueron el *best-seller* históri-

deraba que la madurez (tiene 48 años en 1930) es el período de la vida más propicio a la producción intelectual: «Es otro error –escribe en un artículo de *Hoy*, en diciembre de 1937– de nuestro medio imaginar que las obras de juventud son las valiosas, y declarar viejos a los productores intelectuales apenas cumplen la cuarentena... Al contrario, en todo el mundo se reconoce que la edad de la gran producción en serio, de todo artista, de todo escritor especialmente, se halla entre los cuarenta y los sesenta».[17]

Vasconcelos reconocerá, un poco a regañadientes, el éxito de su autobiografía. Sin embargo, lo que cuenta, a sus ojos, es esencialmente su obra «filosófica», hoy generalmente despreciada por su relativa incoherencia y su total ausencia de originalidad. En su correspondencia con Alfonso Taracena, Vasconcelos ensalza constantemente sus libros de filosofía –particularmente, su *Ética* y su *Estética*– y en una recopilación de artículos publicada en 1937 bajo el título *¿Qué es la revolución?*, escribe: «Vale poco, todo lo que hasta la fecha hemos podido realizar los hombrecitos de este anémico Mundo nuevo, pero dentro de esta relatividad, ¡yo no cambio mi Estética por la mayor de las batallas de Simón Bolívar!».[18]

Si nos atenemos a las informaciones suministradas por el mismo Vasconcelos en *El proconsulado*, el cuarto tomo de sus *Memorias*, empieza a «borronear» *Ulises criollo* en 1931, estando en París con su familia, después del suicidio de «Valeria» (Antonieta Rivas Mercado), su amante, en Notre-Dame: «En un día de *spleen* –apunta Vasconcelos–, hice para *La Antorcha* el mejor artículo de toda mi carrera de articulista, el que se llama «Los Constabularios». Desahogado así el deber penoso de apartar de nosotros el cieno, el ánimo se me despejaba y volvía a la reflexión de mis libros importantes. Los originales de la *Ética* quedaron terminados. Y para darme un descanso, y también para ver el asunto entero con mejor perspectiva, decidí no comenzar desde luego la *Estética*. Entre ella y la *Ética* lanzaría un libro que hacía tiempo deseaba componer. Una novela y ¿cuál mejor que la de sus propias andanzas y pasiones?... Comencé a borronear el *Ulises criollo*».[19] Este fragmento merece ser analizado detalladamente. De manera significativa, la redacción de las *Memorias* se sitúa para Vasconcelos a medio camino entre dos actividades que considera ajenas al ejercicio literario: la polémica política y la disquisición filosófica. Escribir sus *Memorias* es para él un «descanso»:[20] «El *Ulises* –declara a Emmanuel Carballo–, lo escribí en España.

co-literario más sorprendente de nuestros años treinta y cuarenta». Emmanuel Carballo, «Prólogo» a *Ulises criollo*, México, Editorial Trillas, 1998, p. 41. «El Ulises se está vendiendo mucho», le escribe Taracena el 15 de septiembre de 1935. *Cartas políticas de José Vasconcelos*, *op. cit.*, p. 212.

[17] J. Vasconcelos, «Un solo amor», *Hoy*, 27 de diciembre de 1937, p. 9.

[18] J. Vasconcelos, *¿Qué es la revolución?*, *op. cit.*, p. 80.

[19] J. Vasconcelos, *El proconsulado*, *op. cit.*, p. 535.

[20] No hay que olvidar tampoco otra motivación quizás menos «noble», pero que corresponde con la realidad de la situación económica de Vasconcelos en 1933-1934. Hablando de los proble-

Algunas personas han dicho que es mi mejor libro escrito. Y es cierto. En él tuvo influencia, sobre todo en el estilo, el ambiente español [...]. El *Ulises* lo comencé al mismo tiempo que la *Estética*. Era para mí un pasatiempo, un descanso de mis actividades serias».[21]

Con todo, que lo haya querido o no el autor, la política y la filosofía incidirán en la composición de *Ulises criollo;* hay en el libro una visión eminentemente crítica de la historia inmediata de México, desde Porfirio Díaz hasta Francisco Madero, y, por otra parte, Vasconcelos no vacila, de vez en cuando, en incurrir en reflexiones «filosóficas» marcadas por la primacía concedida al «monismo estético».[22] Basta una simple lectura de *Ulises criollo* para darse cuenta de que ni la polémica de índole política ni las consideraciones filosóficas están ausentes del libro. En este primer tomo de sus *Memorias*, Vasconcelos aborda el tema de su oposición al porfirismo y de su adhesión al maderismo, con múltiples prolepsis donde descuella una feroz denuncia del callismo, lo que lo incita a menudo a romper el hilo cronológico del relato y a provocar un colapso de los tiempos. Podríamos multiplicar los ejemplos, pero basta con citar un fragmento donde aparecen esta ruptura temporal y la constante proyección (crítica) hacia el presente; Vasconcelos alude, al final del capítulo «La propaganda», a la candidatura de Ramón Corral en las elecciones presidenciales de 1910: «La conciencia nacional rechazaba a Ramón Corral por ciertas historias turbias de su pasado en la administración de Sonora. Después de Obregón, la República ha tragado la vergüenza de soportar facinerosos a sabiendas de que lo son. La revolución maderista no era regresión, sino exigencia de progreso». Un historiador condenaría esta mezcla y esta yuxtaposición abrupta de épocas diferentes (1910, 1924, 1911-1913), que Vasconcelos maneja con desparpajo en provecho del impacto polémico y «apasionado» –la crítica insiste unánimemente en la «pasión» que

---

mas de la publicación de sus *Memorias* «por entregas» en la prensa mexicana y latinoamericana, Vasconcelos escribe a Alfonso Taracena, el 27 de diciembre de 1933: «La verdad es que decidí la publicación [de las *Memorias*] en un momento de angustia económica y creyendo que, por lo menos, el chisme permitiría ganar algún dinero». Lo que indica que Vasconcelos contaba también con el efecto de «escándalo» que podía producir la publicación de su autobiografía. *Cf. Cartas políticas de José Vasconcelos, op. cit.*, p. 99. El mismo argumento se encuentra en el momento de la elaboración, en 1958, de *La flama*. Declara a Emmanuel Carballo: «Dentro de unos cuantos meses aparecerá una nueva novela mía: *La flama*. Es muy dura, muy injuriosa [...]. En *La flama* digo la verdad, y en México nunca se dice la verdad: la equiparan con la injuria. Tendrá [el libro] el valor rojo del escándalo. Literariamente no vale gran cosa». E. Carballo, *op. cit.*, p. 20.

[21] E. Carballo, *op. cit.*, p. 23.

[22] Estas reflexiones se hicieron a veces tan proliferantes que Vasconcelos sintió la necesidad, para que no se estancara el relato en consideraciones demasiado abstractas y que perdiera parte de su dinamismo, de suprimir páginas enteras que se encuentran en la edición Botas de 1935. Es el caso, por ejemplo, de la parte final del capítulo titulado «En provincia», de donde Vasconcelos quita, en las ediciones posteriores a la edición Botas, una serie de consideraciones bastante confusas y desordenadas sobre el sentido y el alcance del «acto».

empapa sus escritos autobiográficos– de su libro. Poco a poco se instaura en *Úlises criollo* un tiempo propio de la narración que, fuera de todo contenido ideológico, le otorga su verdadera dimensión literaria. Volviendo a los años treinta y al momento de la publicación por Botas de lo que iba a ser el primer tomo de la autobiografía de Vasconcelos, esta vocación panfletaria explica también parcialmente, a la vez, el éxito del libro y la irrupción inmediata, bajo forma de artículos periodísticos o de libros enteros, de reacciones furiosas por parte de ciertos personajes públicos directamente incriminados.[23] Como apunta con razón Octavio Paz, uno de los méritos de ciertos escritos vasconcelistas es suscitar el diálogo.

Otro punto relevante en este fragmento de *El proconsulado,* es la voluntad de escribir una «novela», lo que significa una clara ruptura con las opciones literarias definidas anteriormente por el propio Vasconcelos; tarea con la que, como veremos, no cumple verdaderamente. Varias veces, Vasconcelos había proclamado su deseo de descubrir y explotar una nueva forma de narrativa, lo que le había conducido en una primera etapa a interesarse en el ensayo. Es uno de los primeros libros de Alfonso Reyes, *Cuestiones estéticas* (1911), el que le va a inspirar una reflexión profunda sobre dicho género, aunque sea para superarlo como forma literaria. En una conferencia pronunciada en enero de 1910 y consagrada a la estética de Góngora, Reyes postulaba que la poesía de Góngora conllevaba esa «noble virtud» que libera el alma, arrancándola a las concreciones del razonamiento y de las pesadas dialécticas; de tal poesía emana un impulso lírico que tiende a «fundir» colores y ritmos en una manifestación superior. José Vasconcelos adopta la sugestión de un posible poder catártico de la literatura en un ensayo titulado *La sinfonía como forma literaria*, y, volviendo a la fuente misma del hecho literario, considera que el lenguaje cumple una «función estética», al igual que «el sonido del músico, del mármol del escultor» y que el «discurso», destinado a convencer mediante procedimientos dialécticos,

[23] Es el caso, por ejemplo, de Alberto J. Pani –que aparece como «Pansi» en el libro de Vasconcelos–, en *Mi contribución al nuevo régimen, 1910-1933 (A propósito del Ulises criollo, autobiografía del licenciado don José Vasconcelos)*, México, Editorial Cultura, 1936. Esta dimensión polémica del libro explica también que conforme va desarrollándose el relato de la vida de Vasconcelos, las revistas y la prensa mexicana se mostraron cada vez más reacias a una prepublicación de su autobiografía. El 24 de marzo de 1934, escribía a Taracena: «Quedo también enterado de las dificultades que yo mismo me he creado en lo relativo a las *Memorias* aunque de todas maneras al avanzar éstas iban a encontrar obstáculos». *Cartas políticas de José Vasconcelos, op. cit.*, p. 112. Algunas semanas más tarde, el 1º de septiembre de 1934, le precisa, desde Adrogué (Argentina): «En fin, que lo de las *Memorias*, si alguien las publica hasta el fin, y dudo que publiquen los últimos capítulos, me servirán para verlas ya en letras de imprenta, y poder corregirlo mejor sobre estas pruebas para mandarlo en seguida a la edición de libro». Por otra parte, esto explica, quizás, que la primera parte del «manuscrito» de *Ulises criollo* conservado en la Biblioteca de la Universidad de Austin se componga de recortes de dos revistas, la cubana *Bohemia* y la mexicana *Sistema*, que habían publicado fragmentos del libro (*cf.* la «Nota filológica» de esta edición).

aparece como una «desviación estética», lo que le permite oponer la «expresión», que obedece a leyes estéticas, y la «demostración», sometida a la argumentación lógica. Sólo la primera es verdaderamente creadora en la medida en que refleja los impulsos del yo profundo.

Según Vasconcelos, durante largo tiempo la expresión escrita ha obedecido a los imperativos de racionalidad propios del discurso o de esa combinación de varios discursos llamada «tratado». Esta forma filosófica, «sintética y acabada», destinada a introducir orden y coherencia en el contexto humano, tiene ambiciones epistemológicas y dogmáticas que cobraron nuevo vigor y nueva actualidad con el triunfo de las disciplinas científicas, tanto como tal, o en su forma más modesta, «el ensayo». Aunque practicándolo, Vasconcelos lo juzga severamente y al mismo tiempo lo define: «Bajo el nombre de ensayo se populariza un género fácil, brioso, ágil, libre. Podrá no ser completo, y ni siquiera aspira a serlo; no observa reglas ni pretende crearlas; ofrece sus vuelos flexibles a los atrevidos, y satisface ampliamente a los incompletos, a los espíritus no absolutos que se conforman con los vislumbres de verdad sin exigir sistemas que la contengan por entero». En una carta a Reyes del 12 de agosto de 1916, Vasconcelos precisa: «Estoy trabajando en un ensayo sobre "la sinfonía como obra literaria", en el cual sostengo que no es el tratado, ni tampoco el ensayo la forma ideal del libro, sino que ha de desarrollarse un género nuevo, el género sinfónico a imitación de la música y construido ya no con la lógica del silogismo sino con la lógica de la música; es decir, de acuerdo con la ley estética. En esto aprovecho mi teoría del impulso y pongo como ejemplos del futuro género: el Zaratustra de Nietzsche, las Eneadas de Plotino, todas aquellas obras que no obedecen a plan dialéctico sino a orientaciones y trabazón de mera afinidad estética».[24] Entonces, ¿puede considerarse el ensayo como una simple «derivación menor» del tratado, o bien es la manifestación de un género literario nuevo? Para Vasconcelos sólo puede ser un «género transitorio» del que hay que liberarse, ya que marca una tendencia de la época, que prefiere el brillo a la profundidad, lo parcial a lo universal, la sonoridad a la idea, la dispersión al «monismo». Su única ventaja es su flexibilidad y la libertad relativa que deja al escritor: para algunos, representa «una especie de protestantismo literario, una rebelión contra el romanismo de la inteligencia»; para Vasconcelos a veces está «viciado de mediocridad», porque es «desenfrenadamente personal». Por tanto, se interroga sobre si existirá una vía nueva y fértil entre la rigidez del tratado y la superficialidad del ensayo.

En cuanto a la novela, las opciones epistemológicas de Vasconcelos no dejan de incurrir en un nutrido haz de contradicciones. Interrogado en 1923, en el

[24] *Cf. La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes, 1916-1959*, compilación y notas de Claude Fell, México, El Colegio Nacional, 1995, p. 29.

marco de una encuesta del *Universal Ilustrado*, el entonces ministro de Educación había contestado que no había novelistas en México porque el contexto cultural nacional no favorecía tal florecimiento, y que había que alentar el desarrollo del cuento, que es un género que se adapta mejor a la «pereza» *[sic]* del mexicano y que, bien manejado, puede alcanzar cimas tan altas como la novela.[25] Por eso, cuando se había tratado de recomendar ciertas lecturas en el marco de la campaña contra el analfabetismo que desarrollaba en 1920 desde su puesto de Rector de la Universidad, Vasconcelos había propuesto los nombres de escritores extranjeros: «En todas las épocas y entre toda la multitud de los pensadores y de los escritores se destacan siempre aquellos que logran imponer una orientación y formar una síntesis de los supremos valores del espíritu humano. Si pasamos la vista por toda la producción mental contemporánea, encontramos tres grandes figuras que la Universidad señala a la atención del público; tres visionarios cuyas doctrinas deben inundar el alma mexicana: Benito Pérez Galdós, Romain Rolland y León Tolstoi». Vasconcelos justificaba esta selección alegando una serie de elementos de orden moral y espiritual: «Amplio y generoso concepto de la vida», «bondad del corazón como una forma de lo sublime», «gracia vivificadora y fortificante» en Galdós; «impulso de las fuerzas éticas y de las fuerzas sociales, tendiendo a superarse para insertar sus esfuerzos en la corriente divina que pordoquiera conmueve al Cosmos» en Romain Rolland; «encarnación más genuina del espíritu cristiano» en Tolstoi: cada uno de estos escritores posee este poder de «transfiguración» del lector que Vasconcelos analizaba en 1919 en sus *Divagaciones literarias*, aun cuando ninguna obra de estos tres autores figurase en la lista que entonces proponía.[26]

En *Ulises criollo* reitera sus reservas en cuanto a cierto tipo de novela, como lo prueba el episodio reconstituido en el capítulo «Sobre el asfalto», donde recuer-

[25] Óscar Leblanc, «¿Por qué no hay novelistas en México?», *El Universal Ilustrado*, 16 de agosto de 1923», pp. 34 y 53. Por supuesto, la opinión de Vasconcelos dista mucho de ser compartida por todos los escritores que contestan y algunos consideran que en el siglo XIX México produjo una serie de novelistas de primera magnitud (Payno, Altamirano, Riva Palacio) y que hay que continuar esta tradición novelística que habría tenido aún mayor alcance si estos escritores hubiesen podido consagrarse entera y totalmente a su oficio.

[26] J. Vasconcelos, «Libros que recomienda la Universidad Nacional. Circular núm. 4, 30 de julio de 1920», *Boletín de la Universidad*, I, 2, noviembre 1920, pp. 27-28. No deja de sorprender la presencia de Galdós, poco citado por Vasconcelos, en esta lista. En cambio, se conoce su admiración por Romain Rolland, por su compromiso social y sus tomas de posición pacifistas. Sus *Vidas ejemplares* formarán parte de los «Clásicos» publicados por la SEP entre 1922 y 1924. En respuesta a una de sus cartas, Vasconcelos le escribe, el 4 de febrero de 1924: «También hemos procurado llenar nuestras bibliotecas con sus libros, sintiendo que de esa manera purificamos el ambiente y levantamos el nivel moral de la Nación. Refiriéndome también a algo personal, le diré que no hace pocos años, en el largo periodo de tiempo en que anduve perseguido y desterrado, calumniado y pobre, fue en su *Jean-Christophe* donde muchas veces encontré aliento». *Boletín de la SEP*, 5-6, 1923-1924, p. 724. En cuanto a Tolstoi, «maestro de energía y entusiasmo», como lo llamaba ya Pedro Henríquez Ureña en

da unos paseos por la ciudad de México en compañía de su amigo, el poeta Eduardo Colín: «Hablábamos del género entonces en boga: la novela; sus preferencias, Stendhal y Flaubert, me parecían poco menos que intolerables. La necesidad en que se coloca el novelista de encarnar en personajes su tesis, con la correspondiente obligación de inventar escenarios y describir minucias con el estilo de los muebles de una habitación, me era repulsiva como una degradación del espíritu. Exagerando la protesta contra el realismo de Zola, me lanzaba incluso contra Shakespeare obligado a reencarnar leyendas y temas del acervo popular. Me era antipático, además, que el gran pensamiento tuviese que estar atento a reglas de prosodia. Lo que para mí era el pensamiento no me llegaba por imagen ni por fórmulas, sino por ondas y melodías». No cabe duda de que el rechazo de la creación *ex nihilo* de personajes de ficción y de una trama novelesca lo han conducido casi «naturalmente» hacia la autobiografía. Además, evocando, en el capítulo «El intelectual», a sus «colegas» del Ateneo de la Juventud y el «ambiente literatesco» *[sic]* que reinaba en el grupo, Vasconcelos escribe: «Muchos de ellos fueron avanzada de los que hoy desdeñan a Balzac por sus descuidos de forma y, en cambio, soportan necedades de Gide[27] o de Proust, como que eternamente los profesionales del estilo ignoran los relámpagos de los mensajes que contienen espíritu». La hoja mecanografiada número 343 del manuscrito deja un blanco al lado del nombre de Gide y Vasconcelos lo rellena escribiendo a mano el nombre de Proust, cuya lectura le inspiraba tedio. En realidad, más allá de sus declaraciones a favor de una literatura recorrida por un gran soplo espiritual y emocional, su modelo de referencia sigue siendo Balzac, pero confiesa en *Ulises criollo* que tempranamente, cuando se puso a escribir, tuvo problemas –aparentemente superados en el primer tomo de su autobiografía– con las descripciones, que, en sus primeros intentos, resultaron «pobres, defectuosas de estilo. No revelaban lo que había querido poner dentro de la trama verbal. Ni me hubiera bastado ninguna literatura para una composición en la que yo vertía las resonancias del Cosmos». Por eso poco a poco se orienta hacia otro género, más flexible que la novela, más polifónico: la autobiografía, como lo explica a Emmanuel Carballo: «Cuando me decidí a escribir prosa narrativa quise hacer novela a lo Balzac, pero fracasé: me salió un género un tanto híbri-

---

1905, suscitó la admiración de la mayoría de los miembros del Ateneo de la Juventud. El 16 de septiembre de 1916, Vasconcelos escribe a Alfonso Reyes: «En México hay ahora una corriente tolstoyana. Desgraciadamente, la mayor parte de nuestros amigos no la entienden; son otros, y generalmente los de abajo, los que procuran cumplirla».

[27] Sin embargo, Vasconcelos fue un lector asiduo de la autobiografía de Gide: «En el *Ulises* –declara a Emmanuel Carballo– precisamente traté de aprovechar el consejo de Gide según el cual la literatura tiene por objeto salvar del olvido situaciones que amamos. Yo lo que quise salvar fue mi Piedras Negras, en Coahuila». E. Carballo, *op. cit.*, p. 25.

do, la biografía novelada (nunca pude desprenderme de la primera persona). En mis Memorias intenté describir a mi generación y al mundo miserable en que le tocó vivir».[28]

Por otra parte, Vasconcelos confesó repetidamente el interés que presentaba para él la biografía y la autobiografía. Fue un lector apasionado de las biografías «ejemplares» de Romain Rolland, pero también había leído a Plutarco, Chateaubriand, Gide y muchos otros. Desde el pueblo de Somió (España), donde está redactando sus *Memorias,* escribe a Alfonso Taracena, el 15 de agosto de 1933, para agradecerle el envío de su «libro de memorias autobiográficas»: «...me ha impresionado porque parece responder a reflexiones que no hace poco hacía a propósito de la nutrida literatura de género autobiográfico que hoy se cultiva en todo el mundo. Y lamentaba que la vida de México no se escribiese. No escribirla es como dejarla sin existencia y sin sanción ni gloria. Sin duda porque no escribimos lo que somos y hemos sido, no empezamos aún a ser, y son posibles tantas falsificaciones. Un pueblo con buena y verídica literatura necesariamente es un pueblo libre y honesto. El rufián no resiste a la letra escrita. Pero ¿cómo no ha de perdurar entre nosotros si los mejores, nuestros grandes poetas hijos de la tiranía, se han dedicado a versificar y casi no ha habido quien recoja la tragedia y la amargura de nuestro medio?». Añade, en la misma carta a Taracena: «Su libro es triste, sería falso si no lo fuese. Al recibir yo esas Memorias de que ya le he mandado una parte, he querido realizar un propósito semejante al suyo. He querido organizar la visión de los elementos que han estado determinando nuestra desgracia nacional [...]. Procuro recoger yo el sentir de mi generación. Usted acaba de dar el de la suya, y cuando sean así los muchos los que escriban sobre estas materias, se irá integrando el cuerpo espiritual, la realidad de lo que somos».[29] Por eso, las *Memorias* de Vasconcelos serán concebidas ante todo como un testimonio, como la voluntad de colmar un vacío en el ejercicio de la memoria colectiva, como el afán de denunciar las mentiras y los olvidos de la historia oficial y, también, de emitir un juicio moral sobre los percances de la vida nacional. En esta perspectiva, la literatura es un arma al servicio de la «verdad»; el silencio es el vacío, el olvido, el no-ser; escribir es actuar. «Yo estoy harto –escribe a Taracena el 2 de septiembre de 1933– y asqueado de nuestros cien años de historia vil, pero a fin de no perder el derecho de señalar esa vileza, sigo y seguiré dispuesto a reanudar la pelea en el instante en que se coloque la lucha en los términos que corresponden después de tanto hablar. Pues llega un momento en que la misma palabra se envilece si no se acompaña de acción».[30]

---

[28] E. Carballo, *op. cit.,* p. 29.
[29] *Cartas políticas de José Vasconcelos, op. cit.,* p. 89.
[30] *Ibid.,* p. 95.

La autobiografía de Vasconcelos proclama claramente su ambición de ser una crónica de la vida mexicana contemporánea, lo que no deja de plantear problemas deontológicos que el autor-narrador tiene constantemente presentes. En mayo de 1933, o sea casi exactamente dos años antes de su publicación por la Editorial Botas, Vasconcelos esboza el esquema general de la obra, que piensa publicar «por entregas» en distintos periódicos: «Desde luego, la obra comienza con mis primeros recuerdos de la infancia y sólo al final toca temas políticos. Acaba la obra en los días de la muerte de Madero. Y aunque en este final se mencionan ya algunos nombres actuales, bien podían sustituirse en la publicación periodística dichos nombres con algún anagrama o cualquier artificio».[31] El escritor no puede vivir desvinculado de su siglo y encerrarse en su «torre de marfil»; escribir sus *Memorias* es para Vasconcelos una nueva oportunidad de participar, a pesar del exilio, en el debate nacional, mediante la reconstitución de sus «propias andanzas y pasiones»; es también la posibilidad de materializar, a través de la obra escrita, sus discrepancias culturales y literarias, varias veces proclamadas, con sus «colegas» del Ateneo de la Juventud: «A excepción de Antonio Caso –escribe en *Ulises criollo*–, a quien siempre admiré, los demás del Ateneo me parecían incompletos, con su preocupación de la forma y su falta de garra para pensar y para vivir». Por eso, el primer tomo de la autobiografía rebosa de alusiones más o menos detalladas a la cocina mexicana («Gastronomía cosmopolita»), a las peregrinaciones y otras manifestaciones religiosas («La coronación de la Virgen»), a la vida estudiantil en la Preparatoria y la Universidad («El estudiante», «En Jurisprudencia»), a ciertas prácticas médicas y hospitalarias («La pendiente»), al desarrollo desigual de las ciudades por ambos lados de la frontera norte («El retorno»), al «estancamiento» de la vida provinciana. Sintomáticamente, uno de los capítulos se titula: «La realidad», lo que evidencia la línea claramente referencial y realista de *Ulises criollo*. «Por definición –recuerda Philippe Lejeune, uno de los mejores especialistas del género autobiográfico–, una autobiografía cuenta una historia fechada y situada».[32] En cuanto a la forma, Vasconcelos escoge un procedimiento sencillo y eficaz: cada capítulo –de extensión variable: desde media página hasta unas veinte cuartillas –gira alrededor de un acontecimiento dominante, que puede ser de orden personal (la agonía y muerte por tuberculosis de uno de sus hermanos: «La agonía»), o colectivo y nacional (la prisión y el asesinato del presidente Francisco I. Madero: «El averno»). Algunos capítulos, donde se combinan la observación y la imaginación, suenan y se leen como verdaderos cuentos («El violín en la montaña»).

---

[31] *Ibid.*, pp. 88-89. Los «artificios» utilizados por Vasconcelos en *Ulises criollo* –«Pansi» por Alberto J. Pani o «Fulgencio» por Félix F[ulgencio] Palavicini – no podían engañar al lector de su época.

[32] P. Lejeune, *Le pacte autobiographique*, París, Éditions du Seuil, 1975, p. 32.

Pero de esta «crónica» se desprende claramente una voluntad mitologizante, de aspiraciones casi metafísicas: «No era mi tema la Historia ni lo ha sido nunca –precisará en un artículo de 1938–, sino el ejercicio de desentrañar ideas y teorías del confuso desarrollo de los pueblos».[33] Aunque periódicamente interrumpida por apuros económicos y percances de la vida personal del autor, la redacción se sitúa en un fluir continuo de la memoria; el enfoque de *Ulises criollo* quiere ser distanciado, y lo es obligatoriamente, como lo nota el mismo Vasconcelos en el capítulo «En provincia», por el mero transcurrir del tiempo: «Para retener la huella del fluir que somos, se escriben los diarios, pero yo nunca acostumbré llevarlos. Siempre me pareció vano ocuparme de la minucia del día. Y cuando el suceso era o me parecía extraordinario, lo era tanto que no necesitaba ser apuntado; se incorporaba de por sí y para siempre en la estructura misma de mi conciencia [...]. A falta de diario escribía yo entonces borradores para futuros libros, apuntes de tesis filosófico-artísticas con que imaginaba remover las bases del pensamiento contemporáneo». En cierta medida, volvemos a encontrar la misma ambición totalizadora en *Ulises criollo*. Así se explica la proyección en el libro de un tiempo a la vez globalizante, como lo hemos señalado arriba, y reiterativo, circular, ritual. Vasconcelos enfatiza la resurgencia de ciertas plagas en la vida nacional, como lo explicita la reacción de los medios políticos de la Capital frente a la actitud generosa y magnánime de Madero: «Aquel perdón riesgoso cerraba el ciclo dominado por el rito azteca que requiere el sacrificio de los prisioneros. Los grandes fusiladores del mañana inmediato, los Victoriano Huerta, los Pancho Villa, los Carranza y los Calles se inmutaron». En realidad se trata de una pausa efímera en el «ciclo» de la violencia, de la «barbarie»: Madero será sacrificado y, de nuevo, Huitzilopochtli («Huichilobos») triunfará de Quetzalcóatl.

Este proceso constante de mitificación modifica el estatuto del narrador, asimilado a Ulises, figura recurrente en la obra de Vasconcelos,[34] como lo ha notado repetidamente la crítica, y justifica también la estructura dicotómica del discurso, dicotomía que, a veces –y de manera explícita– remite a la famosa oposición entre civilización y barbarie ideada por Sarmiento, como, por ejemplo, cuando reconstituye la reacción maderista a la decadencia que se había apoderado del país: «Por todas partes, los colegios vencían al cuartel y la población urbana se imponía a la barbarie de los campos, almácigo de barbarismos y bandidajes», o cuando plantea el problema de la democracia en México: «Desde el principio nuestra sociedad padece la periódica invasión de la barbarie del

[33] J. Vasconcelos, «Alamán en el ayuntamiento», *Hoy*, 12 de febrero de 1938, p. 7. «No hago historia, intento crear un mito», escribirá Vasconcelos en *La tormenta*. *Cf. Obras completas*, I, México, Libreros Mexicanos Unidos, 1957, p. 1337.

[34] *Cf.*, por ejemplo, la «Conferencia leída en la Universidad de San Marcos, de Lima, Perú, el día 26 de julio de 1916», en: *Obras Completas*, I, *op. cit.*, pp. 57-78.

campo sobre los centros de cultura que se forman en la ciudad. Cada revolución ha sido desencadenamiento salvaje que arrasa el trasplante europeo penosamentre cultivado por mestizos y criollos. Así nuestras ciudades son islotes de un mar de incultura [...]. Madero liquidaba el facundismo, la supremacía del bruto armado sobre el civilizador constructor. Es decir, cambiaba el sentido de la vida nacional». Dicotomía también en el retrato de figuras históricas antagónicas (Madero vs Huerta), en la descripción de la lucha ancestral entre indios y criollos,[35] entre «patria chica» y Nación, en la confrontación de las mentalidades norteamericana y mexicana,[36] en el combate épico entre el Bien y el Mal.

*Ulises criollo*, «autobiografía novelada»,[37] ostenta este «estilo suelto y conciso» con el que soñaba Vasconcelos. Puede ser considerado también como una novela de formación, cuanto más que el autor-narrador se interroga repetidamente sobre su propia identidad (*cf.* en particular el breve capítulo titulado «¿Quién soy?»). Pero, para el público de 1935, el autor no es un desconocido y *Ulises criollo* no es su primer libro. Su acción a la cabeza de la SEP entre 1921 y 1924, la campaña presidencial de 1929 lo han transformado en un personaje público; la identificación entre el autor y el narrador es total e indiscutible, y el «pacto autobiográfico» claramente establecido. Ahora bien, identidad no significa semejanza. *Ulises criollo* rompía ciertos tabúes de la vida literaria mexicana[38] y revelaba a un escritor que hasta ahora quería imponerse como «filósofo», después de haber sido «este Ulises criollo, presa de las Furias de la política», según la fórmula de Alfonso Reyes. En una carta de junio de 1935, Alfonso Taracena cuenta a Vasconcelos que se encontró con Antonio Caso en la librería de Porrúa,[39] y termina así la breve anécdota: «Al despedirse de todos, sombrero en mano, luciendo sus canas, gritó desde la puerta, dirigiéndose a mí: "¡Es un gran libro ese de Ulises!"».

---

[35] *Cf.* J. J. Blanco, *op. cit.*, p. 28: «Durante toda su vida, el tiempo alegórico que Vasconcelos dio a la vida mexicana fue la inminencia de su anexión a los Estados Unidos y/o la inminencia de la regresión a la barbarie azteca por la sublevación de los indios».

[36] El mismo Vasconcelos determina, en *Ulises criollo*, la dicotomía siguiente: «Establecía, para empezar, una división de los humanos ingenios en dos ramas: cabezas empíricas, cabezas anglosajonas que se conforman con el trabajo de la inducción que amontona casos, y cabezas latinas que usan los casos, los datos para formular esquemas, generalidades, conjuntos» («En provincia»).

[37] Si nos atenemos a la definición que da Philippe Lejeune –«Relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo el acento sobre su vida individual, en particular sobre la historia de su personalidad». P. Lejeune, *op. cit.*, p. 14–, *Ulises criollo* es claramente una autobiografía, como lo anunciaba ya el subtítulo de la primera edición: *Ulises criollo. La vida del autor escrita por él mismo.* Notemos que si la edición censurada Jus subtitula: «(autobiografía)», cualquier mención fuera del título desaparece en la edición del Fondo de Cultura Económica. Por otra parte, esta última edición indica: «Primera edición (Botas), 1936», cuando se sabe ahora que el libro se publica por primera vez en junio de 1935. *Cf. Cartas políticas de José Vasconcelos*, *op. cit.*, p. 168.

[38] *Cf.* Martha Robles, *op. cit.*, p. 65: «La costumbre del susurro acabó de pronto».

[39] *Cartas políticas de José Vasconcelos*, *op. cit.*, p. 194.

En un artículo titulado: «*Ulises criollo* (1935): una historia mexicana revisitada», Maryse Gachie-Pineda considera que en los «años cardenistas» (1934-1940), propicios al debate intelectual, descuellan dos figuras señeras: José Vasconcelos y Vicente Lombardo Toledano. «Consejero del príncipe», el segundo bregará por introducir en México un marxismo que intentará adaptar a la realidad nacional; por su parte, Vasconcelos, auto-exiliado, desempeñará el papel del «Gran Disidente», enjuiciando desde afuera la vida política mexicana. En la trayectoria existencial del ex-ministro de Educación, la escritura se substituye a la acción y las obras se acumulan, confortadas por el éxito editorial del primer tomo de las *Memorias*.

Es el contenido histórico de este primer volumen el que se propone analizar Maryse Gachie-Pineda, pero enfocándolo desde «una perspectiva global». Se trata de una Historia inmediata, cuyos actores, en su gran mayoría, están todavía vivos, y en la que buena parte del público lector se reconoce. Por eso la ideología surge en la narración a un triple nivel: el de una «ideología enunciada», asumida por una conciencia individual situada en un contexto político y social determinado; luego, el de la ideología que se desprende del texto y, por fin, el de una ideología implícita, más difícil de detectar. La visión propuesta sería, pues, idealista, personalista y voluntarista.

Desvalorizando la «barbarie azteca», Vasconcelos enaltece la Conquista y la colonización españolas, «la primera como epopeya y la segunda como Edad de Oro», marcando respectivamente el nacimiento y el apogeo de la nación. Frente a esta fase gloriosa, la Independencia será forzosamente interpretada como un «desastre», que cobra dos formas: «desintegración y militarismo». Sin dedicarse, como lo hará más tarde, a una confrontación entre Alamán –«mi antepasado»– y Juárez, Vasconcelos critica ferozmente el juarismo y las «bárbaras leyes de Reforma». Por otra parte, el porfirismo, cuya etapa final coincide con la niñez y juventud del autor, merece en libro un estudio más detallado: el período es paradigmático del «pretorianismo», caracterizado por un capitalismo dependiente y el afrancesamiento de la vida cultural. Frente a este México porfiriano, «corrupto, militar, asesino», se levanta el movimiento maderista, de índole claramente «espiritualista», pero brutalmente decapitado por el asesinato de los hermanos Madero y del vicepresidente Pino Suárez.

Con todo, esta visión de la historia «subjetiva, polémica y maniquea», según Maryse Gachie-Pineda, dista mucho todavía de la «vehemencia apasionada» que caracterizará los tomos siguientes de la autobiografía, *La tormenta* y *El desastre*. La polémica se empapa de la nostalgia de un tiempo «perdido y recobrado», que constituye el encanto de este libro. Vasconcelos evoca un mundo de haciendas acogedoras, de ciudades con fachadas policromas y cúpulas barrocas, donde se saborea una refinada cocina criolla realzada por el consumo de vinos «latinos» y champañas franceses.

Pero esta visión no es únicamente descriptiva, se quiere también analítica, girando alrededor de una «idea-fuerza», tomada de Sarmiento –la dicotomía «Civilización/Barbarie»–, y del concepto polisémico de «raza», utilizado como contrapunto al concepto marxista de «clase social». El signo «raza» tiene aquí significados múltiples: biológico puro («sangre»), socio-biológico («casta»), biológico y cultural («nación, pueblo»), étnico-cultural (la comunidad hispanoamericana). De esta doble visión descriptiva y analítica derivan «los ejes del pensamiento político»: la nación puede entonces definirse como «la síntesis de los valores raciales», biológicos y culturales. Valores fundamentalmente «criollos» («El criollismo, o sea la cultura de tipo hispánico», precisa Vasconcelos desde la «Advertencia»).

Por eso emerge del texto la idea de una «no-nación», contrabalanceada por la evocación nostálgica de un pasado glorioso opuesto a un presente decadente –idea dominante en los fascismos europeos de aquella época–. La «nación soñada» sería dominada por la clase media criolla, de donde procede el narrador. Pero desde los años 20 la nación mexicana se define en el pensamiento de Vasconcelos como inserta en una «raza hispanoamericanana», o sea, precisa Maryse Gachie-Pineda, «una comunidad étnica basada en una latinidad predominantemente hispánica». Lo que abre la puerta, en *Ulises criollo*, a una aprensión de la contradicción entre el norte y el sur del continente, a una denuncia de la hegemonía económica, prolegómenos del imperialismo cultural violentamente zaherido en *La tormenta*.

La publicación de *Ulises criollo*, el 20 de junio de 1935, suscitó en la prensa mexicana una serie de debates, de polémicas, de acusaciones, de auto-justificaciones y también de elogios. Andrea Revueltas recoge las reacciones más significativas al libro de Vasconcelos y señala las corrientes dominantes que recorren las críticas y reseñas de la época. Con razón, Andrea Revueltas, en un estudio dedicado a «la recepción de la crítica», empieza por insertar el primer tomo de la autobiografía de Vasconcelos en su contexto histórico, o sea el segundo año del mandato presidencial de Lázaro Cárdenas, lo que explica que el libro haya sido interpretado por el público lector como un alegato «contra el callismo y lo que éste representaba».

Inmediatamente, el libro se convierte en un éxito de librería, con cinco ediciones en menos de un año, y a pesar de las violentas discrepancias que suscita su interpretación, la inmensa mayoría de los críticos enaltecen «la sinceridad y valentía» con que está escrita la autobiografía y le reconocen indiscutibles calidades literarias. Desde luego, en estas reseñas, «las referencias a otras autobiografías son frecuentes» y Andrea Revueltas apunta alusiones a Rousseau, Casanova, Benvenuto Cellini y hasta a la autobiografía escandalosa del inglés Frank Harris. Un crítico neoyorkino se atreve incluso a comparar el libro con el *Ulises* de Joyce.

Pero si los jóvenes, como regla general, se entusiasman por el libro –como lo habían hecho por el hombre en la campaña presidencial de 1929–, no faltan las acusaciones de megalomanía, de «locura», de indecencia (por «el desfile meticulosamente descrito de todas las principales amantes», como lo precisa una de las pocas mujeres que comentó el libro), de individualismo «ególatra». Abundan también, por supuesto, las críticas sobre el contenido histórico y político de esta autobiografía. Algunas se extrañan del «odio que Vasconcelos siente por el carrancismo», otras consideran que este libro «hermosamente escrito, en un estilo versátil que va del humorismo allirismo, debe su éxito a maliciosos ataques a Calles y su círculo». «También en política es un místico –comenta Ramón Puente, que se acarreará una irónica y despectiva respuesta de Vasconcelos– en sus odios y en sus amores». Otro reprocha a Vasconcelos su «ignorancia de las masas explotadas» y varios críticos condenan la violencia sarcástica, la falta de «tolerancia y ponderación» que caracteriza al libro de Vasconcelos en su manera de enjuiciar al personal político mexicano, a excepción de Francisco Madero. «Otros –apunta Andrea Revueltas–, por el contrario, admiran el Ulises como testimonio histórico y como crítica moral», aunque muchos denuncian un sinfín de errores históricos en la interpretación de los acontecimientos de la Revolución y del período que sigue a la «tormenta» revolucionaria. Sin embargo, según uno de los articulistas, «la lectura resulta dolorosa [...] pero fecunda, es martirio que propende a la depuración», y varios han leído el libro como una obra desmitificadora y que vale sobre todo por su sinceridad.

Varios políticos aludidos contestaron, a veces con una vehemencia comparable a la de Vasconcelos, en artículos o incluso en libros completos, como fue el caso del ingeniero Alberto J. Pani (que aparece como «Pansi» en *Ulises criollo* ): «Es lamentable –comenta Pani en un libro publicado en 1936 y centrado sobre la autobiografía de Vasconcelos– que uno de los más altos valores mexicanos se haya gastado en una oposición que fatalmente ha tenido que resultar infructuosa por haber sido sistemática». Pero no todos tienen la relativa moderación de Pani: en un artículo publicado en la revista *Todo* en julio de 1937, Félix F. Palavicini, presentado en las *Memorias* como un pobre diablo y un advenedizo, lo amenaza y lo insulta de manera burda.

Finalmente, Andrea Revueltas dedica un comentario especial a tres artículos de Jesús Guisa Acevedo, del Dr. Jorge Fernández de Castro y, muy particularmente, de Jorge Cuesta, porque «los tres van más allá de las discrepancias referentes a lo literario, lo autobiográfico o lo político [...]; les importan sobre todo los conflictos espirituales de Vasconcelos, la relación entre vida y pensamiento, y lo que significa un hombre como Vasconcelos en un país como México». En la reseña de Cuesta, por ejemplo, se destaca el profundo misticismo de Vasconcelos, considerando que «la biografía de Vasconcelos es la biografía de sus ideas» y que «la mística de Vasconcelos y la vida política del país guardan

una relación que es más profunda de la que puede explicarse por la pura influencia personal del pensamiento de este hombre, a quien tiene que calificarse de extraordinario».

Por su parte, el historiador del Colegio de México, Javier Garciadiego, en «Tres asedios a Vasconcelos», se dedica a «dilucidar tres momentos fundamentales en la vida de Vasconcelos, los que dieron lugar a varios recuerdos y reflexiones en su admirable autobiografía». Se trata de la participación de Vasconcelos en el Ateneo de la Juventud, de su adhesión al movimiento maderista contra Porfirio Díaz y de «su sorprendente y enigmático distanciamiento del gobierno de Madero, a pesar de que simpatizaba con él y de que sabía que carecía de colaboradores leales y capacitados».

En cuanto al Ateneo de la Juventud, Javier Garciadiego subraya acertadamente que hay un contraste violento entre los comentarios de Vasconcelos en cartas y conferencias casi contemporáneas de las actividades del Ateneo, y los juicios emitidos más de veinte años más tarde en su autobiografía, después de la disgregación del grupo del Ateneo, por razones esencialmente políticas. Sin embargo, no cabe duda de que había discrepancias culturales básicas entre los distintos miembros del Ateneo –como la afición que experimenta Vasconcelos por el pensamiento oriental, por ejemplo– y, sobre todo, una motivación diferente en cuanto al rechazo común al positivismo, cuya raíz, en Vasconcelos, remite a su profunda religiosidad: «La actitud de Vasconcelos podría parecer extraña al interior del Ateneo, pero no lo era si se contempla la postura que hacia el positivismo guardaban los jóvenes universitarios de entonces, católicos por abrumadora mayoría».

Por otra parte, frente a la escasa movilización de los ateneístas y universitarios para apoyar a Madero en contra de Porfirio Díaz, «¿cómo explicar el súbito maderismo de Vasconcelos?». En su autobiografía, él mismo invoca motivaciones morales: «El porfirismo era la contumacia en el mal, mientras el maderismo era casi una santidad». En realidad, un examen atento de la correspondencia de Madero permite matizar esta adhesión aparentemente entusiasta y total, y considerar que «la actuación de Vasconcelos durante la lucha maderista fue, para decir lo menos, titubeante», hasta tal punto que en octubre de 1909 fue sustituido en la dirección de *El Antirreeleccionista* por Félix Palavicini y que repetidamente se radicó en Estados Unidos, suspendiendo toda relación con sus compañeros antiporfiristas.

Lo que aparece también como paradójico es su decisión de dedicarse únicamente a su profesión de abogado, después del triunfo de Madero y la renuncia de Porfirio Díaz. En realidad, «sus problemas comenzaron cuando Madero decidió disolver el Partido Nacional Antirreeleccionista y reestructurarlo en uno a llamarse Partido Constitucional Progresista» y cuando Vasconcelos tuvo que apoyar la candidatura a la vicepresidencia de José María Pino Suárez contra la de Francisco

Vázquez Gómez, a quien tenía en muy alta estima. Además, fue derrotado cuando postuló como candidato a una curul en la XXVI[a] Legislatura y Madero, conociendo «el carácter impulsivo y vanidoso» de Vasconcelos, no lo invitó a colaborar en su gabinete y consideró que le sería más útil como presidente del Ateneo de México. Hay que tomar en cuenta también el desliz de Vasconcelos que se negó a recibir a Manuel Ugarte para una conferencia en el Ateneo, porque «consideró que ello le acarrearía problemas a Madero con el gobierno norteamericano», y las violentas polémicas con los estudiantes suscitadas por su decisión. Este «serio descalabro político a lo largo del gobierno maderista» antecede una larga serie de derrotas sufridas por Vasconcelos. «Paradójicamente –concluye Javier Garciadiego–, sus derrotas como político no implican que su proyecto fuera erróneo».

En el apartado reservado a las lecturas del libro, Martha Robles, en un artículo titulado: «Vasconcelos, fabulador» señala la originalidad de la visión del mundo en *Ulises criollo*, que más que un testimonio es una confesión que «acude a las fuentes poéticas para instaurar su propia imagen del mundo». Vasconcelos, pasando por la «afabulación», la ficción y la mi(s)tificación logra imponer una Verdad, Su Verdad, y hacer de *Ulises criollo* «una piedra de toque en la literatura contemporánea». El mundo de Vasconcelos es «propio, arbitrario e insólito», pero resulta universal ya que hunde sus raíces en las angustias y frustraciones contemporáneas, contestando al mismo tiempo al «apetito popular de heroicidad» que consigue saciar con su «desmemoria biográfica». El exministro de Educación del presidente Obregón es un imprecador –«niega, compone, ajusta y reafirma con igual frescura»–, un «transgresor», un «excéntrico» que elabora su odisea personal emulando «al grandioso Ulises en su irresistible inclinación a mentir». Asume su propia heroicidad, persuadido de que sólo él puede «salvar a la patria» y «redimirla de su primitivismo brutal». Poco a poco, conforme va desarrollándose el relato, se instaura la ruptura entre su proyecto personal y «la barbarie desatada por la Revolución», las fechorías del «autoritarismo militar» de Victoriano Huerta y del clan carrancista. Pero la «soledad» de Vasconcelos se quiere ejemplar, «por eso no asombran su desmesura al reinventarse Ángel exterminador de villanos ni el caudal de exageraciones que puebla su obra». No vacila en acumular revelaciones públicas e íntimas, en «juntar lo propio al acontecer de la patria», en acudir a una primera persona poco común en las letras mexicanas, en arriesgarse «a enjuiciar, a hablar por los otros, a denunciar, a encarnizar», para alimentar la indignación de los vencidos y «transformarse en leyenda», más allá del «cúmulo de enredos de fechas, episodios, nombres y sucesos reinventados por su furia creadora».

Por su parte, Fabienne Bradu insiste, en su estudio titulado «José Vasconcelos: el hombre sentimental», sobre «la estrecha identificación» –fomentada por el

mismo Vasconcelos en sus *Memorias*– «entre el destino de la nación y la vida del autor». Hay efectivamente razones objetivas para acreditar tal versión si se atiene a los compromisos de Vasconcelos en la vida nacional hasta 1929 (e incluso después de esta fecha, ya que él «tiene más que nunca la certeza de que México perdió, con él, su última oportunidad de redención y de cambio»). Sin embargo, Fabienne Bradu destaca con razón otra dimensión de las *Memorias:* su «singularidad [...] no reside tanto en la originalidad de sus experiencias o sentimientos como en el hecho de que es prácticamente el único hombre público que ha escrito y revelado su vida privada a un gran número de lectores», en un país donde «los pactos de silencio» sufren muy escasas infracciones: «no existe parangón, en el género autobiográfico, al gesto y a la expresión literaria de José Vasconcelos cuando evoca su educación sentimental. De ahí el riesgo de confundir la excepción del relato con la singularidad de la experiencia». La «educación sentimental» de Vasconcelos no tiene nada excepcional, lo que sería «una manera subrepticia de encarnar el destino de sus contemporáneos, por la vía de una comunidad de experiencias y sentimientos con sus lectores mexicanos». En realidad, toda la vida de Vasconcelos se rige a partir de una serie de dicotomías –goce/castigo, placer/deber, carne/libro, pasión amorosa/creación intelectual, paternidad/disponibilidad, matrimonio/política–, instaurando una «confusión entre los dos ámbitos que lo hará oscilar entre uno y otro, de una obra a otra, de una mujer a otra».

Tratando de ubicar las *Memorias* de Vasconcelos dentro del género autobiográfico, Sylvia Molloy establece, en su estudio «Primeras memorias, primeros mitos: el *Ulises criollo* de José Vasconcelos», una comparación con Sarmiento, con quien comparte ciertos rasgos, en particular cierta afición a lo paroxístico y «un ferviente anhelo de *hacer* sólo igualado por el anhelo de *ser visto* en acción». Sin embargo, si Sarmiento sugiere en *Recuerdos de provincia* la política que se prepara a aplicar, Vasconcelos adopta en sus *Memorias* un enfoque retrospectivo, presentando «la imagen no de un hombre que algún día podría ser presidente, sino de un hombre que hubiera podido serlo si su país hubiera obrado con sensatez». El pacto autobiográfico le permite «ajustar cuentas». Los cuatro volúmenes de las *Memorias* –recuerda Sylvia Molloy– fueron escritos entre 1931 y 1939; abarcan un período que va desde la niñez del autor-narrador hasta 1931, año del suicidio de su amante, Antonieta Rivas Mercado, en Notre-Dame de París. Así es que hay una especie de circularidad, la edificación de un inmenso mural en el que Vasconcelos, agigantando las proporciones, se «muraliza» a sí mismo. Por eso, los cuatro tomos de la autobiografía «constituyen un conjunto por infundir nueva vida en la retórica muerta del mesianismo nacionalista, reciclándolo a nivel de mito personal», lo que refuerza la identificación del autor con Ulises y la asimilación de la memoria personal a la memoria colectiva: «el libro intenta dar la impresión de que en sus páginas no es sólo un yo sino

todo México quien recuerda». Además, el autor quiso explícitamente ubicar estas *Memorias* en la intemporalidad, colocándolas bajo el signo de la figura materna «como proveedora de vitalidad, de identidad, de cultura y, muy particularmente, de memoria».

Como muchos autobiógrafos del siglo XX, Vasconcelos abre sus *Memorias* no con la referencia cronológica exacta de su nacimiento, sino rescatando «un primer recuerdo» que constituye, nota Sylvia Molloy, «una especie de epígrafe, una autocita que, si bien no resume la esencia de lo que va a seguir, sí apunta en esta dirección». El primer recuerdo de Vasconcelos, excepcionalmente positivo si se lo compara con otras autobiografías hispanoamericanas, irradia a través del texto y «aclara aspectos importantes de la persona mitológica que se fabricó Vasconcelos». En realidad, se trata de un primer recuerdo complejo: remite a la vez a la madre y a la separación, pero también a la resistencia a los peligros exteriores, con lo que Vasconcelos elabora «una imagen de proporciones heroicas que se acomoda a su situación presente: justifica la misión nacional a la que se siente destinado en términos de su novela familiar». Su antiimperialismo deriva también de las convicciones de su madre. Constantemente, el texto de *Ulises criollo* vuelve a ella, en un vaivén donde «inextricablemente se mezclan lo textual, lo ideológico, lo físico y lo erótico».

La relación con su madre y su brutal desaparición trastornan definitivamente la representación de la mujer en la mente de Vasconcelos. Por otra parte, la excepcional libertad con que hablaba de su vida sexual le acarreó numerosas críticas y lo indujo a censurar, en 1958, su texto: «Al reemplazar el impulso autobiográfico inicial –la exaltada búsqueda mítica– con la contrición, propone retroactivamente la imagen del autobiógrafo como penitente, y procede a cortajear la historia de su vida con un entusiasmo de censor parecido al de su madre».

Según Anne-Marie Jolivet, *Ulises criollo* se presenta como acto de comunicación y también de auto-creación. Se trata de definir, desde el mismo final de la «Advertencia», un espacio autobiográfico que sea el de un hombre público, traicionado por su patria y condenado al exilio. Vasconcelos firma con el lector un doble pacto: explícitamente autobiográfico por un lado, e implícitamente autopatriótico por el otro. Anne-Marie Jolivet se propone analizar la escritura vasconceliana para determinar cómo funcionan y se relacionan mutuamente estos dos pactos. Por eso se detiene en el primer capítulo, uno de los más largos, ya que constituye «una de las matrices generadoras de la escritura del libro». Brotan en esta primera secuencia una serie de imágenes; el significado surge del dinamismo de esta visión «cinematográfica» y no del ahondamiento introspectivo. Repetidamente se descubre también en esta primera sección la tensión entre el presente de la enunciación y el pasado del enunciado que caracterizan todo relato autobiográfico: «La escritura viene a ser instrumento de la memoria, pero también su intérprete artificioso y su máscara».

Siguiendo a Philippe Lejeune, Anne-Marie Jolivet recuerda que «todo proyecto autobiográfico procede de una célula inicial, de un trazo esquemático en el que queda resumido todo el contenido de la obra». Este elemento primordial es la asimilación por la madre del pequeño Vasconcelos con Moisés, y el primer tomo de las *Memorias* podría leerse como la trayectoria existencial del niño investido de una misión espiritual, que vino a ser «el héroe laico y criollo comprometido en la defensa de la patria traicionada». En esta trayectoria pueden distinguirse cuatro etapas: el yo infantil y juvenil; el yo estudiantil; el yo independiente; el yo patriótico. A partir del recorrido oaxaqueño, al final de la tercera etapa, «la escritura de *Ulises criollo* cambia de índole y de estructura». Ya no se trata de autorreconocimiento del destino personal, sino de exaltación de «la pasión renovada por el ideal vencido». Al fin y al cabo, la obra vasconceliana es «auténtica creación en el sentido en que nos ofrece la verdad y la máscara de un hombre y un escritor asumiendo su destino con la escritura».

En su artículo «La cicatriz de Ulises», Liliana Weinberg de Magis evoca «la marca de la historia en la figura intemporal del héroe» y el proceso de simbolización que se desarrolla en *Ulises criollo*. «Ascensión, elevamiento y alejamiento de las determinaciones temporales son notas que caracterizan la acción del héroe». Hay en el narrador-protagonista de *Ulises criollo* una constante búsqueda de superación que se traduce –aquí Liliana Weinberg acude ampliamente a Gilbert Durand– por el enfrentamiento del mundo de la luz y de las fuerzas de las tinieblas. Pero el símbolo universal de la lucha por la elevación espiritual se articula con una experiencia concreta, «y las *Memorias* nos conducen a la simbolización de un espacio público y de un momento histórico concreto».

La situación de Vasconcelos es paradigmática de la del intelectual latinoamericano, confrontado con la escasa coherencia y consistencia del espacio público, lo que problematiza la reflexión y, por ende, la acción. Uno de los ejes dominantes de su autobiografía es el relato de su propia formación, verdadera epopeya aventurera en ruptura con lo institucional, representado aquí por «un sistema educativo vertical, un régimen de gobierno autoritario y un sistema filosófico sectario». Por otra parte, como la mayor parte de los miembros del grupo ateneísta, Vasconcelos asimila ética y estética, y la crítica al determinismo positivista se resuelve mediante la exaltación del modelo artístico. «A diferencia de otras propuestas –la mariateguiana, por ejemplo, que acentúa historicidad y contradicción–, la de Vasconcelos se apoyará en la idea de concierto y superación de las contradicciones en un plano que el propio pensador denomina "espiritual" y que se apoya en el modelo de la espiral y la forma musical sinfónica». La meta apuntada, más allá de la épica individual, es la integración «en una saga de dimensiones colectivas y en un proceso de proporciones universales»; sólo puede cumplirse rebatiendo la acción enajenante de las instituciones y superando la fragmentación y compartimentación del mundo latinoamericano

del saber. Está planteada la disyuntiva fundamental: encerrarse en el espacio privado de la «ciudad letrada» o lanzarse a la palestra de la vida colectiva.

A partir del examen detallado de un episodio que se repite dos veces en *Ulises criollo* –la visita de José Vasconcelos, primero de niño, luego de adulto, a la ciudad de Durango–, Víctor Díaz Arciniega determina una doble aproximación de Vasconcelos a lo biográfico: primero, de orden cultural y, en un segundo tiempo, de índole ontológica. Efectivamente, más que el alcance puramente testimonial de sus *Memorias*, Vasconcelos valoriza ante todo un proceso de autorreconocimento, enfocando su pasado a partir de una visión relativamente desengañada de su presente. Por otra parte, se considera generalmente que la autobiografía es un género escasamente cultivado en América Latina y más precisamente en México. Acertadamente, Víctor Díaz Arciniega muestra que varios intelectuales mexicanos contemporáneos o de una generación posterior a la de Vasconcelos se dedican a elaborar su propia autobiografía a partir de su lectura, conflictiva o no, de *Ulises criollo*. Unos privilegian «el valor esencialmente humano plasmado por Vasconcelos». Otros adoptan la idea de un «curriculum vitæ ampliado» como fundamento de un recorrido cultural, de un «proceso de conformación histórica y política de México». Víctor Díaz Arciniega reconoce que «a contraluz de las memorias y autobiografías de sus coetáneos ocupados en actividades políticas, en Vasconcelos la voluntad de verdad histórica, el insoslayado espíritu (auto)apologético y el afán didáctico no están dentro de sus propósitos narrativos, como en dirección contraria entre los políticos desdoblados en autobiógrafos y memorialistas tampoco está la voluntad de comprensión del hombre como ser, con sus pasiones y contradicciones». Vasconcelos no busca *la* verdad sino *su* verdad, lo que no es el caso de Vito Alessio Robles, Alberto J. Pani, Félix F. Palavicini o el general Amado Aguirre, cuyas obras analiza Víctor Díaz Arciniega en una perspectiva comparatista. En estos autores, «su relato de los hechos lleva como propósito final el establecimiento de la verdad (histórica) donde ellos, por supuesto, cuentan con un lugar».

Pero la autobiografía puede también focalizarse sobre un acontecimiento específico. Es lo que harán con la aventura vasconcelista del 29 Mauricio Magdaleno, Baltasar Dromundo, Salvador Azuela y sobre todo Juan Bustillo Oro, cuyo *Viento de los veintes: cronicón testimonial* Víctor Díaz Arciniega analiza detalladamente. Aquí el sujeto de la acción no es tanto el autobiógrafo como autor narrador, «sino unos acontecimientos específicos en los que participó, así el sujeto individual se desplaza a un Otro colectivo, en este caso el vasconcelismo». Para otros autores, el período de referencia será la Revolución de 1910, como en el caso de *Autobiografía de la Revolución mexicana*, de Emilio Portes Gil, o *Fui soldado de levita*, de Francisco L. Urquizo, donde el vínculo entre literatura e historia «conduce hacia la construcción de los segmentos de una memoria revolucionaria que él pondera como propositiva y, con ello, desea contribuir a

la construcción del imaginario colectivo». Los dos reflejan en sus obras una crisis de conciencia política e histórica, mientras Vasconcelos «como individuo busca reconocerse dentro de un proceso de transformación personal, íntimo en muchos casos y político e histórico en otros». El pacto de lectura queda claramente asentado: «La única realidad que reconstruirá y describirá en su libro es su propia realidad; la única verdad será su propia verdad, independientemente de las contradicciones en que incurra respecto a sí mismo».

Entre sus coetáneos dedicados a la política, la obra de Vasconcelos fue recibida de manera polémica. En cambio, en otros contemporáneos, animados de propósitos más literarios, aparece o como un modelo o como un ejemplo que hay que superar. Sin embargo, los participantes de esta corriente literaria aprecian en el libro de Vasconcelos su aspecto catártico, cultural y definitorio de una vocación. Aquí entran ciertas obras de Andrés Iduarte y Alfonso Reyes donde prevalece «la intimidad de la autoconfrontación y autoanálisis», por parte de dos escritores que, como Vasconcelos en el momento de la elaboración de *Ulises criollo*, viven fuera de su país de origen. En este sentido, Víctor Díaz Arciniega considera que las memorias de José Juan Tablada y de Victoriano Salado Álvarez, publicadas anteriormente al libro de Vasconcelos, actuaron como contraejemplos para el autor-narrador-protagonista de *Ulises criollo*: no quiso «hacer de la evocación personal una historia colectiva». En cambio, se nota la influencia de Vasconcelos en las autobiografías de Enrique González Martínez y Jaime Torres Bodet: «Como poetas, ellos, como filósofo, él, los tres se enfrentan a una dualidad vital: la creación literaria o filosófica reclama una atención que ellos depositan en una acción profesional o de servicio civil, y esta lucha interior servirá para estructurar la reconstrucción autobiográfica». Los tres consideran también la autobiografía como género literario.

En resumen puede decirse que en Vasconcelos la conciencia de la historia y del lenguaje lo orienta hacia «la indagación del yo, como sujeto de la acción». Es notoria y evidente la influencia de San Agustín y de Rousseau, aunque no abiertamente reconocidas. Sin embargo, a diferencia de las *Confesiones* de Rousseau, en *Ulises criollo* el autor no acude a la escritura para expresar culpas, sino para mostrar «el proceso de cómo se ha ido transformando su personalidad». Por otra parte, a diferencia de las autobiografías de los coetáneos dedicados esencialmente a actividades políticas, Vasconcelos busca en el relato de su vida «un equilibrio entre lo episódico y lo narrado, percepción que revela una voluntad estética literaria de crear dentro del relato memorialístico y autobiográfico un cronotropo autosuficiente».

Después de constatar que los cortes efectuados en la versión «expurgada»– de 1958 constituyen en realidad incentivos para intentar leer el texto original, Rafael Olea Franco recuerda que *Ulises criollo* –indiscutible y apreciable éxito de librería el mismo año de su publicación– «lindó con el escándalo tanto por

su renovadora y desenvuelta postura de rememorar abiertamente sus aventuras eróticas como por su relato de sucesos de la gesta revolucionaria que significaron una desagradable sorpresa para algunos de los directamente implicados». Cuando uno abarca la totalidad de los cuatro volúmenes de la autobiografía –el quinto, *La flama*, publicado el mismo año de la muerte de Vasconcelos, ocupa un lugar aparte–, surge la pregunta a propósito de su unidad: es evidente que los últimos dos tomos, a pesar de la trayectoria diacrónica en que se sitúan, toman en cuenta las reacciones que acompañaron la publicación de *Ulises criollo* y de *La tormenta*. En cuanto a las secuencias en que está dividido el cuerpo del relato, sus títulos encubren a veces una diversidad extrema de focalizaciones, desde lo personal e íntimo hasta lo colectivo e histórico.

Desde la primera sección del libro –sintomáticamente titulada «El comienzo»– resalta la intensidad, que se prolongará más allá de la muerte de ella, de la relación madre-hijo, donde se combinan y entrelazan dos niveles: lo sensorial y lo memorístico. Por un efecto de prolepsis muy frecuente en las *Memorias* se anuncian también en esta primera secuencia los altos cargos que el autor desempeñará más tarde en el ámbito de la educación y de la cultura. Por eso, Rafael Olea Franco considera que «el mundo de los sentidos y el de los libros son dos polos mediante los cuales se otorga unidad al texto, pues en el relato de su vida, el escritor ha decidido construir una imagen personal que depende de la tensión constante que se establece entre estos elementos, la cual determina sus reacciones inmediatas y sus decisiones, así como su posterior juicio sobre ellas». Además sostiene que estos dos ejes aspiran a simbolizar en el texto «la vieja dicotomía sarmientana de civilización y barbarie». En esta perspectiva, la madre tiene un papel esencial, ya que obra a la vez como reveladora de la religión e iniciadora a la cultura escrita. Por otra parte, Rafael Olea Franco subraya con razón, en el marco del mundo de los sentidos, la presencia reiterada de «un dilatado catálogo de la cultura culinaria mexicana de fines del siglo XIX e inicios del XX», y un derroche de «olores y sabores que no tiene paralelo dentro de la literatura mexicana».

Aunque afecta un permanente desprecio por «la forma», Vasconcelos construye con sumo cuidado su propio edificio biográfico, haciéndolo culminar en la evocación de la figura del presidente asesinado, Francisco Madero: «Dentro del nivel mítico de su trama, el sacrificio de Madero aparece como un acto ritual de sangre indispensable para develar su rostro verdadero y profundo de héroe y mártir de cuya inmolación brotaría una savia de vitalidad y vigor». Por eso, el personaje toma un cariz claramente crístico, en cuyo halo no vacila en proyectarse el mismo Vasconcelos. Pero irrumpe la historia en un proceso de contaminación y de destrucción del mito: el sacrificio de Madero –amartilla Vasconcelos– fue inútil porque «pese al caudal de fuerzas vivas que desató, nada más fue el principio del encumbramiento de siniestras figuras de la Re-

volución». Y de las cuatro facetas del destino de Vasconcelos –«apóstol, profeta, mesías y mártir»–, la última, concluye Rafael Olea Franco, queda frustrada, y puede decirse que «al no cumplir con un martirio paralelo al de su ídolo Madero, su largo exilio posterior fue más una ruptura que una solución de continuidad».

Después de una selección de artículos publicados en la prensa mexicana entre 1935 y 1936, y dedicados a los primeros dos tomos de la autobiografía de José Vasconcelos, el dossier de recepción crítica reúne primero una serie de estudios editados mientras Vasconcelos vivía todavía. Antonio Castro Leal se encargó en 1940 de prologar una de las primeras antologías de sus textos filosóficos y literarios, editada por Botas, el mismo editor (feliz) de las *Memorias*. Por eso Castro Leal empieza su presentación recordando el éxito editorial de *Ulises criollo* (1935) y de *La tormenta* (1936). «Es sin duda –comenta Castro Leal– el único escritor mexicano vivo que logra mantener durante quinientas páginas la atención de amigos y de enemigos, del hombre culto y del «hombre de la calle», del escritor y del político, del estudiante y del mercader, del provincial y del habitante de la capital». Castro Leal se interroga sobre lo que atrae a un público tan diversificado. No es el estilo, más bien «desaliñado», ni los temas, ni las opiniones del autor-narrador. El secreto de la fascinación que ejercen las *Memorias* de Vasconcelos, Antonio Castro Leal cree descubrirlo en la emoción: «En Vasconcelos el buen estilo revela siempre la emoción más honda; es un escritor inspirado, y su prosa, como los grandes árboles, necesita para cantar el viento que sacude». A *Ulises criollo*, que considera demasiado linear, Castro Leal prefiere *La tormenta*, donde se conjugan dos temas –la confusión revolucionaria y el amor por Adriana–, «como en contrapunto persiguiéndose en la vida y en el alma del narrador».

Comentando esta misma antología realizada por Antonio Castro Leal, Octavio Paz –que afirma que nunca ha sido vasconcelista– nota en un artículo de 1941 que «el solo nombre de Vasconcelos suscita, en cualquier mexicano de nuestro tiempo, una serie de adhesiones y repulsiones, de cóleras y simpatías, que lo hacen el escritor más vivo de México». Para Vasconcelos, la literatura, según Paz, es «un arma, un instrumento, tanto de amor como de pelea». Por otra parte, sus libros «provocan un diálogo, mientras otros sólo consiguen un silencio de aprobación». Aunque admira el prólogo de Castro Leal, Paz considera la antología «no tan acertada», porque «sale perdiendo en ella el Vasconcelos novelista –el gran novelista de su vida».

Uno de los mejores artículos precozmente escritos sobre Vasconcelos es sin duda el que dedica a su «obra literaria» José Luis Martínez en 1949. Partiendo de la famosa dicotomía, establecida por el mismo Vasconcelos, entre «los libros que se leen sentados» y los que «se leen de pie», José Luis Martínez no vacila

en clasificar la obra de Vasconcelos en la segunda categoría, ya que «sólo sus obras han levantado, ciegos de ira o de admiración y dispuestos a seguirlo por los caminos del espíritu o a través de los riesgos de las aventuras políticas, a los lectores de su país y aun a los del continente de habla española». Vasconcelos ha cultivado el cuento, el drama, la poesía, el ensayo, pero donde alardea de «sus más característicos dones como escritor es en la nutrida serie de páginas que ha dedicado a las cosas que le atañen, a las que ama u odia ferozmente, más que en aquellas para las que se requiere cierta creación y elaboración separadas de la realidad». José Luis Martínez considera que «las desiguales Memorias de Vasconcelos» constituyen «con todo, una de las más originales y brillantes obras en prosa narrativa de las letras mexicanas». El enfoque de Vasconcelos es esencialmente moral y lo aplica con la misma ecuanimidad y la misma franqueza a sus contemporáneos y a sí mismo, no descartando lo «escandaloso» de ciertas vivencias suyas.

Recordando que Vasconcelos fue siempre «uno de esos temperamentos exaltados y vehementes que tanto se prodigan por nuestras tierras», Manuel Pedro González afirma que desde sus obras iniciales se puede descubrir «al moralista destemplado y ególatra» que descuella en las *Memorias*, y que «tras la pantalla filosófica en que su obra se escuda, se vislumbra fácilmente al panfletista desorbitado y furibundo que lo define». Manuel Pedro González considera que, como *El Águila y la Serpiente* de Martín Luis Guzmán, *Ulises criollo* y los tres tomos que siguen participan «de la autobiografía y de la crónica política, de las memorias y del diario íntimo a lo Amiel, de las confesiones a lo Rousseau y del ensayo y de la diatriba política. Todo ello adobado con la salsa de sus experiencias y recuerdos conservados en la salmuera de sus pasiones, rencores y fobias personales».

En una serie de artículos publicados en *Excélsior* entre julio y agosto de 1959 –Vasconcelos muere el 30 de junio del mismo año–, el dramaturgo Rodolfo Usigli recuerda con nostalgia su participación en la campaña presidencial de Vasconcelos en 1929 y evoca con admiración *Ulises criollo*, «apasionante relato a caballo, cuajado de páginas extraordinarias, sobre todo en la descripción de las ciudades del interior». Varias veces Usigli intentó adaptar al teatro episodios de la vida de Vasconcelos: «He aquí un Ulises satisfecho, sin angustia aparente, pero quizá perseguido en sueños por la sombra luminosa de su juventud impetuosa y creadora. Conflictos dramáticos de primer orden».

Antonio Magaña Esquivel no podía abstenerse de reservar un lugar privilegiado a las *Memorias* de Vasconcelos en su estudio de 1964 sobre «La novela de la Revolución». Lo que domina en la «novela de la vida» de Vasconcelos es, primero, «su espíritu polémico», en una obra «cargada de substancias en lugar de artificios, de sustantivos en vez del adjetivismo dannunziano entonces en boga». Además, por el desengaño, por «el resentimiento» que lo empapa, *Ulises criollo*

es, en opinión de Magaña Esquivel, «típica novela de la Revolución». Los cuatro tomos de las *Memorias* comparten la misma ambición y la misma meta: «No es solamente la narración de la realidad exterior, sino el análisis del propio espíritu, la indagación de las acciones personales, el desahogo de la carga acumulada de experiencias y resentimientos». Por otra parte, Magaña Esquivel adelanta la hipótesis de que las *Memorias* han sido escritas en contra del krausismo, que Vasconcelos consideró siempre como «una oscura capilla inútil y maligna»: «Aunque fuese cómoda, era preciso rechazar aquella teoría de mantenerse al margen de la política, al margen de la acción, al margen de la vida misma».

Esta voluntad de «participar» está asociada, según Marta Portal, a uno de los rasgos definitorios de las *Memorias* de Vasconcelos: la pasión. «Es tan apasionado –escribe la novelista y crítica española– que aun relatando sucesos históricos, su interpretación de los mismos o su participación, vehemente siempre, nos sumen en un desconfiado recelo de excesiva subjetividad. Y ello es, precisamente, lo que da al relato autobiográfico características novelescas». Marta Portal destaca la vocación ensayística y el alcance programático de los primeros dos libros de las *Memorias*, insistiendo en un rasgo «no común en los escritores mexicanos contemporáneos suyos», o sea «el fuerte españolismo, a tal punto que, al referirse a las reformas agrarias practicadas en México después de la Revolución, encuentra un paralelo histórico en el régimen agrario de la Colonia».

José Joaquín Blanco, autor de un libro fundamental sobre Vasconcelos, considera que «su obra principal es su ciclo autobiográfico en cinco tomos». Cultivando la paradoja, Blanco subraya que si la *Breve historia de México* vale sobre todo por su índole personal e íntima, en cambio la autobiografía «carece de intimidad». Menos que una obra de autojustificación o de autoanálisis, «la biografía de Vasconcelos se parece al tipo de biografía heroica que autores como Carlyle, Emerson o Romain Roland hacían de grandes hombres (Goethe, Shakespeare, Dante, Beethoven), con la particularidad de que Vasconcelos sería tanto el biógrafo del genio como el genial biografiado». En este caso preciso, «el escritor es el amanuense o el cronista de un Personaje Universal, prototípico de un destino nacional, que si bien encarnó en él, lo trasciende». Lo que le permite a Vasconcelos ser de una franqueza total sobre sí mismo, incluso «en sus aspectos menos gloriosos», y en cambio, «ser casi desdeñoso en sus momentos más admirables».

En dos largos artículos publicados en *Vuelta*, basados en su intervención en el homenaje rendido a Vasconcelos en 1982 por la UNAM, Enrique Krauze considera que existe en la totalidad de la obra de Vasconcelos –lo que vale por supuesto para las *Memorias*–, «una tensión permanente», «una lucha a un tiempo voluptuosa y amarga» entre lo «místico» y «las pasiones sensuales», para decirlo con palabras de Jorge Cuesta, a las que se adhiere Krauze. La vida de Vasconcelos «es el lugar de un desgarramiento» y, añade Krauze, «las claves de

su desgarramiento son dos: el amor y la religión». Por eso, las *Memorias* no pueden leerse como una novela más «de la Revolución», sino como la «tormenta» íntima de un alma desgarrada. En este contexto, Carmen Calderón, la madre de Vasconcelos, desempeña un papel esencial: «Su legado fue doble: por una parte, la huella de una intensa armonía mística y erótica que Vasconcelos trataría de recobrar furiosamente toda su vida. Por otra, una disposición a reducir la religión al sujeto de la religión, paso previo a sentirse, a adivinar en sí mismo, un elegido».

La experiencia del Ateneo de la Juventud le sirve, según Krauze, para tomar conciencia de lo que le separa de sus compañeros (Caso, Reyes, Henríquez Ureña): «Vasconcelos despreciaba, en el fondo, los afanes del Ateneo. Andaba en busca, no del saber, sino de la revelación». Pero aunque parece sumirse en la Revolución y participar del maderismo, Vasconcelos, como lo muestran los primeros dos tomos de sus *Memorias*, «vive una aventura personal por encima de la circunstancia política y en cierta forma ajena a ella: el amor por Adriana y la lenta germinación de su fantasía filosófica». Krauze considera que, a la par de sus compañeros del Ateneo –y en esto hay concordancia entre ellos– no hay en Vasconcelos una verdadera «comprensión social de la Revolución».

Lo que resalta primero de las *Memorias* de Vasconcelos, según Noé Jitrik, es su «franqueza», que se enfrenta con «un recatado y sibilino lenguaje que traza una especie de espiral estilística silenciosa y que parece un rasgo nacional, muy fructífero». En el caso de Vasconcelos –y también en el de Leopoldo Lugones, como lo apunta Jitrik–, la correlación de esta franqueza es una postura claramente autoritaria, como si ser francos les ganara un ascendiente sobre los demás. El «yo» que se expresa aquí tiene un doble estatuto y el centro de interés del libro se desplaza, conforme uno va leyendo, de «un "yo" que actuaba como nítido sujeto de enunciación hasta un "yo" psicológico e histórico». En efecto, la lectura de las *Memorias* permite entender mejor cómo funciona la sociedad mexicana y cómo irrumpe el momento clave en que el liberalismo deriva hacia el autoritarismo y el recurso a la fuerza armada para conquistar el poder. Aquí la comparación con Trotsky es aclaradora: «Personajes prometeicos los dos, los dos contribuyeron a forjar sociedades nuevas y ambos tuvieron que salir del poder para enfrentarse con lo mismo que habían ayudado a crear; la diferencia entre ambos consiste en que lo que en Trotsky es continuidad de la crítica *dentro* del horizonte ideológico originario, en Vasconcelos lo es *fuera* de él».

Como suele ocurrir en los libros de «memorias», el Vasconcelos que escribe dista del que actuó y la presentación que hace de ciertos acontecimientos o personajes no hubiera sido la misma si se hubiera propuesto «transcribir las experiencias evocadas tal y como se produjeron en su momento». Sin embargo, en ciertos casos –para sus amantes o la figura de Obregón, por ejemplo, la escritura conserva la espontaneidad, la pasión, la «frescura inicial de un deslumbramien-

to». A partir del momento en que alude a su ingreso en la vida pública, Vasconcelos parece preguntarse constantemente: «¿Qué pasó conmigo?» y lo que fascina aquí es comprobar cómo la imaginación viene a mediatizar la respuesta. El proceso de reconstrucción de lo vivido funciona acorde con dos vectores «muy siglo diecinueve»: «la pasión por lo social, la perduración de lo individual, un poco a la manera de Sarmiento, muy presente en la significación total del "fenómeno" Vasconcelos». Además surge reiteradamente el *leit-motiv* de la «traición» o de la «conspiración», lo que explica el «resentimiento» que invade estas memorias hasta la saturación.

Por otra parte, Noé Jitrik nota que el ímpetu nunca desfallece en los cuatro libros de memorias; desde luego, hay momentos de desánimo, pero nunca sucumbe a la depresión «y ahí se lo ve retomando sus escritos, recuperando la disposición para recoger y analizar el detalle, volcando su entusiasmo y su rencor, razonando otra vez sobre los imponderables –para nosotros– de la conspiración, dándose su lugar y exigiendo su respeto». Es increíble la formidable energía que despliega Vasconcelos, lo que convierte, como lo subraya Jitrik con una sonrisa, su libro en «novela ecuestre», de donde se desprende también una poderosa y trágica imagen de la Revolución. De esta evocación surge una figura crística: la de Madero; «el maderismo "es" la revolución para él y le sirve de parámetro para juzgar a los integrantes de ese otro sector que si, en la versión de la historia oficial, la invocan y la suceden, en realidad son la contrarrevolución embozada». Si finalmente Vasconcelos termina por alejarse del modelo maderista y del «residuo magonista que había ingresado en su pensamiento», la historia que traza en sus *Memorias* «muestra, entre otras muchas cosas, que ninguno de sus proyectos, ninguna de sus ocurrencias se queda nunca en el estado inicial de su formulación sino que todas hallan, siempre, aun en las condiciones más adversas, su principio de ejecución». Pero aunque algo fundamental acapare su atención y su energía, no deja por eso de interesarse en todo lo que le rodea, lo que da lugar a «subtextos que tienen la misma importancia que el texto principal». Sobre el particular, hay que destacar todos los párrafos dedicados a «las comidas», a la evocación de dulces y frutas, «acaso porque revivir estos gustos viene acompañado de una contundencia verbal que, años después, se encuentra en el arte de Lezama Lima y en el impacto provocado por García Márquez». Esta reivindicación de los alimentos está vinculada con la que repetidamente hace del pasado español de México.

Como la mayoría de los lectores de las *Memorias* de Vasconcelos, Noé Jitrik se detiene en la visión de la historia que se desprende de la obra, donde se cruzan una corriente liberal y una postura conservadora, «no tan sólo por la reivindicación de Lucas Alamán y de ciertos aspectos del porfirismo o las acres diatribas contra Juárez y la Reforma sino, fundamentalmente, por el papel que le hace desempeñar a la Iglesia y por la coloniofilia». A la encarnación histórica

del mexicano «posible» se oponen a la vez el indio y el gringo, apoyados y valorizados por políticos «traidores». Constantemente surge la ideología como, por ejemplo, en la visión «desmitificadora» del Ateneo de la Juventud o en el «antisemitismo coherente y sistemático», recurrente en el texto. Ahora bien, Noé Jitrik, igual que José Joaquín Blanco, rechaza el enfoque dicotómico de un Vasconcelos anterior y posterior a la «gran defraudación» de 1929. El común denominador que permite pasar sin solución de continuidad de una fase a otra es la «frustración», que desborda el caso personal de Vasconcelos y remite a la «relación entre intelectuales y política, plano externo de la más honda entre cultura y política».

Christopher Domínguez Michael, en un largo, nutrido y erudito estudio, demuestra en qué medida José Vasconcelos puede ser considerado como «el padre» de la cultura moderna en México, un padre repudiado por sus hijos, que a poco le dieron la espalda. «A través de las memorias, como advirtió Chateaubriand en las suyas, se escucha la voz de un muerto. Semejante impunidad es tenaz en Vasconcelos. Sus recuerdos fascinan, duelen, maravillan, asquean. Refutar a semejante ególatra es fácil. Olvidarlo, imposible». Apoyándose en –y a veces contradiciendo– la lectura que varios exégetas –Jorge Aguilar Mora, Antonio Castro Leal, José Joaquín Blanco, Enrique Krauze, etc.– han hecho de las *Memorias* de Vasconcelos, Christopher Domínguez Michael afirma, como lo hace Mariano Azuela en el texto que citamos en este mismo dossier, la índole fundamentalmente novelesca de la obra: «Las *Memorias* de Vasconcelos son un cuerpo textual muy amplio y complejo, materia bizarra donde caben varios géneros, que van desde el boceto autobiográfico hasta el libelo político, pasando por la memoria histórica. Pero el hilo conductor es esencialmente novelístico». Recorriendo meticulosamente la vida y la obra del «profeta de 1929», Christopher Domínguez Michael concluye: «Entre 1929 y 1959 pasaron treinta años en los que Vasconcelos fue negando, progresiva pero engañosamente, la significación de su vida como político, creyente y pensador. Sin embargo, no es propio hablar de dos Vasconcelos irreconciliables. Tienen razón los que dicen que en las raíces de la vida y la obra del profeta estaba ya cifrado su destino final».

Es precisamente sobre la aparente contradicción entre ambas partes de su vida que insisten los dos testimonios, procediendo de representantes de dos generaciones diferentes –Cristina Pacheco por una parte, Luis Cardoza y Aragón por otra– que citamos para clausurar este dossier sobre la recepción crítica de las memorias de José Vasconcelos –y más precisamente del primer tomo, *Ulises criollo*. Pero los dos comentaristas sugieren que la calidad literaria de la obra de quien no vacilan en considerar como «el escritor mexicano más importante de la primera mitad del siglo XX» surge, quizás, de la nostalgia, de la frustración, de la decepción, de la distancia entre el deseo y su objeto.

# NOTA FILOLÓGICA PRELIMINAR

*Claude Fell*

Durante muchos años, a raíz de la muerte de José Vasconcelos (30 de junio de 1959), corrió la voz de que no quedaba absolutamente nada de su archivo personal. Sus mismos familiares dejaban entender que antes de desaparecer, el ex-ministro de Educación, el ex-candidato a la presidencia de la República, lo había destruido todo (correspondencia privada y pública, documentos, manuscritos de sus numerosos libros), lo que se «explicaba» por la vida andariega que había llevado durante gran parte de su existencia y por el ostracismo que había sufrido en los últimos años por causa de sus posiciones extremistas o integristas en el plano político y religioso. Sin embargo, gracias a la labor de un grupo de investigadores –entre los cuales hay que destacar a los historiadores John Skirius y Enrique Krauze, Álvaro Matute y Javier Garciadiego–, gracias también al brillante estudio que José Joaquín Blanco le dedica en 1977, gracias a la publicación de obras de algunos de los interlocutores privilegiados del «filósofo», como Alfonso Taracena –en particular, la edición en 1959 de las *Cartas políticas* de José Vasconcelos–, poco a poco la figura de Vasconcelos volvía a emerger de las tinieblas del olvido relativo y del rechazo a veces drástico que la rodeaba.

Los acontecimientos de 1968 permitieron la resurrección de textos del «Maestro de la Juventud» dedicados a educación y cultura, en recuerdo de la política ejemplar llevada por el ministro del presidente Obregón entre 1921 y 1924. Esta empresa de rehabilitación conoció un primer clímax en 1982 con el homenaje organizado por la UNAM a los cien años de su nacimiento. Poco a poco, antologías de textos o la reedición en 1982, en dos volúmenes, de los cuatro tomos de sus *Memorias* por el Fondo de Cultura Económica, permitieron reinsertar parte de la obra de Vasconcelos en el mercado editorial. Paulatinamente reapareció una cantidad apreciable de documentos hasta tal punto que se pudo constituir recientemente en la Ciudad de México un Archivo Vasconcelos. Entre otras cosas fue posible localizar el manuscrito de sus *Memorias*. En el prólogo de *Ulises criollo,* el primero de los cuatro tomos reeditados por la Editorial Trillas en 1998, Emmanuel Carballo hace la historia de este manuscrito, actualmente depositado en «The Nettie Lee Benson Latin American

Collection» de la Biblioteca de la Universidad de Austin (Tejas). Me referiré ampliamente al prólogo de Emmanuel Carballo, tratando de completarlo sobre algunos puntos precisos.[1]

El mismo Carballo recuerda que tuvo la oportunidad de ver y hojear brevemente el manuscrito de 1935, durante un almuerzo organizado por el museógrafo Fernando Gamboa. Estaba por venderse y el precio pedido era de cinco millones de pesos por volumen. «Pese a los esfuerzos de las personas allí reunidas –comenta Carballo– resultó imposible que los compraran las entidades culturales más representativas del país». Gracias a datos que me fueron suministrados por la misma administración de la Biblioteca, supe que los manuscritos de las *Memorias* fueron comprados por la Benson Latin American Collection en 1988 a las Ediciones Botas de México y descritos por el Benson's Mexican Archives Project en junio de 1994, antes de ser definitivamente inventariados y repertoriados en enero de 1995.[2]

Es evidente que el descubrimiento del manuscrito de los primeros cuatro tomos de las *Memorias* de Vasconcelos constituye un aporte decisivo en el análisis de la gestación de la obra. Por supuesto, concentraremos nuestro examen sobre *Ulises criollo*, la primera parte de estas *Memorias*, precisando desde ahora que hemos utilizado las ediciones siguientes del libro, que, bien se sabe, constituyó un verdadero éxito editorial, como lo apuntamos en la introducción:

– el manuscrito, en parte descrito y analizado por Emmanuel Carballo;

– la primera edición del libro, publicada en junio de 1935 por las Ediciones Botas de México, que, el mismo año, publican otro libro de Vasconcelos, la *Estética*, considerada por él como una de sus obras más logradas: «Por supuesto –escribe Vasconcelos a Alfonso Taracena, el 19 de julio de 1935–, para la Estética no debe esperar Botas un éxito de venta inmediata como las Memorias que se leen mucho por lo que tienen de chisme. En cambio, la Estética será un libro de venta más perdurable [...]. Pero, repito, lo que en estos momentos me preocupa es aclarar los arreglos para la publicación de mi Estética que, le juro, Alfonso, es un libro que es un monumento por lo menos por el tamaño»;[3]

– el texto de *Ulises criollo* reproducido en el primer tomo de las *Obras completas* de Vasconcelos (pp. 287-721), a cargo de Libreros Mexicanos Unidos [1957];

[1] José Vasconcelos, *Ulises criollo*, prólogo de Emmanuel Carballo, México, Editorial Trillas, 1998, pp. 25-32.

[2] Le agradezco a mi colega Armelle Le Bars el haberme ofrecido la posibilidad de tener acceso a estas informaciones.

[3] *Cartas política de José Vasconcelos* (Primera Serie), preámbulo y notas de Alfonso Taracena, México, Clásica Selecta-Editora Librería, 1959, pp. 192-193.

– la undécima edición de *Ulises criollo* y primera «expurgada», a petición del mismo Vasconcelos, publicada en 1958 por la Editorial Jus, con un prólogo donde el autor justifica esta nueva versión de su texto;

– la primera reimpresión (1983) de la edición, en dos volúmenes, de las *Memorias* por el Fondo de Cultura Económica (1982).

También consulté una edición de 1979 de *Ulises criollo,* publicada en México por Promexa Editores en la colección «Clásicos de la Literatura Mexicana», con prólogo de Felipe García Beraza, edición que me prestó Andrea Revueltas, y desde luego la última edición del libro realizada por Editorial Trillas en 1998.

Lo que se puede decir en una primera –y superficial– aproximación, es que la mayor parte de estos textos encierran una serie impresionante de omisiones, de errores tipográficos, de transcripciones equivocadas de apellidos, de distribución caprichosa de los signos de puntuación, de trastornos en los títulos de capítulos, de interpretaciones más o menos discutibles de la interpretación de por sí ya bastante arbitraria que propone la edición Botas del manuscrito, lo que hace a veces muy problemática la lectura del libro. Aparentemente, la edición del texto en las *Obras completas* se benefició de una primera relectura, donde se corrigieron algunos errores particularmente visibles, y estas correcciones vuelven a encontrarse en la edición –por otra parte, censurada por el mismo Vasconcelos– de la Editorial Jus en 1958 y, más tarde, en la edición realizada por el Fondo de Cultura Económica. Pero la vuelta al manuscrito permitirá restablecer el texto en su brotar original, como lo hace en parte la edición Trillas de 1998.

## El manuscrito *(Ms)*

El manuscrito conservado en Austin presenta un aspecto muy particular. Se compone, en una primera parte, de dos conjuntos de recortes periodísticos, aparentemente tomados de dos revistas diferentes, que abarcan los primeros capítulos del libro hasta el final del capítulo titulado «En Toluca», o sea, más o menos las primeras ochenta páginas de *Ulises criollo.* Cada una de estas cuartillas lleva gruesas cifras trazadas con lápiz, que van de 1 a 27. Luego viene la parte mecanografiada, cuya primera cuartilla lleva el número 160, la última teniendo el número 569. Cada una de la cuartillas de esta parte lleva también una numeración con lápiz, que va del 1 al 402. El manuscrito propiamente dicho empieza con un capítulo titulado «La manzana se parte» –que figurará en la edición Botas bajo el título «La granada se parte»–, lo que significa que 19 secciones –que corresponden con la estancia de la familia en Campeche y la llegada de Vasconcelos a la capital para matricularse en la Escuela Nacional Preparatoria– están excluidas del manuscrito. Se trata de las secciones siguientes: «La

coronación de la Virgen», «Los jacobinos», «Liberación», «El mar», «Campeche», «El Instituto Campechano», «Las vacaciones», «El clima», «La gimnasia», «La bahía», «Melancolía», «Amagos de adversidad», «El grande hombre», «Sofía», «El cordonazo de San Francisco», «Las Steger». «Divagaciones y exámenes», «Otra vez al garete», «De nuevo en la Capital». No se sabe por qué la primera parte ha sido reemplazada por recortes de prensa ni tampoco por qué unas cincuenta páginas del libro –si nos referimos a la edición Botas– han desaparecido.

Lo que sí sabemos es que Vasconcelos, estando en España el año 1933, necesitaba dinero y «se dirigió [a Alfonso Taracena] con mil rodeos pidiéndo[le] le colocase en un periódico de ésta unas Memorias suyas que había escrito, con cuyos productos pensaba ayudarse para vivir».[4] Efectivamente, Taracena contacta a varios periódicos de México, de Estados Unidos y de Cuba, y logra colocar partes de las *Memorias* a cuatro periódicos mexicanos y una revista cubana. Entre los periódicos mexicanos, se encuentra la revista mensual *Sistema* –cuyo director era Eduardo Soriano Bravo y jefe de redacción Luis A. Domínguez, con oficinas en Venustiano Carranza nº 47– que, entre diciembre de 1934 y abril de 1935, publicará las primeras secciones de *Ulises criollo*, bajo el título: «Las memorias del Lic. don José Vasconcelos». Aparentemente, Vasconcelos, en un primer momento, había decidido reunir las secciones del libro en capítulos, ya que esta prepublicación abarca cinco capítulos, hasta la sección titulada «Camino de Durango». En abril de 1935 se interrumpe la presentación en *Sistema* de las *Memorias* de Vasconcelos, como lo advierten unas «Notas del Editor» a los lectores: «Lamentamos muy sinceramente tener que suspender las interesantes Memorias del Sr. Lic. José Vasconcelos, suspensión que hacemos por causas muy ajenas a nuestra voluntad, y que obedecen más bien al cumplimiento de un convenio celebrado entre el señor Lic. Vasconcelos y una Empresa Editorial, la que hará la edición completa de dichas Memorias, estando muy próximas a salir a la luz pública. No obstante haber perdido la publicación de la autobiografía de tan valiosa pluma, estamos haciendo esfuerzos por lograr que el Lic. Vasconcelos continúe colaborando con nosotros y esperamos muy pronto brindar a los lectores artículos literarios especialmente escritos por él para SISTEMA».[5] El «manuscrito» de Austin sólo conserva lo publicado en *Sistema* hasta febrero de 1935 –mientras la revista publicó fragmentos de las *Memorias* hasta abril de 1935–, lo que corresponde a las cuartillas 1-13.[6] Sin embargo, la revista, subrayando el éxito de la publicación que anuncia el de la edición bajo forma de libro parece prever las polémicas que habían de suscitar las *Memorias* de Vasconcelos, sobre todo en relación con las opciones del autor-

[4] *Ibid.*, p. 88.
[5] «Notas del Editor», *Sistema*, año II, nº 16, abril de 1935, p. 5.
[6] El *Diario de Yucatán* publicará también fragmentos de las *Memorias* de Vasconcelos.

protagonista del relato. Por eso, en su número de marzo de 1935, las «Notas del Editor» advierten: «Desde que iniciamos en el mes de diciembre pasado la publicación de las Memorias del licenciado don José Vasconcelos, hemos venido recibiendo constantes felicitaciones por contar con tan valiosa colaboración. Como se nos ha preguntado con verdadera insistencia acerca de si dichas Memorias comprenden su vida política, les manifestamos a nuestros lectores que el licenciado Vasconcelos las da por terminadas precisamente al llegar a la muerte de don Francisco I. Madero. Con este motivo queremos aclarar de una vez por todas que SISTEMA en ningún caso abrazará bandera política alguna, pues no es esa la función que se le ha encomendado. Si hemos dado franca acogida a las Memorias del licenciado Vasconcelos ha sido aquilatando sus méritos literarios, ya reconocidos mundialmente, sin que para ello intervenga su personalidad política». Sabemos también, por la correspondencia entre Vasconcelos y Alfonso Taracena que otras revistas mexicanas publicaron fragmentos de *Ulises criollo*, antes de la edición del libro por Andrés Botas en abril de 1935: *El Diario de Yucatán*, la *Revista de Revistas*, *La Palabra*.

Por otra parte, desde el mes de enero de 1934, la revista semanal cubana *Bohemia* había emprendido la publicación de las *Memorias*, bajo el título, previamente escogido por el autor,[7] de «Odiseo en Aztlán. José Vasconcelos». En el número 2 del 14 de enero de 1934, *Bohemia* hace preceder la prepublicación con una pequeña nota donde recapacita el recorrido existencial de Vasconcelos hasta su exilio en España, precisando: «*Bohemia*, que aquilata todo el valor literario y científico de José Vasconcelos, aprovechó la circunstancia de estar él confeccionando sus Memorias en una aldea española, para obtener, por conducto de nuestro Enviado Especial a México, Sr. L. González del Campo, los derechos exclusivos de

[7] Desde Somió (España), Vasconcelos escribe a Alfonso Taracena, el 28 de mayo de 1933: «En una carta anterior me preguntaba por mi Estética. Es ahora cuando podré empezarla, porque acabo de terminar quinientas hojas de Memorias –que publicaré bajo el título de Odiseo en Aztlán–. Acabo de entregar a la casa Calpe toda la edición de La Sonata Mágica a cambio de que me ayudará a pagar la cuenta de la imprenta. No tengo, pues, fondos para publicar esta nueva obra. Y me ha ocurrido que quizás algún diario de esa, el Omega o cualquier otro, podría interesarse en tomar la obra para publicarla en serie, ya sea como artículos o como folletín. Las quinientas cincuenta páginas darían a cinco páginas cada uno, ciento cinco artículos, sobre los cuales se podría fijar un precio, según las tarifas que hoy rigen y el pago podría hacérseme mensualmente. De esta manera, aparte de aprovechar el dinero en la edición de la obra aquí, tendría una ayuda para mis gastos personales, que buena falta me está haciendo.

Desearía, pues, que usted sondeara la posibilidad. Desde luego, la obra comienza con mis primeros recuerdos de la infancia y sólo al final toca temas políticos. Acaba la obra en los días de la muerte de Madero. Y aunque en este final se mencionan ya algunos nombres actuales, bien podían sustituirse en la publicación periodística dichos nombres con algún anagrama o cualquier artificio. Si usted encuentra que hay posibilidad y quieren una muestra, puedo mandarle tres artículos del principio, el centro y el final; pero lo importante es saber si desearía algún periódico ocuparse del asunto», *Cartas políticas de José Vasconcelos*, *op. cit.*, pp. 88-89.

esa última publicación del escritor insigne con el propósito de darla a conocer en Cuba, donde tantas simpatías cuenta». Además, añade el editorial de *Bohemia*, «esta novela será ilustrada con fotografías de la Revolución Mexicana –únicas actualmente existentes en el mismo México –suministradas por el propio autor».[8] En realidad, no aparece ninguna de las fotos prometidas por el mismo Vasconcelos. *Bohemia* anuncia también una publicación de las *Memorias* durante quince semanas, pero ésta se interrumpe brutalmente, sin explicaciones previas, en el número del 4 de marzo de 1934 –aunque anuncia: «Continuará en el próximo número».[9] De la publicación en *Bohemia*, el «manuscrito» de Austin conserva las secciones que van desde «Ripalda y reloj» hasta «En Toluca». Las secciones publicadas, tanto en *Sistema* como en *Bohemia* vienen acompañadas de una serie de ilustraciones relacionadas con el texto. *Bohemia* completa estos dibujos con un retrato de Vasconcelos y varias fotos de paisajes y monumentos mexicanos (los jardines de Xochimilco, el Sagrario y la Catedral de México, una vista panorámica de Toluca). En el manuscrito, los recortes tomados de *Bohemia* abarcan las cuartillas 14–27. Por la correspondencia con Alfonso Taracena, sabemos que el mismo Vasconcelos seguía con mucha atención la publicación de las «entregas» de su libro en distintas revistas: «Le ruego que no deje de enviarme copias de la publicación que haga de las Memorias –le escribe el 1° de septiembre de 1934–, ya sea «La Palabra» o la «Bohemia», pues sólo tengo las de muy al principio».

Es normal que las entregas publicadas por *Bohemia* lleven el título de «Odiseo en Aztlán», porque, aparentemente, es sólo a fines de 1934, o sea después de la publicación en la revista cubana, cuando Vasconcelos decide cambiar el título de su futuro libro: «Me ha ocurrido otro nombre –escribe Vasconcelos a Taracena, el 16 de diciembre de 1934–, ya no "Odiseo", porque tengo dado a la prensa en España un libro sobre educación que se llamará "De Robinson a Odiseo"[10] y es una réplica a Dewey y sus sistemas robinsonianos y una vuelta al latinismo y clasicismo en materia educativa. Entonces, para no crear confusiones en los títulos, he pensado que es mejor llamarlas a las Memorias, "Ulises criollo". ¿Qué le parece? El simple nombre de Memorias no es llamativo ni significa nada». Hay que notar también que en los recortes de revistas conservados con el manuscrito no figuran tres secciones de la edición Botas: «Primer fracaso», «Camino de Durango», «El teatro», aunque dos de ellas: «Primer fracaso» y

[8] *Bohemia* (Cuba), año 26, nº 2, 14 de enero de 1934, p. 6.

[9] La explicación la suministra Alfonso Taracena en una carta a Vasconcelos del 11 de febrero de 1935: «Estoy en tratos con "Bohemia" de la Habana para reanudar la publicación allá, suspendida porque Botas dejó de ser el agente en ésta y el encargado de pagar las entregas», *Cartas políticas de José Vasconcelos*, *op. cit.*, p. 154.

[10] J. Vasconcelos, *De Robinson a Odiseo: pedagogía estructurativa*, Madrid, M. Aguilar, 1935.

«Camino de Durango» habían sido publicadas por *Sistema*, en abril de 1935. Por otra parte, en ambas revistas la sección «¿Quién soy?» es mucho más breve que en la edición Botas. Termina con la frase: «¿Es que hay un útero moral del que se sale forzosamente, así como del otro?». Luego se abre otra sección –el texto cambia efectivamente de tema y se vuelve más anecdótico– titulada: «Nieves y juegos», integrada por Botas (y por las ediciones posteriores) en «¿Quién soy?», diluyendo un poco la unidad y el impacto emocional y ontológico del primer apartado, donde el narrador-protagonista se interroga dolorosamente sobre el porqué de la separación fisiológica de su madre: «¿No hubiera bastado con quedarme dentro del ser de mi madre viendo por sus ojos?».

La transcripción mecanografiada, a cargo de Herminio Ahumada y con la ayuda de la hija de Vasconcelos, parece haber sido muy laboriosa. Fue necesario aplazar la transcripción ya que se había estropeado la máquina de escribir[11] y Vasconcelos no tenía dinero para reemplazarla. Por otra parte, manda a Taracena el manuscrito por entregas. El 2 de septiembre de 1933, le escribe desde Somió (España), donde reside con su hija y su yerno, después de enviarle (en julio) las primeras cincuenta páginas del manuscrito mecanografiado: «Me refiero a su grata del diez, relativa a mis Memorias, de las que le adjunto otras cincuenta páginas. Confío en que antes de embarcarme [con destino a Argentina] le habré enviado hasta la página 300, y durante el viaje arreglaré las copias de otras doscientas páginas». Piensa mandarle estas últimas páginas desde Buenos Aires; sin embargo, el 27 de diciembre, escribe desde Adrogué (Argentina): «Creo que hasta lo de las Memorias ha sido un error, porque establece una liga falsa indebida entre el público de México y yo, que no debe tener conmigo otra relación que la de un rebelde en potencia que no habla, o la de un muerto que no volvió a hablar porque no merecía el público que le hablasen. La verdad es que decidí la publicación en un momento de angustia económica y creyendo que, por lo menos, el chisme permitiría ganar algún dinero. Me he equivocado y suspendo, pero le ruego que no crea que esta suspensión implica el menor desconocimiento de los esfuerzos que usted ha hecho y que le agradezco de todo corazón, y sé, además, que nadie pudo haber hecho más». En realidad, esta suspensión y esta actitud de rechazo hacia el público mexicano –que, recuerda Vasconcelos, tenía un antecedente, ya que él había suspendido la publicación, en su revista *La Antorcha* (1931–1932), de las *Memorias* de Antonieta Rivas Mercado– ceden frente a la presión ejercida por

[11] El 24 de noviembre de 1934, Vasconcelos escribe a Alfonso Taracena: «Hemos suspendido la copia porque la máquina que usaba H[erminio Ahumada] está ya inservible. Ahora bien: cambiarla por otra de medio uso cuesta doscientos pesos y ¿de dónde vamos a sacarlos si no es de lo que den las publicaciones respectivas?», *Cartas políticas de José Vasconcelos*, *op. cit.*, p. 145.

Taracena –«su insistencia», escribe Vasconcelos–, que se ha comprometido con distintas revistas para la totalidad de la obra. Por eso, el 4 de febrero de 1934, reanuda los envíos a Taracena, «y seguiremos –escribe Vasconcelos– sacando copias de las otras trescientas páginas que ya tengo escritas, a fin de que –salvo la dilación que es culpa mía–, usted pueda cumplir lo prometido».

Pero surge otro problema: la suspensión ha sido fatal y varias revistas renuncian seguir publicando entregas de las *Memorias*, a causa de la interrupción. La verdad es que, pasada la evocación de la infancia y juventud de Vasconcelos, las *Memorias* se hacen más políticas y más polémicas, lo que engendra reticencias y reparos entre los directores de periódicos y revistas. Vasconcelos tenía conciencia del problema y sabía por anticipación que la publicación en la prensa de las *Memorias* iba a suscitar reacciones violentas; por eso, el pretexto de la interrupción en las entregas le parece un motivo de suspensión poco creíble: «Quedo también enterado –escribe a Taracena el 24 de marzo de 1934– de las dificultades que yo mismo me he creado en lo relativo a las Memorias aunque de todas maneras al avanzar éstas iban a encontrar obstáculos». Por eso en adelante va a privilegiar la edición bajo la forma de un libro, y pedirá a Taracena que sondee a los editores mexicanos, mientras él tome contactos con editoriales latinoamericanas y españolas. Finalmente, las ediciones Botas publicarán la autobiografía.

Entre 1933 y1935 Vasconcelos hará correcciones y cambios en la transcripción mecanografiada de *Ulises criollo*. Estas intervenciones episódicas explican que, a veces, el manuscrito esté muy borroneado, y lleva muchas tachaduras que dificultan la lectura del documento. Se identifica claramente la escritura de Vasconcelos, cuando se la compara, por ejemplo, a la de las cartas mandadas a Alfonso Reyes.[12] Pero hay que contar con otra serie de correcciones hechas con una letra distinta de la de Vasconcelos, más redonda, que vienen a añadirse a las del autor y cuya procedencia no pude identificar. Una primera aproximación permite determinar dos tipos de correcciones: por una parte, se trata de borrar errores de tecleo, de acentuación, de puntuación o de ortografía (en cuanto a ésta última, todas las faltas no han sido corregidas por Vasconcelos: «acecho», por ejemplo, que tiene varias ocurrencias en el texto, está escrito con «s», y el error se reproducirá en la edición Botas); pero a veces la lectura de Vasconcelos ha sido algo apresurada. Por ejemplo, en la sección: «La transformación», el autor-narrador, hablando en primera persona, se acuerda de la noche que acaba de pasar con su amante, Adriana, y escribe: «En sus oídos resonaba el timbre de su voz de sirena», cuando hay que leer –como lo corrige Botas– «mis oídos» (p. 474). Encontramos a veces frases visiblemente incompletas, que ni

[12] *Cf. La amistad en el dolor. Correspondencia entre José Vasconcelos y Alfonso Reyes 1916-1959*, compilación y notas de Claude Fell, México, El Colegio Nacional, 1995.

siquiera han sido enmendadas en la edición Botas. Es el caso en la sección: «El nuevo embajador», donde el manuscrito dice: «Cada vez que bajaba a la costa me repetían los fríos, pero al subir de nuevo a la meseta»; las ediciones posteriores añaden al final: «desaparecían» (p. 366). Otro defecto muy corriente es la falta de homogeneidad en el empleo de los tiempos verbales en las descripciones. Por ejemplo, al principio de la secuencia titulada: «El estudiante», el narrador evoca empleando el imperfecto, los transportes públicos de la capital («anunciaba», «frenaba», «reducía», etc.); de repente, irrumpe el presente: «se deslizan», «difunden», sin que se justifique el cambio de tiempo (Botas restablece en parte la homogeneidad) (p. 158; *cf.* también p. 305). A veces, las incoherencias episódicas del manuscrito –en gran parte reproducidas por Botas– plantean un verdadero problema de comprehensión. Uno de los ejemplos más flagrantes se presenta casi al final de la secuencia «La realidad». Aludiendo a las relaciones que hubiera deseado mantener con las mujeres y a sus reticencias frente a las propuestas de matrimonio, Vasconcelos escribe en el manuscrito –el texto ha sido tachado en la edición Jus–: «Sin embargo, no era eso lo que anhelaba *[sic]*, sino amarlas un instante y luego *dotarlas*: quererlas, pero sin compromiso de eternidad». Botas interpretará la frase y rectificará, proponiendo: «botarlas». A veces también, Vasconcelos añade frases manuscritas que constituyen repeticiones y han sido justamente eliminadas de la edición Botas. Así es que antes de la frase de la mima sección: «El bien y el mal son productos como el aceite y el vitriolo», Vasconcelos incluye la cita siguiente: «El alma se me pierde bajo el bisturí, había dicho Claudio Bernard». Lo que por supuesto constituye una redundancia inoportuna, ya que dos párrafos más lejos, escribe: «No sé si calumnio a Claudio Bernard, pero según mis recuerdos, era suya la frase: "No encuentro el alma bajo el bisturí"» (p. 174).

Por otra parte, hay muchas correcciones de estilo, todas orientadas hacia una mayor tensión y precisión del texto, aunque casi siempre la versión inicial está tan cuidadosamente tachada que es muy difícil descifrarla. Visiblemente, Vasconcelos intenta alcanzar este «estilo suelto y conciso» (p. 227), que él mismo define como paradigmático de la buena literatura. Un primer trabajo está hecho sobre la adjetivación, para evitar cierta banalización o confusión connotativa. Podríamos multiplicar los ejemplos y, en la medida de lo posible, los hemos señalado al pie del texto. Luego Vasconcelos se afana en dar más fluidez a algunas de sus frases. Tenemos un buen ejemplo con uno de los escasos fragmentos en que se logra descifrar el texto inicial por debajo de las tachaduras. Se sitúa al principio del manuscrito taquigrafiado. Decía así: «Las clases me ocupaban todo el día; pero era difícil llenar las horas crueles del eremita, desde las cinco o las seis en que concluye el trabajo y el momento de la plática en torno a la hora de la cena. Concluida ésta, la preparación de las clases tomaba todo mi tiempo hasta media noche. Pronto las horas solitarias del crepúsculo las dedicaba a la lectura en la

biblioteca de la Preparatoria». La versión corregida por Vasconcelos es la siguiente (pp. 137-138): «Las clases me ocupaban todo el día; pero era difícil llenar las horas crueles del eremita, entre las cinco o las seis en que concluye el trabajo y la hora de la cena. Concluida ésta, la preparación de las lecciones me ocupaba hasta media noche. El problema de las horas solitarias del crepúsculo me lo resolvió, por fin, la biblioteca de la Preparatoria». Se nota la supresión de ciertas repeticiones y una mayor soltura atribuida a la última frase.

Pero la consulta atenta del manuscrito se vuelve mucho más reveladora cuando se lo compara con el texto impreso de la primera edición del libro, publicada por las Ediciones Botas en junio de 1935.

## La edición Botas

Las cartas cambiadas con Alfonso Taracena nos permiten, una vez más, reconstituir las peripecias de la publicación del primer tomo de las *Memorias* de José Vasconcelos. Como lo vimos más arriba, en el momento en que termina la redacción de sus *Memorias*, Vasconcelos está esencialmente preocupado por la publicación de sus obras filosóficas, la *Ética*,[13] y luego la *Estética*, que confía a las Ediciones Botas. Está casi sin trabajo –entrega de vez en cuando artículos a la revista argentina *Crítica*–, la renta sustancial y regular que el suministraba su colaboración en *El Universal* terminó con la campaña presidencial de 1929, se queja constantemente de la penuria económica en que vive, y por ende la publicación de las *Memorias* por entregas en la prensa mexicana y latinoamericana le parece constituir una fuente posible de ingresos inmediatos. El 29 de mayo de 1934, le escribe, desde Argentina, a Taracena: «Por aquí logramos vivir, rodeados, eso sí, de consideraciones y aun de afectos, pero siendo la situación difícil aun para los nativos, es claro que ya es triunfo estar viviendo. Lo que más me duele es no tener dinero para editar por mi cuenta ciertos libros. Las Memorias, por ejemplo, el libro de Educación,[14] etc., sin entregarlos a editores descarados». Como se ve, mientras va entregando fragmentos de *Ulises criollo* a distintas revistas, Vasconcelos piensa en editarlas bajo forma de libro. En la misma carta del 29 de mayo, precisa: «Sobre la copia de las Memorias empezará a trabajar de nuevo H[erminio Ahumada], ahora que quedará un poco desahogado. También a mí me interesa que salga lo ya escrito para poder recoger los originales de periódicos y más tarde hacer con ellos un libro. Por otra parte, lo que deja, aunque poco, nos sirvió el verano pasado que pasamos aquí con gran estrechez».

[13] La primera edición la publica M. Aguilar en Madrid en 1932. Botas publicará la segunda edición en 1935, a la par de la *Estética*, también editada en 1935.

[14] Se trata *De Robinson a Odiseo*, que publicará M. Aguilar en Madrid en 1935.

En julio de 1934 la correspondencia de Vasconcelos repercute el eco de unos primeros contactos con Botas para la publicación de las *Memorias*: «Sobre el asunto de Botas –escribe el 18 de julio– le ruego lo cierre si no encuentra proposición mejor». Lo menos que se puede decir es que la idea de dar la obra a Andrés Botas no lo entusiasma, debido a la cantidad irrisoria de dinero que ofrece el editor mexicano, hasta tal punto que en una carta del 1° de septiembre de 1934 parece dar marcha atrás: «Mucho le agradezco sus sugestiones para lo de las Memorias. Por ahora no me decido; vale más que sigan saliendo en entregas, que algo dejarán». Decide aplazar la eventual publicación, mientras está tratando de tomar contactos con otras editoriales: «Una vez publicadas todas las entregas, podría volver a hablarse con Botas, en caso de que por tratarse de un libro tan exclusivamente de interés mexicano, no lo quisieran los editores de España y de Chile. De suerte que dejaremos pendiente el asunto con Botas y seguiremos publicando las entregas hasta que se pueda». Además suspende de nuevo la redacción de su autobiografía para entregarse totalmente a la elaboración de su *Estética:* «Gracias por sus juicios sobre mis Memorias –escribe a Taracena el 24 de noviembre de 1934–. No he podido continuarlas porque estoy trabajando en mi "Estética", que será mi mejor libro. Si al fin lograra irme al Ecuador y lograra allá la tranquilidad económica que aquí [en Argentina] no tengo, pronto daría cima a muchos otros trabajos, porque nunca había logrado la fluidez con que hoy me vienen las cosas».

Pero Vasconcelos sigue presionando a Andrés Botas por el intermediario de Taracena, afirmando que la editorial chilena Ercilla –que le está editando su ensayo *Bolivarismo y monroísmo*– le ofrece una cantidad importante de dinero. Finalmente, Botas acepta pasar de 250 a 1000 pesos mexicanos por cinco mil ejemplares del libro, lo que corresponde a lo que quería Vasconcelos. El 25 de febrero de 1935, desde Nueva Orleans, Herminio Ahumada escribe a Taracena: «Le envié hoy nuevo paquete certificado conteniendo copias simples de las Memorias para ver si es posible entenderse con Botas para su publicación. Según instrucciones del autor, quiere mil pesos mexicanos. Si acepta Botas, puede dárselas inmediatamente». A lo que parece el editor y el autor se pusieron de acuerdo, con la mediación de Alfonso Taracena, a quien Vasconcelos escribe, también desde Nueva Orleans, el 25 de marzo de 1935: «Le devuelvo los contratos firmados con Botas. Insístale mucho en la cuestión de que no se precipite a hacer un libro malo cuando podemos hacerlo menos malo corrigiendo bien las pruebas usted y yo. Puedo asegurarle que por mi parte no demoraré la devolución de las galeras. Por fortuna, ahora la distancia que nos separa es muy corta. Me interesa más que todo revisar las primeras doscientas páginas, pues ya lo demás lo siento más fluido y logrado. Y se explica por el esfuerzo de recordar lo viejo, pues todavía no estoy tan viejo que recuerde lo de la infancia mejor que lo inmediato. Al contrario soy muy desmemoriado y de una

manera uniforme. Es claro que daremos preferencia a Botas para un segundo volumen, pero no lo tengo ni comenzado, pues en los últimos me ocupa sacar en limpio la Estética que está casi terminada». A partir de este momento las cosas se aceleran y, como suele hacerlo con todos sus libros, Vasconcelos insiste para leer y poder corregir las pruebas del primer tomo de su autobiografía, como lo señala en una carta mandada a Taracena, desde San Antonio, el 12 de mayo de 1935: «Le acompaño, o más bien, le mando por el correo de mañana, lunes, todas las pruebas del Ulises, corregidas. Estaban tan bien expurgadas ya, que como usted verá, no toqué muchas páginas y en otras introduje cambios de palabras. Sólo en dos o tres lugares tuve que intercambiar renglones que se habían escapado al linotipista. En fin, las correcciones que van son tan pocas pero muy importantes porque afectan al sentido y por eso mismo se las recomiendo mucho». Y el 21 de junio de 1935, Taracena anuncia a Vasconcelos por carta la buena noticia: «Ya apareció su libro. Anoche me dio Botas el primer ejemplar, de los primeros salidos de las prensas. Quedó muy bien. Naturalmente, se hicieron todas las correcciones que usted marcó. No se lo dije en la última porque comprendí que usted las vería corregidas ya no en los pliegos que se le enviaron para que los firmara y que, por cierto, aun no nos llegan. Se va a vender mucho. Botas pondrá un aparador con fotografías de la Decena Trágica, de usted y de todos los aludidos en la obra. De los de lujo que le remita Botas, espero un ejemplar de usted, porque éste que me dio Botas, de los comunes y corrientes, como estaba fresca la tinta por acabar de salir de las prensas, se me ha manchado. Está usted servido».

La intervención de Vasconcelos a nivel de las pruebas justifica ciertas diferencias entre el manuscrito mecanografiado y la edición Botas. Sin embargo, el plazo muy breve entre la firma del contrato y la publicación algo precipitada del libro explica el estado a veces gravemente defectuoso de esta primera versión impresa –lo que no dañará para nada el éxito considerable del libro–. Pero hay que subrayar el hecho de que algunas aberraciones y anomalías de la versión Botas han sido adoptadas y repercutidas por ediciones posteriores.

Esta transcripción errónea se traduce primero por la aparición de interpretaciones que suenan a veces como verdaderos contrasentidos. Abundan, desgraciadamente, los ejemplos:

– aludiendo a la ciudad de El Paso (p. 169), el manuscrito rezaba: «se identificaba la ciudad con el ideal mismo de la época: el progreso». La frase ha sido tachada (las correcciones no parecen ser del puño de Vasconcelos) y pasó a ser: «encarnaba la ciudad con el ideal de una época: el progreso». Ahora bien, a partir de esta construcción sintácticamente torpe, Botas propone: «consumaba *[sic]* la ciudad con el ideal de una época: el progreso». Traicionando el manuscrito, pero restableciendo el sentido, las *Obras completas,* F.C.E. y Trillas proponen: «coincidía la ciudad con el ideal...»;

– por otra parte, encontramos «desagradados» (Botas) por «desgarrados» (Manuscrito) (p. 179), «estética» (B) por «estática» (M) (p. 140) (F.C.E. corrige); «entraba» (B) por «estaba» (M) (p. 145); «estilo tejano francés» (B) por «estilo tejado francés» (M) (p. 153) (F.C.E. dice «texano»); «Herbert» (B) por «Herbart» (M) (p. 182) (F.C.E. repite «Herbert»); «vencerme» (B) por «vencer» (M) (p. 210) (todas las ediciones posteriores repiten a Botas); «y le dije: Sintiendo dejarlos, tengo que irme» (B) por «y le dije, sintiendo dejarlos: Tengo que irme» (M) (p. 381) (error reproducido en todas las ediciones posteriores); «hice mis cálculos» (B) por «hice mil cálculos» (M) (p. 198); «humanos» (B) por «humosos» (M) (p. 9); «acudía» (B) por «acudí» (M) (p. 9); «vanidosa» (B) por «veleidosa» (M) (p. 24); «Legación» (B) por «delegación» (M) (p. 409); «agitada» (B) por «agigantada» (M) (p. 451); «el menosprecio del poder que hacía en mi negativa» (B) por «el menosprecio del poder que había en mi negativa» (M) (p. 425) (no corregido en F.C.E.).

El texto del manuscrito resulta también a veces gravemente adulterado por una serie de omisiones más o menos importantes:

– varias frases han sido amputadas de algunos sintagmas (las palabras tachadas corresponden a la parte cortada):

* p. 48: «como el Cementerio ~~al sudoeste~~ y el camino de la Villita al sudeste»:

* p. 49: «En vez de pintar ~~las gentes y las casas, lejos de encarnar~~ la vida del pueblo y proyectar su alegría…»

* p. 163: «la experiencia no revela otra cosa que ciertas regularidades ~~en el proceso de los fenómenos. Apenas si la historia de la astronomía me revelaba una serie de grandes intuiciones, aproximaciones a verdades que sin embargo no sobrepasan la simple afirmación de la regularidad de los procesos~~»;

* p.169: «de ella salían los labradores vestidos de nuevo ~~desde el calzado hasta el sombrero~~»;

* p. 188: «Pero pasaron muchos años antes de que pudiese apreciar todo el alcance de su lucha ingrata contra el medio ~~inmundo~~ que nos incubaba»;

* p. 245: «Los senadores del tipo Carranza nunca renunciaban sus cargos, ~~porque no teniendo capacidad para el trabajo~~, jamás se hubieran dado posición propia ventajosa»;

* p. 265: «pero lo que es más nuestro, la esencia de lo que fuimos ~~se pierde en olvido comparable al de la muerte~~»;

– algunas frases enteras han sido olvidadas:

* p. 147: «¿O bien, traspone la penumbra y amanece en los prados celestes?»;

* p. 227: «En la materia misma, era forzoso hallar el espíritu».

– cambios han sido posiblemente introducidos por el autor en el momento de la lectura de las pruebas:

* p. 29: «Hay algo de técnico en un castigo así» (M) pasa a ser: «Hay algo de noble…» (B);

* p. 71: «que recuerdan la gracia del Oriente» (M) pasa a ser «que recuerdan la gracia de un manto» (B);

* p. 189: «las más sombrías literaturas» (M) pasa a ser: «las más morbosas literaturas» (B);

* p. 307: «sembró un ramo» (M) se transforma en «plantó un árbol» (B);

* p. 432: «acusándonos del aborto de sus mujeres» (M) pasa a ser «acusándonos del parto de sus mujeres» (B).

El texto de la edición Botas conlleva también muchos errores en cuanto a la ortografía de los apellidos citados, errores presentes en el manuscrito y corregidos en la versión de F.C.E.

## La edición Jus *(JUS)*

En 1958, algunos meses antes de su muerte, Vasconcelos, que tiene 76 años, decide publicar en la editorial católica Jus de México una versión expurgada de *Ulises criollo.* Durante años –y con las excepción de las *Obras completas,* de un precio relativamente elevado– será la única edición accesible para los lectores potenciales de la obra. En un prólogo que no figuraba en las ediciones anteriores de su autobiografía –el libro conserva su subtítulo inicial: «La vida del autor escrita por él mismo»– explica por qué ha decidido introducir una serie de cortes en el texto inicial del libro: «Los años han pasado y no pocos de los sucesos y las escenas que tuve que relatar, me causan a la hora presente repulsión viva. Pero ya que no es posible destruir lo que fue, por lo menos nos queda el recurso de borrar aquello que no merece recuerdo. Quizás es esto lo que explica la aparición de las ediciones expurgadas: el deseo de no contaminar la conciencia del lector, con nuestras propias miserias e iniquidades. Se impone también otra consideración y es la de que, limpiando la casa, podemos recibir sin rubor la visita de aquel sector de lectores que es el más estimable de todos, el que está constituido por la almas puras, inocentes y nobles, que por fortuna abundan en todo tiempo y lugar».[15] Sin identificarlos, Vasconcelos añade que ha sido ayudado y asesorado por «dos sabios amigos que [le] han prestado el servicio de suprimir lo objetable, sin modificar, ni en una coma, lo que fue de común acuerdo aceptado».

Fuera de toda consideración ética, no cabe duda de que estos cortes adulteran considerablemente el texto inicial del *Ulises criollo,* cuanto más que los censores proceden muchas veces de manera más o menos arbitraria, sin tomar en cuenta el sentido general del texto que, a veces, resulta casi totalmente incom-

[15] J. Vasconcelos, *Ulises criollo. Edición expurgada,* México, Editorial Jus, S.A., 1958, p. 5. El tiraje de esta edición es de 5.000 ejemplares. Habrá otras dos ediciones, cada una también de 5.000 ejemplares, una en 1964 y otra en 1969.

prensible después del acto de censura a que fue sometido. Es evidente que la mayor parte de los cortes conciernen todo lo que se relaciona con las pulsiones sexuales y el erotismo en general. Hemos notado cuidadosamente todos los cortes operados en el texto y los hemos señalado al margen. Las tachaduras son de extensión variable, desde unas palabras o una frase hasta varias páginas o incluso la totalidad de una sección («En el Jockey Club», pp. 234-235, donde se evoca «la belleza delicada y sensual» de Pepa, cortesana de lujo, «ligera y sensual, delicada y seductora como una música que pasa») o su casi totalidad (desaparecen el título «Conatos de pasión» y lo esencial del episodio donde Vasconcelos cuenta sus aventuras amorosas desdichadas con una joven prostituta, María Sarabia, pp. 195-200). Lo censurado abarca situaciones que se relacionan tanto con la niñez -como este breve episodio en que el joven Vasconcelos vislumbra «la parte más delicada y secreta de [la] belleza rubia, judía y juvenil- de su vecina» (p. 47)- como con sus aventuras de estudiante y su trato asiduo en la edad adulta con las prostitutas (la sabrosa visita de los prostíbulos cubanos o de Nueva Orleans ha sido «naturalmente» eliminada). Así es que elimina, al final de la sección «El rayo», dedicada a la muerte de su madre, una frase de clara tonalidad baudelairiana (por lo menos en su primera parte): «El hecho es que al sentirme desamparado de los poderes celestes, me acogí a la carne que embriaga y hace olvidar, aunque de hecho nos ate a la cadena de la pasión absurda que perpetúa las generaciones» (p. 148).

Lo más problemático en esta gestión de censura concernía evidentemente el enredo de Vasconcelos con el gran amor de su vida, «Adriana», o sea Elena Arizmendi, omnipresente en la última parte de *Ulises criollo*. Era imposible borrar totalmente las alusiones a la amante con quien Vasconcelos pasa lo esencial de su vida a partir de 1912 hasta la ruptura, unos cuatro años más tarde, mientras la pareja está en Lima, como lo contará Vasconcelos en *La tormenta*, so pena de desfigurar completamente el libro. Una nota algo torpe de «los censores» lo señala en la p. 307 de la edición Jus: «En bien del interés y del drama narrativo, se ha dejado lo indispensable del embrollo amoroso de Adriana, sin aprobarlo naturalmente».[16] Desde luego, la minuciosa y ardiente descripción que Vasconcelos hace del cuerpo de la mujer amada (p. 448) desaparece, pero, sobre todo, ya no se siente en el texto publicado por la Editorial Jus esta exaltación, este lirismo brotando de la evocación de una felicidad que el narrador sabe amenazada y condenada a esfumarse.

Los cortes lindan a veces con lo ridículo, como cuando se censura estas frases que aluden al hermano de Vasconcelos, Carlos, muerto todavía muy joven

[16] La tercera edición expurgada conserva la nota de la p. 307, pero con un contenido ligeramente distinto: «Por la grande importancia histórica de la personalidad de Vasconcelos, se ha dejado el embrollo amoroso de Adriana, sin aprobarlo naturalmente (Los Censores)».

de tuberculosis: «Revisando sus papeles encontré unas fotos de bañistas. Estaba retratado con otro amigo y un par de gringas bien formadas. Sus músculos desnudos se veían tensos; su cara jubilosa denunciaba el placer de las olas avivado con la sensualidad de la compañía femenina. No hacía seis meses de aquel retrato» (p. 442). Lo mismo podría decirse de la eliminación de un fragmento donde, en «un vasto, armonioso concierto de alegría y de poder», el narrador evoca «las pantorillas con medias de seda de las mujeres sajonas» (p. 417) o cuando recuerda la fascinación ejercida por las actrices italianas que participan en espectáculos en los teatros mexicanos de principios del siglo (pp. 243–244). El texto pierde mucho de su espontaneidad y de su vitalidad cuando los censores eliminan la descripción apenas sugestiva pero llena de poesía de las mujeres del Istmo de Tehuantepec, retratadas más tarde por Diego Rivera: «Caminan sobre la arena dorada con pies limpios, ligeros y desnudos. En sus desnudas pantorillas hay la consistencia de la palma real. Y en sus labios la frescura opalina del agua de coco tierno» (p. 358). En cuanto aparecen ciertas palabras («turgencias», «pezones», «caderas», «ondular», etc.), el texto está casi sintemáticamente censurado (*cf.* p. 276). Pero, paradójicamente, una clara alusión al despertar de la sexualidad en el adolescente y a la masturbación no ha sido borrada en la edición Jus (p. 107). En cambio, «los censores» tachan el párrafo de la secuencia «La familia» donde Vasconcelos afirma su decisión –que no respetará su mujer– de no tener hijos (p. 305).

La censura se ejerce también contra fragmentos y temas que no tienen nada que ver con el sexo: es el caso, por ejemplo, de una alusión a tentaciones suicidas que experimenta fugazmente el protagonista (p. 215). Una frase de connotación racista desaparece de Jus, más bien porque contiene la palabra «sexo», que por cualquier motivo ideológico (p. 252). Con razón, la edición Jus elimina largas y aburridas disquisiciones filosóficas sobre «la unidad en la muchedumbre de los conocimientos» (pp. 266–270), que constituían un verdadero lastre al final de la sección «En provincia». Al final del libro (p. 502), se suprime un párrafo donde el narrador critica de manera bastante mordaz el «alborozo» de la Iglesia mexicana, al enterarse del asesinato de Madero: «Desaparecía por fin aquel presidente sospechoso de espiritismo». Y en las últimas páginas aparece otra nota de «los censores» motivada por una frase aplicada a Madero, que dice: «Lo más probable es que el destino, al consumar fines tortuosos, ciega a los más lúcidos en el instante en que va a destruirlos». Al pie de página, «los censores» comentan: «Frases como ésta, que piden una aclaración, las dejamos intactas porque confiamos en el criterio de los lectores».

Fuera de estos cortes, la edición Jus ofrece a veces una versión del texto bastante diferente de la edición Botas. El ejemplo más significativo se encuentra al final de la sección titulada: «El narcótico» (p. 158). Una vieja criada confiesa al joven Vasconcelos que su padre es hijo de un cura. Concluye el texto de

Botas: «Cierta o falsa la versión, ni me ha preocupado ni he vuelto a escucharla». Jus adopta un final totalmente distinto, muy folletinesco, ya propuesto en la versión de las *Obras completas:* «Cierta o falsa la versión me preocupó, y sólo muchos años después supe la verdad: mi padre había sido un bastardo, pero no de cura, sino de comerciante español acomodado y aun de noble estirpe...». Por otra parte, en contradicción con el sentido del texto, invierte los títulos de las secciones tituladas: «En el juzgado de lo civil» (p. 235) y «Un reaccionario» (p. 238) (error reproducido en la edición del Fondo de Cultura Económica).

## La edición del Fondo de Cultura Económica *(FCE)*

Esta edición de 1982 permite una lectura más fluida del texto: restablece en gran parte una puntuación correcta, destaca las réplicas de los diálogos del resto del texto, crea nuevos apartados, propone una ortografía correcta de los apellidos citados. De vez en cuando, la edición F.C.E. suministra interpretaciones aclaradoras y justas de la versión propuesta por el manuscrito y por Botas: por ejemplo, el reemplazo de «conciencia» por «ciencia» al final de la secuencia «El estudiante» (p. 164). Es muy significativo también, cuando se conoce las opciones históricas posteriores de Vasconcelos, que el nombre de Guerrero sustituya al de Bustamante (que se encuentra en Botas) en la frase: «Media nación sacrificada y millones de mexicanos suplantados por el extranjero en su propio territorio, tal era el resultado del gobierno militarista de los Guerrero y de los Santa Anna y los Porfirio Díaz» (p. 42).

Sin embargo, presenta también una serie de anomalías que, a veces, problematizan la lectura del texto:

– p. 140, un fragmento de frase eliminado hace incomprensible el texto, lo que resulta particularmente molesto ya que estamos en el corazón mismo del pensamiento filosófico de Vasconcelos: «Una dinámica en vez de una estática, y una especie de evolución de lo objetivo ~~que es materia a lo subjetivo~~ que es acción» (tachada la parte suprimida);

– p. 174: mientras Botas propone, en conformidad con el manuscrito: «muertos que se aparecen a los vivos», F.C.E. (y Jus) rezan: «muertos que se parecen a los vivos»;

– p. 175, la edición F.C.E. ofrece una versión totalmente opuesta a la del manuscrito y de Botas. El sintagma original reza: «el cielo estrellado y mudo: simple mecánica sin alma», mientras leemos en F.C.E. (y en Jus): «simple mecánica del alma»;

– p. 226, a propósito de Justo Sierra, todos los textos dicen: «y al final de sus días casi converso», mientras F.C.E. afirma: «y al final de sus días converso»;

también en la p. 255, F.C.E. es el único en proponer «presión», como se lee en las otras ediciones;

– p. 361: un corte inexplicado hace que el final de una frase resulte mucho menos explícito que en Botas: «Y ¡cómo era idiota pasar la vida encerrado dentro de los muros [de las ciudades envenenado con sus preocupaciones] de la rivalidad y el apetito!»;

– p. 369, otra discrepancia importante: Botas y el manuscrito dicen, hablando de Francisco Madero: «me reprendió», mientras F.C.E. reza: «me respondió»;

– p. 406, F.C.E. reemplaza inexplicablemente «capitolino» por «capitalino»;

– p. 456, cuando en Botas leemos: «La tentativa fracasada de Orozco logró, sin embargo, alertarnos», F.C.E. propone «logró alentarnos»;

– p. 501, Botas: «Y siguen dando pingües rentas las casas mal habidas de los Presidentes que han seguido a Madero»; F.C.E.: «...las casas mal habitadas...».

Como lo confirma el relevamiento de variantes de una edición a otra, estamos pues en presencia de un texto muy manoseado, elaborado en condiciones relativamente caóticas, según las peripecias de un exilio que conduce al autor de Francia a Argentina, y luego a Estados Unidos, y primitivamente impreso en un contexto de apresuramiento que lo desestabilizaron de manera indiscutible. Toda la primera parte Botas la imprime a partir de recortes de revistas plagados de erratas que, a veces, reproduce sin control previo, sin interrogarse sobre el sentido del texto. Parece que por lo menos dos personas distintas «corrigieron» el manuscrito mecanografiado por Herminio Ahumada, sin que haya verdadera armonía ni coherencia entre ambas intervenciones. No sabemos tampoco si el yerno de Vasconcelos escribió bajo el dictado de su suegro o si copió a partir del manuscrito inicial (con tal que haya existido este manuscrito). En regla general, las intervenciones de Vasconcelos van en el sentido de una mayor fluidez y una lectura más fácil de su texto de cuya publicación espera sacar algunos beneficios, aunque la considere de mucho menos prestigio que sus obras filosóficas. Fuera de la operación de censura propia de la edición Jus, de la que el texto sale muy maltratado y en parte desfigurado, privado de las audacias que constituían –si nos referimos a la época en que se publica– uno de sus atractivos más evidentes y más originales, Vasconcelos modifica detalles de la narración, tratando, en particular, de suavizar de vez en cuando el alcance polémico y agresivo del libro. Las ediciones del Fondo de Cultura Económica y de la Editorial Trillas representan un indiscutible esfuerzo por estabilizar el texto. La edición de 1998, en particular, vuelve en parte al manuscrito mecanografiado, lo que no había sido hecho desde la edición Botas.

Así, entre todos, podremos esperar que esta «biografía novelada», como la llamaba Vasconcelos, «una de las pocas obras clásicas de nuestro ya moribundo siglo XX», según Emmanuel Carballo, conozca una edición definitiva que permita valorizar totalmente el indiscutible talento literario del autor-narrador-protagonista de *Ulises criollo.*

# II. EL TEXTO

## ULISES CRIOLLO
***José Vasconcelos***

Establecimiento del texto y notas
*Claude Fell*

## ADVERTENCIA[a]

*La presente obra no ha menester de prólogo; requiere, a lo sumo, la advertencia de que no está escrita –no lo está ningún libro de su género– para caer en manos de inocentes. Contiene la experiencia de un hombre que no aspira a la ejemplaridad, sino al conocimiento. El misterio de cada vida no se explica nunca, y apenas si nosotros mismos podemos rescatar del olvido, unas cuantas escenas del panorama intenso en que se desarrolló nuestro momento. Las del presente volumen componen la primera etapa de un*

---

**a.** Advertencia *no incluida en el manuscrito. Aparece fotocopia de un artículo titulado:* Las memorias del Lic. Dn. José Vasconcelos. *Título tachado y reemplazado por una indicación manuscrita:* Ulises Criollo. *Arriba a la derecha, se lee la mención manuscrita también:* Fijarse que la obra no lleva capítulo ni subtítulo. *El texto, publicado en la revista mexicana* Sistema *y en la revista cubana* Bohemia, *está dividido en partes, encabezadas por la lista de las secuencias, breves o semi-breves, del relato. En la Edición Jus, esta advertencia viene precedida por el «prólogo» siguiente:* Atenido al texto del Salmo Penitenciario que dice: «Porque yo publicaré mi maldad y pensaré siempre en mi pecado», me puse a escribir los volúmenes de mis Memorias que constan en ediciones anteriores, atendiendo sólo en la verdad de lo que contaba.

Los años han pasado y no poco de los sucesos y las escenas que tuve que relatar, me causan a la hora presente repulsión viva. Pero ya que no es posible destruir lo que fue, por lo menos nos queda el recurso de borrar aquello que no merece recuerdo. Quizás es esto lo que explica la aparición de las ediciones expurgadas: el deseo de no contaminar la conciencia del lector, con nuestras propias miserias e iniquidades. Se impone también otra consideración y es la de que, limpiando la casa, podemos recibir sin rubor la vista de aquel sector de lectores que es el más estimable de todos, el que está constituido por las almas puras, inocentes y nobles, que por fortuna abundan en todo tiempo y lugar.

A fin de proceder con mayor acierto, acudí al consejo de dos sabios amigos que me han prestado el eminente servicio de suprimir lo objetable, sin modificar, ni en una coma, lo que fue de común acuerdo aceptado.

«Los que vuelven mal por bien –como dice otro Salmo–, seguirán murmurando de mí porque seguí la justicia y no a ellos».

Qué importan unos cuantos más, cuando ya lo dice otro renglón sabio: «No obstante, mis enemigos viven y se han hecho más fuertes que yo. Y los que injustamente me aborrecen se han multiplicado».

Yo mismo conozco mi maldad y mi pecado grita siempre contra mí. ¡Pero encima de todo está la misericordia del Señor!

*CURRICULUM VITAE prolongado. Se cierra esta primera parte con la muerte del presidente Madero. El segundo volumen de la obra, si llega a escribirse, será el de la pasión desorbitada y la revolución; caos por dentro y por fuera, en un alma atormentada por todas las angustias. Contendrá juicios acerca de la sucia rebelión carrancista. El tercer volumen, si alguna vez se compone, será el de la vida conquistada para la edificación, en lo subjetivo y en lo externo.*[a]

*El nombre que se ha dado a la obra entera, se explica por su contenido. Un destino cometa, que de pronto refulge, luego se apaga en largos trechos de sombra, y el ambiente turbio del México actual, justifican la analogía con la clásica* Odisea. *Por su parte, el calificativo Criollo, lo elegí como símbolo del ideal vencido en nuestra patria desde los días de Poinsett cuando traicionamos a Alamán. Mi caso es el de un segundo Alamán hecho a un lado, para complacer a un Morrow. El criollismo, o sea la cultura de tipo hispánico, en el fervor de su pelea desigual contra un indigenismo falsificado y un sajonismo que se disfraza con el colorete de la civilización más deficiente que conoce la historia; tales son los elementos que han librado combate en el alma de este* Ulises criollo, *lo mismo que en la de cada uno de sus compatriotas.* *JUS:* historia: tales

## El comienzo

Mis primeros recuerdos emergen de una sensación acariciante y melodiosa. Era yo un retozo en el regazo materno. Sentíame prolongación física, porción apenas seccionada de una presencia tibia y protectora, casi divina. La voz entrañable de mi madre orientaba mis pensamientos, determinaba mis im-

a. *Este párrafo no figura en la* Advertencia *de* JUS.

– la undécima edición de *Ulises criollo* y primera «expurgada», a petición del mismo Vasconcelos, publicada en 1958 por la Editorial Jus, con un prólogo donde el autor justifica esta nueva versión de su texto;

– la primera reimpresión (1983) de la edición, en dos volúmenes, de las *Memorias* por el Fondo de Cultura Económica (1982).

También consulté una edición de 1979 de *Ulises criollo,* publicada en México por Promexa Editores en la colección «Clásicos de la Literatura Mexicana», con prólogo de Felipe García Beraza, edición que me prestó Andrea Revueltas, y desde luego la última edición del libro realizada por Editorial Trillas en 1998.

Lo que se puede decir en una primera –y superficial– aproximación, es que la mayor parte de estos textos encierran una serie impresionante de omisiones, de errores tipográficos, de transcripciones equivocadas de apellidos, de distribución caprichosa de los signos de puntuación, de trastornos en los títulos de capítulos, de interpretaciones más o menos discutibles de la interpretación de por sí ya bastante arbitraria que propone la edición Botas del manuscrito, lo que hace a veces muy problemática la lectura del libro. Aparentemente, la edición del texto en las *Obras completas* se benefició de una primera relectura, donde se corrigieron algunos errores particularmente visibles, y estas correcciones vuelven a encontrarse en la edición –por otra parte, censurada por el mismo Vasconcelos– de la Editorial Jus en 1958 y, más tarde, en la edición realizada por el Fondo de Cultura Económica. Pero la vuelta al manuscrito permitirá restablecer el texto en su brotar original, como lo hace en parte la edición Trillas de 1998.

## El manuscrito *(Ms)*

El manuscrito conservado en Austin presenta un aspecto muy particular. Se compone, en una primera parte, de dos conjuntos de recortes periodísticos, aparentemente tomados de dos revistas diferentes, que abarcan los primeros capítulos del libro hasta el final del capítulo titulado «En Toluca», o sea, más o menos las primeras ochenta páginas de *Ulises criollo.* Cada una de estas cuartillas lleva gruesas cifras trazadas con lápiz, que van de 1 a 27. Luego viene la parte mecanografiada, cuya primera cuartilla lleva el número 160, la última teniendo el número 569. Cada una de la cuartillas de esta parte lleva también una numeración con lápiz, que va del 1 al 402. El manuscrito propiamente dicho empieza con un capítulo titulado «La manzana se parte» –que figurará en la edición Botas bajo el título «La granada se parte»–, lo que significa que 19 secciones –que corresponden con la estancia de la familia en Campeche y la llegada de Vasconcelos a la capital para matricularse en la Escuela Nacional Preparatoria– están excluidas del manuscrito. Se trata de las secciones siguientes: «La

coronación de la Virgen», «Los jacobinos», «Liberación», «El mar», «Campeche», «El Instituto Campechano», «Las vacaciones», «El clima», «La gimnasia», «La bahía», «Melancolía», «Amagos de adversidad», «El grande hombre», «Sofía», «El cordonazo de San Francisco», «Las Steger». «Divagaciones y exámenes», «Otra vez al garete», «De nuevo en la Capital». No se sabe por qué la primera parte ha sido reemplazada por recortes de prensa ni tampoco por qué unas cincuenta páginas del libro –si nos referimos a la edición Botas– han desaparecido.

Lo que sí sabemos es que Vasconcelos, estando en España el año 1933, necesitaba dinero y «se dirigió [a Alfonso Taracena] con mil rodeos pidiéndo[le] le colocase en un periódico de ésta unas Memorias suyas que había escrito, con cuyos productos pensaba ayudarse para vivir».[4] Efectivamente, Taracena contacta a varios periódicos de México, de Estados Unidos y de Cuba, y logra colocar partes de las *Memorias* a cuatro periódicos mexicanos y una revista cubana. Entre los periódicos mexicanos, se encuentra la revista mensual *Sistema* –cuyo director era Eduardo Soriano Bravo y jefe de redacción Luis A. Domínguez, con oficinas en Venustiano Carranza nº 47– que, entre diciembre de 1934 y abril de 1935, publicará las primeras secciones de *Ulises criollo*, bajo el título: «Las memorias del Lic. don José Vasconcelos». Aparentemente, Vasconcelos, en un primer momento, había decidido reunir las secciones del libro en capítulos, ya que esta prepublicación abarca cinco capítulos, hasta la sección titulada «Camino de Durango». En abril de 1935 se interrumpe la presentación en *Sistema* de las *Memorias* de Vasconcelos, como lo advierten unas «Notas del Editor» a los lectores: «Lamentamos muy sinceramente tener que suspender las interesantes Memorias del Sr. Lic. José Vasconcelos, suspensión que hacemos por causas muy ajenas a nuestra voluntad, y que obedecen más bien al cumplimiento de un convenio celebrado entre el señor Lic. Vasconcelos y una Empresa Editorial, la que hará la edición completa de dichas Memorias, estando muy próximas a salir a la luz pública. No obstante haber perdido la publicación de la autobiografía de tan valiosa pluma, estamos haciendo esfuerzos por lograr que el Lic. Vasconcelos continúe colaborando con nosotros y esperamos muy pronto brindar a los lectores artículos literarios especialmente escritos por él para SISTEMA».[5] El «manuscrito» de Austin sólo conserva lo publicado en *Sistema* hasta febrero de 1935 –mientras la revista publicó fragmentos de las *Memorias* hasta abril de 1935–, lo que corresponde a las cuartillas 1-13.[6] Sin embargo, la revista, subrayando el éxito de la publicación que anuncia el de la edición bajo forma de libro parece prever las polémicas que habían de suscitar las *Memorias* de Vasconcelos, sobre todo en relación con las opciones del autor-

[4] *Ibid.*, p. 88.
[5] «Notas del Editor», *Sistema*, año II, nº 16, abril de 1935, p. 5.
[6] El *Diario de Yucatán* publicará también fragmentos de las *Memorias* de Vasconcelos.

madre–, no te preocupes: a nosotros nos matarán, pero a ti te vestirán de gamuza y plumas, te darán tu caballo, te enseñarán a pelear y un día podrás liberarte.»[a]

*FCE:* pelear, y un día

En vano trato de representarme cómo era el pueblo del Sásabe primitivo. La memoria objetiva nunca me ha sido fiel. En cambio la memoria emocional me revive fácilmente. La emoción del desierto me envolvía. Por donde mirásemos se extendía polvorienta la llanura sembrada de chaparros y de cactus. Mirándola en perspectiva, se combaba casi como rival del cielo. Anegados de inmensidad nos acogíamos al punto firme de unas cuantas casas blanqueadas. En los interiores desmantelados habitaban familias de pequeños funcionarios. La aduana, más grande que las otras casas, tenía un torreón. Una senda sobre el arenal hacía veces de calle y de camino. Algunos mezquites indicaban el rumbo de la única noria de la comarca. Perdido todo, inmergido en la luz de los días y en la sombra rutilante de los cielos nocturnos. De noche, de día, el silencio y la soledad en equilibrio sobrecogedor y grandioso.

*FCE:* cactos. *Ms:* de agaves.

*FCE:* Aduana

Una noche se me quedó grabada para siempre. En torno al umbral de la puerta familiar disfrutábamos la dulce compañía de los que se aman. Discurría la luna en un cielo tranquilo: se apagaban en el vasto silencio las voces. A poca distancia los vecinos, sentados también frente a sus puertas, conversaban, callaban. Por el extremo de la derecha los mezquites se confundían con sus sombras. Acariciada por la luz, se plateaba la lejanía y, de pronto, clamó una voz: «–Vi la lumbre de un cigarro y unas sombras por la noria…» Se alzaron todos de sus asientos, cundió la alarma y de boca en boca el grito aterido: «Los indios… allí vienen los indios…»

*FCE:* «Vi

Rápidamente nos encerramos dentro de la casa. Unos «celadores», después de ayudar al refuerzo de la puerta con trancas, subieron con mi padre a la azotea, llevando cada uno rifle y canana. Cundió el estrépito de otras puertas que cerraban en el villorrio

*Ms:* Cesó

*FCE:* que se cerraban. *Ms:* que cerraban el villorrio

a. *Ms:* libertarte.»

pulsos. Se diría que un cordón umbilical invisible y de carácter volitivo me ataba a ella y perduraba muchos años después de la ruptura del lazo fisiológico. Sin voluntad segura, invariablemente volvía al refugio de la zona amparada por sus brazos. Rememoro con efusiva complacencia, aquel mundo provisional del complejo madre-hijo. Una misma sensibilidad con cinco sentidos expertos y cinco sentidos nuevos y ávidos, penetrando juntos en el misterio renovado cada día.

*FCE:* complacencia aquel

En seguida, imágenes precursoras de las ideas inician un desfile confuso. Visión de llanuras elementales, casas blancas, humildes; las estampas de un libro; y así se van integrando las piezas de la estructura en que lentamente plasmamos. Brota el relato de los labios maternos, y apenas nos interesa y más bien nos atemoriza descubrir algo más que la dichosa convivencia hogareña. Por circunstancias especiales, el relato solía tomar aspectos temerosos. La vida no era estarse tranquilos al lado de la madre benéfica. Podía ocurrir que los niños se perdiesen pasando a manos de gentes crueles. Una de las estampas de la Historia Sagrada representaba al pequeño Moisés abandonado en su cesta de mimbre entre las cañas de la vega del Nilo. Asomaba una esclava atraída por el lloro para entregarlo a la hija del Faraón. Insistía mi madre en la aventura del niño extraviado, porque vivíamos en el Sásabe, menos que una aldea, un puerto en el desierto de Sonora, en los límites con Arizona. Estábamos en el año 85, quizás 86, del pasado siglo. El gobierno mexicano mandaba sus empleados, sus agencias, al encuentro de las avanzadas, los «outposts» del «yankee». Pero, en torno, la región vastísima de arenas y serranías seguía dominada por los apaches, enemigo común de las dos castas blancas dominadoras: la hispánica y la anglosajona. Al consumar sus asaltos, los salvajes mataban a los hombres, vejaban a las mujeres; a los niños pequeños los estrellaban contra el suelo y a los mayorcitos los reservaban para la guerra; los adiestraban y utilizaban como combatientes. «Si llegan a venir –aleccionaba mi

*Ms:* En seguida imágenes, precursores de las ideas.

*FCE: outposts* del yanqui.

*Ms:* como bombatientes.

entero y empezaron a tronar los disparos; primero, intermitentes; después enconados, como de quien ha cogido el blanco. Mientras arriba silbaban las balas, en nuestra alcoba se encendieron velas frente a una imagen de la Virgen. Aparte ardía un cirio de la «Perpetua», reliquia de mi abuela. De hinojos, niños y mujeres, rezábamos. Después del Padre Nuestro las Ave Marías.[a] En seguida, y dada la gravedad del instante, la plegaria del peligro: «La Magnífica», como decían en casa. El «Magnificat» latino que, castellanizado, clamaba: «Glorifica mi alma al Señor, y se regocija mi espíritu en Dios mi Salvador...» «Cuyo nombre es Santo... y su misericordia, por los siglos de los siglos, protege a quien lo teme...»

*FCE:* hallado
*FCE:* mujeres rezábamos.
*FCE: Magnificat*

No fue largo el tiroteo; pronto bajó mi padre con sus hombres. –«Son contrabandistas –afirmaron– y van ya de huida; ensillaremos para ir a perseguirlos.» Se dirigieron a la Aduana para pertrecharse, y a poco pasó frente a la casa el tropel, a la cabeza mi padre en su oficio de Comandante del Resguardo. Regresó de madrugada, triunfante. En su fuga, los contrabandistas habían soltado varios bultos de mercancías.

*FCE:* hombres. «Son
*Ms:* comandante

Igual que una película, interrumpida porque se han velado largos trechos, mi panorama del Sásabe se corta a menudo; bórranse días sin relieve y aparece una tarde de domingo. Almuerzo en el campo, varias personas aparte de la familia. Sobre el suelo reseco, papeles arrugados, latas vacías, botellas, restos de comida. Los comensales, dispersos o en grupos, contemplan el tiro al blanco. Mi padre alza la barba negra, robusta; lanza al aire una botella vacía; dispara el Winchester y vuelan los trozos de vidrio, una, dos, tres veces. Otros aciertan también, algunos fallan. Por la extensión amarillenta y desierta, se pierden las detonaciones y las risas.

*Ms:* de día festivo.
*FCE: Winchester*
*FCE:* también; algunos
*FCE:* desierta se pierden

Gira el rollo deteriorado de las células de mi memoria; pasan zonas ya invisibles, y,[b] de pronto,[c] una visión imborrable. Mi madre retiene sobre las

*Ms:* memoria, pasan

---

**a.** *FCE:* Después del padrenuestro, las avemarías. **b.** *FCE:* invisibles y, **c.** *Ms:* y de pronto

rodillas el tomo de Historia Sagrada. Comenta la lectura y cómo el Señor hizo al mundo de la nada, creando primero la luz, en seguida la tierra con los peces, las aves y el hombre. Un solo Dios único y la primera pareja en el Paraíso. Después, la caída, el largo destierro y la salvación por obra de Jesucristo; reconocer al Cristo, alabarlo; he allí el propósito del hombre sobre la tierra. Dar a conocer su doctrina entre los gentiles, los salvajes; tal es la suprema misión. –«Si[a] vienen los apaches y te llevan consigo, tú nada temas, vive con ellos y sírvelos, aprende su lengua y háblales de Nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros y por ellos, por todos los hombres. Lo importante es que no olvides: hay un Dios Todopoderoso y Jesucristo su único hijo. Lo demás se irá arreglando solo. Cuando crezcas un poco más y aprendas a reconocer los caminos, toma hacia el Sur, llega hasta México, pregunta allí por tu abuelo, se llama Esteban… Sí: Esteban Calderón, de Oaxaca; en México le conocen; te presentas, le dará gusto verte; le cuentas cómo escapaste cuando nos mataron a nosotros… Ahora bien: si no puedes escapar o pasan los años y prefieres quedarte con los indios, puedes hacerlo; únicamente no olvides que hay un solo Dios Padre y Jesucristo, su único hijo; eso mismo dirás entre los indios…» Las lágrimas cortaron el discurso de mi madre; luego se repuso; tornó a ponerse alegre y afirmó: –«Con el favor de Dios,[b] nada de eso ha de ocurrir… ya van siendo pocos los insumisos…»

*Ms:* Después la caída
*FCE:* ahí
*Ms:* –Si vienen los apaches
*Ms:* puedes harcelo, únicamente
*FCE:* –Las *Ms:* cortaban
*FCE:* afirmó: –Con
*FCE:* los insumisos…

Me llevan estos recuerdos al de una misa al aire libre, en altar improvisado, entre los mezquites, el día que pasó por allí un cura consumando bautizos.

No sé cuanto tiempo estuvimos en aquel paraje; únicamente recuerdo el motivo de nuestra salida de allí.

Fue un extraño amanecer. Desde nuestras camas, a través de la ventana abierta, vimos sobre una ondulación del terreno próximo, un grupo extranjero

*FCE* y *Ms:* próximo un grupo

---

**a.** *FCE:* misión. § –Si [*El signo § significa: punto y aparte. Se utilizará para todo el texto.*] **b.** *Ms:* tornaba a ponerse alegre y afirmaba… «Con el favor de Dios

de uniforme azul claro. Sobre la tienda que levantaron, flotaba la bandera de las barras y las estrellas. De sus pliegues fluía un propósito hostil. Vagamente supe que los recién llegados pertenecían a la comisión norteamericana de límites. Habían decidido que nuestro campamento con su noria, caía bajo la jurisdicción «yankee» y nos echaban: –«Tenemos que irnos» –exclamaban los nuestros. «Y[a] lo peor –añadían–[b] es que no hay en las cercanías una sola noria; será menester internarse hasta encontrar agua.» Perdíamos las casas, los cercados. Era forzoso buscar dónde establecernos, fundar un pueblo nuevo...

*FCE:* levantaron flotaba

*FCE:* yanqui,

*FCE:* agua.» § Perdíamos

Los hombres de uniforme azul no se acercaron a hablarnos; reservados y distantes esperaban nuestra partida para apoderarse de lo que les conviniese. El telégrafo funcionó; pero de México ordenaron nuestra retirada; éramos los débiles y resultaba inútil resistir. Los invasores no se apresuraban; en su pequeño campamento fumaban, esperaban con la serenidad del poderoso.

Ignoro lo que hicimos en el nuevo Sásabe, que es el de hoy, ni sé cómo lo dejamos. La más próxima visión que me descubro es una tarde, en Ciudad Juárez, o sea el Paso del Norte; frondas temblorosas de álamos, paseo a la orilla de canales, llenos de agua corriente, fangosa, casas de blanco y azul, aroma de tierra mojada. Mi madre camina, adelantándose con paso nervioso; en su voz hay temor y congoja. No llegan noticias de mi padre, que fue con negocio a México; en vano acudimos al correo. Nos quedamos mirando los canales; hallaron en ellos un chino ahogado por esos días y yo pensaba con insistencia molesta: agua de chino ahogado.

*FCE:* fangosa; casas

Nada más descubro de este período infantil. El hilo tenue de la personalidad se va rompiendo sin que logre reanudarlo la memoria; sin embargo, algo aflora del río subterráneo de repente y nos descu-

*Ms:* sin embargo, conserva algo, aflora del río

---

**a.** *FCE:* echaban: «Tenemos que irnos –exclamaban los nuestros. Y **b.** *Ms:* y nos echaban. Nuestras gentes protestaban, murmuraban y acababan repitiendo: «Tenemos que irnos. Y lo peor –añadían–

bre otro remoto paisaje.[a] De nuestra estancia en El Paso quedó en el hogar un documento valioso: la fotografía de etiqueta norteamericana que nos retrató de día de fiesta. Mi padre, de levita negra, pechera blanca y puños flamantes. En el vientre, una leontina de oro; en el pecho, barbas rizosas. Mi madre luce sombrero de plumas, aire melancólico, falda de seda esponjada, mitones de punto y encajes negros al cuello. La abuela, sentada, sonríe entre sus arrugas y sus velos de estilo mantilla andaluza. Siguen tres niñas gorditas, risueñas, vestidas de corto y lazos de listón en el cabello y, por fin, mi persona, frente bombeada, pero aspecto insignificante, metido en un cuello almidonado, redondo y ridículo, a pesar de la corbata de poeta. Los hermanos éramos entonces cinco. El primogénito murió en Oaxaca, antes de que la familia emigrara. Yo, como segundo, heredé el «mayorazgo», y seguían Concha, Lola, Carmen e Ignacio. Nos cayó este último no sé exactamente en cuál estación de la ruta, y nos dejó a poco en otra, muriéndose pequeño. Cuando le preguntaban a mi madre por su preferido, respondía: –«Son como los dedos de la mano; se les quiere a todos por igual.»

*Ms:* mitenes

*FCE:* respondía: § –Son

*FCE:* igual.

Se me pierde mi yo y vuelvo a hallarlo en las gradas de una escalera espaciosa. Baja un señor de perilla blanca; se ve pálido y alto, viste de negro, me toma de los brazos, me alza y me besa; oigo decir: –«El abuelo, tu abuelo...» A poco[b] nos despedimos, nos metemos en nuestra casa. Nuestra vivienda disfrutaba la mitad de un patio con corredores y macetas. Y un día llegaron en cantidad ramos y coronas de flores. Se nos prohibió la entrada a una de las habitaciones. Advertimos rumor de llantos. Aprovechando un descuido materno, me asomé al cuarto del misterio. Sobre una mesa enflorada vi un cuerpecito envuelto en encajes blancos. Un dedito asomaba y lo palpé muy tieso. Nunca supe más de este

**a.** *Ms:* y nos descubre otro remoto lejano. **b.** *FCE:* decir: § –El abuelo, tu abuelo... § A poco

hermano. Mi padre salió llorando con la cajita blanca al brazo. Lo acompañaban algunos amigos y se alejaron todos en coches. En la familia se solía recordar a Nachito… «Cuando murió Nachito.»

Parece que durante los meses de aquella estancia nuestra en la capital estuve en el departamento de párvulos en la Escuela Normal, por la Encarnación. Recuerdo un patio que es, probablemente, el mismo en que después fundé la editorial de la Universidad.

*Ms:* en la Escuela Normal por la Encarnación.

## Mi pueblo

Habitábamos una casa de pueblo. Sala, con mecedoras, mesa al centro, sillas adosadas a la pared; a la vuelta, una serie de alcobas en fila. En la primera dormían mis padres; en seguida mis hermanas, luego en otra la abuela y al final estaba la mía, pequeña, pero con salida[a] al patio principal. Las puertas interiores quedaban abiertas en largo paso que mi madre podía recorrer con la vista desde su habitación.

*Ms:* mis hermanos, luego, en otra,

Una lámpara de petróleo ardía en el umbral de mi puerta, iluminando toda la noche el pasillo interior. Me tocaba dormir solo porque era ya, según decían, un hombre; padecía, sin embargo, los más extraños terrores de toda mi vida. Nuestros vecinos eran pacíficos, nada había que temer de ellos; pero el pavor me lo causaban ciertos poderes invisibles sensibles sólo al tacto. Me andaban por las pantorrillas, me helaban la espina, me atemorizaban con sus murmullos y saltos. Apenas me cubría con las ropas de la cama y no obstante las oraciones previamente recitadas de hinojos, los pequeños monstruos comenzaban a agitarse, desarrollando holgorios y peleas.

*FCE:* puerta iluminando

*FCE:* cama, y no obstante

Al cobijarme con su beso de despedida, mi madre me encomendaba al «ángel de la guarda»; pero su protección valiosa en las regiones altas, no impedía que por el suelo y por debajo de la cama

a. *FCE:* en seguida, mis hermanas; luego, en otra, la abuela, y al final estaba la mía, pequeña pero con salida

se mantuviese autónomo el reino de sombras y engendros. Mientras más me encubría y acurrucaba, mayor era el estrépito, más insolentes las burlas de los seres humanos, enanitos ridículos, pero de brazos tan fuertes, que podían cogerle a uno por el tobillo y sujetarlo, deshacerlo casi, dentro de la cámara a media luz. Algunas noches mi espanto era tan vivo, que no podía reprimir algún grito; pedía más luz y afirmaba que algo andaba por debajo de la cama.

*Ms:* un reino

*Ms:* el estrépito. Más insolentes

*Ms:* humosos

*FCE:* tan fuertes que

Mi padre se mostraba irritado con mis aprensiones, las calificaba de patrañas y miedo. Mi madre, más paciente, me tomaba la mano, la ponía en la señal de la cruz, me persignaba. –Así los espanto –decía–; contra esto no pueden los malos espíritus. Basta enseñarles los dedos en cruz; piensa en la cruz.

*FCE:* persignaba. § –Así

Aliviado interiormente y apretado a mi signo mágico, acababa durmiendo tranquilo y en paz. Pero noches después volvía el sobresalto. Soportaba sin queja los terrores que daban sudor frío. Me fallaban todas las tentativas de imponerme serenidad, hasta que acudía a un remedio violento. Desde por la tarde, en secreto, elegí un palo grueso y lo escondí en un rincón. Al primer rumor nocturno emprendería una batida por toda la casa. Disimulé hasta que todos se hubieran dormido, y ya casi lamentaba que fueran a fallarme los aparecidos; pero no tardaron en comenzar sus pláticas confusas. Al instante brinqué fuera de la cama, tomé el palo y echándome boca abajo, barrí a garrotazos por debajo del lecho, picando por el ángulo obscuro. Contra lo que esperaba, no se oyó chillido ni queja; únicamente en dirección de la puerta del patio una como carrera precipitada... Tras de ella salí con mi garrote en una mano y nuestra lámpara en la otra. Nada hallé en el primer patio y me metí por el corral. La linterna trazaba un largo reflejo móvil; la obscuridad era densa. Súbitamente me estremeció una sombra confusa; concentrando toda mi energía levanté el palo y pegué con fuerza. Algo se vino al suelo; en seguida saltó cacaraqueando. Las otras gallinas se removieron en el árbol que les servía de

*FCE* y *Ms:* acudí

*FCE:* abajo barrí

*FCE:* queja: únicamente

*Ms:* ellos

abrigo. La risa me venció; después, el bochorno; pero dormí esa noche a pierna suelta y ya no volví a pensar en los duendes. En cambio, días y meses me persiguieron mis hermanas con burlas por la aventura de las gallinas.

Mi padre se había asomado a la escuela del lugar; vio los bancos desvencijados, el piso de tierra y un maestro de palmeta y pañuelo amarrado a la cabeza, y desistió. Más tarde empezó a darme clases particulares un maestro Calderón. No era nuestro pariente, sino sólo un homónimo. De buena presencia, barba negra y rostro pálido, nos dio las primeras nociones sobre el artículo y el sustantivo, el verbo y el participio. También nos puso a hacer sumas y divisiones; pero nos aburría y no adelantábamos. Mucho más nos divertían ciertas lecturas que escogía mi madre. Como ejercicio de memoria nos puso una fábula de José Rosas:

A un panal de rica miel
Dos mil moscas acudieron, — *FCE:* dos mil
Que por golosas murieron… — *FCE:* que por golosas murieron
Presas de patas en él…[a] — *FCE:* presas

No garantizo la fidelidad de la poética. Desde entonces me preocupaba el contenido y no la forma. Leíamos también un compendio de Historia de México, deteniéndonos en la tarea de los españoles que vinieron a cristianizar a los indios y a extirparles su idolatría. Que hubiera habido adoradores de ídolos, me parecía estúpido; el concepto del espíritu me era más familiar, más evidente que cualquier plástica humana. — *FCE: Historia de México*

## Vocación desatendida

Por otra parte, mi politécnica estaba en esa época en el corral de nuestra casa. Para nada me ocupaba de gallinas y gallos ni teníamos perro, ni experimenté jamás la afición a las bestias domésticas. Pero

a. *Ms:* en él

el «solar» abandonado tenía uno que otro mezquite y una extensión salvaje, resquebrajada por las lluvias. En el verano se descubrían hormigueros que en vano exploré con pica y chorros de agua hirviendo. Nunca concluían las galerías subterráneas; mas en casa amenguaba la plaga después de mis batidas. Socavando estos hoyos del campo, di una vez con un nido de arañas grandes, tal vez tarántulas. La madre me lanzó un líquido lechoso, pero logré destriparla. Me desconsolaba no hallar en mis acometidas heroicas ni una de las temidas serpientes de cascabel, que abundan en la comarca. *FCE:* una de las tan temidas *FCE:* que abundaban

Así que el terreno y sus grietas quedaron libres de misterio y de alimañas, decidí emprender algo grande. En el rincón más resguardado aplané varios metros en cuadro. Luego marqué con estacas y cordeles el trazo de unos cimientos. Cavé las zanjas, las rellené de pedacería con arena y cal. Acumulé en seguida pequeños bloques de barro batido y secado al sol y comencé a construir. En silencio, casi en secreto, me dedicaba horas y horas a la tarea fascinante. Lo que salía de mis manos no era copia de casa vista, ni en el pueblo había nada que pudiese orientarme. Poseíamos un estereoscopio con grandes vistas de Oaxaca, y ese fue, sin duda, mi texto.[a] Aunque yo imaginaba que todo lo que pudiera haber en Oaxaca quedaba superado en mi creación. Leyendo no sé dónde, saqué la idea de unos armazones de madera de caja de puros para sostener el material todavía fresco de las numerosas arcadas que ornamentaban el primer cuerpo. En el segundo abrí grandes ventanas con balcón volado. Encima y al centro puse un tercer piso ligero. Por ambos lados las azoteas del segundo piso servían de terraza. Antes de terminar la obra hube de reparar no pocas cuarteaduras. Pero el conjunto resultó firme; lo dejé blanqueado con cal y enfrente le tracé un remedo de andenes embaldosados, recuerdo seguramente o imitación inconsciente de lo que vi de pequeño en los atrios de las iglesias de la capital.

*Ms:* del misterio

*FCE:* y ése fue,

*FCE:* unas

*Ms:* velado.

*Ms:* cuarteaduras, pero

a. *Ms:* fue sin duda mi texto.

Varios meses de trabajo costó la obra que aseguraba mi fama en el pueblo. Venían a verla los chicos y los mayores. Mi padre quiso dedicarle una inauguración formal. Compró paquetes de triquitraques chinos, dulces y refrescos. Yo estuve nada más atento a que nadie tocase o pusiese en peligro el prodigio.

## Laura, dame un beso

En nuestro pueblo todos éramos más o menos forasteros. Se vivía del comercio internacional y de los empleos del Gobierno, la Aduana, el Correo, el Cuartel. También la empresa del ferrocarril mantenía allí un gran taller; pero quedaban algunos pequeños propietarios, herederos de los primitivos colonizadores del desierto. Una de esas familias, vecina nuestra, tenía una hija, Laura, de ocho a diez años; lindos ojos maliciosos y piernas ágiles. La encontraba a menudo, sin hablarle, hasta que una vez di con ella estando yo en compañía de Tocho. Este Tocho era un niño rico, atrevido y buen mocito. Al ver a Laura gritó: «Dame un beso.»

*FCE:* la aduana, el correo, el cuartel.

*FCE:* taller, pero

*FCE:* gritó § –Dame un beso.

La chiquilla lo miró con descaro, le hizo un dengue y echó a correr, riéndose y agitando la mano en amenaza vaga. Otra vez, ya solo, tropecé casi con Laura. Llevaba yo en la mano unos caramelos. Sin darme tiempo a ocultarlos, me miró y dijo: «Pepe, dame un caramelo...» «Toma –repuse ofreciéndole–; pero tú, dame un beso.»

*FCE:* dijo: § –Pepe:

*FCE:* caramelo... § –Toma

*FCE:* un beso.

Cogió ella el dulce y escapó. No recuerdo que el incidente me dejara mayor impresión y quizá lo hubiera olvidado de no haber tenido consecuencias. Días después, ya metido en cama, escuché que nos visitaba, según su costumbre, el viejo caballero padre de Laura. Conversó de cosas indiferentes, pero de pronto exclamó, dirigiéndose a mi padre: «¡Qué cree usted que hizo el otro día su Pepillo!... Pues le pidió un beso a Laurita... en plena calle...»

*FCE:* indiferentes; pero

*FCE:* padre: § –¡Qué

*FCE:* calle...» § ¿Será posible?

---

a. *Ms:* –«Será posible?»

–«¡Será posible!»[a] –comentó mi padre...– «Habrá que castigar a ese muchacho» –afirmó, severa, mi madre.

*FCE:* padre... § –Habrá
*FCE:* muchacho –afirmó,

Luego cambiaron de asunto y me quedé esperando el regaño que seguiría a la despedida de nuestro vecino. Al marcharse éste, fingí un sueño profundo, y con sorpresa vi que no me despertaban. –«Miren al mosquita muerta pidiendo un beso, y[a] vaya que es bonita la chica» –dijo únicamente mi padre.

*FCE:* despertaban. § Miren la mosquita
*FCE:* chica –dijo

## Noticias pretéritas

La mayor parte de las noches, la tertulia era íntima. Mi madre se ponía a leer, mi padre fumaba y «Gan» nos platicaba. Esto de «Gan» era corrupción infantil del «mamagrande» usual en México. «Gan» era en el mundo una oscura, humilde viejecita, Doña[b] Perfecta Varela. Y como ya empezaba a estar anciana, la asediaban los recuerdos. En su infancia había hecho un viaje a España. Aunque nacida ella en México, el decreto de expulsión de los españoles, por el año treinta y tres, había afectado a sus padres. Cinco semanas o más viajaron en un velero. Varias ocasiones, decía ella, estuvieron a punto de naufragar. Se rezaba la «Magnífica», se prendía la vela de la «Perpetua» y el barco seguía adelante. Nada recordaba de lo visto en España. Siendo ella todavía una niña, volvió con los suyos a Oaxaca.

*Ms:* viejecita; Doña
*Ms:* anciana; la *FCE:* anciana, le
*Ms:* más usaron en un velero.
*FCE:* la «Perpetua», y el barco

El tema de los viajes era, por lo demás, un «leit motiv»[c] familiar. No tenía yo dos años cuando salimos de Oaxaca en caballos hasta el tren de Tehuacán. Fueron duras las jornadas del Cañón de Tomellín, entre las cuestas y el río. Cuando Clara, la criada mestiza que todavía nos acompañaba en Piedras Negras, se vio arrellanada en el vagón del primer ferrocarril que nos transportaba, cuentan que dijo: «Ese caballito sí me gusta...» En la capital,

*Ms:* era por lo demás un

a. *FCE:* beso; y b. *FCE:* doña c. *FCE:* un *leitmotiv*

mi padre obtuvo un puesto en la Aduana de Soconusco. Lo que nos obligó a un viaje increíble, creo hasta Puerto Ángel, donde tomamos un barco. Un temporal nos llevó de arribada forzosa a Champerico, de Guatemala. Allí se contrataron mulas para atravesar la frontera por Tapachula. En plena estación de aguas, apenas avanzaban las bestias, resbalando en las pendientes. «Tú ibas –recordaba mi abuela, mirándome– dentro de un cesto atado al costado de una mula. La lluvia te escurría por las sienes, atravesando el sombrerito de palma. Estabas tan flaquito y amarillo que llegamos a darte por perdido.» *Ms:* la abuela, *FCE:* amarillo, que

Por huir del paludismo, mi padre aceptó el cargo aquel del Sásabe, en el otro extremo del sistema aduanal mexicano. Los relatos de mi hogar empezaban, pues, con una advertencia geográfica. «Cuando estábamos en Chiapas», «cuando pasamos por México», «una vez en Oaxaca»... Y el castigo, cuando éramos todavía muy niños, consistía en obligarnos a extender la mano para recibir los polvos de quinina que servían el doble objeto de enderezar la conducta y curar de paso el cuerpo prematuramente debilitado por las fiebres. *Ms:* castigo cuando

## Gastronomía cosmopolita

En Piedras Negras, el clima extremoso resulta saludable. Se vive la mayor parte del año puertas afuera y no había entonces otra diversión que los convites entre los amigos. Aparte de solemnidades como la Navidad y Semana Santa, festejábamos los días de San Ignacio y el Carmen. La cocina fronteriza era muy primitiva, y aunque después nos quedó el gusto de las tortillas de harina, en casa no se escuchaban sino quejas de la crudeza de los guisos locales. En cambio, el comercio próspero de un puerto internacional suministraba los productos de toda la tierra. Al «otro lado», es decir, en Eagle Pass, se conseguía lo norteamericano y el servicio de transportes por «express» nos surtía los productos de toda la *Ms:* un comercio *FCE:* *express*

República hasta el Sur. Cuando llegaba la encomienda de Oaxaca, entraba en funciones la abuela, especialista en pipianes y moles, garbanzos y arroces. En la desollejada del garbanzo nos empleaban en grupo y llenábamos bandejas de grano pelado que servía a mis gentes no sólo para el cocido y los guisados usuales, sino también para un dulce de piloncillo y yerbas de olor, estilo oaxaqueño.

*FCE:* deshollejada

El plato de lujo de mi abuela era un estofado de pollos que tragaba pasas, almendras y alcaparras; todo el oriente en especias. La fruta escaseaba, pero llegaban del Sur piñas y aguacates. De Oaxaca nos enviaban turrones, tortas de coco y naranjas, limones cristalizados. Y el laterío abundaba. Algunas veces, acompañando a mi padre en sus despachos de Vista, veíamos salir de las cajas ciruelas de Francia o pasas de Málaga. El comercio local retenía su fracción de los tesoros que después absorbía el país entero.

*Ms:* alcaparras, todo

Los regalos de Navidad que recibía mi padre no eran costosos, pero sí variados. Destripando los grandes cestos decorados de cintas, extraíamos latas de espárragos y atunes, con la etiqueta dorada de Burdeos y frascos de frutas en almíbar, a la española. Otro amigo mandaba la caja de champaña o el encargo de vinos gruesos de Borgoña. Mi padre, que no gustaba de bebidas fuertes, experimentaba arrobos frente a las botellas con marca de «Chateaux» y de «Cotes».

*Ms:* de cintas extraíamos

*FCE:* Burdeos, y

*FCE: Chateaux* y de *Côtes.*

Nos complacía especialmente a los chicos el regalo anual de un importador chino de Torreón. Su paquete contenía bulbos de azucena asiática y ollas de loza con asa de mimbres, repletas de frutas en miel; además, cajas con nueces de Lichee y frutas cristalizadas.

*FCE: lichi*

## La primera orfandad

Sospecho que la suerte nos fue benigna en los primeros años de estancia en la frontera. El niño apre-

cia estas circunstancias aunque no las comprende.[a] *FCE:* circunstancias, aunque
Mi madre se vestía de claro, andaba alegre y parecía más joven. Se puso un día de luto, pero no indagué la causa. Pasó el tiempo y una tarde, a la hora de la *FCE:* el tiempo, y
lectura, me hizo repetir un pasaje del libro de José Rosas, titulado: «Un hombre honrado.» Se celebra *FCE: Un hombre honrado.*
en él la ejemplaridad del que sirve a su patria en los días adversos; se retira a la vida privada en la época normal y en ella conquista la estimación de los buenos y muere venerado y tranquilo.

Los sollozos de mi madre interrumpieron mi lectura. En seguida, rehaciéndose, preguntó: ¿A *FCE:* preguntó: § –¿A
quién se puede aplicar todo este elogio?... Vacilé y *FCE:* elogio?... § Vacilé
respondí: A Juárez. Era[b] entonces rutina patriótica *FCE:* respondí: § –A
citar para todo a Juárez. –Sí; y también a tu abuelo *FCE:* Juárez. § –Sí,
–afirmó ella–. No volvió a mencionar su pena. No *FCE:* ella–. § No
era dada a estar rumiando una congoja. La sufría violenta, la rezumaba, para en seguida entregarse a la obligación de una actividad provechosa y alegre.

## La herencia

Mi padre llegó un día a la casa con varias talegas de a mil pesos, en plata. Venían de Oaxaca, por el express, y procedían de la venta de un rancho de *FCE: express,*
las cercanías de Tlaxiaco.

No eran de allí mis antepasados; pero se refugiaron en dicho pueblo durante la revolución de la Reforma, mientras mi abuelo, perseguido por Santa-Anna, tuvo que abandonar, no sólo Oaxaca, *Ms:* Santa Ana, *FCE:* Santa Anna
sino el país. Mi abuelo empezó de médico pobre, casado con una señorita Conde, de familia acomodada, pero ya en decadencia económica. Tan ricos habían sido los Conde, que sacaban «la plata a asolear». Negociaban, según creo, la «cochinilla», y *FCE:* la cochinilla,
quebraron por el invento alemán de las anilinas. En su destierro, mi abuelo estuvo con Juárez en Nueva

a. *Ms:* comprenda. b. *Ms:* A Juárez, era

Orleans; después, durante la guerra contra los franceses, se estableció en Tlaxiaco, donde tuvo oculto a Porfirio Díaz y le curó una herida. Al triunfo del oaxaqueñismo se retiró de la política para seguir fiel al lerdismo vencido;[1] pero años después don Porfirio volvió a hacerlo senador. Al morir, no dejó patrimonio. Si no me equivoco, el rancho de Tlaxiaco lo administraba para los hijos de su primera esposa. Al enviudar, contrajo en Tlaxiaco segundas nupcias con una Adelita que le dio una docena de hijos, mis medios tíos, los Calderón.

*FCE:* para seguir al lerdismo vencido;

Los dineros del rancho no los quiso tocar mi padre. Los llevó a casa y los puso en el ropero de mi madre. Lo indicado hubiera sido emplearlos en la compra de algún solar que a los pocos años le hubiera duplicado la inversión; pero ninguno de los dos tenía cabeza para los negocios. Mi padre, por orgullo, ni adelantó opinión, y la dueña, incorregiblemente despilfarrada, empezó a recorrer las tiendas y almacenes de los pueblos rivales. De cada excursión volvía con el coche cargado de cajas y envoltorios. A mis hermanas, vestidos; a mi padre, un anillo; a mí, ropas y libros; a la viejita, un corte de vestido negro, de seda.

Y a medida que el dinero se iba alada y gloriosamente, los recuerdos de Tlaxiaco animaban las veladas. Exhumaba mi madre de lo profundo del baúl un vestido negro de «gró» –seda gruesa– adornado con lentejuelas; su primer lujo mundano, lucido en los bailes de la pequeña y orgullosa ciudad criolla. Sus días más alegres los pasó allí. Con todo, al final se le amargó la estancia por el segundo matrimonio y la madrastra. Más tarde regresaron a Oaxaca y[a] después de algunos años de acudir a la misa y estar a la ventana, mi madre se enamoró frenéticamente de mi padre, un pobre empleado de botica...

*FCE:* de gro

*Ms:* regresaron todos a

Protestó el abuelo y negó su consentimiento al enlace; pero se efectuó éste en un amanecer y en presencia de algunos parientes. Eugenésicamente, la pareja estaba bien concertada. Rubia y pálida, deli-

a. *FCE:* Oaxaca, y

cada mi madre; y su marido, sanguíneo, robusto. Criollos puros los dos. Con los años, el cutis blanco de mi madre tomó el color de la cera de los cirios. A mi padre lo pusieron rojo tostado los soles, los años y la cerveza. Sólo en derredor del cuello se le veía el círculo lechoso.

–Mamá, ¿y cuando se casaron, a dónde se fueron a vivir tú y mi papá? –Respondiendo a las preguntas de la indiscreción infantil, se nos daban detalles que por cierto no retengo con mucha exactitud. –¿Y por qué se enojaba mi abuelo? ¿Porque era pobre mi papá?... Lo cierto es que mi madre prescindió de los suyos para siempre, y se atuvo a la suerte humilde de su esposo. Vivieron uno o dos años del sueldo escaso de la botica; pero era la época en que Oaxaca se despoblaba. A nadie le faltaba entonces un pariente ministro o general, capaz de conseguir un empleo, así fuese en el quinto infierno. El deseo de sacudir el complejo social de quien viene a menos, y el gusto de la aventura y el cambio, deben haber decidido a mis padres. Y el tío protector se presentó en la persona, distinguida, por cierto, del general Mariscal. Pariente, según creo, bastante próximo de la familia de mi madre, bajo la administración lerdista o con Juárez, ocupó el puesto de gobernador de Yucatán; después había contribuido a una de las derrotas de Porfirio Díaz persiguiéndolo como desleal por el Istmo; retirado a la vida privada cuando Tuxtepec, conservaba, sin embargo, influencia. Entiendo que él fue mi padrino de bautismo y también quien dio a mi padre cartas de recomendación para un puesto en aduanas.

*FCE:* papá? § Respondiendo

*FCE:* exactitud. § –Y

*Ms:* ¿Por qué

*FCE:* papá?... § Lo

*Ms* y *FCE:* siempre y

*FCE:* cambio deben de haber decidido

*FCE:* Juárez ocupó

*FCE:* influencia. § Entiendo

*FCE* y *Ms:* Aduanas.

## PROSPERIDAD

Ahora, en Piedras Negras, nuestra fortuna corría parejas con la del pueblo que acrecentaba sus recursos, y según se repetía sin cesar, con orgullo, progresábamos.[a]

*FCE:* cesar con

*Ms:* con orgullo progresábamos

a. *FCE:* progresaba.

Los ingresos de mi padre eran fijos y suficientes en cuanto al sueldo; variables y a veces espléndidos, con el aditamento de los porcentajes sobre las multas por contrabandos. Con frecuencia pasaban de mil pesos sus ingresos mensuales en una época en que el peso valía ligeramente más que el dólar. Pero en economía, mis padres se apegaban a la escritura en lo que concierne al creced y multiplicaos, y al Evangelio por lo que hace al vestido y al sustento, recordando siempre las aves y los lirios,[a] «más bellos que Salomón en toda su pompa»; ...¿acaso el «Padre Nuestro», que rezábamos a diario,[b] no se conforma[c] con pedir el pan de cada día? Del ahorro decía mi padre que era propio de avaros; una hipoteca era usura y pecado y un negocio casi una deshonestidad. Comentarios parecidos circulaban de sobremesa a propósito de operaciones ventajosas realizadas por algunos colegas de mi padre, con el producto de sus ahorros, sin deshonestidad.

*FCE:* conforme a las aves

*FCE:* el padrenuestro *Ms:* el «Padre Nuestor»

*FCE:* pecado, y

En aquella región se desconocía la miseria. Los cocheros, los aguadores, entraban en la misma cantina que el funcionario y el propietario. Gracias a la zona libre internacional, las mercancías extranjeras, exentas de derechos, se obtenían a precio reducido. Las dos poblaciones rivales, la mexicana y la norteamericana, separadas únicamente por el río, ligadas con dos grandes puentes, ofrecían las ventajas de dos modos de vida. Y cada quien ponía su orgullo en divertirse y gastar dinero.

## Un baile

Toda la población gastaba lujos desproporcionados a su categoría. Los ingresos aduaneros, administrados con probidad, dejaban para constituir uno que otro palacio al lado de la casa fronteriza, comúnmente miserable y más bien por barbarie que por miseria. La inauguración del edificio de la Aduana se festejó con un baile suntuoso. Estilo francés, fin

*FCE:* construir

a. *Ms:* recordando siempre a las aves y a los lirios, **b.** *FCE:* rezábamos diario, **c.** *Ms:* conformaba

de siglo; piedra rosada en los llenos y blanca en las esquinas, las cornisas y los dinteles. Encima, una de esas mansardas grises que afearon toda una época. Toda la planta baja se acondicionó para la recepción. Al fondo de una gran sala ornada de cortinas rojas y espejos, se puso una tela blanca corrediza. En torno se instaló doble sillería, quedando libre el centro para los bailadores. Desde las afueras, una banda militar anunciaba la solemnidad, alternando la «Marcha de Zacatecas», con el vals «Sobre las Olas». Pronto se llenaron pasillos y salones con damas engalanadas y caballeros de negro. Las plumas de los abanicos acariciaban rostros hermosos. Algunos asistentes despreocupados se presentaban cargando hasta con los niños. Tendría yo a lo sumo nueve años, y había logrado colarme.

*FCE: Marcha de Zacatecas*, con el vals *Sobre las Olas*.

En el estrado, frente a la cortina blanca, se instalaron: el Administrador, el Jefe de las Armas, el Jefe Político, sustituto de Alcaldes que ya se había desistido de intentar elegir.

*FCE:* alcaldes

Corrió por las salas el estremecimiento de lo solemne. Todas las miradas se volvieron hacia el dosel. El jefe de la Aduana descorrió la cortina y apareció ante la pública veneración, el retrato de cuerpo entero del caudillo. Encendido el rostro mestizo, hinchado el busto de galones, cordones, medallas y cintajos; severa la mirada y bajo el brazo el sombrero de Divisionario del Ejército; plumas y tiras como toca de odalisca. La concurrencia entera, de pie, aplaudió largamente a su jefe máximo, al Padre de la Patria, soldado desleal de Tuxtepec y burlador de la Constitución que cada seis años juraba cumplir. «¡Viva Porfirio Díaz!» –gritó tres veces el maestro de ceremonias y el pobre rebaño, bien bañado –acababa de inaugurarse el servicio de agua entubada –respondía: –«¡Viva!»... Concluido el descubrimiento del «Nuestro Amo» del altar cívico, la religión de la patria –decían los laicos–, el manso rebaño de ropas acabadas de estrenar se repartió por las salas, y unos bailaron y otros comieron del «ambigú» con cham-

*Ms:* hacia el estrado.

*FCE:* Caudillo.

*FCE:* mirada, y

*FCE:* ceremonias. «¡Viva!»

*FCE:* Amo», del

*FCE:* ambigú

paña. Si el cuerpo come y baila, ¡qué importa el afán de las almas!

La ceremonia del retrato me dejó preocupación. Un día, en la mesa pregunté: -Papá ¿y por qué le dicen el Caudillo?... Mi padre rió. Después, reflexionando, expresó: ...Pues será por aquello de «mátalos en caliente»...[2] El episodio de Veracruz era tema de secreteos en toda la República. Para deshacerse de políticos enemigos, el caudillo realizó una modesta hecatombe; diez o doce cayeron bajo las balas del Ejército heroico. El general Mier y Terán, ejecutor de las órdenes, paseaba pocos días después por las calles del puerto, y una madre, levantando en brazos a su hijo pequeño, gritó: -«Conoce al asesino de tu padre.» El general Mier y Terán, no del todo encallecido, acabó en un manicomio; su amo se reeligió Presidente. Las matanzas del porfirismo nos parecen hoy juego de niños malos. Si los de hoy se volvieran locos por los que «despachan», ya habría más manicomios que ministerios...

*FCE:* preguntó: § -Papá
*FCE:* Caudillo?... § Mi
*FCE:* expresó: § Pues
*FCE:* caliente». § El
*FCE:* el Caudillo
*FCE:* gritó: § -Conoce
*FCE:* padre. § El

-Pero entonces, mamá ¿por qué tú hacías vendas para curar al «caudillo» en Tlaxiaco, y por qué tu papá le sanaba las heridas?...

-Hijo, entonces peleaba contra un invasor extranjero... Además, hijo mío, Lerdo tuvo la culpa, era honrado, inteligente, pero le metió el diablo la manía de perseguir monjas, expulsó a las hermanas de la caridad, que Juárez mismo había perdonado, y el país sintió alivio al verlo partir...

*FCE:* inteligente; pero
*FCE:* monjas; expulsó

## En la escuela

En Piedras Negras prosperaban los negocios. Se construían edificios públicos, se desarrollaba la mecánica en los talleres extranjeros de reparación de locomotoras; abundaban los comercios de lujo, almacenes y joyerías; pero no había una escuela aceptable. Del otro lado, los yanquis no tenían un caudillo napoleónico, ni leyes de Reforma a lo

*FCE:* ni Leyes de Reforma

Juárez; sin embargo, acompañaban su progreso material acelerado, de una esmerada atención a la escuela. Libres de la amenaza del militar, los vecinos de Eagle Pass construían casas modernas y cómodas, mientras nosotros en Piedras Negras, seguíamos viviendo a lo bárbaro. Los mismos mexicanos que lograban reunir algún capital, preferían invertirlo del lado americano, para ponerlo a salvo de gobiernistas del momento y revolucionarios del futuro. También los temperamentos rebeldes –la levadura mejor del progreso– escapaban cuando podían al lado yanqui, bendito de paz alimentada en libertades públicas.

*Ms:* Juárez, sin

*FCE:* nosotros, en Piedras Negras,

Nosotros, en busca de escuela, nos trasladamos una temporada a la vecina Eagle Pass o como decían en casa, con total ignorancia y desdén del idioma extranjero: «El Paso del Águila»...

*Ms:* transladamos

*FCE:* o, como decían

*FCE:* extranjero, «El Paso

El río se cruzaba en balsas. Avanzaban éstas por medio de poleas deslizadas sobre un cable tendido de una a otra ribera. Al chalán se entraba con todo y el coche de caballos. Para el tráfico ligero había esquifes de remo. Estando nosotros en Eagle Pass, presenciamos la inauguración del puente internacional para peatones y carruajes. Larga estructura metálica de seis o más armaduras, apoyadas en dobles pilastras de cemento armado. Al centro pasan los carruajes y por ambos lados andadores de entarimados y barandal de hierro. Los habitantes de las dos ciudades se congregaron cada cual en su propio extremo del nuevo viaducto. Las comitivas oficiales partieron de su territorio para encontrarse a medio río, estrecharse las manos y cortar las cintas simbólicas que rompían las barreras y dejaban libre el paso entre las dos naciones. No eran tiempos de espionaje oficial y pasaportes. El tránsito costaba una moneda para la empresa del puente, y los guardas de ambas aduanas se limitaban a revisar los bultos sin inquirir la identidad de los transeúntes. Un sinnúmero de carruajes, algunos enflorados, cruzó en irrupción de visitas recíprocas. El pueblo se mantuvo reservado. Ni los de Piedras

*FCE:* A la chalana

*FCE:* Eagle Pass presenciamos

*FCE:* de hormigón armado.

*FCE:* los carruajes, y por

Negras pasaron en grupos al «Paso del Águila», ni los de Eagle Pass se aventuraron a cruzar hacia la tierra de los «greasers». En aquella época, cuando baja[a] el agua del río, en ocasión de las sequías, que estrecha el cauce, librábanse verdaderos combates a honda entre el populacho de las villas ribereñas. El odio de raza, los recuerdos del cuarenta y siete,[3] mantenían el rencor. Sin motivo, y sólo por el grito de «greasers» o de «gringo», solían producirse choques sangrientos.

*FCE:* Águila» ni los
*FCE:* *greasers.*
*FCE* y *Ms:* estrechan
*FCE:* *greasers* o de *gringo,*

Mi primera experiencia en la escuela de Eagle Pass, fue amarga. Vi niños norteamericanos y mexicanos, sentados frente a una maestra cuyo idioma no comprendía. Súbitamente mi vecino más próximo, tejanito bilingüe, dándome un codazo interpela: –«Oye, ¿y tú a cuántos de éstos les pegas?»... Me[b] quedo sin comprender, pero el otro insiste: –«¿Le puedes a Jack? –y señala a un muchachón rubicundo. Después de examinarlo, respondí modestamente que no. –«¿Y a Johnny y a Bill?»... Por[c] fin, irritado de tanta insistencia, contesté al azar que sí. El señalado era un chico pecoso más o menos de mi estatura. Imaginé que ya no había más que hacer.

*FCE:* Eagle Pass fue amarga.
*FCE:* quedé
*FCE:* rubicundo. § Después

Pero luego que salimos al recreo, se formó el ruedo. Se acercaban unos a verme de cerca; otros requirieron mis libros nuevos; alguno me dio la mano y varios me empujaron. Entonces mi vecino de banco gritó: –«Éste dice que le pega a Tom»...

*FCE:* gritó: § –Éste dice que le pega a Tom...

En seguida nos enfrentaron: marcaron en el suelo una raya entre los dos; el que primero la pisara era el más hombre. Nos lanzamos, no ya a la raya, sino uno sobre otro y nos pegamos; volvimos a contemplarnos y otra vez a reñir; por fin, nos apartaron. «Bueno[d] –exclamó mi vecino– puedes quedar, en seguida de éste»... Luego dijo: «A éste le toca el número siete.»[e]

*Ms:* «apartaron»
*FCE:* éste... Luego, volviéndose a mí: –A

---

a. *FCE:* bajaba b. *FCE:* interpela: § –Oye, ¿y tú a cuántos de éstos les pegas?... Me c. *FCE:* no. § –¿Y a Johnny y a Bill?... § Por d. *FCE:* apartaron. § Bueno e. *FCE:* siete.

Muy extrañado y ofendido, no tuve, sin embargo, más remedio que someterme. Pocas semanas después otro nuevo, un pequeño barrigoncito, que no quiso reñir, fue entre todos, zarandeado y cacheteado hasta que lo hicieron llorar. Me indignó el episodio y acentué mi retraimiento. Era yo tímido y triste, pero sujeto a accesos de cólera, que, por lo menos, me salvaban de transigir con lo que ya se me aparecía como una ignominia ambiente.

*FCE:* entre todos zarandeado

*Ms:* acentuó

Por lo demás, me sentía la conciencia entre sombras: me asaltaban miedos angustiosos; me ponía profundamente triste, sin motivo; me quedaba solo, largas horas, hurgando en el interior de mi propia tiniebla. Me sobrecogían temores casi paralizantes y, de pronto, se me soltaban impulsos arrojados, frenéticos. Padecía la esclavitud de mis propias decisiones triviales. Cierta vez que mis padres proyectaron un paseo dominical y a última hora lo suspendieron, hice un disgusto casi lúgubre. No acepté ninguna distracción en reemplazo, y me estuve todo el día repitiendo: «Mamá, dijiste que íbamos»... «Papá, dijiste que íbamos»... Mi[a] madre, aburrida, dijo por fin... «Te voy a poner a ti, "dijiste," "dijiste;"[b] no seas testarudo, vete a jugar.» Y no es que me importara tanto el paseo; me dolía y me desconcertaba el cambio de plan ya convenido. De mi madre heredaba la resistencia a contrariar una resolución ya concertada. Era ella capaz de los mayores sacrificios por llevar adelante cualquier convenio, no tanto por el honor de la palabra empeñada, sino porque la voluntad es temple que se quebranta si no le respetamos sus decisiones. Falta de flexibilidad, comentará alguien; y, en efecto, la vida nos obliga a los cambios; por eso mismo, hay que ser muy respetuoso de las resoluciones que libremente adoptamos.

*Ms:* Me sobrecogían, temores

*Ms:* hice disgusto casi lúguebre.

*FCE:* repitiendo: § –Mamá, dijiste que íbamos...

*FCE:* jugar. Y

«Cuídate de tomar una decisión porque en se-

**a.** *FCE:* íbamos»... § Mi **b.** *FCE:* fin: § Te voy a poner a ti, «dijiste,» «dijiste;»

guida serás su esclavo.» Si alguien me hubiera susurrado al oído este consejo, en mucho se habría aligerado mi carga. Obscuridad, desamparo, terrible pavor y comprensión vanidosa, tal es el resumen emocional de mi infancia.

*FCE:* Oscuridad,
*Ms:* veleidosa,

## Frente a la plaza

Tan pronto como encontramos habitación aceptable, regresamos a Piedras Negras. Para entonces, la familia se había enriquecido con Carlos, Samuel y Chole. Ocupamos unos bajos, esquina de la plaza, sobre la calle donde comienza el puente. Para llegar a mi escuela, bastaba atravesar éste y caminar después dos o tres cuadras en los suburbios de Eagle Pass. En esta casa se inicia mi vida consciente. Tendría diez años de edad. Me veo comiendo higos negros, pasados, especialidad de la frontera, los pies recogidos sobre el asiento a causa de los pisos recién lavados. Mi madre, de pañuelo blanco en la cabeza, contemplaba satisfecha sus nuevas habitaciones, flamantes de limpias. Desde nuestra pequeña sala veíamos las bancas, los arbolillos del jardín público. En el lado opuesto quedaba la Iglesia y por la derecha, mirábamos el cuartel y la casa municipal: doble construcción larga de un solo piso blanqueado y techado con tejas. A la vuelta, a media cuadra, teníamos la entrada del puente sobre el barranco y el río.

*FCE:* escuela bastaba
*Ms:* jardín municipal.
*FCE:* la iglesia, y por la derecha mirábamos

Nos alegraba dar por terminada la permanencia en Eagle Pass. Mi madre había estado allí muy enferma de unas neuralgias. Atormentada, además, por una de esas preocupaciones que degeneraron en celos y recriminaciones.

Mi padre no faltaba nunca a dormir, pero empezó a llegar tarde en las noches. Se hallaba de visita con nosotros un tío Esteban, el hermano mayor de mi madre, que conseguía calmarla. Acababa de recibirse de ingeniero y manejaba muchos libros. Mirando su frente leída, creía yo descubrir la ilimitada

sabiduría. Con mi madre discutía de religión, y ambos se apasionaban. Otra vez lo oí desde una habitación contigua referirse a mí... «Pobrecito, no sabe lo que le espera.» Hablaban en general de la vida y sus problemas, pero el «pobrecito» me molestó. Del porvenir yo poseía ya algunas certidumbres... La vida mía no iba a ser cosa corriente. Una serie de alternativas magníficas se agitaban en mis presentimientos, en nada acreedoras de aquel «pobrecito». Con todo, en aquella época me iba por algún rincón del traspatio a llorar de angustia sin causa y cavilaba, pensaba hasta sentir fuego en las sienes.

*FCE:* a mí... § Pobrecito,
*FCE:* le espera. § Hablaban
*FCE:* sus problemas; pero

El tío volvió pronto a la capital. Llevaba planes lisonjeros y acabó metiéndose en aduanas, con puestos de categoría, pero, al fin y al cabo, impropios de un profesionista. A los pocos días de su partida, mi madre me mandó hacer una fogata en el corral. Junté la leña, prendí un gran fuego y luego ayudé a echar sobre él un gran número de libros empastados y sin cubierta. Toda una pira de letra impresa se consumió entre las llamas... –«Son libros» –explicó mi madre– «libros herejes»...

*FCE:* en Aduanas, con
*FCE:* de categoría; pero,
*FCE:* llamas... § –Son libros –explicó mi madre– libros herejes...

## ¿Quién soy?

Cierto día, comprando confites en Eagle Pass, me vi el rostro reflejado en una de esas vidrieras convexas que defienden los dulces del polvo. Antes, me había visto en espejos distraídamente; pero en aquella ocasión el verme sin buscarlo, me ocasionó sorpresa, perplejidad. La imagen semiapagada de mi propia figura, planteaba preguntas inquietantes: –¿Soy eso? ¿Qué es eso? ¿Qué es un ser humano? ¿Qué soy? Y ¿qué es mi madre? ¿Por qué mi cara ya no es la de mi madre? ¿Por qué es preciso que ella tenga un rostro y yo otro? ¿La división así acrecentada en dos y en millares de personas obedece a un propósito? ¿Qué objeto puede tener semejante multiplicación? ¿No hubiera bastado con quedarme

*Ms:* espejos; distraídamente;

metido dentro del ser de mi madre viendo por sus ojos? ¿Para qué mis ojos, repetición inútil en su azoro? ¿Añoraba la unidad perdida o me dolía de mi futuro andar suelto entre las cosas, los seres? Si una mariposa reflexionase, ¿anhelaría regresar al capullo? En suma, no quería ser yo. Y al retornar cerca de mi madre abrazábame a ella y la oprimía con desesperanza. ¿Es que hay un útero moral del que se sale forzosamente, así como del otro?[a]

*FCE:* mi madre, abrázame

Los inviernos eran crudos. A pesar de las estufas de carbón, encendidas al rojo, calaba el viento helado. El frasco de la leche de almendras de droguería, pasaba de mano en mano, aliviando partiduras de rostro y manos. Vientos del norte, ululantes, soplaban veinticuatro horas sin parar, levantaban remolinos de polvo y de basura, sacudían las puertas. Tras del huracán venía la helada. Congelábase el agua de las vasijas a la intemperie, reventaban las cañerías. Si el tiempo era lluvioso, formábanse en los ramajes sin hojas, canjilones y estalactitas de nieve que llamábamos «candelilla». Raras veces nevaba y cuando ocurría, se congregaban los muchachos para perseguirse con bolas blancas inofensivas.

*FCE:* hojas canjilones

*FCE:* nevaba, y

Las mañanas me resultaban particularmente duras, por tener que atravesar el puente. Era casi un kilómetro de marcha sobre el largo columpio de aceros temblantes, azotados por el vendaval. Por momentos parecía que todo iba a quebrarse. La racha conmovía el acero y amenazaba lanzarme al vacío. Encogido, me cobijaba un instante contra las varas de hierro; luego adelantaba corriendo. Una mañana, para probar mi resistencia, dejé la mano derecha fuera del paletó; cortaba el viento helado, pero la mantuve expuesta hasta que se puso insensible. Al entrar en clase advertí que no podía moverla. Viólo la maestra y mandó que me dieran frotaciones con nieve, sin las que pude perder el miembro. En aquel ambiente de «wild west» y de

*FCE: wild west*

a. *En la Revista* Sistema *viene a continuación:* Capítulo III y *el subtítulo:* Nieves y juegos.

cowboys[a] anteriores a la farsa del Cine, hacerse duros era la consigna, y provocaba emulación. Una vez gané la apuesta del que bebiera más agua. Otros apostaban a recibir puñetazos en las mandíbulas.

*FCE:* a la fase del cine,

Los recreos degeneraban a menudo en batallas campales. Nos dispersábamos por los barrancos arcillosos de la margen del río. Se comenzaba a marchar entre los matorrales, subiendo y bajando, según las anfractuosidades del terreno. Uno hacía de jefe y era menester seguirlo; «follow the leader» llamaban al juego que encabezaba el muchacho más diestro y más audaz... Al principio no se trataba sino de proezas deportivas: trepar un talud ayudándonos de las raíces de los mezquites, o saltar sobre zanjas; pero el encuentro de grupos rivales provocaba peleas a pedradas. Se convenía en tirar sólo a los pies, pero nunca faltaba algún descalabrado. La lucha enconábase si por azar predominaba en alguno de los bandos el elemento de una sola raza, ya mexicanos o bien yankees.

*FCE: follow the leader*

*FCE:* yanquis.

El más inocente de los juegos y también el más cultivado era el «base ball». Nunca me sedujo. Me apartaba de los jugadores o me concretaba a mirarlos. Sólo por excepción, si no había otro me comprometía como «fielder» para recoger las pelotas lanzadas fuera del campo. Por lo común, mientras se pasaba, me echaba en la arena, la colaba entre los dedos, en tanto reflexionaba largamente. Escarbando así bajo el sol, me encontré el pellejo de una víbora cascabel. Otras veces perseguíamos éstas con vara hasta dejarlas inertes después de aplastarles la cabeza. Me apasionaba también el juego de canicas o pares o nones sobre un hoyo en la tierra. Las jugaba por interés disputando las más hermosas de vidrio o de ágata.

*FCE: base ball.*

*FCE: fielder*

*Ms:* pasaba entre

*FCE:* un pellejo

*FCE* y *Ms:* víbora de cascabel

---

a. *FCE: cowboys*

## El estudio

La escuela me había ido ganando lentamente. Ahora no la hubiera cambiado por la mejor diversión. Ni faltaba nunca a clase. Uno de los maestros nos puso expeditos en sumas, restas, multiplicaciones, consumadas en grupo en voz alta, gritando el resultado el primero que lo obtenía. En la misma forma, nos ejercitaban en el deletreo o «spelling», que constituye disciplina aparte en la lengua inglesa. Periódicamente se celebraban concursos.

*FCE: spelling,*

Gané uno de nombres geográficos, pero con cierto dolo. Mis colegas norteamericanos fallaban a la hora de deletrear Tenochtitlán y Popocatépetl. Y como protestaran expuse: ¿Creen que Washington no me cuesta a mí trabajo?

*FCE:* expuse: § –¿Creen

En todo, la escuela era muy libre y los maestros justicieros. El año que nos tocó una señorita recibí mi primer castigo. No recuerdo por qué falta, se me obligó a extender la mano: en ella cayó un varazo dado con ganas. Sin embargo, sin ira. Una vez azotado se me dijo: Ahora, a sentarse. A poco rato, la misma maestra me hizo alguna pregunta como a los demás; el asunto se había liquidado. Hay algo de noble en un castigo así, severo y honrado. Se paga la falta y se sigue viviendo ya sin carga alguna de remordimiento. Nunca he sido partidario de la blandura de cierta pedagogía posterior que suele convertir al maestro en juguete del niño y al estudiante en censor del catedrático. Un manazo justo en la infancia, una explicación oportuna en el colegio, en la Universidad, producen un efecto de saneamiento, de higiene indispensable de toda labor colectiva. La condición de eficacia está no más en ejercer la autoridad sin odio.

*FCE:* dijo: § –Ahora, a sentarse. § A poco

*Ms:* técnico en

La ecuanimidad de la profesora se hacía patente en las disputas que originaba la historia de Texas... Los mexicanos del curso no éramos muchos, pero sí resueltos. La independencia de Texas y la guerra del cuarenta y siete dividían la clase en campos rivales. Al hablar de mexicanos incluyo a muchos que aun

viviendo en Texas y estando sus padres ciudadanizados, hacían causa común conmigo por razones de sangre. Y si no hubiesen querido era lo mismo, porque los yankees los mantienen clasificados. Mexicanos completos no íbamos allí sino por excepción. Durante varios años fui el único permanente. Los temas de clase se discutían democráticamente, limitándose la maestra a dirigir los debates. Constantemente se recordaba El Álamo, la matanza azteca consumada por Santa-Anna, en prisioneros de guerra. Nunca me creí obligado a presentar excusas; la Patria mexicana debe condenar también la tradición miliciana de nuestros generales, asesinos que se emboscan en batalla y después se ensañan con los vencidos. Pero cuando se afirmaba en clase, con juicio muy infantil, pero ofensivo para otro infante, que cien yankees podían hacer correr a mil mexicanos, yo me levantaba a decir: «Eso no es cierto.» Y peor me irritaba si al hablar de las costumbres de los mexicanos junto con las de los esquimales, algún alumno decía: «Mexicans are a semi-civilized people.» En mi hogar se afirmaba al contrario, que los yankees[a] eran recién venidos a la cultura. Me levantaba, pues, a repetir: «Tuvimos imprenta antes que vosotros.» Intervenía la maestra aplacándonos y diciendo: «But look at Joe, he is a mexican, is'nt he civilized?, is'nt he a gentleman?» Por el momento, la observación justiciera restablecía la cordialidad. Pero era sólo hasta nueva orden, hasta la próxima lección en que volviéramos a leer en el propio texto frases y juicios que me hacían pedir la palabra para rebatir. Se encendían de nuevo las pasiones. Nos hacíamos señas de reto para la hora de recreo. Al principio me bastaba con estar atento en clase para la defensa verbal. Los otros mexicanos me estimulaban, me apoyaban; durante el asueto se enfrentaban a mis contradictores, se cambiaban puñetazos. Pero la pugna fue creciendo y llegó a personalizarse. Un rubio sanguí-

*FCE:* teniendo sus padres la ciudadanía,

*FCE:* yankis

*FCE:* Santa Anna,

*FCE:* patria

*FCE:* traición

*FCE:* Pero cuando se afirmaba en clase que cien yankis podían hacer correr a mil mexicanos, yo me

*FCE:* decir: § –Eso

*FCE:* cierto. § Y peor

*FCE:* decía § *–Mexicans are a semi-civilized people.* § En

*FCE:* repetir: § –Tuvimos

*FCE:* vosotros. § Intervenía

*FCE:* diciendo: § –But

*FCE:* gentleman? § Por

a. *FCE:* afirmaba, al contrario, que los yankis

neo, agresivo, gringo acabado, la tomó directamente conmigo. La consabida discusión sobre el valor de los mexicanos concluyó con un: «Eso lo veremos a la salida.» Apenas terminó la lección, nos dirigimos al extremo del llano inmediato a la escuela. Un numeroso grupo nos seguía. Se hizo el corro. Empezamos a pegarnos con saña. Desde el principio, llevé la peor parte. Para quitarme de la cara sus puños no hallaba mejor recurso que enlazarme con él, para pretender derribarlo. Lograba él sacudirme; volvíamos al frente a frente y otra vez hasta sacarme sangre de las narices. Perdí la serenidad y empecé a lanzar arañazos, patadas. El otro me castigaba con método. Era costumbre que el vencido exclamase «basta»; en ese instante se suspendía el combate y los adversarios se estrechaban las manos como en el ring. Los amigos me gritaban: «Ríndete, basta.» Pero la ira me hacía olvidar las heridas; no sentía el dolor, aunque me desangraba; por fin, vino el maestro a separarnos. Y como no hubo «shake hands», quedó pendiente el encuentro. Pero mi estado era lamentable. Escoriaciones, hinchazón, rasguños, de todo había en mi rostro. Al cruzar el puente rumbo a mi casa iba ideando la fábula que urdiría para explicar mi condición. Una caída desde la altura de un barranco. Mi madre me curó, escuchó la historia y la creyó o hizo como que la creía. Pero al llegar mi padre se armó el escándalo... «Seguramente se trataba de uno más grande que yo... era una salvajada, cómo me habían puesto, reclamaría, acudiría al Consulado... no volvería a la escuela.»

*FCE:* un: § –Eso
*FCE:* salida. § Apenas
*FCE:* principio llevé
*FCE:* el *ring.*
*FCE:* gritaban: § –Ríndete, basta. § Pero
*FCE: shake hands,*

En la mañana siguiente, sin embargo, nadie me dijo no vayas. Tomé solo el rumbo de siempre. La comida del medio día solíamos llevarla en la mochila de los libros y a pleno campo, solo o en grupo, devorábamos los «sandwiches», los huevos duros, la fruta. A esa hora no había riñas; todas se aplazaban para el atardecer. Y mientras comía rumiando con el pan la amargura de mi derrota de la víspera, se me acercó un condiscípulo mexicano, de los nacidos y criados a orillas del río. «Toma –me dijo, enseñándome una

*FCE:* me dijo «no vayas».
*FCE: sandwiches,*
*FCE:* río. § –Toma

potente navaja–: te la presto. Estos gringos le tienen miedo al "fierro". Guárdala para la tarde.»

*FCE:* tarde.

Volvimos al aula. La maestra eludió gentilmente toda referencia al tema de la discusión enojosa. La clase volvió a sentirse alegre, distraída en sus asuntos. Yo acariciaba dentro de la bolsa del pantalón aquel instrumento que en ocasiones me había servido para cortar madera, para afirmar las «horquetas» con que se cazan a liga los pájaros. Al salir de clase, Jim, mi vencedor, se plantó entre su grupo. Yo me acerqué con los míos. Le hice una seña, invitándole a pelear, a la vez que exhibía en la mano derecha y abierta la hoja, la navaja del compatriota. –«No, así no» –dijo Jim… «Busca tú otra», –le dije. –«No, así no, Joe… si quieres, como ayer». –«No,[a] como ayer no; como ahora»… «Ya ves, ya ves, –me dijo mi aliado, acercándose a recoger su instrumento– cómprate una… que sepan que siempre la traes contigo y no te volverán a molestar estos gringos»…

*FCE:* pájaros. § Al salir

*FCE:* compatriota. § –No; así no –dijo Jim.

*FCE:* ahora… § –Ya ves,

*FCE:* gringos…

Fue una fortuna que así lograra hacerme respetar, porque las clases me fascinaban. Aparte los libros que se nos daban a leer, con frecuencia se hacían lecturas comentadas. Uno de los libros que me removió el interés fue el titulado «The Fair God», «El Dios Blanco, el Dios hermoso», una especie de novela a propósito de la llegada de los españoles para la conquista de México… Y era singular que aquellos norteamericanos, tan celosos del privilegio de su casta blanca, tratándose de México, siempre simpatizaban con los indios, nunca con los españoles. La tesis del español bárbaro y el indio noble no sólo se daba en las escuelas de México; también en las yankees. No sospechaba, por supuesto, entonces, que nuestros propios textos no eran otra cosa que una paráfrasis de los textos yankees y un instrumento de penetración de la nueva influencia.

*FCE: The Fair God,*

*FCE:* México siempre

*FCE:* yanquis.

*FCE:* yanquis

Y la he recordado siempre. Una de las más fuertes sacudidas espirituales de mi infancia: «La Ilíada», con notas y explicaciones al verso inglés. Me la prestaron para llevarla a casa. En voz alta leía a mi

*FCE: La Ilíada,*

*FCE:* me la prestaron. Esforzándome para traducirla, captaba, no obstante

a. *FCE:* Jim… § –Busca tú otra, –le dije. § –No, así no, Joe… si quieres, como ayer. § –No,

madre, esforzándome para traducirle, captando, no obstante la maraña bilingüe, la acción maravillosa, el río de elocuencia del inmortal poeta.

*Ms:* marcha bilingüe,

El alumno que presentaba una «composition» acerca del libro leído, tenía derecho a otro préstamo. Cortas se me hacían las horas empleadas en borronear unas notas para pedir otro libro, raro artificio de creación de sucesos maravillosos pretéritos.

*FCE:* una *composition*

*FCE:* leído tenía

*FCE* y *Ms:* recreación

## El mes de María

La primavera comienza temprano en las tierras bajas de Coahuila y Texas. Casi un desierto Coahuila; sin embargo, en las vegas de sus ríos, las nogaleras gigantescas, los cañaverales altos, los sembrados de trigo, de alfalfa, de maíz y de sandías, adquieren fragancias acentuadas por el contraste de los arenales del contorno. Cerca de Piedras Negras se vierte en la corriente abundante y cenagosa del Bravo, el torrente cristalino del río de la Villita. La comarca de la confluencia es un vergel, y la misma margen del Río Grande, adelante de la casa que habitábamos, se convertía por primavera en un extenso prado de amapolas, violetas silvestres y margaritas.

*FCE:* de maíz y sandías,

*FCE:* del Bravo al torrente

Nos levantábamos al amanecer y partíamos en ayunas, al campo. Desde antes de salir del pueblo, sobre los tapiales de los suburbios, contemplamos los quiebraplatos –especie de azucenas blancas y azules– que forman enredaderas. Sobre las corolas delicadas, el rocío brillaba un instante, luego se difundía en el aire luminoso y cálido. El llano baja florecido hacia la vega. El río sinuoso, refulge sereno y ancho. A distancia, por ambas riberas, la tierra se parte en grietas, asciende levemente ondulada, arcillosa, salpicada con el gris de los arbustos.

*FCE:* partíamos, en

*Ms:* quebraplatos

*FCE:* sinuoso refulge

A campo traviesa, por llanos ilimitados que parecen no tener dueño, los aromas de la tierra estimulan el paso, nos vuelven ágiles las piernas. En el ambiente, humedad ligera; yerba y flores silvestres en el prado y en el cielo remoto el sol, ensayando su pode-

*Ms:* por tierras ilimitadas

*FCE:* prado, y en el cielo,

río sobre las gasas de la niebla del alba que parecen refrescarle el rostro y le tamizan audazmente los rayos de su esplendor implacable. Mientras recogemos, repartidos por la llanura, brazadas de azucenas, se va iluminando la punta de los postes del telégrafo, única eminencia de la tierra devastada. Iniciamos el retorno, envueltos en la fragancia del botín.

*Ms:* llanura devastada.

En un ángulo de la sala, tiras de tela azul celeste y blanco, y unas gradas sobre la mesa revestida de puños claros, forman altar a la imagen de la Virgen. Con las flores del campo llenamos los vasos, apoyamos algunos ramos al pie del marco sagrado. Y una vez adornado el altar, corremos al comedor, donde esperan el chocolate y el pan dulce, las tortillas de harina con natas. En seguida, mi madre y mis hermanas se iban a la misa de enfrente y yo corría a mi escuela del otro lado; escuela laica, en realidad protestante y cristiana, pero sin apariencia prosélita.

*FCE:* paños

Por la tarde, al regresar de clase, encontraba a mi madre con la mantilla puesta y en la mano el devocionario de los días de fiesta, pastas de concha nácar y rosario engarzado en hilo de plata. Entre velos blancos vaporosos, mis hermanas lucían sus encantos de niñas pulcras. Concha, sus mejillas de rosa; Lola, sus cabellos de oro, y Carmen sus ojos claros bajo las cejas negras.

*FCE:* Carmen, sus

Las flores puestas en el altar por la mañana, eran rociadas de agua fresca y trasportándolas en cestos con pétalos de rosas, atravesábamos la plaza iluminada con los resplandores del atardecer.

La iglesia era una pequeña nave a medio techar.

En la portada barroca, humildísima, se quedaron vacíos unos nichos que yo en mis delirios de futuras grandezas me proponía llenar comprándoles imágenes de talla increíble. A la izquierda, un arquito sostenía la única campana. En tan sencillo escenario pasaron horas de embeleso inefable. Un pequeño órgano acompañaba la misa de los domingos. Un confesonario despintado recibió mis primeras dudas, y no recuerdo cuántas veces me acerqué al modesto altar donde nos daban la comunión. ¿Cómo

*Ms:* órgano, acompañaba

*FCE:* comunión. § –¿Cómo

es que la hostia puede contener a Dios? –pregunté una vez al confesor, no tanto porque dudara, sino por oírle argumentos decisivos, pero repuso: «Dile a tu madre que te explique todo eso.»[a]

*FCE:* decisivos; pero repuso: § -Dile

Las tardes de mayo no iba allí para descifrar problemas, sino para gozar la dicha del ofertorio de nuestras vidas, todavía no marcadas por el dolor. Fingía gorjeo de pájaros el murmullo de niñas de blanco y niños de negro sentados en bancas próximas a la alfombra del altar. Gemía dulcemente el órgano y unas voces ingenuas comentaban el misterio santo mientras subían las niñas de blanco, de dos en dos, arrodillándose a intervalos, regando flores sueltas por las gradas, depositando los ramos en el altar de una virgen azul.

*FCE:* órgano, y

*FCE:* santo, mientras

*FCE:* Virgen

Volvían luego a sus asientos ligeras y contentas. Cesaba el canto y se reanudaba el rezo, y así varias veces. Al final, el sacerdote, de casulla de oro, incensando, se postraba y descubría la hostia y la hacía radiar entre los lirios. Las niñas arrodilladas, ofrendaban su blancura intacta; doblábamos todos la cabeza reverente y subía al cielo la plegaria sincera y melodiosa. Al salir al viento de la noche, una ventura dulce embriagaba los corazones.

*FCE:* Al final el

*FCE:* niñas, arrodilladas,

*Ms:* melodiosa, viento de la noche; una ventura dulce

Trapos azul y blanco, humilde imagen, vasos con agua de color, flores campestres, incienso ritual, ofrenda de corazones sencillos, ¿qué magia, ni la más complicada, podría igualar el milagro que consumabais en mi conciencia? Contento sacábamos de allí para todo el día siguiente y aun para el año entero hasta que otra vez los prados florecieran en honor de la Inmaculada. «Dios te salve, María, llena eres de gracia»...

*Ms:* consumábais

*Ms:* Contentos

*FCE:* gracia...»

La devoción popular no se conformaba con un solo mes de plegarias. Goloso de poesía, entraba en junio, el mes de Jesús, dedicado a los hombres, como el de mayo a las mujeres. Y más rosarios con letanía cantada y «ora pro nobis» en coro de fieles cada uno de los días del mes.

*FCE:* Golosa de poesías,

*FCE:* *ora pro nobis*

a. *FCE:* eso.

## El calor

El verano fronterizo es polvoriento y sofocante. No alivian los baños diarios, ya no en bañera como en invierno, sino al aire libre, en el patio, con la ducha de una manguera destinada al riego del jardín. Luego al caer la tarde, por las calles recién regadas y olientes a tierra humedecida, rodaban carruajes de tiro, alquilables por hora. En alguno de ellos íbamos al otro lado, a las neverías o en excursiones más largas hasta el río de la Villita. En familia, después del remojo en las aguas cristalinas y fluentes, nos sentábamos en la grama, semienvueltos en toallas o ya vestidos para devorar una de esas enormes sandías, orgullo de la frontera. Tomábamos cada quien su rebanada, grande, encendida y jugosa. Después el corazón colorado, casi quebradizo y dulce, era repartido en trozos entre gritos pedigüeños y risas de contento.

*FCE:* Luego, al caer

*FCE:* Después, el

También eran agradables las cenas improvisadas en las mesas populares de la Plaza del Comercio, vulgarmente la Plaza del Cabrito, con el guiso predilecto que allí se servía. Aparte del cordero, daban tamales delgados, rellenos de pollo o de pasas y almendras, todo con café de olla, sobre manteles de hule y luz de quinqué. La clientela heterogénea, numerosa, comprendía obreros de la maestranza en overol y señoritas bien polveadas, niños con los papás y «gringos» de turismo.

*FCE* y *Ms:* por el guiso

*FCE:* papás, y gringos del otro lado.

Después de la cena, el fronterizo goza del fresco a la puerta de su casa. Juega la brisa con las cortinas de encaje blanco y trabajan las mecedoras, en tanto languidece la charla. Enfrente, la plaza iluminada bulle de paseantes. Una o dos veces por semana, la banda militar toca en el quiosco marchas y sones cargados con imágenes de la ciudad, sus luchas y victorias. Al cruzarse sonríen los vecinos. Es un hermoso milagro vivir. Por delante, la senda ofrece muchos años, repletos de dones apenas concebibles. En un espacio inmaterial se palpa el futuro semejante al desarrollo de la música con alzas y

*FCE* y *Ms:* Al cruzarse, sonríen

bajas, dulzuras y abismos. Una borrachera de pensamientos marea la cabeza. Cada pieza de la banda es como una copa de un ajenjo vagamente adivinatorio, que sugiere vislumbres del porvenir. Y en vez de ir a mezclarse al correteo de los menores, quedábame sentado al borde de la acera: próximo a la conversación de los mayores, pero sin oírla. Me conturbaba lo mío: se me deshacía el corazón como con llanto, me pesaba sobre los hombros la tarea que sólo el transcurso de los años va haciendo factible y ligera.

*Ms:* bajas y dulzuras

*Ms:* mezclarme

Algunas noches, cuando el calor arreciaba y no había serenata, así que las cornetas del cuartel vecino tocaban la retreta, sacábamos al patio los catres de lona. Encima una sábana y otra más para envolvernos, sobre la bata, y a estarse en cama contemplando las estrellas antes de dormir. De todos los goces del verano fronterizo ninguno es más profundo. El clima caliente y seco invita a pernoctar bajo la bóveda celeste. En aquella topografía de llanuras devastadas, el cielo es más ancho que en otros sitios de la tierra, y las constelaciones refulgen dentro de una inmensidad engalanada de bólidos. Algo semejante observó Reclus en las noches de Persia, cuya magnética incitación al ensueño produjo los cuentos de las Mil y Una Noches. Palabras cargadas de esplendor y de virtud mágica que construye con la fantasía todo lo que el esfuerzo humano jamás podrá cumplir en la tierra.[a]

*FCE: Las mil y una noches.*

*FCE:* construyen

*Ms:* todo lo que el esfuerzo consumiría en la tierra.

En aquellos cielos nuestros, desprovistos de literatura, la mente sondea, libre de sugerencias, como si recién descubriese el Cosmos. El alma se va por los espacios y divagando capta un maná de gracia más eficaz que el de Moisés. La memoria distraída repite sin atención los nombres de la media docena de constelaciones que la abuela conocía: La Osa y el Abanico; las Siete Cabrillas y el Lucero. En la dulzura de la noche, perdida toda noción finita, el

*FCE:* conocía: la

a. *FCE:* Tierra.

tiempo que ya no corre porque se hizo eternidad. Reclinado el rostro sobre la almohada y al cerrar los ojos para dormir, una lágrima dichosa escurre por la mejilla. Después, no se llora así. El llanto se vuelve ácido a medida que se agria el vino interior.

## RIPALDA Y RELOJ

En verano, con motivo de las vacaciones, se relajaba un tanto la disciplina de nuestra casa; pero no lo bastante para prescindir de una Dictadura: la del reloj, ni del código vigente, el Catecismo de Ripalda. Con los metodistas norteamericanos tenía mi madre ese punto de contacto, sin saberlo; la división del día en horas para quehaceres en serie. Hora para levantarse, hora para el aseo, hora para el paseo, hora[a] para la lectura y así para las comidas y las faenas ordinarias.

*Ms:* Catecismo del

*FCE:* lectura, y

Todavía después de la cena y tras el rato de libre conversación, escuchábamos la voz autoritaria y querida: «Niños, a estudiar»... Nunca dejarnos sin algo que hacer, era su empeño, pues ya lo decía el Ripalda: «la ociosidad es madre de todos los vicios».

*FCE:* hacer era

*FCE:* «La

Esta última palabra, ya la había buscado en el gran Diccionario de la Lengua, junto con otras acerca de las cuales la malicia infantil se cuida bien de interrogar. Jugando una tarde en el jardín de enfrente con mis hermanas y sus amiguitas, una de éstas al saltar de un banco dejó ver que no llevaba calzones. La fuerte impresión recibida me hizo pensar en los vicios de que habla Ripalda. No es que a los diez o los once años tuviera inquietud erótica; pero la imaginación se adelanta a la fisiología. Tampoco me preocupaba ninguna jovencita. Mi ilusión, ya que no mi ambición, apuntaba más alto.[b]

*FCE:* éstas, al saltar de un barco, dejó

*FCE:* u once años

Contigua a nuestra casa se estableció la administración del Timbre. La familia del Director ocupaba unos altos y el patio nos era común. La agencia del

*FCE:* director

**a.** *El fragmento que empieza aquí viene con el título:* Odiseo en Aztlán. [*revista* Bohemia] **b.** *Este párrafo no está en* JUS.

Timbre, espléndidamente retribuida, rivalizaba con el cargo más alto de la Aduana.

La esposa y las hermanas del Director vestían con elegancia, andaban en carruaje propio y visitaban frecuentemente a sus parientes de la capital. La hermana más joven, María, era una rubia esbelta y delicada. La recuerdo de túnica rosa y sombrero de paja veraniega. Los jóvenes de la localidad la festejaban con serenatas, la proclamaban reina de los carnavales, por lo que muchas veces la vi llegar en triunfo. Cierta ocasión la contemplé subiendo la escalera del patio: caderas largas, busto delicado y un color como de porcelana clara. No puedo decir que me incitaba, pero sí me fascinaba. Involuntariamente asociaba su figura a todo lo que hay de ameno y glorioso en el mundo. El diario choque sentimental de la escuela del otro lado, me producía fiebres patrióticas y marciales. Me pasaba horas frente al mapa recorriendo con la mente los caminos por donde un ejército mexicano, por mí dirigido, llegaría alguna vez hasta Washington para vengar la afrenta del cuarenta y siete, y reconquistar lo perdido. Y en sueños me veía atravesando nuestra aldea de regreso de la conquista al frente de una cabalgata victoriosa. Hervían las calles de multitud con banderas y gritos y en su balcón, sobre la plaza, asomaba sonriente María la del Timbre, obligándome a refrenar el caballo para saludarla.

Después de tales visiones, la encontraba y me decía indiferente y afable como buena vecina: ¡Hola, qué tal, Pepe! Sudando frío la[a] escapaba.

El asunto erótico no me hería en la carne; pero ya saturaba nuestro ambiente; incluso con sus aberraciones y brutalidades. Cuando caía en la escuela uno de esos niños apegados a la falda materna: «mama's boy», en seguida alguno de los grandes lo molestaba amenazándolo con inmundas vejaciones si no daba señas de rebelarse. Un hábito de brutali-

*FCE:* director

*Ms:* patio, caderas

*FCE:* amable y

*FCE:* lado me

*FCE:* siete y

*FCE:* gritos, y

*FCE:* vecina: § –¡Hola, qué tal, Pepe! § –Sudando

*FCE: mama's boy,*

a. *Ms:* le

dad alejaba de nuestra escuela a los niños llegados del interior. Se presentaron una ocasión tres jovencitos elegantes que por ser hijos del contador de la Aduana me fueron encomendados. El verlos llegar en coche, acompañados de una institutriz, trajeados con esmero que obliga a cuidar la ropa, bastó para que se concitaran animadversiones. Cuando aconsejé al mayor que se armara de su navaja, me contestó que él era un niño decente. Por fin, un día[a] lo golpearon y ninguno volvió a presentarse. Me envaneció entonces sentirme duro, curtido de soles y nieves, puñetazos, descalabraduras, sustos y victorias. Así serían, pensaba yo, como aquéllos de los puños flamantes, todos los decentitos de la capital. Pues yo era un bárbaro contento.

*FCE:* él era niño decente.

Sólo uno nos mandó la metrópoli que puso a raya a los gringos. Era hijo del administrador de la Aduana, Manuel Bauche. A los doce o catorce años tiraba esgrima y boxeo. Desde el primer día se plantó en el recreo desafiante y varios sintieron su puño en el rostro. Las girls le sonreían y los más se le acercaban con respeto. –¿A quién quieres que le pegue, Pepe? –decía dirigiéndose a mí– ¿a cuál le pego?

*FCE: girls*

*FCE:* respeto. § –¿A quién

*Ms:* Pepe, decía dirigiéndose a mí?,

Las niñas que se coeducaban a nuestro lado en clase, usaban para el recreo un patio anexo aislado por unas tablas. Desde mi asiento observaba un par de morenas, hijas de un judío del Banco. Una de ellas, sensual y flexible, anticipaba el tipo femenino de mis predestinaciones disparatadas.

Ciertas miradas alentadoras me llevaron a escribirle unas palabras; le hice seña que tenía para ella un recado. A la hora del recreo se lo entregué por las junturas del cercado. Pasó por mí un deleite nuevo al sentir que sus dedos tiraban del papel doblado, y me envaneció tener novia, como los otros. Pero las consabidas funciones glandulares específicas, no teñían aún mi pensamiento. Ninguna agua sucia enturbiaba mis claros conceptos de dicha, entusiasmo y amor.

*FCE:* específicas no

*Ms:* de dicho entusiasmo y amor.

---

a. *Ms:* Por fin un día b. *Estos dos últimos párrafos no están en* JUS.

## La lectura

Mi pasión de entonces era la lectura, y me poseía con avidez. Devoraba lo que en la escuela nos daban y cada año nos ampliaban el círculo de clásicos ingleses y norteamericanos. Leía por mi cuenta en la casa todos los libros hallados a mano. Acogido al umbral de mi puerta, frente a la calle arenosa, todavía sin pavimento, pero ya de bombilla eléctrica en lo alto de un poste, recapacitaba una noche sobre mi saber y al consumar el recuento de los libros leídos pensaba: ningún niño en los dos pueblos ha leído tanto como yo. Tal vez entre los niños de la capital habría alguno que hubiese leído igual, pero de todas maneras era evidente que estaba yo llamado a manejar ideas. Sería uno a quien se consulta y a quien se sigue.

*FCE:* igual; pero

*FCE:* maneras, era

Antes que la lujuria conocí la soberbia. A los diez años ya me sentía solo y único y llamado a guiar.

Mi salud no correspondía a mis ambiciones; me hallaba condenado a las cucharadas de hígado de bacalao. Ciertas recaídas febriles nos recordaban que el paludismo infantil no se había extinguido. Con frecuencia padecía jaquecas. Era ésta una afección familiar, la padecía mi madre, la padecían mis hermanas. Las atribuíamos a debilidad; para curarlas nos daban ración doble y el dolor nos volvía locos. Nunca hacía cama ni faltaba a la escuela, pero rara vez me sentía con vigor pleno. Sin embargo, la enfermedad no nos preocupaba: «domínala», «olvídala», aconsejaba[a] mi madre.

*FCE:* escuela; pero

Mi pasión de viajero por el mundo del conocimiento no conocía preferencias. Imaginaba misterios mágicos en la tabla de Pitágoras. Las lecciones orales de Geografía con mapas de ríos, de montañas y relatos etnográficos equivalían a la más amena literatura. Libertad de imaginación y disciplina para estimar sus resultados, precisión y aseo en la faena;

*FCE:* geografía

---

**a.** *FCE:* preocupaba. § –Domínala, olvídala –aconsejaba

todo esto exigía la humilde escuela texana de los remotos años del noventa al noventa y cuatro.[a]

*Ms:* ésto

El afán de protegerme contra una absorción por parte de la cultura extraña, acentuó en mis padres el propósito de familiarizarme con las cosas de mi nación; obras extensas como el «México a Través de los Siglos» y la Geografía y los Atlas de García Cubas, estuvieron en mis manos desde pequeño. Ninguno de los aspectos de lo mexicano falta en esta segunda obra admirable. Ninguna editorial española produjo nada comparable al García Cubas, hoy agotado. El Atlas histórico es además una joya de litografía a colores. La carta etnográfica detalla las razas anteriores a la conquista con los sitios de su ubicación, sus trabajos y sus fiestas. El mapa arquitectónico reproduce las principales catedrales y monumentos de la Colonia, desde el Santo Domingo de Oaxaca, hasta las catedrales de Durango y Chihuahua.

*FCE:* extraña acentuó
*Ms:* a las cosas
*FCE: México a Través de los Siglos*
*FCE:* Cubas estuvieron
*FCE:* es, además, una
*FCE:* Conquista, con
*FCE* y *Ms:* Oxaca hasta

Enseña también el García Cubas, gráficamente, el desastre de nuestra historia independiente. Describe las expediciones de Cortés hasta la Paz en la Baja California; las de Alburquerque por Nuevo México y la cadena de Misiones que llegaron hasta encontrarse con las avanzadas rusas, más allá de San Francisco. Señala en seguida las pérdidas sucesivas. Un patriotismo ardoroso y ciego proclamaba como victoria inaudita nuestra emancipación de España, pero era evidente que se consumó por desintegración, no por creación. Las cartas geográficas abrían los ojos, revelaban no sólo nuestra debilidad sino también la de España, expulsada de la Florida. Media nación sacrificada y millones de mexicanos suplantados por el extranjero en su propio territorio, tal era el resultado del gobierno militarista de los Bustamante y de los Santa-Annas[b] y los Porfirio Díaz.[4] Con todo, llegaba el quince de septiembre, y a gritar junto con los yankees, mue-

*Ms:* Detalla de las expediciones
*FCE:* hasta La Paz,
*FCE:* patriotismo desviado proclamaba
*FCE:* España; pero
*FCE:* debilidad, sino
*FCE:* los Guerrero y los Santa Anna
*Ms:* con todo llegaba

---

**a.** *FCE:* de los remotos años del 94. **b.** *Ms:* y de los Santa Anas

ras al pasado y vivas a la América de Benito Juárez, agente al fin y al cabo de la penetración sajona. La evidencia más irritante la da el mapa de la cesión del Gila, consumada por diez millones de pesos, que Santa-Anna se jugó a los gallos o gastó en uniformes para los verdugos que desfilan en las ceremonias patrias. En vez de una frontera natural, una línea en el desierto que por sí sola nos obliga a concesiones futuras, pues compromete la cuenca del Colorado. Por encima de los mentirosos compendios de historia patria, los mapas de García Cubas demostraban los estragos del caudillaje militarista.

*Ms:* Santa Ana *FCE:* Santa Ana

El episodio de su alteza serenísima Santa-Anna[a] rindiéndose a un sargento yankee[b] nos era restregado en la clase de Historia texana, y un dolor mezclado de vergüenza enturbiaba el placer de hojear nuestro Atlas querido. Mientras nosotros, ufanos de la «Independencia y de la Reforma», olvidábamos el pasado glorioso, los yanquis, viendo claras las cosas, decían en nuestra escuela de Eagle Pass: «When Mexico was the largest[c] nation of the continent»...[d] frente al mapa antiguo, y después sin comentarios: «present Mexico».

*FCE:* Su Alteza Serenísima Santa Anna

*FCE: When Mexico was the largest nation of the continent...*

*FCE: Present Mexico.*

Mi padre no aceptaba ni siquiera que ahora fuésemos inferiores al yanqui. «Es que los fronterizos no conocen el interior, ni la capital.» «Se van a gastar su dinero a San Antonio»... «ven allí casas muy altas... yo las prefiero bajas para no subir tanta escalera»... «no[e] niego que nos han traído ferrocarriles, pero eso no quita que son unos bárbaros»... «No han ganado porque son muchos» Yo,[f] interiormente, pensaba: ...«Es que a mí me han pegado y fue uno solo... No, cobardes no eran»... Bárbaros quizás;[g] en esto mi madre también estaba de acuerdo. Sus ideas sobre la cultura del Norte, casi no habían cambiado desde que tomó unos apuntes en su escuela particular de Tlaxiaco. Escritos en papel amarillento, los revisé poco después de su muerte.

*FCE:* yanqui. § -Es

*FCE:* capital. Se

*FCE:* Antonio... Ven

*FCE:* Yo

*FCE:* que sean unos bárbaros...

*FCE:* solo...» No; cobardes no eran...

**a.** *Ms:* Santa Ana **b.** *FCE:* yanqui **c.** *Ms:* larges **d.** *Ms:* continente»... **e.** *FCE:* escalero... No
**f.** *FCE:* muchos.» § Yo, **g.** quizá;

«Al Sur de México, decían, está Guatemala, nación que en cierto momento estuvo unida a la nuestra y al Norte habitan unos hombres rudos y pelirrojos que suben los pies a la mesa cuando se sientan a conversar y profesan todos la herejía protestante.»

El prejuicio patriótico cegaba a mi padre. Mi madre tenía motivos más hondos para desconfiar del progreso del Norte: eran protestantes y el verme obligado a tratarlos extremaba su afán de arraigar en mí la fe católica. Su pequeña biblioteca ambulante contenía los dramas de Calderón en cantos dorados, un Balmes, un San Agustín, y un volumen de Tertuliano. De este último me leía trozos polémicos. Alguna vez me hizo leerle «La Vida es Sueño», pero el libro preferido de nuestras veladas de Piedras Negras, era la Historia de Jesucristo de Louis Veillont,[5] con láminas a colores. El pasaje que entonces ponía reflexiva a mi madre era el corro de los doctores. Ya no le preocupaba la posibilidad de mi pérdida física, como en los tiempos angustiosos del Sásabe; pero ahora estaba atenta al peligro del alma, lanzada ocho horas al día entre herejes de escuela extranjera. Interpretando el pasaje de la disputa con los doctores, mi madre afirmaba que un niño cualquiera si poseía el tesoro de la doctrina verdadera, podía poner en confusión a los sabios.

*FCE:* protestantes, y

*FCE: La Vida es Sueño,*

*FCE: Historia de Jesucristo*

*FCE:* Veuillot, *Ms:* Veuillont,

Nuestra escuela de Eagle Pass era sinceramente democrática y trataba la religión con simpatía respetuosa. Discípulos y maestros acudían el domingo, cada quien a su Iglesia. Pero mi madre temía[a] esa especie de saturación de ambiente que crea cada doctrina y me acorazaba contra el peligro de lo protestante.

*FCE:* iglesia.

*FCE:* doctrina, y

Reforzaba no sólo la teoría, también la práctica. Aparte de la misa en domingo y fiestas de guardar, además de la confesión y comunión por cuaresma y otras solemnidades y añadido a las oraciones de la mañana y de la noche, cada tarde al oscurecer nos

*Ms:* Aparte la misa

---

**a.** *Ms:* tenía

reunía, sin excepción de los criados, para el rezo del Rosario. Primero el Padrenuestro en coro... «Padre Nuestro»... «dilo bien, pronuncia claro». «Padre Nuestro»... Luego,[a] las Ave Marías prolongadas en los cinco misterios. «Por tu hijo suplicámoste, señora, que nos des un corazón limpio y puro.» «Dios[b] te Salve María»... «que se alumbren las tinieblas de nuestras almas»... Según el rezo avanzaba, crecía el fervor, las Ave Marías[c] alcanzaban acentos de triunfo: «Abrid,[d] Señor, mis labios, y mi lengua cantará vuestras alabanzas.»

Y como si el soplo celeste, plasmase por fin en su forma adecuada, llegando a la letanía, se entonaban las alabanzas latinas. Máter dolorosa, máter misericordis, refugium pecatorum, turris eburnea, estrella del alba...[e] Cada vez respondíamos: «ora pronobis». Por el aburrimiento y el olvido, por las rodillas que dolían de estar hincadas... «ora pronobis». También sabíamos que el ardiente amor nos envolvía en su llama, y solía lanzar el castigo de un cuartazo o de un pellizco, si por fatiga inoportuna alguien se permitía un retozo o cabeceaba de sueño. Cierta dureza acompaña siempre a la pasión y mi madre se desesperaba si advertía frialdad, indiferencia en los suyos, para asuntos que estimaba supremos. En mis reflexiones más íntimas yo compartía sus preferencias. El patriotismo y la historia bien vistos, eran vicisitudes secundarias de los pueblos. Las playas que cuentan, pensaba, no son las del Golfo de México ni las del mar de Cortés, sino aquéllas del Norte del África, en que el angelito se apareció a San Agustín para disuadirlo del empeño de explicar los misterios de la fe. Cogía en su cántaro agua del mar y la echaba en un pequeño agujero. –¿Qué haces? –preguntó el Santo. –Lo mismo que tú –replicó el ángel. –Estoy echando el mar en este agujero.[f] –Mamá, ¿qué[g] es un filósofo?

*FCE:* del rosario.
*FCE:* padrenuestro
*FCE:* avemarías
*Ms:* misterios, «por *FCE:* misterios. –Por
*FCE:* María... que
*FCE:* almas... –Según
*Ms:* fervor; las
*Ms:* labios y mi
*FCE:* alabanzas...
*FCE:* plasmase, por fin, en
*FCE:* respondíamos... *Ora pronobis.*
*FCE: Ora pronobis.*
*FCE:* amor que nos envolvía en su llama solía lanzar el castigo
*FCE* y *Ms:* historia, bien vistos,
*FCE:* agujero. § –¿Qué
*FCE:* Santo. § –Lo
*FCE:* agujero. § –Mamá

**a.** *FCE:* coro... § –Dilo bien, pronuncia claro: Padre Nuestro... –Luego, **b.** *FCE:* puro. Dios **c.** *FCE:* avemarías **d.** *FCE:* triunfo: § –Abrid, **e.** *FCE: Máter dolorosa, máter misericordis, refugium pecatorum, turris eburnea, stella matutina*... **f.** *Ms:* –¿Qué haces preguntó el Santo; lo mismo que tú, replicó el ángel; estoy echando el mar en este agujero **g.** *Ms:* –Mamá, ¿qué es

–indagaba yo; y ella, lacónica como el catecismo respondía: –«Filósofo es el que se atiene a las luces de la razón para indagar la verdad. –Sofista es el que defiende lo falso, por interés o por simple soberbia y ufanía.»

*FCE:* respondía: § –Filósofo
*FCE:* verdad. Sofista
*FCE:* ufanía.

La palabra filósofo me sonaba cargada de complacencia y misterio. Yo quería ser un filósofo. ¿Cuándo llegaría a ser un filósofo?

*Ms:* ¿Cuán

## La sorda pugna

Durante mucho tiempo, el tono social lo dio Piedras Negras. Nuestra superioridad era notoria en el refinamiento de las maneras y el brillo de las fiestas patrióticas, carnavales y batallas de flores de primavera. Pero gradualmente, Eagle Pass adelantaba. Casi de la noche a la mañana se erguían edificios de cuatro y de cinco pisos, se asfaltaban avenidas. Entre tanto, Piedras Negras entregábase a las conmemoraciones y holgorios sobre el basurero de las calles y las ruinas de una construcción urbana elemental. Inseguros del mañana, olvidados del ayer, los nuestros derrochaban con desprecio de la previsión, indiferentes aún al[a] aseo. En cambio, Eagle Pass se pulía y hermoseaba tal y como las bellas rubias que recorrían nuestras calles abandonadas, manejando ellas mismas las riendas del caballo de sus buggies de luciente barniz. Y empezó a estar de moda vestirse en las tiendas del otro lado. Resultaba también más económico que encargar las ropas a México. Y a medida que las mesas de comidas de la «Plaza del Cabrito» se iban quedando solas, en Eagle Pass se abrían restaurantes de manteles albos y vajillas plateadas.

*FCE:* Pero, gradualmente,
*FCE:* aun
*FCE:* *buggies*
*FCE:* de la Plaza del Cabrito se

Antiguamente, las tabernas del pueblo servían a la clientela sendos vasos de vino tinto, extraídos de barricas procedentes de España y de Francia, por

*Ms:* clientela, sendos

a. *Ms:* del

Galveston. En los hogares se bebía los vinos blancos de Burdeos. Pronto venció, sin embargo, la cerveza. Cantinas o bares, mostrador de caoba, espejos biselados, fina cristalería, hielo picado y brebajes de mezclas bárbaras, «whiskeys» y «bocks». Al principio, el gusto educado les hacía un gesto; preferían[a] los nuestros el buen Madera, el Oporto o Jerez.[b] Pero la baratura y la abundancia, la facilidad para obtener el «cocktail», los obsequios de vasos a propósito para la cerveza: la complicidad del calor, todo concurría a la derrota del vino. Pronto, aún en los hogares iniciada la comida, aparecía la criada que de vuelta de la esquina traía la jarra de cristal rebosante de espumas exudadas por el frío, de un líquido que parece oro y que sabe a cocimiento sin endulzar.

En la escuela se observaba el desarrollo urbano de las dos ciudades vecinas. En la distribución de las tareas de clase de Geografía, me tocó levantar el plano de Piedras Negras. Observé, con este motivo, mi pueblo en la amplitud y en el detalle. Visto desde Eagle Pass, luce ventajosamente, asentado sobre el más alto barranco de la margen meridional del río. Sobre las arboledas de mezquites asoman tejabanes y azoteas, molinos de viento de las norias. A la izquierda, las chimeneas siempre humeantes de la Maestranza prolongan el panorama del otro lado del puente del ferrocarril. Este puente y el de los peatones limitan casi la extensión urbana. Por la derecha unos cuantos solares con cercas de madera o tapial invaden la vega. El talud arcilloso se desgaja a trechos y descubre cuestas o en otro sentido «bajadas», que todavía utilizan aguadores con sus burros y que antes de los puentes eran como calles hacia la ribera. Tal recuerdo el conjunto, pero mi tarea me obligó a trazar las avenidas y los cuadros de casas.

Entrando por el puente de a pie, salvadas las garitas aduanales, hallábase a la derecha la casa de

*FCE:* mostradores

*FCE:* *whiskeys* y *bocks*. *Ms:* whiskies y bocks.

*FCE:* el buen madera, el oporto o jerez.

*FCE:* *cocktail*, *Ms:* cocktail,

*FCE:* cerveza la

*FCE:* aun en los hogares, iniciada

*FCE:* esquina, traía la jarra de cristal rebosante de espumas,

*Ms:* asentada

*FCE:* tejavanes

*FCE:* derecha, unos

*FCE:* conjunto; pero

**a.** *Ms:* gesto, preferían **b.** *Ms:* Jérez.

los Riddle. Un solo cuerpo blanqueado, anchas ventanas y mirando al río, un tejadillo con barandal de madera. Constituía aquel mirador, sitio privilegiado para contemplar las avenidas. Los Riddle, familia bilingüe, padre tejano, madre mexicana, eran gente afable, que invitaba a los vecinos al espectáculo de la estación otoñal si el máximo de la creciente coincidía con el atardecer. Marqué, pues, sobre mi plano, después de trazar la línea del río, el talud y los dos puentes y como primera indicación urbana: «Riddle's home.» Media cuadra adelante, señalé[a] mi esquina, con la administración del Timbre al lado. Luego el rectángulo del jardín municipal, con el Cuartel y el Municipio y enfrente la Iglesia; en la misma acera de ésta y sobre la avenida principal, un caserón en ruinas, de techo apizarrado, de dos aguas, muros desportillados y ventanas sin vidrieras. Lo llamaban «la casa de los murciélagos» porque los vomitaba revoloteando cada atardecer.

*FCE:* mirador sitio

*Ms:* invitaban

*FCE: Riddle's home.*

*FCE:* Luego, el

*FCE:* iglesia; en la *Ms:* Iglesia, en la

*FCE:* murciélagos, porque

El costado izquierdo de la plaza no lo advertía nadie; lo encubrían los chopos del jardín, y quedaba separado del tráfico. Sin embargo, había allí entre otros comercios una joyería. En mi plano asenté únicamente esa palabra. En realidad, aquella casa me evocaba una emoción confusa. Cediendo a la costumbre norteamericana de hacer trabajar a los jóvenes en comercio o en oficio durante el período de vacaciones, mi padre me había puesto un mes como ayudante gratuito de aquel su amigo joyero. Me ocupaban en clasificar por tamaños, las argollas de oro para los matrimonios o en sacarle brillo al chapeado de los relojes con la gamuza amarilla. Con frecuencia, tras de un simulacro de faena se me mandaba jugar con los hijos del patrón, por las habitaciones y el patio.[b] Cierto día, al recoger un trompo que entre todos hacíamos bailar, mis ojos se quedaron atónitos. Sentada en la alfombrilla del suelo, componía la señora su máquina de costura.

*FCE:* Me ocupaba en clasificar, por

**a.** *FCE:* adelante señalé **b.** *En* JUS, *no está la parte del texto que va desde aquí hasta* recordaban los de la judía.

Levantaba la pierna sobre el pedal y mostraba no obstante las finas ropas, la parte más delicada y secreta de su belleza rubia, judía y juvenil. A pesar de una ignorancia cabal aún, semejante visión me produjo desconcierto y sobresalto ardiente.[a] Al trabajar sobre mi plano la imagen se encendía, y de haber dejado libre la voz de la sinceridad, en lugar del letrero Joyería que acababa de anotar hubiera escrito: «Misterio maravilloso.»

*Ms:* No obstante una ignorancia todavía cabal aún,

*FCE:* «Joyería», que acababa de anotar,

En aquel comercio adquirió mi padre un reloj de mesa. Peana larga de metal barnizado de negro, y encima la carátula de un semicilindro bronceado. Al otro extremo una mujer de metal dorado: cabeza griega, hombros desnudos, pechos firmes. Pegado al talle un manto le ciñe la cintura y baja, cubriendo los muslos en posición sedante; una pierna recogida apoya unas tablas. La otra luce el torneo de una pantorrilla suntuosa. Sostiene la mano izquierda el borde superior del libro abierto y la otra mano caída, tiene un lápiz en espera de las órdenes de la mente que lo hará escribir. Era la ciencia, decían en casa, y su frente despejada contagiaba de serenidad; pero los muslos, aun siendo de bronce, recordaban los de la judía.

*FCE:* baja cubriendo

*FCE:* sedente; una pierna *Ms:* sedante, una pierna

*FCE:* contagiaba la serenidad *Ms:* contagiaba serenidad;

Decididamente, era cosa pobre el plano en que trabajaba. Un árido conjunto de líneas y letras, inepto para sugerir lo mejor de cada sitio: como jaula sin pájaros se veía cada manzana del trazo.

Calle del Comercio, creo que se llamaba toda la avenida larga que parte de la iglesia y remata en la estación del ferrocarril. A la altura de la plaza del Comercio, se engalanaba con la tienda de ropa de los Miranda, veracruzanos, bien trajeados y afables, y con almacenes de maquinaria agrícola, bares de mexicanos y de yankees. Cerraba el costado opuesto la tienda de ultramarinos[b] Trueba Hermanos, rica en sardinas en lata, pasas y almendras, aceitunas y vinos generosos. Después de la Plaza del Comercio, se-

*FCE:* A cierta altura la Plaza del Comercio se engalanaba

*FCE:* yanquis.

*FCE:* Comercio seguían

a. *En* FCE, *punto y aparte.* b. *Ms:* de yankees cerrando el costado opuesto de la tienda ultramarinos

guían calles con tiendas y tendajos y hospederías. Ya en su extremo, la avenida se ensanchaba. De un lado, a la derecha, el edificio de la Aduana, circundado de su jardincillo; enfrente un doble piso de madera pintada de rojo con portalillos, el hotel Internacional. Al fondo, el tejamanil de la modestísima estación del ferrocarril. Detrás los talleres, los almacenes de la Aduana, la pequeña urbe de la Maestranza.

Muchas horas me tomó el plano, pero al fin lo vi limpio y ampliado con noticias suburbanas como el Cementerio y el camino de la Villita al sudoeste. Lo contemplaba ya listo para ser desprendido del restirador y no me complacía. Por instinto repudiaba mi obra como un caso de falsificación de la realidad: la falsificaba por causa de la abstracción y las matemáticas. Acaso la más deshonesta y petulante de todas las falsificaciones que perpetra el ingenio. En vez de pintar la vida del pueblo y proyectar su alegría, yo fijaba las perogrulladas de un trazo que da cuenta del número y la extensión del alineamiento urbano.[a] Quedaba fuera, ya no digo lo esencial, también el detalle amable. La realidad pintoresca, el calor y el olor, todo era sacrificado, convertido en perfil y traicionado. Una pueril abstracción de la realidad, eso era la Geometría.

*Ms:* como el Cementerio al sudoeste y el camino de la Villita al sudeste.

*Ms:* En vez de pintar las gentes y las casas, lejos de encarnar la vida del pueblo y proyectar su alegría,

*FCE:* geometría.

## El puente

Los sucesos notables giraban en Piedras Negras en torno al puente. Arteria internacional, salto audaz sobre el abismo de dos naciones, ruta suspendida en el aire. Por abajo corren aguas abundantes de aluvión, jugando en remolinos que son trampas mortales para el nadador. Nunca se agota el caudal líquido aunque disminuya en verano. Varios afluentes, como el Pecos caudaloso y riachuelos y arroyos mantienen el correr milenario. En el otoño se pro-

*Ms:* aluvión; jugando

*FCE:* arroyos,

---

**a.** *En* FCE, *punto y aparte.*

ducen frecuentes y peligrosas avenidas. Dos veces han sido arrastrados tramos enteros del puente con todo y pilastras de cemento armado. La primera catástrofe ocurrió uno o dos años después de la inauguración.

Para contemplar de cerca la corriente, numerosos vecinos de los dos pueblos pagaron el acceso a fin de instalarse en los barandales interiores sobre el avance de las aguas. Desde la aparente seguridad de los entarimados, era emocionante observar el torrente. Imponía el oleaje formado en torno de las dobles y gruesas pilastras; conmovían los hierros de la estructura. Nadie advirtió que las ramazones acarreadas por la corriente se acumulaban en ciertos sitios, aumentando enormemente la presión. Inesperadamente crujieron las junturas, se desgarró la armadura y cayó un tramo a la corriente, luego otro, arrastrando ambos a centenares de personas que se hundieron en el agua para siempre o reaparecieron a corta distancia luchando en el turbión. Desde las secciones intactas algunos buenos vecinos tiraban cables que salvaron a contados náufragos. La mayor parte de los que cayeron al agua pereció al instante. Nos hallamos nosotros en el extremo tejano del viaducto adonde casi no llegó el pánico, pero sí[a] el horror del espectáculo. Los daños materiales se repararon rápidamente; pero el público quedó desconfiado y el tráfico se interrumpía durante las horas de las máximas avenidas.

*Ms:* pueblos, pagaron

*FCE:* pilastras; conmovía *Ms:* pilastras, conmovía

*Ms:* el armazón

*FCE:* viaducto, adonde *Ms:* a donde

Desde que nos instalamos en Piedras Negras, atravesaba yo el puente diario, por la mañana temprano y al atardecer; por eso, la época de las crecientes solía dejarme impresiones dramáticas. Una mañana vi que se alzaba la corriente tan impetuosa y atronadora, que a medio puente pensé regresarme sin cruzarlo. Vacilé diciéndome que posiblemente se trataba de una aveda ordinaria y que sería ridículo quedarme en casa para mirar a los que la pasarían después; hice un esfuerzo y seguí adelante.

*FCE* y *Ms:* a diario

*FCE* y *Ms:* avenida

a. *Ms:* el pánico; pero sí

Apretado el gabán contra la cintura, eché a correr. Tras de mis pisadas subía el crujido de los maderos del andén. La corriente engendraba abajo un oleaje que al partirse en los pilares, sacudía todos los hierros de la estructura. El miedo me puso alas en los pies. Corría como si ya el andador hubiese sido separado del puente y yo saltase eludiendo el abismo. Jadeante, sudoroso, contaba los tramos, uno, dos, tres; el peligro había pasado, la corriente cedía al derramarse el agua por la llanura del lado americano. Casi me desilusioné mirando que atrás de mí, el puente seguía inmóvil. Yo empecé a sonrojarme de mi pánico. Pero en fin, estaba vencido el obstáculo. En la escuela no se diría que faltaba por miedo a la corriente.

*Ms:* crugido

*FCE:* saltara

*Ms:* tres, el peligro

Si la avenida era de las extraordinarias, comúnmente engrosaba a mediodía para volverse imponente en el atardecer. Estruendos de catástrofe distante conmueven el espacio antes que las avalanchas del líquido. Huyen los ganados de las márgenes. Corren los boteros asegurando los esquifes, se suspende el tráfico en el puente y sólo algunos curiosos asoman hasta el primero, hasta el segundo tramo; la porción central se queda[a] desierta. Una tras otra y como cataratas a nivel se van ensanchando las ondas. El poste marcador va indicando por minutos, un pie, dos pies de altura después de cada golpe de la creciente. El clamor de las aguas resuena ahora próximo, avasallante. Retiembla el suelo bajo los pies y con alarma se recuerda que los terrenos de aluvión en que se asienta el poblado, no están a salvo de deslizamientos desastrosos. Sobre las aguas mugrientas flotan troncos de árboles, ramajes que giran a medio hundir como cadáveres del bosque; vacas hinchadas al ahogarse, perros muertos, cerdos, carneros; todo se confunde en el barro fluido; igual que si una región de la tierra se hubiese de pronto licuado. Adelantando para ver la

*Ms:* el segundo de tramo

*FCE:* poblado no

*FCE:* mugientes

*Ms:* carneros, todo

*Ms:* fluido: igual

---

**a.** *FCE:* central queda

corriente un poco de lleno, compruébase el valor de la frase común «la fuerza de los elementos». El hombre se reconoce despavorido, débil aún, frente a los cambios primarios. El día que se inventase la manera de no ahogarse, la manera de no morir, habría comenzado el progreso como fin humano. Mientras tanto, seguiremos padeciendo terrores, desconcierto y pasmo. Salvo que entre en juego otro instinto, desdeñoso y resuelto a convivir con la catástrofe, más aún, empeñado en sacarle partido. Nunca he olvidado el beneplácito con que todos vimos, desdeñando los peligros y sorpresas del instante, los esfuerzos del nadador, que en un remanso, un poco más allá de la casa de los Riddle, desvió del torrente una hermosa sandía y la fue llevando hacia la orilla, donde logró recogerla y ponerse a salvo.

*Ms:* que entra

*Ms:* instante

*Ms:* olvidando los peligros

## ¿ALUCINACIÓN?

Regresábamos de un paseo «al otro lado». La mañana estaba luminosa y tibia. Leves gasas de niebla borraban el confín, se esparcían por la llanura. Serían las 11 de la mañana y comenzaba a quemar el sol. Desde el puente contemplábamos la margen arenosa, manchada de grama y mezquites, cortada de arroyos secos. En suave ondulación baja el terreno hacia la cuenca del río que corre manso. De pronto, nacidos del seno humoso del ambiente, empezaron a brillar unos puntos de luz que avanzando, ensanchándose, tornábanse discos de vivísima coloración bermeja o dorada. Con mi madre y mis hermanas éramos cinco para atestiguar el prodigio. Al principio creímos que se trataba de manchas producidas por el deslumbramiento de ver el sol. Nos restregábamos los ojos, nos consultábamos y volvíamos a mirar. No cabía duda; los discos giraban, se hacían[a] esferas de

*FCE:* once

*Ms:* duda, los discos

a. *Ms:* volvían

luz; se levantaban de la llanura y subían, se acercaban casi hasta el barandal en que nos apoyábamos. Como trompo que zumbara en el aire, las esferas luminosas rasgaban el tenue vapor ambiente. Hubiéramos dicho que la niebla misma cristalizaba, se acrisolaba para engendrar forma, movimiento y color. Asistíamos al nacimiento de seres de luz. Conmovidos comentábamos, emitíamos gritos de asombro, gozábamos como quien asiste a una revelación.

*FCE* y *Ms:* Hubiérase

En tantos años de lecturas diversas no he topado con una explicación del caso, ni siquiera con un relato semejante y todavía no sé si vivimos[a] algo que nace del concierto de las fuerzas físicas o padecimos una alucinación colectiva de las que estudian los psicólogos.

*FCE:* semejante, y

PRIMER FRACASO[b]

Ciertos triunfos escolares y el aislamiento a que obliga el trabajo, habían hecho de mí, no sólo el chico más leído del pueblo; también el más famoso como «aplicado». Y en uno de los aniversarios nacionales la Junta Patriótica resolvió incluirme en el torneo de los oradores.

*FCE:* obligaba

*FCE:* nacionales, la Junta

De pantalón corto y con unos pliegos en la mano, marché con el cortejo oficial, junto con mi padre, sintiéndome importante. Me parecía obvio que al llegar a la edad de los que me rodeaban, los sobrepasaría a todos desmesuradamente. Por lo pronto y aun como niño, era yo cosa aparte. Asomaban y se perdían visiones de gloria futura en el polvo de nuestros pasos. La resonancia marcial de la banda que nos precedía comunicaba resoluciones y ardor de heroísmo. Cuando asomé a la plataforma de las ceremonias, el aspecto de nuestra plaza desmantelada del Comercio era tan distinto del ordinario, que no pude evitar un deslumbramiento. Una

*FCE:* pronto, y

*FCE:* nuestra desmantelada Plaza

---

a. *FCE* y *Ms:* vimos b. *Hasta* La partida *(cf. p. 67), todos los subcapítulos no figuran en* Ms.

multitud compacta llenaba la extensión empavesada de banderolas y estandartes. Risas y voces fingían oleajes. En el templete las autoridades, bajo un dosel de águila con bandera tricolor, dirigían el programa: piezas de banda militar y discursos. Se acercaba la hora decisiva de mi debut; me sentía las manos frías y una sensación molesta en la garganta. Se adelantó al barandal un orador de levita negra y bigotes, ademán de arenga, y llovieron nombres de héroes invictos, con mucha libertad e independencia, gloria y loor, loor... Lo cierto es que los héroes, aun siéndolo, no tenían nada de invictos dado que murieron fusilados por el enemigo; la verdad era que de libertades no habíamos sabido nunca y que nuestra independencia dependía de las indicaciones de Washington desde que Juárez abrazó el monroísmo para matar a Maximiliano. Pero igual que los enfermos, los pueblos en decadencia se complacen en la mentira que les sirve para ir tirando.

*FCE:* templete, las

*FCE:* programa; piezas

*FCE:* Pero, igual

A esa misma hora, con idéntico aparato cívico, la misma oratoria y el mismo «entusiasmo» popular, se celebraban festejos iguales en cada aldea y en cada ciudad del país. Nada extraño es que yo también me sintiera conmovido, arrebatado casi por los acentos de la elocuencia patriótica. Tan intensamente me había distraído la ceremonia, que cuando me tocó leer, ya tenía olvidado mi texto con sus frases sentenciosas. Comencé con desgano la lectura. Mi voz escasa y opaca estaba contra mí. Una exagerada timidez para lo externo, volvía encogidos mis movimientos y contrastaba penosamente con mi convicción interna acerca del valor de mi pieza escrita. El público atribuyó mi atrojamiento al temor que causa enfrentársele. En realidad, no me preocupaba el público, sino que gradualmente, al leer mi composición, perdía interés en ella, le encontraba defectos y mentalmente corregía. Me daban ganas de decir: Esto no está bien y hay que hacerlo de nuevo. Pero seguía leyendo de cualquier modo y con prisa de concluir, y como nadie oía, comenzaron los siseos. Mi padre empezó a hacer señas de que acortara,

pero no hallaba el modo. En cada oreja sentía arder una llama. Por fin, terminé. No era demasiado largo lo escrito, sino que no había sabido declamarlo; quizás tampoco estaba en estilo declamable. Lo cierto es que pasé mi rato de agonía. Los demás se olvidaron pronto de mí, pero yo seguía rumiando mi fracaso. La claridad de la tarde de fiesta se me llenó de humosidad gris. Mi padre estaba irritado. Sólo mi madre, horas después, me dio la solución consoladora: No eres tú para la oratoria; serás escri- *FCE:* «No
tor, y vale más. *FCE:* más».

## Camino de Durango

A mi padre le habían asegurado que Durango se parecía a Oaxaca. Eso bastó para decidirlo. Además, *FCE:* bastó a decidirlo.
yéndose a Durango, contrariaba la corriente de los que emplean vacaciones en San Antonio, Texas. *FCE:* empleaban las vacaciones
Tomando la ruta del sur, le volvía la espalda ostentosamente al progreso, a lo yanqui. A fuer de entendido, él se iba adonde la verdadera civilización. La piedra labrada siempre valdría más que el cemento, por más que se lo dieran superpuesto en pisos. Con mi padre iba yo por derecho de mayoría. El viaje le hubiera correspondido en seguida a Concha, pero no quiso separarse de mi madre y cedió el lugar a Lola que ahora completaba el terceto. Quedó mi madre al cuidado de su prole, aumentada ya con el nacimiento de la pequeña Chole.

Mi hermana Lola tenía tal vez siete años y yo no más de once. Lola era voluntariosa y decidora; el abuso de los dulces, charamuscas rellenas de nueces, pastas de leche y calabazates, la tenían pálida, *FCE:* pálida;
pero era nerviosa y despierta. En los ocios forzados del vagón mi padre explicaba por anticipado lo que veríamos; nos describía las ceremonias de la Semana Santa; el porqué de los altares enlutados; la seña y los maitines; el Stabat Mater y la Misa de *FCE: Stabat Mater*
Gloria. No era iglesiero ni rezador, sino más bien un creyente tibio. Sin embargo, adoraba el rito que

era para él la mejor forma de arte. Lo que llamaba «funciones» de la iglesia le reemplazaban las satisfacciones del teatro y del concierto de que disponen los modernos.

*FCE:* remplazaban

En la vida fronteriza echaba de menos el encanto de nuestras ciudades con arquitectura y naves espaciosas, el fausto de las procesiones y las voces de los coros. Dentro de tal arte alentó su juventud oaxaqueña y no era posible que así permeado de una cultura secular, se rindiese de súbito a la novedad nórdica del ferrocarril y el agua entubada.

*FCE:* secular se

Con avidez retornaba a la zona en que comienza nuestra cultura criolla.

Pasamos el primer día tragando el polvo de las llanuras ilimitadas, visión de palmeras enanas, arena y sol hasta cansar los ojos. Sólo más allá de Torreón experimenta un cambio el paisaje. Poderosas y serenas aparecen de pronto las cordilleras, precedidas de valles rientes de verdor y ganados, torres y caseríos. Pegado el rostro a la ventanilla del vagón, contemplamos el huir de paisajes que invitan a quedarse en ellos. La frescura de los campos colma una sed estética subconsciente, largo tiempo reprimida en nuestra árida estepa coahuilense. A las paradas de las estaciones acude gente de tipo exótico; más bronceado el rostro que en el norte, menos garbo en el porte, muchos hombres van de calzón blanco en lugar del pantalón azul del obrero, y una increíble abundancia de sombreros redondos estilo charro, nos recuerda las estampas típicas del texto de Geografía de la escuela texana. Pasmados de novedad, dichosos de verdor campestre, apenas advertíamos la carrera del tren que tragaba kilómetros. Con cierto desencanto porque terminaba el panorama, bajamos en la estación y nos metimos en el coche que nos llevó al hotel. Una impresión de bienestar con amplitud caracterizaba aquella célebre hospedería provinciana. Ornaban el patio jazmines en medias barricas, y comunicaba el doble cuerpo mediante escalera de ladrillos de tono rojo. Dentro de las habitaciones, resbalaba el paso en

*JUS:* geografía

esteras tejidas allí dentro al tamaño del piso. En el lavabo relucían las palanganas, y las toallas invitaban a enjabonar pelo y rostro transidos de polvo. Concluido apenas el aseo, nos llamaron para la cena. Ocupaba el comedor un extenso salón frente al patio. Sobre las mesas de blanco se apilaba la vajilla modesta y bien limpia. En grandes soperas los mozos repartían el caldo de arroz; sirvieron después huevos y guisos, pollo frito y ensalada, más fruta y dulce.

*FCE:* enjabonar el pelo

Tan molidos estábamos de dos días de tren, que desistimos de asomarnos a la ciudad nueva. Mi padre insistió en que durmiéramos para aprovechar bien el día siguiente. Las sábanas albeantes, olorosas de aseo, crujían levemente al separarse para recibir al cuerpo fatigado. La bombilla eléctrica antes de apagarse bruñía con sus reflejos la estera del piso, el barniz nogal de los muebles. Los techos altos aseguraban una respiración tranquila; nos sentíamos en los brazos de la mismísima señora comodidad.

*FCE:* mismísima comodidad.

Nos despertó un clamor alborozado, casi marcial. Descorriendo los visillos del balcón descubrimos el vagoncito amarillo que pasa ruidoso tras el estruendo rimado de los cascos de las mulas y las cadenas de las guarniciones: el tranvía de mulitas. En cada esquina el conductor toca la trompetilla que invita a salir a gozar el día. Por el balcón abierto entró una onda de fragancia y de luz. Enfrente, la avenida ostenta casas de dos pisos, de piedra pulida o enjalbegado, todas con pocos vanos; rejas y balcones de hierro forjado, y en el saliente, macetas con flores o pájaros suspendidos de sus jaulas de bronce dorado. Arriba cornisas y pretiles de azoteas. Más alto, un cielo azul profundo. Abajo, el empedrado antiguo deja brotar escasa yerba, entre la doble fila de aceras embaldosadas y pulcros dinteles de las viejas casas lujosas de espacio. Una atmósfera benigna, despejada, balsámica, parecía posarse sobre la mano tendida a palparla. ¡Durango! ¡Estábamos, por fin, en Durango!

*FCE:* Arriba, cornisas

*FCE:* pulcros umbrales

Asomó también al balcón mi padre y ejercitando *FCE:* padre, y
su ojo crítico en tanto continuaba la faena laboriosa de ajustar las mancuernillas al puño almidonado, calmó nuestro delirio expresando: –En efecto, se *FCE:* expresando: § –En
parece a Oaxaca; está bien, ya veremos...

La Semana Santa se celebraba con pompa en el Durango del ochocientos noventa y tantos. Las leyes de Reforma vedaban «manifestaciones exter- *FCE:* Leyes
nas» del culto, pero no lograban disminuir el fervor, la curiosidad, el contento de la multitud. Las calles principales invadidas de forasteros simulaban el tráfico de una metrópoli. Paisanos de todas las clases sociales y ropas comunes mezclábanse a los indios descendidos de las serranías próximas, con su colorida indumentaria. Las fondas y los cafés rebosaban de clientes. A veces la masa de la gente anónima se apartaba para contemplar el paso de mujeres delicadas, tacón alto, mantilla y peineta a la española. Pasaban otras como divinidades metidas en sus carrozas tiradas por caballos de lujo. Por su parte, la muchedumbre se apretaba a la entrada de las iglesias, se sofocaba debajo de las naves alumbradas con cirios y rayos de sol.

Eje de todo el bullicio era la Catedral. Portada insignificante a pesar de sus tres puertas, su conjunto es hermoso a causa de las torres de tres cuerpos esbeltos. Desde sus arquitos de piedra tallada, amarillenta, campanas de bronce verdoso emiten claras sonoridades. En el interior, la triple nave ligada por bóveda de cañón, engendra una *FCE:* cañón engendra
cúpula que derrama su paz sobre un recinto desnudo. Mis ojos no recordaban maravilla mayor y se recrearon.

Las ceremonias sobre un fondo de paños negros y candelabros encendidos impresionaban por el canto solemne. Hasta afuera del templo, en el atrio de anchas baldosas y aun sobre la ciudad misma *FCE:* misma,
gravitaba el poder de la Santa Madre Iglesia Apostólica Romana. Ningún visitante inquiría el nombre del Gobernador, lacayo más o menos tolerable de *FCE:* gobernador,
la dictadura imperante, pero todos observaban *FCE:* imperante; pero

curiosos el birrete morado del obispo y se apretujaban para escuchar la elocuencia de los sermones en los oficios.

Largos plantones en los templos nos dejaban extenuados. Descansábamos en la plaza de arbolillos frondosos y plantas recién lavadas, ocupando los bancos de hierro pintados de verde, frente a los andadores de ladrillo colorado. Entre las casas laterales había algunas de cantería dorada y grandes ventanas de reja. Desde algún zaguán espacioso se advertían las arcadas de los patios embaldosados y las macetas de flores. De cuando en cuando, al descorrerse una persiana, aparecía una silueta pálida de ojos grandes y cabellera negra, tesoro semiescondido al extraño. Venciendo la fatiga recorríamos después los jardines y aun los suburbios pintorescos. Terminaban algunas avenidas en tapiales cubiertos de enredaderas sombreados de árboles.

A trechos alguna quinta añosa, olvidada entre jardines rústicos, invita al retiro acomodado. Al pie del embanquetado corre el caño de agua cristalina que le deja lama en los bordes. *FCE:* A trechos, alguna

Después de estas excursiones, al caer la tarde, en la hora de la merienda, nos dedicábamos a disputar el sitio en la nevería cercana a nuestro hotel, célebre por sus helados de frutas. En nuestro pueblo era un lujo pasar al otro lado para empinarse en la «sodafountain», especie de abrevadero de rebaños «distinguidos». En él bebíamos refrescos de jarabes industriales, Seltz o con crema helada y desabrida. En cambio, el arte delicado del nevero durangueño, italiano de origen, nos causaba efectos de revelación. En sus copas de varios colores, se distinguía el aroma del durazno tierno, el chabacano o el plátano. Las nieves de limón y de naranja guardaban su sabor auténtico. Recorriendo la gama de las frutas para terminar en el «biscuit tortoni», nos parecía asistir a la aparición de sensaciones insospechadas y placenteras.

*FCE: soda-fountain,*

*FCE:* industriales, con *seltz*

*FCE:* colores se distinguía

*FCE: biscuit tortoni,*

Entre sus satisfacciones y añoranzas, mi padre

vaba dentro la ponzoña de la rápida decadencia que hoy palpamos. Y así, entre un pasado decrépito y un futuro ni eficaz, ni nuestro, la cabeza se emborrachaba de idealismos falsos y el apetito se abría al goce indiferente, a la amenaza, y, acaso, la certeza de nuestra perdición.

## El Teatro

*FCE:* El teatro

Se llamaban los Delahaunty y habían llegado a Piedras Negras al amparo de un cargo de la Aduana o del Timbre. El mayor, Luis, a los catorce años, se constituyó nuestro jefe y director de escena; el pueblo se alborozó con la noticia de que representaríamos el Tenorio. Se reservó Luis el papel de Don Juan; no sé si Manuel Bauche hizo de Don Luis, y a mí me tocó enharinarme para el plantón de Comendador en el cementerio. Mi hermana Lola era tan pequeña todavía que hizo reír al público pronunciando «lechina la celalula».

*FCE: Tenorio.*

*FCE:* pronunciando: «Lechina

Nos seducía el poema zorrillense, atrevido y fácil, lo mismo en los raptos que en el recitado de noches serenas y lunas claras. Despertaba secreta envidia el lamento de las infames aventuras en las noches puras. En general, el verso me atraía sólo momentáneamente. Más bien padecía angustia si alguien soltaba un recitado de memoria. Y vaya que leía poemas en dos idiomas. La «Evangelina» de Longfellow era obligatoria del otro lado, y, en desquite, me hacían leer en casa a Peza[6] y a Núñez de Arce.[7] Pero me pasaba con la poesía lo que me pasó más tarde con la música: me servía de excitante para pensar mis temas, sin seguirla en su propio desarrollo. Si me esforzaba en hacerlo, ya no experimentaba placer ni estímulo espiritual. El verso, aun aceptándolo como magia –quizá por eso mismo– no me decía nada en sí; pero me provocaba ideaciones intensas. Podía seducirme el amor virginal de Evangelina y las peripecias de la vida en la Arcadia nórdica, símbolo del destino en el continente

*FCE: Evangelina,* de Longfellow, era

*FCE:* mismo–, no

*FCE:* Continente

nuevo; pero lo mismo me hubiera dado que la obra estuviese escrita en prosa, o haberla leído en alguna traducción castellana. Sin duda, una predisposición temperamental, y también el hábito de traducir desde la infancia, me ha dejado esta indiferencia e incapacidad para la forma.

Los versos del teatro español fatigan por el énfasis y la lógica. Una poesía de porqués aburre como una dialéctica; sin embargo, interesa el tono espiritual de ciertas obras. Con todo, prefería leer los versos ya ingleses, ya españoles, pues me exasperaba el sonsonete. Cierto convencionalismo de la declamación de cada lengua, revela su ridiculez cuando lo escucha un extranjero, que no está viciado por el hábito. En el poema leído, se revela una emoción independiente del efecto prosódico. Además, lo que en materia de español nos llegaba por el pueblo, creaba un contraste doloroso con el Shakespeare y los clásicos siempre vivos en la literatura de nuestros vecinos.

*FCE* y *Ms:* sonsonete del recitado.

*FCE:* hábito. § En

Una de las compañías de tránsito representó la «Flor de un día», de Camprodón.[8] La tirada pegajosa de los «árboles gigantes» del paisaje americano, evocaba en nosotros, habitantes de la planicie árida, la visión de un trópico fértil, desconocido aunque formaba parte de nuestra patria.

*FCE: Flor de un día,*

La empresa del ferrocarril había organizado un domingo, una excursión a Sabinas. Allí pudimos ver unos nogales en la vega del río, que justificaban la alusión del poeta. Y también entre las vistas de nuestra colección oaxaqueña figuraba el árbol del Tule, que pasa entre nosotros por el tronco más grueso de la tierra. Por la literatura penetraba en el mundo, pero tomando los libros a saco, buscando en ellos el material de mis tareas futuras. Me hubiera encerrado en una biblioteca –lo he hecho después en muchas ocasiones–, pero sólo para salir de allí equipado y dispuesto a la aventura del destino espiritual egregio. Para darle principio era menester andar, caminar por el ancho territorio. Apenas entreví una oportunidad, quise aprovecharla. El am-

*FCE:* domingo una

biente de mi aldea era limitado como su panorama y, como éste, vacío. A la esquina de nuestra plaza llegó una vez un yankee explotando el primer fonógrafo conocido en los contornos. Era del tipo primitivo, con auriculares de goma que alquilaba a cinco centavos la pieza. Y el yankee ganaba dinero y decidió internarse en México, pero no sabía una palabra de castellano. De cliente suyo pasé a confidente y, por fin, me propuso que lo siguiera como intérprete; compartiríamos las ganancias, recorreríamos a pie o en tren el interior del país. Al oír su propuesta, el corazón me dio un vuelco y el mirar se me ensanchó en panoramas dichosos.

*FCE:* yanqui

*FCE:* El yanqui

Y sólo la violenta, decisiva prohibición paternal, me quitó la fiebre del viaje. Pero en las tenebrosidades de mi solitaria meditación acusaba a mis padres de haberme cortado el destino.

### La partida

Salir de allí, salir sin motivo, parecía ser la consigna tácita en el seno de la familia. El pretexto puede haberlo dado un disgusto con el nuevo administrador; pero el motivo determinante era el deseo de encontrar colegios adecuados para mis hermanas y prepararme a una carrera profesional. Aprovechando los dos meses de vacaciones con sueldo, otorgados por el reglamento, después de no sé cuántos de trabajo, se decidió la partida aun antes de saber exactamente dónde nos estableceríamos. Ambicionábamos una aduana en población que tuviese colegios de segunda enseñanza. De esa manera la familia seguiría reunida sin perjuicio de nuestro adelanto educativo. Y revisando la geografía de García Cubas, descubrimos sólo dos puertos que llenaban el requisito: Veracruz y Campeche. En Veracruz no había que pensar, porque allí iban los favoritos del régimen. Mi padre no lo era ni poseía aptitudes para serlo. No quedaba otra solución que Campeche. Y con rara convicción, como si ya contara con la aquiescencia

*FCE:* la Geografía

del ministro, mi padre comenzó a afirmar: nos vamos a Campeche... A falta de influencias recurrió al sacrificio de sus propios medios. Empezó a gestionar lo que en lenguaje burocrático se llama una permuta. La propuso con primas a los empleados aduanales de Campeche, de categoría equivalente. Nos favorecía la circunstancia de ser Campeche de menor importancia fiscal que Piedras Negras y el terror que los nativos de la meseta sienten por la tierra caliente.

*FCE:* afirmar: –§ –Nos
*FCE:* Campeche... § A falta

Existía, asimismo, posibilidad de permutar empleo mediante sacrificio de los ingresos, con alguno de los que en la capital trabajan en los ministerios. Pobre rebaño que acude a horas fijas a fumar, escribir minutas y cobrar nóminas. El carácter de mi padre, sin embargo, no se amoldaba a semejante rutina. Prefería arrostrar la nieve y el viento de los despachos aduanales en los almacenes y plataformas de ferrocarril o derretirse bajo un sol ardiente cualquiera, en el páramo fronterizo, o en la manigua de la costa. En cada una de estas ocasiones la hacía de amo y siempre ofrecía alguna sorpresa la apertura de las cajas y de los embalajes. Si a veces trabajaba duro y a deshoras, también podía aplazar el despacho cuando le viniera en ganas. No intentó, pues, la incorporación al burocratismo de la metrópoli.

*Ms:* del ferrocarril

Comenzó el remate de nuestro mobiliario, apartándose únicamente algo de lo mejor para remitir a la capital. De mi parte la metrópoli era una ambición. Imaginaba que en sus escuelas me anegaría de saber; soñaba en las bellezas de su arquitectura. Pero me entró la melancolía de arrancarme de Piedras Negras. Las bajadas del río, antiguo paso de aguadores, parecían retener jirones de mi personalidad. El puente, la plaza, cada sitio estaba ligado a horas intensas de mi vivir. Yéndome del pueblo disminuía. Llegaría a la capital desgarrado y como incompleto por lo que de mí dejaba en el pueblo, igual que crustáceo sin carapacho. Y un vago temor angustiaba el júbilo de la próxima partida. En mi tierra era yo el primero por el prestigio del saber. Entre la multitud de aquellos niños metropolitanos,

*FCE:* remitirlo a
*Ms:* girones
*Ms:* En el pueblo era

bien trajeados y ágiles, seguramente que no todos eran del tipo inútil que había visto desfilar por la escuela de Eagle Pass. Era muy posible que hubiese otros con más letras que las mías y seguramente me dejarían deslucido.

Y aunque quería vivamente irme por ensanchar mi destino, por las noches solía despertar llorando; me soñaba de retorno a Piedras Negras después de muchos años de ausencia. Veía las calles transformadas; gentes desconocidas que miraban con indiferencia. En las tertulias del umbral de las puertas ni una cara amiga. Más prolongadas y altas las edificaciones, apenas reconocía los sitios amados. Lujosos los edificios, terso el pavimento, un nuevo Piedras Negras suntuoso, pero ya no mío, reemplazaba la ciudad infantil, parte ya irrecobrable de mi alma...

*FCE:* remplazaba *Ms:* reemplaza

## NOSTALGIA[a]

Nostalgia anticipada me desgarraba y mantenía en trance de llanto. No sospechaba la alegría que con los años se aprende, alegría de desechar, desdeñar etapas enteras de nuestra modalidad, no sólo la imagen exterior de las cosas queridas que luego se vuelven indiferentes. Tan atada tenía el alma a mi ambiente, que me dolía poco dejar a las gentes y mucho más separarme de la visión exterior cotidiana. El viaje me permitía presentarme ufano ante los conocidos como uno que se va a la capital en busca de su destino glorioso. Pero, ¿quién me devolvería jamás la realidad de la pequeña urbe y la huella de mi sensibilidad sobre sus cosas? Con los del pueblo no sería ingrato; mis ojos iban a ver por todos ellos el esplendor de las tierras patrias. La conciencia misma del pueblo iba conmigo para ensancharse y retornar alguna ocasión a devolver en experiencia

---

a. *Título ausente del texto publicado en revista e incluido en* Ms.

| | |
|---|---|
| y servicio, la deuda de amor que nos ligaba. Nunca | |
| había querido a mi ciudad como en el instante de | |
| dejarla. | |
| Una extraña «saudade» me invadía al echarle las | *FCE: saudade* |
| últimas miradas de adiós a mi escuela de Eagle Pass. | |
| La gratitud y el efecto me ablandaban el ánimo. | *FCE* y *Ms:* afecto |
| Imposible consumar el recuento de lo que debía al | |
| plantel; y una cierta acidez se mezclaba a mi añoran- | |
| za por la huella de los conflictos raciales patrióticos | |
| que allí había padecido. Los campos devastados de | |
| nuestros juegos y peleas me harían menos falta que | |
| los salones de clase donde la curiosidad robó teso- | |
| ros. Sin embargo, advertía que me iba después de | |
| haber sacado todo el fruto posible de aquellos años | |
| ingenuos. Por delante se hallaba una serie de épocas | |
| fecundas; la vida entera se me aparecía como tarea | *Ms:* fecundas, la vida |
| explotable con miras de eternidad. | *Ms:* explorable |
| Al concluir las clases, una tarde, me llamó el | |
| director de la escuela, gringo alto, correcto, grave | |
| y bondadoso. Caminando a pie lo seguía varias | *FCE:* seguí |
| cuadras rumbo a su casa. «Es sensible que te | *FCE:* casa. § –Es |
| vayas, decía, dejando interrumpida tu carrera en- | |
| tre nosotros.» «Si tu padre quisiera dejarte al cui- | *FCE:* nosotros. Si |
| dado de alguna familia... tienes ahora trece | |
| años... al cumplir los catorce, concluido el curso | |
| primario, podría obtenerse para ti una beca en la | |
| Universidad del Estado, en Austin." «Háblale a tu | *FCE:* Austin. Háblale |
| padre; si está conforme dile que me vea. Será fácil | |
| arreglarlo.» | *FCE:* arreglarlo. |
| Mi padre se ofendió primero; después compren- | |
| dió que la desinteresada oferta merecía una negati- | |
| va cortés, agradecida, y se fue a darla. Mi madre no | |
| necesitó intervenir, pero tampoco hubiera consen- | |
| tido entregarme con personas excelentes, mas de | *Ms:* excelentes, pero |
| otra religión. En la frontera se nos había acentuado | |
| el prejuicio y el sentido de raza; por combatida y | *Ms:* de la raza; |
| amenazada, por débil y vencida, yo me debía a ella. | |
| En suma, dejé pasar la oportunidad de convertirme | |
| en filósofo yankee. ¿Un Santayana[9] de México y | *Ms:* yankee, ¿un |
| Texas? | |
| Los Estados Unidos eran entonces país abierto al | |

esfuerzo de todas las gentes. «The land of the free.»[a] ¿Los años maduros me hubieran visto de profesor de Universidad, enseñando filosofías?

*Ms:* gentes, «the

No estaba entonces por los destinos modestos. El futuro me sonreía ilimitado de dichas y éxitos. Tan intenso lo soñaba, que a menudo la cabeza me ardía de esperanza y anticipadas certidumbres. Horas de exaltación desmedida, que alternaban con estados de anulación y pesimismo, claudicaciones del albedrío.

Entre los de las Mil y Una noches, el episodio que me obsesionaba era el de los compañeros que se reparten por los cuatro rumbos del horizonte, tomando camino según el viento que sopla. Lo urgente era caminar, tomar rumbo, trasponer horizontes. ¿No era yo un alma caída al mundo? Pues urgía lanzarse a explotar toda la extensión de la temporal morada.

*FCE: Mil y una noches,*

Por fin, una mañana, desde la ventanilla del tren, dijimos adiós a la pradera de la Villita y con el pecho sobresaltado, nos internamos luego en el arenal sobre los rieles y entre nubes de tierra.

*Ms:* mañana desde
*FCE:* Villita, y
*FCE:* sobresaltado nos
*FCE:* entre las nubes

Periódicamente, en el llano, los remolinos del aire cavan el suelo, levantan el polvo y lo bailan en espirales, dispersándolo en la altura.

*Ms:* Periódicamente en el llano

Las estaciones, muy distantes unas de otras, constan apenas de un tejadillo que abriga la sala de boleto y el telégrafo. Al lado, la choza de adobe de algún pastor, unas cuantas gallinas desmedradas, ni una brizna de hierba y en torno leguas y leguas de páramo. Sólo al día siguiente, por la Laguna, vimos los primeros pastos reverdecidos, bajo el sol caliente. Luego, al atardecer, la tierra empezó a ponerse roja, y muy altas montañas dibujaron estupendos perfiles. Los valles empezaron a poblarse de rebaños. Un sol encendido iluminó un ocaso bermejo, como metal de fundición. En los riscos, sobre la montaña, se adivina también el cobre, el oro en bruto, el óxido de plata.

*Ms:* leguas, de
*Ms:* pagos reverdecidos,

---

a. *FCE: The land of the free.*

Un airecillo frío y una sordera parcial advierten la entrada en el altiplano. Y los valles se ensanchan circundados de serranías. La vía férrea corre a la falda de los montes y serpea en las gargantas. Es famosa la cuesta que conduce a Zacatecas. Trepa jadeante la locomotora por una serie de curvas que periódicamente ocasionan descarrilamientos. El viajero desde un vagón se asoma a la noche y de pronto descubre un enjambre de luces que aparecen y desaparecen al fondo de un abismo. Aproximándose, adviértese el trazo irregular de la ciudad, cuyo nombre evoca historias de mineros enriquecidos o fracasados. Al detenernos en la parada subieron al convoy damas y caballeros de porte distinguido. Empezaba el México de los refinamientos castizos. Al deseo de habernos quedado un día para conocer a Zacatecas se mezclaba la impaciencia de ver pronto las maravillas del interior de la patria. Sobre camas improvisadas con mantas nos fue cogiendo el sueño al ritmo del acero en fuga estrepitosa.

*Ms:* El deseo

*Ms:* se mezclaba a la impaciencia

*Ms:* fuga y estrepitoso.

Amanecimos más allá de Aguascalientes. El paisaje había cambiado, pero sólo después de León, por Irapuato y Celaya, comienza el deslumbramiento de los campos verdes de alfalfa y los trigales que la brisa agita en la distancia. Bajo un cielo azul diáfano y en el marco de montañas violeta, aparece el milagro de ciudades de ocre y blanco y rosa. Cúpulas de vidriado amarillo, que fingen el esplendor del oro, y campanarios de cantería en tonos claros, se levantan como aleluya perenne. Los caminos, arbolados, conducen a quintas de recreo y a santuarios con leyendas piadosas. Todo engendraba dichoso contraste con los páramos de nuestra frontera.

*Ms:* en ocre

En cada parada consumábamos pequeñas compras. Abundaba la tentación en forma de golosinas y frutas. Varas de limas y cestos de fresas o de higos y aguacates de pulpa aceitosa; cajetas de leche en Celaya; camotes en Querétaro y turrones de espuma blanca y azucarada; deshilados en linos y mantas o sarapes de colorido detonante; manufacturas de

*Ms:* terrones

en la gran ciudad indiferente. Por ejemplo, recuerdo la cuaresma que allí pasamos, cumpliendo todo su rito cabal. La edad no nos había permitido ejercitar el ayuno. Por primera vez mi madre, que lo acostumbraba, lo hizo extensivo a mi hermana Concha y a mí. Confundido con el montón de beatas de escapulario azul, me acerqué a recibir la ceniza del miércoles inicial: polvus eris, etc..., que tanto impresionaba. El día entero se empleaba en las devociones rituales, ejercitadas con efusión. Cada templo era un orgullo nuestro y una fiesta. Entrábamos al oficio presurosos y salíamos de él fortalecidos y alegres. Ni la misma luz del sol me parecía tan bella como los oros de los retablos tras la llama de los cirios.

*FCE: pulvis eris,*

Sorda a los reproches paternos, mi madre prolongaba sus ayunos; las rodillas se le habían encallecido de hincarse, siempre en lo duro, sobre las baldosas, rechazando reclinatorios y cojines. A nosotros nos postraba a su lado y si alguno, urgido de descanso, se echaba sobre los talones, ella, advirtiéndolo, ordenaba: «Niño, no sea flojo»; y otra vez el «contempla[a] alma en esta estación»...

*FCE:* ordenaba: § –Niño, no sea flojo; y otra vez el «Contempla

Y en familia, solos[b] o unidos a los grupos de los peregrinos, desfilábamos rezando frente a cada uno de los retablos del vía-crucis.

Fueron como vacaciones consagradas por entero a la iglesia. Los rosarios resultaban solemnes en Jesús María; sonoros en el buen órgano de Santa Inés. Progresan con la letanía los coros angélicos, estremece los ámbitos el órgano; refulgen las imágenes dentro de sus camarines, esparce el incienso nebulosidad misteriosa. La misma fatiga del cuerpo, entrecerrados los ojos de sueño, doloridos los riñones por la postura en oración, todo se vuelve ofrenda de la materia a los poderes celestes. La privación de dulces, los largos exámenes de conciencia, las penitencias una hora hincado meditando, todo

*FCE:* Iglesia.

*FCE:* angélicos; estremece

---

**a.** *Ms:* no seas flojo» y otra vez... «contempla **b.** *Ms:* sola

purificaba. El dulce tormento crecía al acercarse la Semana Mayor. En ella se acentuaba la austeridad, menos horas de sueño, frugalidad extrema en la comida, lecturas sagradas con exclusión de distracciones profanas, misa por la mañana, vía-crucis, sermón y rosario hasta el atardecer; luego, meditación.

*Ms:* sueño, frugalidad

*FCE:* viacrucis

*Ms:* atardecer, luego meditación.

Cada viernes de aquella Cuaresma comulgamos en Jesús María; previa la confesión: Acúsome[a] de haber desobedecido, acúsome de soberbia, acúsome de hacer «berrinches»... Después, en la misa del alba, un trozo de hostia que enciende el alma por dentro y sosiega el ánimo, asegura la dicha de todo el día.

*Ms:* previa la confesión; acúsame de

*FCE:* berrinches...» § Después

La tarde del Jueves Santo en «La Profesa» se me ha quedado como uno de esos momentos de ventura cabal que ocurren una o dos veces en toda la vida. Las columnas altas y acanaladas alejan el peso de las bóvedas. Sobre un banco gastado por el uso, mi madre, envuelto su rostro claro en la mantilla negra, pensaba y sonreía. Un piano empezó a tocar en el coro; caían dulcemente las notas, volaban entre los follajes de una decoración destinada a la visita nocturna del monumento. Unos cuantos fieles entraban o salían bajo las naves desiertas momentáneamente durante la hora de la siesta.

*FCE:* la Profesa

El piano, sustituido por excepción al órgano, creaba cierta viva intimidad y certidumbre de la dicha aún sobre la tierra, por la obra de la fe. Transcurría el tiempo sin acontecer, puro y tranquilo como antesala de lo eterno. Durante el minuto de arrobamiento, los dones del alma ejercitaron su poderío, se esparcieron en la dulzura de un espacio inundado de claridades. Exhalaron fragancia las plantas y todo un episodio del Cosmos pareció consumarse en paz y ventura.

*Ms:* excepción del órgano,

*Ms:* la eternidad.

Y nos quedó la sensación de haber tocado un remanso en la corriente que nos arrastraba. Bien podía el destino al día siguiente negarnos el pan, lanzarnos a buscarlo por cualquiera de los rumbos del viento; en el ánimo llevábamos un instante de revelación, una gota de la Gracia que fortalece y salva...

*Ms:* llevábamos, un instante

---

**a.** *FCE:* confesión: «Acúsome **b.** *FCE:* sustituyendo

Otras veces durante mi vida sobresaltada, he tenido la convicción de ser feliz; sin embargo, en el recuento de mis venturas, no hallo una hora más despejada y serena, de mayor certidumbre humedecida de lágrimas dichosas.

*FCE:* veces, durante

Se explica que aquella noche de Jueves Santo nos sintiésemos dueños de la ciudad iluminada. Dirigidos por mi padre, y en compañía de algunos de los parientes, cumplimos la visita de los monumentos desde San Francisco hasta la Catedral, y luego por Jesús María, la Soledad y la Santísima. Magullados por la multitud nos acercábamos a la pirámide de luces y flores; nos quedábamos un instante arrobados; en seguida, en voz baja, comparábamos, comentábamos las bellezas de la ornamentación.

*Ms:* Magullado

*Ms:* arrobados, en seguida en voz baja

La Calle de Plateros suspendía el tráfico de carruajes, para el Jueves Santos. Pero no daba lugar a los gritos y el aguardiente de los entusiasmos cívicos.

*FCE:* al aguardiente

A las once y terminado el recorrido de los templos más notables, nos llevaron a cenar. El restaurant de moda –La Concordia–, llamaba la atención de los forasteros por el juego de espejos adosados al muro que parecían prolongar sus ya amplios salones. Nos instalamos en una larga mesa de manteles blancos y unos comieron y otros probamos helados de vainilla y de fresa. Desde el asiento, vidriera de por medio, observábamos el desfile abigarrado de una población momentáneamente alegre, confundidos elegantes con harapientos.

*FCE:* salones. § Nos instalamos

*FCE:* blancos, y

*Ms:* asiento vidriera

El sábado nos llevaron a la quema de los Judas por la calle de Tacuba. Enormes monigotes de pasta y papel, representando ya monstruos, ya personajes legendarios, eran reventados con pólvora y triquitraques a tiempo que en la Catedral repicaba la gloria.

*FCE:* Gloria.

## En Toluca

El traslado de Piedras Negras encontraba tropiezos; la licencia de dos meses con sueldo había sido pro-

rrogada sin sueldo y ya no le quedó a mi padre otro recurso que volver a su empleo para esperar el lento desarrollo de las gestiones emprendidas. Pero como no desistía de ellas, resolvió emprender solo el regreso. Y tampoco le pareció prudente dejarnos pasar la espera en una ciudad grande como México, sin amistades de valer, y con resursos escasos. Próxima a la capital, reflexionó, está Toluca: su Instituto era famoso. Además, el Gobernador porfirista Villada, acababa de renovar la enseñanza en su ínsula. Por excepción se daba el caso de un gobernante preocupado por el mejoramiento escolar. Añádase la ventaja de la baratura de habitaciones y comestibles. El hecho es que nos dejó allí instalados y se embarcó para el Norte. Un hielo como el del clima de la ciudad se nos metió también en el alma, desde el primer día, y no obstante las hermosas casas con patio, en cuadro, y balcones decorados con macetas. Una pequeña fue nuestra en la calle principal, cerca de la Alameda. Desde su balcón mirábamos la calle solitaria con yerba nacida en las junturas del empedrado. Las baldosas de la acera casi no necesitaban los servicios municipales porque el llover a menudo las dejaba lavadas casi cada tarde. Las mañanas, en cambio, eran siempre diáfanas. Una luz ofuscante llenaba la soledad de las calles y la perspectiva desierta de las montañas próximas revestidas de pinares. Un gran número de indios vestidos de azul y blanco, trigueña la piel y un andar de trote bajo la carga sobre los hombros pasaba temprano rumbo al mercado. Los criollos salían también para la misa, pero luego se encerraban tras de sus vidrieras. Únicamente los domingos a medio día asomaban por los portales muy bien vestidos para dar vueltas al son de la banda militar. Sobresalían unos cuantos terratenientes que frecuentan la capital y llegan hasta Europa, pero ni conocen ni saludan al vecino. Familias de empleados se mezclan con ellos en el paseo, sin que se entable la más elemental relación. La misma distancia, otro abismo, separa a la clase media, «pobre,

*Ms:* valer y

*FCE:* porfirista, Villada,

pero decente», del indio que circula por el arroyo y se arrima a la música, pero lejos de los que usan el traje europeo. Extraños al mundo aquel de castas bien definidas, nosotros nos manteníamos aparte, nos divertíamos por las iglesias y los paseos y tomábamos por asalto las alacenas de dulces de los portales. No acababan nuestros hartazgos de naranjas cristalizadas o rellenas, limones azucarados, duraznos, tunas y biznagas en dulce y conservas de membrillo y de manzana, melados de caña, jamoncillos de leche y confites; grajeas de azúcar de color, almendras garapiñadas, todo en profusión y baratura que provocaba entusiasmo. Mi pobre mamá, tan frugal en todo, caía en la tentación tratándose de golosinas, de suerte que en el portal dejábamos los pequeños ahorros y creo que a veces aún parte del diario reservado a los alimentos.

*Ms:* vinagas

La ausencia de mi padre, el desgarramiento de la despedida, me hacían pensar en él de una manera que antes no sospechara. Ahora la reflexión proyectaba su imagen querida, pero como extraña de mi naturaleza. También él se había llevado los ojos velados de llanto. Y a menudo lo soñaba, ya triste como partió, ya alborozado por un retorno repentino. Su rostro se me aparecía aureolado y poderoso, diferente de todas las demás caras humanas. Su mirada de amor y protección aquietaba toda angustia. Al despertar de soñarlo me hallaba con la almohada húmeda de llanto. Al concluir las tareas del día y en las fiestas se acentuaba nuestro desamparo. Para aliviarlo nos íbamos por los parques y las iglesias caminando con lentitud en la tarde que no concluía. Demoraba el retorno ansiado y padecíamos soledad y melancolía como de huérfanos.

*Ms:* los soñaba,

*FCE:* Para alivio

Se me había inscripto en el Instituto. Mis hermanos varones entraron también a la sección infantil anexa. Las escuelas que dependían directamente de Villada disfrutaban de buenos locales y personal apto. El Instituto, en cambio, daba una enseñanza tan deficiente que me descorazonó en seguida. Cursaba, según creo, el último año de la Primaria

*FCE:* inscrito

justifica el ademán del indio, embozado en su frazada... Rostros inexpresivos bajo el sombrero de alas anchas; silencio y cautela; población que no ríe. Sólo en la sátira a media voz subraya el más leve desliz del prójimo, con sorna despiadada.

Atmósfera enrarecida que amortigua el impulso y refrena el pensar, se diría que también en lo espiritual y biológico determina desde el valle, una mengua de la vida antes de suprimirla del todo a la altura de las arenas volcánicas.

*FCE* y *Ms:* determina, desde el valle, una

## La Coronación de la Virgen

Y, sin embargo, la vida devota de Toluca era intensa. Iglesias en barroco del dieciocho y fines del diecinueve, multiplican el lujo interior de oros auténticos sobre los capiteles y los frisos. Naves espaciosas y sólidas cobijan altares y capillas neoclásicas, ricas de mármoles, imágenes mediocres y candelabros de plata y bronce. Una multitud de lamparillas eléctricas realza los dorados a la hora del rosario que ya no rezábamos en casa, sino en la parroquia o donde más nos agradaba la arquitectura.

*FCE:* barroco del XVIII y fines del XIX, multiplican

*FCE:* rosario, que

A menudo nos deleitaba el órgano y una voz que cantaba las letanías, guiaba las nuestras sumadas al ora pronobis.

*FCE:* órgano, y

*FCE:* letanías guiaba

*FCE: Ora pro nobis.*

En las vísperas de los días de guardar después del rosario se cantaba el Tantun Ergo, melodioso y sublime. Doblada la cabeza ante la custodia radiante, fluía del corazón ventura sobrehumana.

*FCE: Tantum Ergo,*

Entre el rumor de los largos rezos revivo la imagen de mi tía Concha, hija menor del primer matrimonio de mi abuelo. Estaría en sus treinta entonces y se adornaba con unos lazos anchos de listón. Su corta herencia la había puesto a rédito y pasaba con nosotros una temporada. Era bajita, de cara muy ancha y de un blanco mate lleno de arrugas prematuras. Unos ojos claros inexpresivos ayudaban a darle aspecto de máscara, pero de movimiento, porque la acometía un leve temblor de cuello cada vez

lucían paños bordados. Pendientes de las arañas de la iluminación se veían bolas de vidrio de color y naranjas ensartadas en banderitas de papel de oro temblante. En las gradas de algunos altares se habían puesto tiestos de trigo crecido a la sombra, de un verde pálido misterioso. Una orquesta humilde pero melodiosa y voces dulces se esparcían desde el coro; en la transición del crepúsculo se apagó afuera el día, pero los cirios y las lámparas eléctricas prolongaron por dentro la solemnidad que se hubiera deseado inacabable. *FCE:* día; pero

## Los jacobinos

No habían pasado tres días de la fiesta cuando una mañana fuimos sacados de clase a gritos y empellones. Reunidos desordenadamente en el patio del Instituto se nos agrupó a la cola de los estudiantes formales, a la vez que corría la orden gregariamente acatada: marcharíamos en manifestación contra el clero. Se nos repartieron banderas. Inició el desfile el porta-estandarte del Colegio; lo seguimos en número de cien o doscientos. En la calle tomó nuestra retaguardia un grupo de enlevitados, suerte de frailes del laicismo. A la entrada de la ciudad se nos unió una porción del populacho y comenzaron los discursos. En cada bocacalle hacíamos alto. Sobre el techo de un coche algún orador gesticulaba; en coro respondíamos: ¡muera!... Se me quedó el nombre de uno de los que arengaban: Lalanne... Raúl Lalanne, bien parecido, abogado joven y no sé si diputado al Congreso por... por Don Porfirio... Su fama se asentaba en simpatía personal y en la gloria de su padre, general de Juárez en la lucha contra el Imperio. Con ademán resuelto increpaba a los frailes y amenazaba los «conventículos». Detrás de algunas ventanas que la persiana velaba imaginábamos monjitas asustadas de las amenazas de nuestros conductores. Éramos el rebaño que lanzaban las Logias como advertencia a la población

*FCE:* portaestandarte

*FCE:* «¡Muera, muera!» Se

*FCE:* por... don Porfirio...

*FCE:* logias

después de rápido aseo, nos echamos a la calle por los almacenes de la Aduana y el muelle fiscal. La verja de hierro estaba todavía abierta y nos fue fácil avanzar unos pasos hacia afuera del cobertizo. Una ráfaga huracanada y acuosa nos azotó el rostro; la luz del farol eléctrico se perdía en una masa de sombras. De pronto, un retumbo del piso levantó espumas que brillaron un instante en el reflejo del foco eléctrico. Azotó en seguida la ola casi delante de nosotros y barrió la anchura del espolón. Habíamos visto el mar terrible, o mejor todavía, lo acabábamos de sentir, hosco, inexorable.

Dentro del puerto la lluvia cesaba a ratos y el aire se ponía oloroso, con ese olor peculiar de la putrefacción y la vida combinadas; mezcla de algas, yodo y detritus, vaho tonificante que seduce al recién llegado aunque los habitantes de la costa ya no lo adviertan... Tras de callejas ahumadas y sombrías desembocamos frente a la torre del faro Benito Juárez. En la farola giraban los espejos; destellos cambiantes, firmes, triunfaban de la sombra y del viento. Y era como un ojo auxiliar de la conciencia del hombre, metido dentro del caos y la furia de los elementos.

El caudal de los recuerdos no es precisamente la cinta del cinema que se desenvuelve rápida o lenta, sino más bien una muchedumbre de brotes arbitrarios, parecidos a las explosiones de la cohetería nocturna que unas veces revienta en ramillete de luces y otras falla dejando sólo humo. Así las imágenes en el juego del recordar, acuden o se pierden *FCE:* recordar acuden según motivos que nos escapan y sin que la importancia de la ocasión suela ser decisiva para fijarlas. No es extraño que entre tantas otras, me venga a la *FCE:* otras me mente, clara como la vez primera, la visión de aquel mar verde y rizado que a poco de amanecer contemplamos desde la ventana de nuestro humilde cuarto de la vieja hospedería veracruzana.

Los buques no atracaban al muelle, en la época *FCE:* muelle en anterior al drenaje de la bahía. Los pasajeros se transportaban en bote de remos hasta el barco fon-

formaba parte de nuestra pequeña biblioteca familiar ambulante.

La aduana y el edificio del lado opuesto de la plaza desplegaban galerías de soportales a la italiana. En el jardín del centro había bancos de azulejos y camellones de follajes con jazmines de fuerte aroma. Fachadas en ocre vivo, luz intensa y azul profundo, calor y soledad. *FCE:* Aduana

El panorama desde nuestro balcón era para colmar horas contemplativas. Las velas pequeñas, perdidas con el horizonte, habituaban el ojo al mirar, largo, distante y total. Soplos de brisa traían el gusto de la vida exúbera del mar, especie de prana acuático que entona y complace. En la playa una cinta de arena blanquecina refulge hiriendo casi la vista; el azul, en cambio, la reposa claro en el firmamento, verdoso en la extensión del agua. *FCE:* mirar largo, *FCE:* traen *FCE:* reposa, claro

Diáfanas lejanías ensanchan el pensar y lo serenan. Cuando el sol llega al cenit y no queda una sola sombra ni en la tierra ni en el mar, todo lo que tiene vida busca el refugio de un techo o de un toldo.

Los bogas de piel tostada y recia musculatura trasudan la camiseta de punto, suspenden sus faenas y, tras del almuerzo, duermen. El comer abundante derrama el sudor sobre la piel bien bañada, pero luego la hamaca, al mecernos, finge una brisa. La imaginación, en tanto, trabaja con fiebre. Se producen dinamismos parecidos al que determina la acción de los explosivos. Irrumpen los ensueños desorbitados y a veces la naturaleza también saca de su calma comprimida el drama que la desfoga. *FCE:* bañada; pero

De la nada de un cielo claro surgen de pronto gasas y en seguida nubarrones densos; el viento, minutos antes quieto, se torna huracanado; cuaja la lluvia en chorros. Rápidamente el cielo de azul se pone oscuro y las olas barridas por el vendaval se miran turbias, se rizan primero, después levantan crestas, se agitan los barcos, sacuden sus mástiles, corre la marinería arriando velas, afianzando las anclas, apuntando las proas sobre la marea. Los relámpagos ya muy próximos comienzan a coincidir

Eagle Pass, no me sentía sumiso. Me agobiaba tener que repetir la lista de los nombres de los departamentos de Francia: Sena; Sena y Oise, Sena y Marne, ochenta y tantos títulos castellanizados por nosotros, es verdad, pero no por eso menos inútiles. Lo dije así en clase negándome a dar la lección. Quise aducir razones para mi negativa, pero el profesor se irritó echándome un regaño de esos que hacen época en un curso. Se llamaba el profesor don Evaristo Díez, y aunque mucho más tarde había de encontrar en él un afectuoso y desinteresado amigo, por aquel entonces se me convirtió en obsesión. Por muy injusto que haya sido su reproche, reconozco el bien que me hizo, llamándome pedante, porque lo era. Humillado, pero advertido del peligro, decía: Perderé más tiempo aún, ya no sólo en la clase de Don Evaristo sino también en la de historia, en la que nos exigían la lista de los reyes de Francia y de los emperadores aztecas, con la dinastía tlaxcalteca de Netzahualcóyotl. Por fortuna, olvidamos todo eso en el instante de concluir el examen. Lo que procuré retener con precisión, por desgracia corrió igual suerte de olvido: los personajes y los episodios de la Mitología griega. Más interesantes sin duda que[a] la genealogía de los Capetos y los Luises hacen falta para leer a Homero. Y menos mal que comprendía nuestro curso de historia griega un texto francés de Mitología. Aparte de que el Telémaco, texto obligado de la clase de francés, nos exigía repasar la epopeya helénica; sin embargo, nunca me sentí harto de meditar los sentidos y pormenores del mito.

*FCE:* Oise; Sena

*FCE:* decía: «Perderé

*FCE:* Netzahualcóyotl».

*FCE:* desgracia, corrió

*FCE:* mitología

*FCE:* mitología.

*FCE:* *Telémaco,*

El santuario del Instituto era la Biblioteca. Entraba a ella con emoción parecida a la que me producían las iglesias. El relente de los viejos infolios sugería el incienso, y la manera de ensanchar el alma con los libros se parecía al despliegue de la oración. No era muy grande la sala, pero sí acogedora. Una estantería de madera de zapote, morena

*FCE:* biblioteca.

a. *FCE:* interesantes, sin duda, que

en parte alguna mejor pan de huevo ni pechugas y tostadas.

Concluido el desayuno me iba a la Biblioteca del Instituto. Ocasionalmente, acompañado de condiscípulos, recorría las huertas de extramuros, ricas en frutos raros. Por necio consejo de médico nos habían prohibido comer fruta tropical, que aseguraban produce paludismo y cólicos. Lo cierto es que lavándole la corteza, donde suelen criarse larvas, la fruta de tierra caliente constituye alimento, preventivo y goce, el mayor de los que da el sentido del gusto. A escondidas me aficioné a los zapotes amarillos y chicozapotes, marañones, mameyes y ciruelas. La novedad me llevaba a la fruta dulce y madura, pero mis compañeros, hastiados quizás de mieles y aromas, preferían las ciruelas verdes y el tamarindo en rama. Este último, en punto de maduración, es de sabor penetrante, ácido y dulce, incomparable.

*FCE:* madura; pero

Poco a poco fue propagándose el contagio y no sólo mis hermanas, también mi madre violó la consigna contra la fruta. La plaza del mercado nos quedaba a dos cuadras, del otro lado del muelle. Visitándola temprano, se podía obtener por unas monedas de cobre, una fuente de las ciruelas más dulces, rojas y doradas de toda la tierra. Un montón de chicozapotes deliciosos valía «cuartilla». Los mangos abundaban tanto que al final de la estación los echaban en carros para arrojarlos al mar y librarse de las plagas de la putrefacción. El hueso del mango contiene una almendra aceitosa que los muchachos emplean para trazar dibujos obscenos, casi indelebles, sobre el enjalbegado de las casas más respetables. A fuerza de ver los signos de la generación así repetidos, la atención pública acaba por no advertirlos, igual que las desnudeces que se suelen ostentar en las playas.[a]

*FCE:* tanto, que

Mi padre se encerraba en la Aduana; pero a mediodía estaba de vuelta siempre, jovial y afectuoso. Sus únicas exigencias eran las de la mesa... La coci-

a. *Esta última frase no figura en* JUS.

yos más o menos torpes en las jarcias y aparejos. Pronto llegué a ser, en clase, de los que subían en escuadra, el cable vertical del gimnasio. La existencia de vigas en cantidad en los bajos de la casa me dio la idea de un gimnasio privado. Invitando a dos condiscípulos comenzamos a desyerbar un segundo patio abandonado que correspondía a nuestra finca. En el trópico el desyerbe se hace a machete y cuesta sudor y aun encierra peligros por las víboras, los alacranes y escorpiones que es frecuente encontrar entre las piedras y las cercas. Limpiamos, pues, con precaución y escrupulosamente el suelo y la base de las bardas. En seguida, acarreando algas, proveíamos de colchón nuestro gimnasio a la intemperie. Dos vigas verticales y una atravesada dieron sostén a un trapecio y a un par de argollas.

*FCE:* escuadra el cable

Con frecuencia me ocurrió subir al trapecio a pulso, pero sólo para quedarme sentado leyendo un libro. A pesar de cuanto se dice en contra de la gimnasia de aparatos, debo a Campeche y a su gimnasio, antebrazos, biceps y hombros que me han durado toda la vida, no obstante largos períodos de completo abandono deportivo. Gracias a la anticuada pedagogía campechana, pude más tarde compadecer a mis condiscípulos de la Capital, condenados a una simulación de calistenia sueca, bostezando a compás de maestros que un día nos ponían esgrima, según la última noticia del Liceo francés, y al día siguiente nos ejercitaban con clavas. El afán de estar a la última moda desorganizaba, anulaba todo esfuerzo sincero en cada una de las ramas de la enseñanza positivista.

*FCE:* capital,

*FCE:* Francés,

Campeche se mantenía apartado de las reformas confusas de la Capital. No padecía el lastre de la masa proletaria que se vuelve instrumento de los demagogos, ni la plaga del niño rico. Los propietarios territoriales mandaban a sus hijos a Europa, y el alumnado de criollos modestos, alternaba con los hijos de los empleados de la Federación, de los pequeños armadores y capitanes de barcos o comerciantes en pequeño. Los artesanos dueños de

*FCE:* capital.

*FCE:* modestos alternaba

un perol de robalos, los marineros prendían lumbre, sobre cubierta, y asaban o freían el pescado. O bien, si la excursión había sido formal, nos trasladábamos al vaporcito para comer en regla en el estrecho comedor, bien surtido, sin embargo, de vinos, conservas y pastas. ¡Ay!, sin el mareo, todo hubiera resultado estupendo. Por desgracia, una o dos horas después de la gran comida, la cabeza clavada en espera otra vez del tirón al anzuelo, empezaba a sentir náuseas, dolor en las sienes y una decisión desesperada de vender el alma a cambio de un metro de tierra firme.

Aunque me recreaba mirar las floraciones de las algas bajo el agua transparente y dócil a la quilla que la surca, en general, prefería el mar desde mi balcón. Allá, sin trastorno interior del cuerpo, la imaginación se soltaba, grande como la inmensidad, libre como el soplo que impulsa las velas o las arrolla al mástil. Me sentía crecer la conciencia. Confrontaba mi alma con las cosas. Puesto por el azar en aquella pequeña ciudad de la costa ¿qué era y de dónde venía? ¿qué andaba haciendo entre los sucesos? El origen se me cerraba confuso igual que la maleza inexplorada que está detrás de Campeche. Si se supiera el *«de dónde»* se sabría *«para qué»*. El para qué, sin embargo, tomaba las proporciones del mar sin fronteras. Estaba allí vivo para recrearme en el espectáculo de las aguas y el cielo bajo la luz. Una vida larga apenas bastaba para correr los caminos que los barcos abren en el mar. Recorrer, conocer, gozar el planeta, he allí, por lo pronto, un destino para muchos años por venir.

*FCE:* general prefería

*FCE:* el *de dónde* se sabría *para que.*

La serie de los abrazos al mundo. Además, había el otro espacio que fascina; el de la imaginación y el sentimiento y la vida; el trato de las gentes de todas las razas; aprender las historias y las fábulas, la ciencia y la literatura, la filosofía. Por larga que la vida fuese, apenas había tiempo para asomarse a la inmensidad de lo que es. Urgía, pues, usar intensamente cada uno de los instantes preciosos de nuestra perduración dentro del milagro ambiente.

*FCE:* fascina: el

las sombras envolviendo la tierra. A la luz de los faroles municipales el cazonero vendía su doble tortilla grasosa y entomatada, con relleno de picadura de pescado.

Regresábamos ya de noche, cierta ocasión, y a medio camino entre los ramajes de una marisma empezó a brotar un parpadeo; en seguida, un vuelo de luces. Eran como llamitas azules de entonación lunar; se posaban en el follaje; fosforecían y se levantaban en enjambres de minúsculas estrellas para volver a caer, más adelante. Deslumbrados, contemplamos la aparición; luego, atreviéndonos, capturamos a capricho docenas de cocuyos. En ciertas regiones de la costa, los campesinos los embotellan, para improvisarse pequeñas lámparas de mesa. *FCE:* improvisar

Otra vez contemplamos cómo nació del aire el turbión de la langosta. Avanzó por el lado de tierra una suerte de nube densa. Se puso la luz del sol como cuando hay eclipse, y un viento cálido, seco, empezó a regar los voraces ortópteros. Un rumor inquietante agitaba la sombra en marcha. Despavoridos corrían los animales y las gentes miraron entristecidas una como aureola amarillenta en torno de las cosas. En el fortín atronó el cañón que usaban para los saludos del puerto. Arreció el caer de la plaga; recogimos ejemplares resecos y ásperos.

El tétrico golpear, como de gotas sólidas en plena sequía, duró varios minutos: se cubrió el suelo de hormigueros monstruosos y por fin pasó la *FCE:* monstruosos, y plaga. Comentóse después la destrucción de los sembrados de los alrededores. El municipio mandó barrer las calles y desfilaron carretas de langosta muerta en dirección del vertedero de la playa.

Después de períodos de sequía abrasadora, se *FCE:* abrasadora se producen ventarrones preñados de descargas eléctricas, que a menudo hieren en seco, antes de la lluvia o sin la lluvia. Luego, revientan los aguaceros; tras de ellos fermenta la humedad y brota el mosquito. Zumbando pican, inoculan. El estremecimiento de peligro, proyecta visiones del vómito negro y de *perniciosa,* que en veinticuatro horas

tos para visitar la familia del Rector me era penosa; sin embargo, dije que iría. Mis padres acogieron con gusto la invitación. Me presenté, pues, la primera tarde, todo encogido, mojado todavía el pelo por el baño y preocupado porque sobresalían demasiado los puños de la camisa. El mismo Don Patricio consumó las presentaciones, conversó un instante y me dejó en medio de dos damas, una joven de no más de dieciocho años, mi futura discípula, y su madre, entrecana, afable y culta, con apellido de origen irlandés. Un extremo del corredor ensanchado con techo y cancel de cristales hacía de sala biblioteca. Todo el patio se abría a la brisa y la luz, adornado con palmas decorativas y macetas de helechos. Contra la pared, una estantería de nogal guardaba libros de lujo. Al centro una mesa con revistas francesas, inglesas y libros de estampas, incitaba la curiosidad.

*FCE:* don Patricio

La casa toda esparcía agrado; los sillones cómodos y amplios confirmaban las maneras sencillas, cordiales de la acogida.

Examinó la señora mis gustos de lector; su hija habló poco, pero yo caí fácilmente en todo género de confidencias espirituales. Con vehemencia me puse a elogiar, criticar, disparatar; sólo de repente, al advertir mi pantalón corto, mi traza humilde y la belleza singular de la joven, me sentía confuso, enrojecía sin causa y hubiera querido despedirme para no volver. La buena dama, advirtiendo quizás mi timidez, me tocó la cuerda de Chateaubriand, por ejemplo, y volví a soltar la lengua en entusiastas y complicadas disertaciones.

*FCE:* me sentí confuso, enrojecí

*FCE:* quizá

Gradualmente la conversación a tres y con motivo del plan de las lecciones inglesas, se fue convirtiendo en plática de dos. Pronto, también, de las aburridas traducciones pasamos a la lectura en común, de obras más de acuerdo con la juvenil sensibilidad. No sé si a propósito de Atala que yo le di a leer, puso ella en mis manos el Pablo y Virginia, de Bernardino de Saint Pierre, clásico de nuestra gente del trópico. Lo que no leíamos juntos nos lo prestá-

*FCE:* *Atala*

*FCE:* *Pablo y Virginia,*

prisa. A través de las ventanas abiertas de par en par, según el uso indiscreto inevitable de la tierra caliente, veíamos rostros de rosa inclinados en los pupitres o faldas claras fugaces en los juegos del patio interior. Ninguna me atraía de un modo especial y rara vez prolongué la contemplación; porque ya me seducían las mujeres hechas más bien que las chiquillas.

*JUS:* contemplación.

Por mis hermanas supimos la vida y milagros de las Steger. Mi madre solía visitarlas y yo las veía cada domingo en la misa. Clarita, la mayor, me parecía muy guapa, con sus trajes ceñidos color de rosa y sombreros de ala ancha, de playa, redondas y largas las caderas, delicado el porte; casi una de esas heroínas de la literatura en que Sofía me iniciaba. La más joven se llamaba Antonieta, hermosa de proporciones, pero con un defecto en el labio. Había otra o no sé si otras dos, y todas gozaban de reputación intachable y estimación sin reservas. «Que te enseñen a pronunciar la u francesa», decía yo a mis hermanas. En el Instituto nadie acertaba y codiciábamos la dicción exacta de una lengua que empezábamos a dominar por escrito. Salimos todos de Campeche sin sospechar que, pocos años después, un parentesco inesperado nos ligaría con las Steger.

*FCE:* la *u* francesa»,

## Divagaciones y exámenes

Mi madre nunca puso el menor reparo a la influencia que me llegaba de la casa del Rector. Al contrario, compartía con frecuencia las lecturas aconsejadas por Sofía. Y cuando estaba ocupada me decía: «Léelo tú y luego me cuentas.» Leía yo la novela o el libro y le hacía relatos más o menos compendiados. Ella seguíalos con interés que me parecía perfecto, manteniéndose al tanto de cada una de mis preocupaciones.

A pesar del mar y los raros paseos campestres, mi vida era libresca y reconcentrada. Con mi madre hablaba de lecturas o de problemas. Advertía ella

*FCE:* libresca o de problemas. Advertía

pos. El temblor frío de la calentura, me entraba a mí por las tardes, y le duraba a ella toda la noche la fiebre. Según suele ocurrir con el cambio de clima, se me había declarado el paludismo, latente ya en la costa. Lo de ella era más grave pero tampoco le preocupaba: nos administrábamos la quinina y... «ya no te ocupes de eso». Y no en el consultorio de los médicos sino en el altar de la Virgen, es donde ella reclamaba la salud. También la fuerza, necesaria para vencer los peligros del abandono que hacía de mí, en manos de los enemigos del Cielo...

*FCE:* «Ya

La preocupaba la situación peligrosa que me crearía una enseñanza no sólo laica sino hostil a la creencia en que me había educado, y a imitación de la Santa Mónica, extremaba el fervor de sus oraciones para sostenerme en la prueba. Exaltándose, a ratos me veía como un nuevo Agustín que ha de conocer el mal para mejor vencerlo. «Conociéndoles su ciencia falsa podrás combatirla con la verdad que ya conoces, y lo que sea útil, aprovéchalo» –recomendaba. ¡Quién sabe! Acaso todas aquellas amarguras de nuestra separación eran el comienzo de un destino importante para el espíritu. ¡Aquel medio nuestro, empobrecido de ideal, rebajado en su dignidad ciudadana, está reclamando adalides!

«Eso no es para ti» había dicho refiriéndose a la mejor situación que podría ofrecerme Piedras Negras... Yo pensaba lo mismo y el orgullo de tal certidumbre hacía soportable la crueldad de la separación. Y con voluptuosa amargura, contemplaba los patios de la Preparatoria, pensando: Se llenarán de mí. Atravesaba las calles antiguas y reposadas del rumbo universitario, adolorido en lo íntimo, mal comido y peor trajeado, indiferente a la pompa ajena, pero musitando: «Oiréis hablar de mí»...

*FCE:* para ti», había
*FCE:* Negras... § Yo
*FCE:* amargura contemplaba
*FCE:* «Se llenarán de mí.»
*FCE:* de mí...»

Antes de romperse el nudo, nos ahogaba y procurábamos romper la tensión insufrible convenciéndose ella de que me estaba reservado un destino heroico; aferrándome yo a la ambición de un éxito brillante y rápido.

No por eso era menos amarga la prueba.

manos; contemplé su rostro enjuto, labios plegados y mirar penetrante. A pesar del surco doloroso de la frente, una aureola de pensamiento y de claridad le ennoblecía la expresión. Su tez demacrada tenía algo de cirio por el extremo que le penetraba la llama. El sombrero negro con velillo le cubría los rizos claros todavía sin canas... Como quien colma una sed urgente, me embebía de su imagen; luego eché a correr, me perdí otra vez por la ciudad sombría, prisionero de una condena que no llegaría a levantarse jamás.

## La granada se parte

*Ms:* La manzana

La tía Conchita había decidido quedarse en la capital, en compañía de unas parientes conocidas entre los oaxaqueños con el nombre de las niñas Conde. En la misma casa me arregló mi madre pensión. Las niñas Conde eran dos solteronas viejas que liquidaron en Oaxaca un pequeño haber para instalarse en la capital con un «estanquillo», pequeño comercio de tabacos, dulces oaxaqueños, sellos de la renta del timbre y miscelánea. Parientes lejanas de mi madre, por excepción me hospedaban en un cuarto interior de su establecimiento de la calle de «La Joya», hoy «Cinco de Febrero». A eso de las diez, todo extenuado por tantas horas de vagancia dolorosa, llegué a mi nueva vivienda. Las amables señoras y mi tía tenían dispuesta una mesa en mi honor; pero en ese momento la jaqueca me oprimía las sienes. Cruzando apenas las palabras indispensables a la cortesía, me metí a la alcoba de piso recién pintado al rojo. El tremendo dolor de cabeza me tuvo largas horas entre dormido y despierto.

*Ms:* oaxaqueños ~~como~~ las niñas

*Ms:* Las ~~señoritas~~ Conde

*FCE:* de La Joya.

*FCE:* Cinco de Febrero

*Ms:* rojo ~~vivo.~~ El

Ya un poco tarde, al día siguiente, asomó la tía Concha anunciándome el chocolate. Era famoso el de las Conde; lo molían en casa al estilo de Oaxaca, para venderlo en su estanquillo. No sé por qué empezaron a molestarme los cuidados afectuosos que

*Ms:* cuidados ~~delicados~~ que

Rota la inercia por la magia del impulso, en seguida la masa se identifica con la fuerza.

El solo nombre, fuerza, me producía un arrobo de esencia mística. Ya no se trataba del obvio razonar que combina elementos en series equivalentes, como en la ecuación algebraica. En la mecánica intervenía el milagro y quedaba abierto el campo para la invención. Arquímedes tocó uno de los nervios del Cosmos cuando puso la palanca al servicio de la inteligencia que busca propósitos. El mundo no es una cosa que se explica, sino fundamentalmente una zona de la que hay que salir. No había, pues, comparación entre una doctrina meramente matemática que nos explica cómo se distribuyen las cantidades dentro del orden espacio y tiempo, y la doctrina dinámica, que nos indica cómo se puede saltar de las cantidades al movimiento. Insertando éste en el ingenio, se produce la transformación de las cantidades en valores, y las cosas adquieren el temblor de los actos del espíritu.

*Ms:* ~~queda~~

Interpretando mi texto francés de mecánica, deducía que el mundo no es cosa de líneas y sólidos moviéndose en cartesiano espacio de pura extensión, sino juego de fuerzas. Una dinámica en vez de una estética, y una especie de evolución de lo objetivo que es materia a lo subjetivo que es acción. El mundo entero de los objetos dejaba de ser inmutable y geométrico y adquiría condiciones de provisionalidad. Habría objetos mientras durase el período en que el alma los necesita para orientarse en el Cosmos. Desaparecerían los objetos tan pronto como el alma recobrase por el camino de la verdad, su fin excelso y postrero, una especie de salto de lo objetivo a lo esencial y desde lo humano a lo divino. Tal era la médula de la enseñanza de la mecánica. Y su símbolo, ya no la esfera de los pitagóricos, sino la espiral que arranca del hombre o pasa por el hombre, pero luego se ensancha y progresa hacia lo absoluto.

*FCE* y *Ms:* estática

*FCE:* objetivo, que es acción.

relación ambigua que pasaba de amistad y no llegaba al amor confesado y franco. Por su parte, la imaginación enfermiza trabajaba dentro de mí, convirtiendo a mi honesta compañera de pensión en tema de un idilio incomparable. Y si no es verdad que el hombre pone y Dios dispone porque no es justo achacar a la Providencia disparates, sí es verdad que, a menudo, las circunstancias nos van arrastrando a situaciones en que la voluntad y el buen sentido cuentan menos que el humo de un cigarro en el viento.

*FCE:* dispone, porque

## El rayo

Con la mano derecha manejaba yo la ciencia que lentamente se me ofrecía sumisa, a través de textos y cátedras; con la izquierda abrigaba el recuerdo dulce de una madre en flor de santidad, y ante los ojos tenía en carne y hueso a la mujer, deliciosa promesa del futuro. Unos cuantos años de tesón en las aulas, y, tras de una serie de éxitos fáciles, brillantes, la prosperidad y la gloria. La certeza de mi destino me levantaba en vilo; flameaba dicha mi corazón. Transparente el aire, luminoso el día, gigantesco el perfil de la cordillera distante, así mi anhelo ensanchábase ilimitado. Y en una como acción de gracias inarticulable, paralela del gorjeo de los pájaros en las mañanas del parque, recorría los senderos floridos, descuidado el libro en las manos y lanzada el alma por el firmamento, atenta a la dulzura de estar vivo y dichoso.

*Ms:* tezón

Transcurrieron así las semanas, despreocupadas y laboriosas, hasta que súbitamente, sin anunciarse, descargó el infortunio. Entraba silbando a mi cuarto un anochecer de tantos, cuando la criada me llamó al salón «de parte de las señoritas Orozco». Las encontré reservadas y graves; me hicieron sentar y extendieron ante mis ojos un telegrama: «Avisen Carmita grave, no hay esperanzas.» Y como propuse telegrafiar en seguida, pedir más noticias, añadie-

mite Don Nacho que andes así de bala perdida?... Te vas a hundir... vas a estar sin freno... dirás que no me importa, pero, al fin, Carmita era mi hermana... y tú nunca vas por casa... eres muy despegado de los parientes... ¿adónde vas a parar?... Un[a] minuto después no me quedaba ni el eco de sus advertencias, pero la alegría de haber asegurado el ingreso me tornaba ligero; por el momento, mi escuela era mi amor.

*Ms:* ¿a donde vas tú a parar?...

El comienzo de los cursos era animado. Cada profesor nos endilgaba en un discurso inaugural el panorama entero de la materia a su cargo. Las clases de matemáticas y de física estaban servidas por antiguos y venerados maestros; en el laboratorio disponíamos de mesa propia, grifo de agua, probetas y tubos. Cada tema del texto se comprobaba en los aparatos. Las horas de clase transcurrían amenas. En cambio, el régimen escolar extracátedra era un remedo del cuartel. De Director teníamos a un coronel porfirista auxiliado de una docena de prefectos que hacían veces de sargentos. Jamás se nos permitió congregarnos ni en los patios ni en los alrededores del colegio, y cuando se abría el salón de actos se aumentaba la vigilancia de los empleados. El miedo de las tiranías a las asambleas se manifestaba vivo, así nos reuniésemos para leer versos o para preparar un festejo. Si en torno a una columna del corredor se juntaban más de cinco, en seguida venía el prefecto a disolvernos. Tan oprimidos se hallaban los ánimos, que apenas, por cualquier motivo, nos íbamos en grupo al gimnasio o a clase y estallaba lo que llamábamos «gritería»... colectivo alarido irresponsable que en seguida provocaba la venganza. Nos cercaban los prefectos y nos ponían en fila; luego contaban: uno, dos, cuatro, cinco, al calabozo... uno... cinco, al calabozo. Los elegidos en estas quintas eran encerrados en separos obscuros por cinco o seis horas. A la segunda o tercera captura venía la expulsión irrevocable...

*FCE:* de Matemáticas y de Física

*Ms:* nos veíamos en grupo al entrar al gimnasio

a. *FCE:* ¿a dónde vas a parar?... § Un

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

lagro que pudo restituirle la salud, me mantenían en rebelión antisentimental y antimística. Movido de dolorosa voluptuosidad me entregaba al dogma agnóstico y comtista: «no hay otra realidad que la que palpan los sentidos». Después, con dolorida ironía, repetía el célebre pasaje: «la ciencia acompaña al buen Dios hasta sus fronteras y allí lo despide dándole las gracias por sus servicios». Ni quería recordar las anticipaciones del San Agustín de mi infancia cuando decía refiriéndose a Dios:

*FCE:* «No

*FCE:* «La

*Ms:* a Dios. (Confesiones)

«Y no te acercas sino a los contritos de corazón; ni serás hallado de los soberbios, aunque con curiosa pericia, cuenten las estrellas del cielo y las arenas del mar o investiguen el curso de los astros.»

*Ms:* astros.»...

La vanidad de creernos en una era nueva y el snobismo de una conciencia entendida a medias, me impedía reconocer que el cálculo maravilloso de la paralaje y el descubrimiento sorprendente de Neptuno, eran tan sólo otros casos de cuento y recuento de las estrellas, vaivén de las olas... conocimiento humano limitado siempre por el confín del misterio.

*FCE:* el esnobismo

*FCE:* una ciencia entendida

*FCE:* Neptuno eran

## El número cinco

Nuestra vivienda dentro del tumultuoso número cinco de Leandro Valle era de las más pacíficas. Mis compañeros de cuarto estudiaban tanto o más que yo. Morones pertenecía a mi curso y era de mi edad. El otro, de veinticuatro, se llamaba Pacheco y estudiaba el último año de Medicina. Entre Morones y Pacheco había una alianza casi religiosa, siendo Morones el devoto y Pacheco el ídolo. Sin resistencia me fueron admitiendo a un terceto bastante discreto. Con Morones solía juntarme para estudiar. Con Pacheco conversábamos, discutíamos. Y no muy a menudo porque las horas libres las pasaba con la novia y llegaba ya sólo a ponerse la visera verde para la lectura de sus gruesos volúmenes de patología, a la luz de su quinqué. La calavera sobre su

*FCE:* número 5

*Ms:* medicina.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

–«Para servirlo», –repuso[a] el otro, mientras recogía del pasto su saco y se arreglaba la corbata. –«Está bien, –asintió el "güero»–, lo merezco; me ha pegado usted a la buena. Si quiere ahí va mi mano.» –El otro se la tomó cordialmente. Entre todos llevamos al vencedor a una cantina que había enfrente, «La América», famosa por los grandes vasos de cerveza rubia espumosa y los tacos de pollo con aguacate. El pugilista acabó dándonos consejos: –«Miren, muchachos: el brazo izquierdo cubre el estómago; el hombro protege la cara, y el derecho pega sin alargarse, poniendo todo el cuerpo en el "swing" o acercándose para el "upper cut"[b] en la quijada.»

No nos faltaba dinero para unas cuantas copas, pero precisamente allí, en «La América», entraban y salían vuelos de faldas. Imaginábamos en los reservados caderas y torsos que sobresaltan el pecho viril. Era fácil poner gusto de vino en los labios, pero la sed de mujer, y mujer hermosa, se aplazaba constantemente. Y nuestro amor, entre tanto, se envilecía en los rápidos, nauseabundos encuentros callejeros que entristecen y debilitan. Tras de aquellos canceles de "La América", vedada a nuestra condición, estaba la dicha plena, el placer con suavidades de seda, perfumes caros y labios frescos.[c]

Fuera del círculo estudiantil casi no tenía otros conocidos que los parientes de Tacubaya. Los visitaba de cuando en tarde y, cosa que al principio me sorprendió, me atraía Adelita, madrastra de mi madre, más que sus hijos. Su fortaleza de alma, su cordialidad y buen juicio reconfortaban. Con los tíos acababa siempre embrollado en discusiones agrias. Ella encontraba siempre la palabra de paz. De los desacuerdos era yo, sin duda, el culpable: les hablaba para exhibir mi ciencia reciente, ufana, y no lograba el efecto deseado. En mi despecho, llegaba a extremos ridículos; por ejemplo: la predisposición que se me desarrolló contra un lejano pariente letra-

*FCE:* corbata. «Está bien, asintió el *güero»*–,
*FCE:* mano.» El
*FCE:* enfrente, La América,
*FCE:* consejos: § –Miren,
*FCE:* «swing»
*FCE:* quijada.
*FCE:* en La América,
*FCE:* de La América,

a. *FCE:* boxeador?» «Pa servirlo», repuso b. *FCE:* «*upper cut*» c. *Este párrafo no figura en* JUS.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

mentábamos nosotros no sé qué perplejidad como de irrisión que desquicia el mundo.

Quizás también nos horrorizaba vagamente el estado de ánimo de la generación encarnada en Parra. Del ateísmo inconsciente, y, por lo mismo, casi gozoso, de los liberales de la Reforma, pasaban ahora nuestros ingenios a la amargura del sarcasmo trascendental. Ignacio Ramírez había dicho:

*FCE:* Quizá

> Madre Naturaleza, ya no hay flores
> Por do mi paso vacilante avanza,
> Nací sin esperanza ni temores
> Y vuelvo a ti sin temores ni esperanza.[a]

*FCE:* avanza;

En Parra la arrogancia se volvía disgusto. Más inteligente, menos mediatizado por los afanes de la tierra, Parra se duele de no encontrar una senda en las estrellas y produce su mueca dolorosa. Sin duda su posición es ya menos conformista y estrecha que la del naturalismo antecedente. También más firme. Parra sabía Matemática y era buen médico. Ramírez fue únicamente un demagogo.

*FCE:* matemáticas

Por otra parte, la vil situación política no dejaba a la ambición otro camino que el del éxito por el dinero. El endiosamiento del poderoso tiende siempre a reemplazar la imagen de Dios con la del César. Y el culto del hombre, conduce al del Becerro. Porque si no hay más que el hombre, lo único que hace falta es el oro que da poder. Bajo el porfirismo, lo mismo que hoy, la medida de todos los valores la daba el oro a excepción del valor del homicidio que acarrea también poder sobre el oro ajeno. Dueño cada quien de oro bien o mal habido, ya podía cualquiera ensayar todos los excesos salvo el de desobediencia. «Try to make money honestly, but if you can't, make money.» «Haz dinero honradamente si puedes; si no, hazlo.» –Tal[b] nos decía en el norte la supercivilización de los aptos y selectos, la aristocracia biológica proclamada por los dar-

*FCE:* remplazar

*FCE:* «*Try to make money honestly, but if you can't, make money.*»

**a.** por do mi paso vacilante avanza; / nací sin esperanza ni temores, / vuelvo a tí sin temores ni esperanza. **b.** *FCE:* hazlo.» Tal

del «México a través de los Siglos»,[a] especializándose en los métodos gubernamentales de Santa Anna:[60] nada de contabilidad científica a lo porfiriano: las aduanas a los compadres, y, en materia, de cuentas, ni pedirlas ni rendirlas.

*FCE:* Santa Ana:

*FCE:* porfiriano; las

Por su parte, don Jesús Uriarte se creó una clientela jurídica reducida pero adinerada y emprendió negocios un tanto usurarios, pero legítimos y seguros. Por ejemplo, compraba una casa en remate judicial, mínima postura, la repintaba y la vendía en el doble. Los senadores del tipo Carranza nunca renunciaban sus cargos; jamás se hubieran dado posición propia ventajosa.[b] Don Jesús muy bien pudo renunciar y seguir obteniendo ganancias en su profesión. Pero el funcionarismo porfirista, aparte de la burocracia había llegado a constituir una especie de nobleza codiciada, aún por los capitalistas. Confería privilegios negados al común de los mortales y garantizaba la seguridad personal. Daba patente de impunidad y gloria cortesana. Muchos funcionarios porfiristas fueron honorables. A muchos de ellos despidió Carranza en su época porque no se avenían al estilo nuevo de rapiña y desorden. Pero cuidaba siempre Don Porfirio de mezclar, a los ocho jueces de la capital, a los veinte Magistrados de la Suprema Corte, dos o tres reconocidos bribones de que se valía para forzar sentencias en los casos que le convinieren. Los «honrados» se doblegaban consolándose[c] con no ser los autores sino apenas encubridores de la corrupción de la justicia. De los concusionarios y serviles decía el Caudillo en su léxico de estadista romo y vulgar, que eran el «retrete» necesario en toda casa. Por lo demás, a diario, las víctimas del civismo eran arrancadas de sus hogares para el fusilamiento sin que jamás protestase ningún Magistrado. El mismo silencio que ha vuelto a amparar al callismo sellaba ya los labios de los jueces de la Suprema Corte. Y el mismo Don Jesús, incapaz de

*Ms:* porfirista, aparte de burocracia, había llegado

*FCE:* nobleza, codiciada aun por los capitalistas.

*FCE:* magistrados

*FCE:* convinieran.

*FCE:* magistrado.

*FCE:* don

a. *FCE:* del *México a través de los Siglos,* b. *Ms:* sus cargos, porque no teniendo capacidad para el trabajo, jamás se hubieran dado posición propia ventajosa. c. *Ms:* se doblegaban, consolándose

energía? En otros términos, deseaba ensamblar en la doctrina de la Preparatoria la práctica de Papiniano.[66] Para ello urgía otorgar al derecho un valor conexo del principio general del saber de la época. Así como para el romano, la lógica aplicada a las relaciones sociales dio la norma jurídica, ahora había que buscar un entronque causal y dinámico para explicar las funciones sociales y más especialmente, los conflictos de apetencia que determinan la necesidad del derecho. Una solución dinámica; con sólo enunciarlo ya tenía marcado el camino, pero el momento era tímido. Todos mis compañeros escribían a base de citas y entrecomillas. Los libros del propio Caso dan fe de esta tendencia erudita. Los literatos de mi grupo no se decidían a escribir, por ejemplo, una novela; se gastaban en comentarios y juicios de la obra ajena a lo Henríquez Ureña, que les hacía de maestro. Atenido, pues, a mi propia audacia, busqué analogías del acto jurídico, con el acto voluntario de los psicólogos, con el acto biológico, con el proceso químico, y, finalmente, con el mecánico. Tal y como se solucionaban los conflictos de fuerza, así deberían solucionarse en una sociedad perfecta los conflictos jurídicos. En teoría, quien más haya menester de una cosa, quien más ponga en ella apetencia y voluntad, ese debe ser su dueño. En torno de estas apetencias sinceras, la sociedad debe obrar como en la composición de fuerzas, colaborando con los deseos nobles, vigorosos pero libres de mezquindad. Me hacía falta entonces discutir, hablar las ideas antes de escribirlas. Con Caso me puse a hablarlas, me ayudó con su instinto de sabio y su visión lúcida. Él no estaba conforme con mi ocurrencia; el derecho era un fenómeno social; no aparecía donde no había coacción; no era legítimo concebir el derecho como un impulso natural, menos como una fuerza. En torno al Tratado Ético Político de Espinoza, discutimos largamente. Fundándome en el libro de Fouillé, sobre las ideas fuerzas, objetaba yo que, aun la ideación, fenómeno más imponderable que la voluntad

*FCE:* términos: deseaba

*FCE:* especialmente los

*FCE:* camino; pero

*FCE:* entre comillas.

*FCE:* psicólogos con

*FCE: Tratado Ético Político*

*FCE:* que aun

cama, pero Mela, instalada en su barandilla, empezó a cuchichear... Entonces me levanté sin ruido; no sólo mi puerta, también la del zaguán la había dejado entreabierta. Irrumpí, pues, por sorpresa, en la calle, a tres pasos del balcón de los enamorados, tanto que el novio me sintió cuando tuvo encima el empellón que con todo el cuerpo le metí echándolo a media calle. Seguí empujando golpes, para no perder la ventaja de la sorpresa. Seguramente más fuerte que yo, el atacado no me opuso resistencia. Intentó darme explicaciones, invocó la amistad. «No es éste el sitio; si algo tiene que decirme, véame en mi despacho; de lo contrario, y si lo vuelvo a encontrar aquí, le aviento un tiro, ya no bofetadas.»

*FCE:* metí echándolo

*FCE:* amistad. § –No

*FCE:* bofetadas.

Mela había cerrado su puerta y al regresar a mi cama, sólo la abuela me acogió desde el zaguán. La mandé acostar y todo quedó en calma. Al día siguiente, ya por la tarde, al iniciarse una conversación, estalló el enojo de mis dos hermanas. «Yo las comprometía con esos escándalos; yo no tenía derecho, etc., etc.» Alegué mis derechos de mayor, la minoría de edad de Mela, y todo volvió a quedar en paz. ¡El enamorado no volvió a presentarse!

*FCE:* cama sólo

*FCE:* etc.» § Alegué

No disponía, por otra parte, de mucho tiempo para los asuntos familiares. El trabajo abrumador y mal pagado crecía; las mañanas en los Juzgados, las tardes en diligencias judiciales o en el bufete de Don Jesús. Uno de los clientes de éste, me encomendó la tramitación de un intestado: el primer negocio que me dejara honorarios de más de quinientos pesos pagados en junto. Me ufanó la ganancia pero sin poder destruir el roedor de la frase de Bernard Shaw, recogida, no sé si en el prólogo de «Man and Superman»: What is true misery... «La desventura positiva –enseña– consiste en estar entregado a un trabajo para el cual no se tiene vocación ni amor.» Y no había remedio. La posibilidad de hacer dinero de prisa garantizaba independencia para dedicarse después a otros afanes; pero avanzaba muy despacio. Me complacía haber concluido pronto con la vida de estudiante: Verdadera

*FCE:* juzgados; las

*FCE:* don Jesús.

*FCE: Man and Superman: What is true misery...*

*Ms:* pero yo avanzaba

Leguas y leguas se interponían entre mi sujeto y la
ciudad de México; también entre mi presente
ambulante y mi pasado acabado de liquidar. Los
años del aprendizaje y el abandono pertenecían *FCE:* biografía; es
ahora a mi biografía, es decir, a uno ya un poco
extraño y que yo mismo enterraba. Mi verdadera
vida comenzaba y no había de parecerse a la con-
cluida. Tampoco sería igual a nada anterior, desde *FCE:* Universo.
que se constituyó el universo.

Podría la memoria objetiva reconstruir la visión
de las peripecias del sujeto que despachaba en una
oficina pequeña, al lado del Juzgado; que miró la *FCE:* sin el color,
ciudad como devastada y ya sin color, la alegría
que le prestaron los ojos de la infancia; pero lo que *FCE:* difícil no
resulta difícil, no sólo describir, sino siquiera recor-
dar, es la experiencia de la personalidad interior,
cuyas moradas no retrata ninguna proyección. Para
retener la huella del fluir que somos, se escriben los
diarios, pero yo nunca acostumbré llevarlos. Siem- *FCE:* diarios; pero
pre me pareció vano ocuparme de la minucia del
día. Y cuando el suceso era o me parecía extraordi-
nario, lo era tanto, que no necesitaba de ser apunta- *FCE:* tanto que
do; se incorporaba de por sí y para siempre en la
estructura misma de mi conciencia. Lo cierto es que
cuando pasan los años, y meditamos, las cosas se
nos presentan amparadas en imágenes más o menos
vivas, pero lo que es más nuestro, la esencia de lo
que fuimos:[a] ¿Qué era yo que ni yo mismo recuer- *FCE:* ¿qué
do? ¿A dónde se fue quien vivió aquellos días de mi *FCE:* ¿adónde
destierro durangueño? Revivo el goce de la luz de
las mañanas y la miel de unos higos negros y grue-
sos que vendían en las huertas, pero el hálito de mi
ser de entonces, ¿cómo podría rehacerlo, si el con-
tenido de mi alma de hoy es tan distinto? Ni quiero
volver a ser lo que fui, ni amaré mañana este yo de
hoy que tanto necesita mejorar a fin de que yo
mismo lo encuentre amable.

A falta de diario, escribía yo entonces borradores
para futuros libros, apuntes de tesis filosófico-artís-

---

**a.** *Ms:* fuimos se pierde en olvido comparable al de la muerte:

imprevisor, mal habituado a efímeras bonanzas,
dejaba pasar la ocasión gastando cuanto ganaba. A
Durango nos llegaba a nosotros la fábula de los dis-
pendios y las ocasiones de enriquecimiento de la
feria lagunera. Una que otra belleza suelta, en jira
de vacaciones o de salud, asomaba por Durango,
huyendo del calor y el tráfago. Por el cerro del *FCE:* y del tráfago.
Mercado topamos cierta tarde pareja de este géne-
ro, mi amigo el Doctor Barrera y yo. Veníamos de no
cazar liebres, cargados de escopetas inútiles, y ellas *FCE:* y la pareja vagaba a
vagaban a pocos pasos de su coche disfrutando el
panorama. La tarde y el amor encendieron nuestro
corazón y gustamos mieles del eterno encuentro de
Eva y Adán en el seno de la naturaleza. Y así como *FCE:* Naturaleza.
en el cielo se difundía la paz del ocaso, de nuestras
almas fluyó gratitud cuando las despedimos a la
puerta de la deshonra que las recobraba. Una extra-
ña sensación ligó el recuerdo de la cortesana provo- *FCE:* provocativa con
cativa, con la tierra ferruginosa y el tono vivo de
aquel atardecer sobre el ancho valle. *FCE:* sobre ancho valle.

A propósito del cerro del Mercado, el patriotismo
lugareño levantaba fantasías. Un millón de habi-
tantes y no sé cuántas manufacturas garantizaba a
nuestro pobre Durango de cuarenta mil almas, un
profesor, escritor y conferencista muy estimable.
Compartían los más la esperanza de una metrópoli
como Chicago. No advertíamos que, si es más pe-
queña la montaña de hierro de Iowa que surte las
factorías de Chicago, en cambio se dispone allá de
ilimitado combustible. *Ms:* combustible. Y Durango,

Durango, como toda la meseta mexicana, es re-
gión privada de fuentes industriales de energía. Se
comprende que la desproporción no tiene remedio
cuando se compara el caudal del pobre río San Juan,
de las inmediaciones de Durango, con las catara-
tas del Niágara, otro de los apoyos del industrialis-
mo de la región de los lagos. Pero, ¿qué es lo que *Ms:* Lagos.
comprende el localismo?

Para el doctor Barrera, que mencioné anterior- *FCE:* Barrera había llevado
mente, había llevado cartas de unas hermanas su-
yas, amigas de mis hermanas. Caballeroso y de cos-

rangueña. Tiempos espiritualmente borrosos, quizás porque aun no vencía la modorra de alma propia de la juventud, presa de anarquía sentimental o de delirio amoroso. Suspenso mientras las pasiones sensuales cobran imperio, nuestro destino, extraviado en lo físico, se desvía, se aparta de su esencia.

*FCE:* alma, propia

Recuerdo vivo es el de un domingo que salimos de madrugada para entrar a medio día en las tierras de una hacienda famosa por sus toros de lidia. Lejos de todo refugio caminamos por el campo de grama escasa y arbustos grises. Alto y sin nubes avanza el cielo paralelamente a la llanura. Caminando dos o tres días sin parar y siempre hacia el sur, se llega a Guadalajara, explican los guías. Una sabrosa, magnífica soledad consuela la del sol que agrieta el barro de los últimos aguaceros. Con más espinas que hojas, el matorral, en las cercanías de los aguajes sobrepasaba la talla de un hombre. En fila de indio avanzábamos en zig-zag cuando, de pronto, sobre la derecha, y a no más de diez metros, me encaré con un toro prieto magnífico, azorado y atento. En el mismo instante me di cuenta de las señas que me hacían los de adelante, en el sentido de que me alejara despacio y sin aspavientos. Pudo más el instinto que el espanto; miré el toro con fingida inocencia a la vez que me alejaba conteniendo el impulso que me lanzaba a correr. Pasé tras de un arbusto, luego por otro, hasta que reunido el grupo, apresuramos todos la fuga.

*FCE:* aguajes, sobrepasaba

*Ms* y *FCE:* reunido al grupo,

La ciudad pequeña con sus chismes ingenuos, sus pasatiempos mediocres, me aburría. Una corta temporada nos ganó la afición del boliche. Lo jugábamos hasta la una, las dos de la mañana, con apuestas de refrescos. Pero logré defenderme del billar que desde estudiante hallé intolerable, porque ni siquiera obliga a un buen ejercicio, vigoroso antecedente del baño. Pasatiempo de vagos sin imaginación, debe haberlo inventado algún señor noble y bruto que odiaba el aire libre y se aburría de pensar. Mi buena suerte me deparó, al fin, empleo provechoso para las horas largas de la tarde.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

la constitución de una sociedad de seguros, me encomendó el borrador de la escritura y los estatutos. Sin ocultármelo, pasó los documentos en consulta a cierto abogado famoso que los devolvió aprobados… «Don Fulano (el gran abogado) no le hizo ningún cambio a nuestro proyecto», comentó ufano; «you and I are going to do great things, yet». Con amargura comparé. Mi antiguo jefe Uriarte se hubiera considerado disminuido en su ciencia, rebajado de categoría, con sólo autorizar la mitad de los elogios que Warner prodigaba. El compatriota regateaba el mérito con la misma codicia que los centavos; el yanqui se entregaba y me contagiaba de su entusiasmo triunfante. En vez del «haremos cosas grandes», del yanqui, mi antiguo jefe hubiera dicho escatimando: «No se crea que porque una vez atinó, ya puede lanzarse solo.»

*FCE:* comentó. Con

*FCE:* «Haremos

*FCE:* escatimando: § –No

*FCE:* solo.

Pasaba el tiempo ocupado de esta suerte en labores jurídicas y sueños de enriquecimiento rápido. Mis entradas aumentaban, pero al mismo ritmo que mis gastos. La tristeza de una faena penosa, contraria a mis gustos, se acentuaba al atardecer. En la hora melancólica lamentaba los días que corren sin que una sola acción ilustre los llene… Mis hermanas arreglaban más o menos su vida en Tacubaya y yo me quedaba a vagar por las calles, a conversar con los amigos en la tertulia de las esquinas de la calle de Plateros.[a] Allí los propósitos fantásticos remataban en desahogos de sensualidad cuya ráfaga embota el juicio.[b] De un encuentro callejero derivé a la pasión morbosa que me despertó una hembra estupenda apodada la Palos. Cuando se presentaba en su barrera de la Plaza de Toros, los tendidos aullaban y del público del sol surgían cumplidos casi soeces. Por ella conocí la profundidad del desenfreno voluptuoso. De su casa salí alguna vez para el baño y luego al bufete tras de la noche sin sueño. Acercándose maliciosa, la Madame Morales

*FCE:* llene. Mis

a. *Aquí termina el párrafo en* JUS. b. *Aquí termina el párrafo en* FCE.

mil pesos, lanzamiento de bonos hipotecarios en Estados Unidos por cien mil; gastando la mitad en propaganda, comisiones y algunas mejoras, se reservaba el banquero la otra mitad para la acción hipotecaria, a la hora de la quiebra inevitable. Luego la reorganización, nueva emisión en el mercado yanqui que entonces rebosaba dinero, y así sucesivamente hasta que el banco Beckins lució sus mármoles sobre la principal avenida de la capital.

*FCE:* Luego, la

*FCE:* yanqui, que

*FCE:* Banco

Emersonianamente constituía Beckins el representativo de la fiebre de especulación de un continente. Los más audaces ya no se hacían guerreros ni explotadores, o «pioneers», sino empresarios de ferrocarriles, presas de riego, desecación de pantanos, aprovechamientos de energía eléctrica «promoters». La oportunidad de convertirse en millonario parecía al alcance de cualquier osado. Beckins me fascinaba y él parecía interesarse en el contraste que le ofrecía mi carácter. «Lástima que usted se aferre a su temperamento de "dreamer". Si usted quisiese entregarse de verdad a los negocios prosperaríamos más allá de lo que usted se imagina.» «Con cincuenta mil pesos me compro casa y huerta y un campo para encerrarme a trabajar en lo mío, y basta» –le objetaba yo. Reía Beckins estrepitosamente. «¡Por Dios, V., cincuenta mil pesos! ¿Para qué sirven cincuenta mil pesos? Eso se gana en un negocio, en una semana. «Try five millions», ensaye a reunir cinco millones y cuando los tenga, ¿por qué no aumentarlos a diez?» Su imperialismo sobrepasaba la idea nacional, las fronteras, las razas. «Lo que hacía falta eran hombres como Porfirio Díaz, capaces de tener en un puño a la plebe, hecha de ineptos y descontentos.» De esa suerte prevalecían los hombres creadores y grandes. Lástima que los Estados Unidos no tuvieran un Porfirio Díaz. «Sería hermoso un continente gobernado napoleónicamente desde Washington. Y, ¿por qué no? ¿Qué escrúpulos puede nadie oponer? Usted es buen mexicano, yo soy un buen americano; ¿por qué no habían de unirse las dos naciones como se nos unió

*FCE:* Continente.

*FCE:* o *pioneers*,

*FCE:* eléctrica: *promoters*.

*FCE:* carácter. § Lástima

*FCE:* de *dreamer*.

*FCE:* imagina. § –Con

*FCE:* basta, le objetaba yo. § Reía Beckins estrepitosamente. § –¡Por

*FCE:* semana. *Try five millions*,

*FCE:* diez? § Su

*FCE:* Díaz. § –Sería

*FCE:* mexicano; yo

almas singulares. Con uno de estos hombres conviví en cierto viaje. Era él un cincuentón enriquecido en el trabajo, y yo un pobre principiante. Sin embargo, yo derrochaba imbécilmente propinas, vasos de cerveza, coches y extras en la mesa. El otro caminaba a pie para economizar el taxi, bebía en la mesa agua, en vez del vino caro y malo, y se acostaba temprano mientras yo me iba al teatro. «El trabajo humano –me decía, a propósito del dinero–, no lo derroche, es de tontos hacerlo.» En cambio, en nuestra alrevesada ética criolla quien no despilfarraba así tuviese que vivir después de prestado... no sabía lo que es vivir, no era hombre.

*FCE:* nuestra enrevesada ética

*FCE:* vivir; no

Llegábamos al abra en que se divisa Oaxaca. Cuando Hernán Cortés llegó a este sitio (recordó el yankee), se quitó el sombrero y clamó: «Gracias, Dios mío, porque me has concedido contemplar este panorama.» Súbitamente el confín se ensanchaba y aparece un valle dulce, poblado de casas y arboledas, partido por la cinta plateada de un río que corre entre playas de oro. Hacia el fondo, cúpulas bizantinas y campanarios barrocos. Ocre subido de la piedra tallada; encalados paredones casi sin vanos, balaustradas de hierro forjado y aleros de teja. Todo tiembla en el cristal de una armonía exótica.

*FCE:* yanqui),

*Ms:* fondo, recostado en la serranía, el macizo de la ciudad, cotilo azoteas morunas, cúpulas

El convoy, al bajar, nos ha metido en capas de aire denso embalsamado de tropicales florestas, refrescante y como nutritivo. Altos ramajes de mameyes y de mangos, tierra colorada, siembras y chozas entre palmares, ovejas y gallinas, guajolotes, indios de blanco. A mi mente acuden nombres aprendidos en la infancia. Los barrios del Carmen Alto y la Soledad, las Mirus, las Fadiño, familias que oía recordar y de las que ya nada sabré jamás. Estaban allí los panoramas que recrearan a mi madre en su juventud. Irreprimiblemente la garganta se me estrechaba de verme solo, deshecho el manto del familiar afecto. El cochero que nos recibe en la estación, había pronunciado calle, con la *elle* fuerte de mi abuela; *elles* oaxaqueñas, que en América sólo usan también los argentinos. La musical estridencia

*FCE:* las Fandiño,

*FCE:* nos recibiera en

*FCE:* de mis abuelos; *elles*

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

ennoblecen las proporciones. En el vano de un pórtico una vieja enlutada tiende la mano pidiendo limosna; «Dios se lo pague»... murmura dulcemente... Una idea me remueve: la ancianita podría ser alguna remota pariente.

*FCE:* limosna. «Dios se lo pague...», murmura

Avanzando, siempre sin preguntar, desemboqué, por fin, de improviso a la fachada de Santo Domingo; lo mejor en su género en todo el continente y en ciertos aspectos único en el mundo. Sorprende la masa robusta de la nave. Los contrafuertes se multiplican hacia los muros del convento anexo. Vista de cerca la portada se impone con majestad. La torre lateral, no muy alta, cuadrada con el doble cuerpo, redonda en el tope, resiste, no sólo el tiempo, sino la amenaza de los temblores. Todo el edificio es de piedra dorada semejante al mármol pentélico, pero sin lujo de columnas y frisos. La armonía definitiva de Bizancio ha dejado más bien su huella en este monumento del nuevo mundo. Los sillares sin ornato dicen el poema de la simple duración. La idea busca en la cúpula, imagen del firmamento, la totalidad de los destinos celestes.

*FCE:* improvisto, a

*FCE:* Continente

*FCE* y *Ms:* de cerca, la portada

*FCE:* cuadrada en el

*FCE:* del Nuevo Mundo. *Ms:* del mundo nuevo.

Por un costado unos árboles frondosos se ven jóvenes a pesar de su altura. Tenue brisa juega en el ramaje y pasa como las miradas de las generaciones sobre el macizo de cantería; una que otra ventana recuerda los interiores vastos como plazas defendidas.

*FCE:* costado, unos

Desentendida momentáneamente de lo presente mi atención, extraía del pasado las sensaciones que mis padres, mis abuelos, mis consanguíneos todos experimentaron a la vista de su Iglesia.[a] Sin duda muchos de ellos, apegados a la provincia, la tuvieron como paradigma de sus anhelos de hermosura. Cada uno en mi clan, en tiempos remotos o en ocasiones todavía próximas, había contemplado los muros célebres, había recorrido el trayecto que yo ahora desandaba en dirección de mi hospedaje. Los mismos salientes y tableros que ahora me fascinaban, los árboles centenarios de la Alameda de

*FCE:* presente, mi atención extraía

*FCE:* todos, experimentaron

**a.** *FCE:* su iglesia.

para toda la vida un océano de asco de toda función fisiológica. Y así yo cuento mi nacimiento desde el día en que por primera vez, siendo niños, me pregunté: «¿Quién soy?» «¿Qué soy?» *FCE:* pregunté: § –¿Quién soy? ¿Qué soy?

* * *

Regresó mi gringo de la mina y todavía nos quedaba pendiente una gestión en el Juzgado de Tlacolula, para donde partí con uno de sus ingenieros. Desde el comienzo del viaje a caballo convenimos en quedarnos a pasar la noche en Mitla, para disfrutar de un buen hospedaje y de paso visitar las célebres ruinas. Era la primera vez que montaba en albardón y saltaba feo en el caballo educado al trote inglés. Advirtiéndolo el ingeniero, un británico, me procuró útiles consejos de equitación, pero lo malo fue que al comentar el sistema de montar, único que yo conocía, el mexicano en silla vaquera, opinó el inglés: «Debiera usted aprender el estilo que en Europa usan los gentlemen.» Una sensibilidad que hoy me parece excesiva me hizo responderle: «No dudo que así monten todos los gentlemen. Pero antes de que en Inglaterra hubiese gentlemen ya había en Castilla caballeros que montaban como montamos nosotros, al estilo charro.» No[a] era yo, y menos entonces, un tradicionalista, pero ninguna arma es mejor que una noble tradición, cuando hace falta castigar la impertinencia de los extranjeros.

*FCE:* juzgado
*FCE:* convivimos
*FCE:* caballo, educado
*FCE:* equitación; pero
*FCE:* montar único
*FCE:* inglés: § –Debiera
*FCE:* *gentlemen.* § Una
*FCE:* responderle: § –No
*FCE:* *gentlemen.*
*FCE:* *gentlemen*
*Ms:* nosotros al estilo charro.»

Las ruinas de Mitla figuraban en la colección de vistas oaxaqueñas de mi infancia, así es que reconocí cada porción. Restos de muros con grecas talladas en el granito; pilastras en bruto de un solo bloque de piedra; dos o tres salas semihundidas; cuánto mejor la obra de la tarde, afuera, en el sol que se ponía con arreboles suntuosos. Y cuánta más arquitectura en la nave de un humilde templo católico que en esos mismos días reparaba el párroco a

*FCE:* infancia; así
*FCE:* semihundidas. Cuánto

a. *FCE:* charro. § No

Su acreedor me había dado carta para un comerciante de la localidad que, a falta de Hotel hospedaba en su casa a los viajeros distinguidos. Llegué al atardecer hecho pedazos del caballo y sin ánimo más que para echarme en cama. Sin embargo, me reanimó una cena espléndida acompañada de vinos franceses en abundancia. Como que a la mesa estaba el agente de vinos, mexicano-francés que, con el pseudónimo de «Cráter»,[93] se hizo célebre durante el maderismo, por sus libros en defensa del indio. El ambiente cosmopolita de los minerales se hacía sentir en aquella casa, bien atendida y cordial, donde no aceptaban estipendio; recibían huéspedes por servir a los amigos recomendantes, y si alguien hubiese insistido en pagar, le habrían respondido molestos: «Esto no es posada.» De sobremesa me fue presentado el personal del Juzgado para la diligencia del día siguiente, y hubiera dormido en la cama limpia y muelle a no ser porque el cansancio y la cena excesiva, me tuvieron afiebrado, casi delirante toda[a] la noche.

*FCE:* hotel, hospedaba
*FCE:* pedazos por el caballo
*FCE:* de *Cráter,*
*FCE:* no se aceptaba estipendio; recibía
*FCE:* respondido, molestos:
*FCE:* juzgado
*FCE:* casa limpia
*FCE:* excesiva ma

Concluidas mis gestiones, el regreso lo hice en una diligencia de doble tiro de mulas lanzadas a toda carrera por despeñaderos escalofriantes. La escarcha blanca cubre las montañas y el frío entumece, pero a medida que sube y calienta el sol se desperezan los viajeros, se fuma, se conversa. En la remuda almorzamos y al atardecer de un día de tumbos se vuelve a ver a Cañitas. Media hora después pasa el tren de la Capital. Los cojines afelpados del Pullman, con la blanca almohada dispuesta y el botón eléctrico para pedir cerveza helada o comida, parecen el regazo mismo de la civilización. Atrás quedaban las incomodidades y la barbarie.

*FCE:* entumece; pero
*FCE:* almorzamos, y al
*FCE:* capital.
*FCE:* *pullman,*

## El violín en la montaña

De Durango al suroeste las tierras son espaciosas. A trechos verdean en ellas trigales que no se sabe a

---

a. *FCE:* delirante, toda

lo que muy confiado apagué la lámpara de petróleo y procuré dormir. A los pocos instantes me pasó por las orejas un rozamiento y rumor incomprensibles. Volví del otro lado la cabeza decidido a vencer la fatiga, adolorido de cada coyuntura, pero pasó otra vez el soplo macabro. Incorporándome espiaba en la oscuridad, con la pistola al alcance de la mano, cuidando de no hacer ruido. Busqué cerillos sin encontrarlos, hasta que al fin, el vago destello de una claraboya en lo alto del muro me permitió advertir el paso de una sombra negra por el aire. Súbitamente comprendí: un murciélago. Y no había medio de ahuyentarlo; tuve que pasar la noche en asecho somnoliento. Hacia la madrugada el bicho se escondió y dormité un poco. Pero bien temprano reanudamos la marcha, previo el almuerzo de huevos con frijoles fritos, tortillas calientes y leche sabrosa. Si dormir fuera tan fácil como comer, no habría de qué lamentarse en los viajes. En las consideraciones que me mostraban todos aquellos hombres recios, adivinaba cierta piedad por mi condición de curro de la ciudad entrometido en la aspereza de la vida del campo; por eso ni mencioné el incidente del murciélago. Al volver a montar sentí que se me quebraba en pedazos todo el cuerpo... Esa misma mañana llegamos a San Miguel, obtuve del registro de la propiedad los datos requeridos, presenté al Juzgado alguna instancia y al Jefe Político[a] una carta. Pese a la mala fama de los funcionarios de aquella época, la primera autoridad de Mezquital me resultó un hombre amable, que me invitó a comer en su casa y me prestó un mosquitero para la siesta; no fue largo, con todo, mi reposo, pues reflexionaba: Si he de dormir mal en este pueblo, vale más pasar la noche caminando para regresar a Durango y descansar deveras. Y caminamos, caminamos tanto, que ya no sentía la fatiga y parecíamos connaturalizados con el caballo. En los tra-

*FCE:* coyuntura; pero

*FCE:* que, al fin,

*FCE:* acecho somnoliento.

*FCE:* previo almuerzo

*FCE:* de «curro» de

*FCE:* juzgado

*FCE:* Mezquital resultó

*Ms:* pueblo caluroso, vale

*FCE:* de veras.

---

**a.** *FCE:* jefe político

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

libertades y por encono contra gentes que aprovechaban la influencia oficial en sus negocios particulares, México respondió al llamado maderista. Más tarde, al carrancismo acudieron, con los buenos, los salteadores que se han impuesto a la Nación. Al maderismo concurrieron los patriotas quedando reducidos a insignificancia, matones y logreros.

*FCE:* al llamamiento maderista.

*FCE:* nación.

*FCE:* los patriotas, quedando reducidos a insignificancia matones y logreros.

La conciencia nacional rechazaba a Ramón Corral[117] por ciertas historias turbias de su pasado en la administración de Sonora. Después de Obregón, la República ha tragado la vergüenza de soportar facinerosos a sabiendas de lo que son. La revolución maderista no era regresión sino exigencia de progreso. A Porfirio Díaz podíamos agradecerle ciertos aspectos de nuestro progreso, pero no le perdonábamos el régimen de cuartel, la ley fuga y la explotación del público. Soñábamos con llegar a constituir un gobierno en el que pudieran colaborar sin bochorno los hombres honrados. Empezábamos la campaña sin odio. No éramos fracasados que miran en la revuelta una tabla de salvación. Madero, educado en Europa, hijo de rico, liquidaba sus negocios agrícolas con una ganancia de doscientos cincuenta mil pesos que destinó en su totalidad a la regeneración patria. La mayor parte de nosotros ponía en peligro una situación conquistada con duro esfuerzo. Antes de lanzarse a la lucha intransigente, Madero visitó a Porfirio Díaz y le propuso soluciones cordiales. El Dictador, ciego, como tal, no tomó en cuenta a Madero y quiso burlarse de las oposiciones.

*FCE:* regresión, sino

*FCE:* progreso; pero

*Ms:* a construir un gobierno *FCE:* a constituir un Gobierno

*FCE:* pesos, que en su totalidad destinó a

*FCE:* ciego como

## De intérprete

Con motivo de cierto negocio tuve ocasión de ver por primera vez, de cerca, al viejo Caudillo. Me llevó Warner a una conferencia en calidad de intérprete. Se trataba de solicitar garantías para unos mineros yanquis del Estado de Oaxaca. Nuestro cliente exhibía presentaciones del Presidente americano Taft,[118]

*FCE:* negocio, tuve

*FCE:* del estado

que llegaban a la puerta los caballos ensillados. Visitábamos en ellos los sitios más pintorescos y recorríamos potreros y siembras. Luego, al trote largo, nos dirigíamos al baño. Estaba dispuesto en uno de los sitios más estupendamente bellos del planeta. Ningún viajero del tren de Tampico olvida la primera vez que, a indicaciones del conductor, se *FCE:* olvidaba asomó al boquete, casi bajo la vía, donde a mil metros de profundidad se percibe un claro de luz, sobre agua de oro al fondo de una caverna; allí *FCE:* luz sobre penetrábamos después de trepar a una abertura en la roca entre boscajes y helechos y descender por el interior de la caverna. Deslumbrado el ojo por la refulgencia exterior, sólo lentamente descubre la escala natural que baja y la nave irregular rota a un extremo por la abertura que se divisa desde el ferrocarril. Peste penetrante de guano motiva el relato de las fuertes sumas que este desecho deja al patrón al venderlo para abonos. Al fondo de un abismo se abre, por fin, el espejo de un manantial abovedado, pero anegado en luz. Por el claro desemboca la corriente. Los ecos de las voces engreídas de asombro producen sonoridades solemnes. Vienen a la memoria las estampas de las cuevas rupestres de Europa o de las estatuas que los indostanos tallaron en sitios parecidos. La virginidad de estas cavernas americanas, transforma la *Ms:* que los indoslavos tallaron impresión de pasado en otra de primicia y descubrimiento. Como si fuésemos la primer conciencia humana que se sobrecoge al capricho de las fuerzas *FCE:* la primera conciencia creadoras.

Pronto el agua cristalina moja los cuerpos ávidos de frescura, se animan las ondas muertas con el juego de los torsos, los brazos de los nadadores. La humana sustancia flota desnuda en las aguas y chapotea o salta por las peñas inconsciente de su ritmo estatuario bruñido de claridad solar. Levantando la vista ya de pie dentro del agua, se ve en la altura un punto de luz, estrella de la caverna, el boquete por donde acostumbran mirar los viajeros. Una vez pasó un tren por lo alto mientras nos bañábamos en la

nadie coartase el derecho de entrar libremente a cualquier país del mundo con la categoría inmejorable y común de ciudadano del planeta. La única desazón en el cruce de la línea divisoria era el contraste del bienestar, la libertad, la sonrisa que eran la regla en el lado anglosajón, y la miseria, el recelo, el gesto policíaco que siguen siendo regla del lado mexicano.

Al cambiar de vagón en Texas llamaba la atención un público bien vestido, despreocupado; una humanidad diferente de la nuestra desconfiada y astrosa. Tanto que al penetrar en Texas, cada mexicano, por serlo, ingresaba en la casta de los «greasers»,[a] los grasientos, apodo con que corresponden al *gringo* que nosotros les dedicamos. Aún así, de «greasers», disfrutábamos de mayores garantías humanas que en la patria de Santa-Anna. Ya no éramos la presa de la autoridad. El gendarme yanqui sonreía, bromeaba con el pasante, y los pocos militares a la vista no se creían obligados a ponerse en la cara el gesto del torturador chino. Entrábamos de verdad, en aquellos tiempos, y por puerta franca a «the land of the free», prototipo de nuestros sueños de demócratas.

*FCE:* nuestra desconfiada

*FCE:* Tanto, que al penetrar en Texas cada

*FCE:* Aun así, de *greasers,*

*Ms:* Santa Ana.

*FCE: the land of the free,*

Pasé una noche infernal, estirado sobre el asiento para economizar el precio de la cama. Luego, por la tarde, o antes, a la altura de Cincinati, subió al vagón un mexicano bajito, gordo, cuarentón: se llamaba Madariaga, hablaba cinco idiomas, la hacía de corista en la Ópera, había recorrido Europa y ahora consumaba ensayos de autor teatral. Casualmente, a través del despacho de Don Jesús Uriarte, me había enterado de los asuntos de su madre internada por loca en un asilo y puestos sus bienes en manos de tutor. Esto contribuyó a que me tomara confianza. En el mismo vagón me leyó sus piezas cómicas. Acababa de estrenar una en un vaudeville de Chicago, haría representar otra en Nueva York. El truco de su composición era la caricatura del acento

*FCE:* don

*FCE:* un *vaudeville* de

---

a. *FCE:* los *greasers,*

románicos. Confusamente advertía que estábamos en una época que rompe el hábito de las fuerzas en círculo, que liquida los procesos en ciclo e inicia la dinámica de la espiral que es también la del espíritu. Porque toda plástica para ser artística ha de trasportar la energía de equilibrio pesado del sólido, a modo de la espiral que agita el alma humana. El modelo nos lo dan los caparazones de la vida animal que llega a la perfección en el caracol, instrumento de captación de los ritmos superiores del universo, además de estructura que sostiene una vida. La arquitectura neoyorkina era, pues, fea, no sólo por el abuso de vanos que señala Ruskin, sino porque una torre no ha de ser perpendicular, a lo gótico –esto le roba toda significación–, sino animada de terrazas o balcones ensanchados en leve ritmo de espira que abarca el mundo como los campanarios de México y los torreones mozárabes. Cada anochecer, tras el baño en mi pensión de seis dólares semanarios el cuarto, cenaba en el restaurant popular que hallaba al paso. Siempre uno distinto para elegir algún manjar nuevo aunque ya prevalecía el tipo de comida «standard». Por huirlo me regalaba, incluso en los puestos al aire libre, el par de «soft shell crabs» –jaibas tiernas riquísimas–, o los ostiones fritos, todo sin regla y a la hora que entra el antojo; a veces antes, a veces después de la lectura. Consumaba ésta en la Biblioteca de mi barrio. Allí empecé las lecturas indostánicas de Max Muller y Oldenberg, sin omitir el caos teosófico de la Blavatzky y la Bessant. La confusión de estas últimas me dio la idea de tomar notas que más tarde se convirtieron en mi libro «Estudios Indostánicos»,[129] destinado a combatir falsificaciones. Cerraban a las once la Biblioteca y volvía a mi cuarto para echarme en cama fatigado pero sin sueño. Me había salido una erupción como eczema que me tenía rascando toda la noche. Atribuyéndola a la mala digestión, me laxaba y ayunaba, pero el mal seguía. Antes de lo necesario, estaba ya de pie y tras el baño y el desayuno, otra vez a recrear-

*FCE:* románicos: confusamente

*FCE:* la espiral, que

*FCE:* de transportar la

*FCE:* de espiral que

*FCE:* mozárabes. § Cada

*FCE:* comida estándar.

*FCE:* el par de *soft shell crabs*

*FCE:* biblioteca

*FCE:* Max Müller

*FCE:* libro *Estudios indostánicos*.

*FCE:* fatigado, pero mi sueño. Me había salido erupción

*FCE:* ayunaba; pero

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

reclutados entre la soldadesca victoriosa, sino una serie de medidas agrarias que aumentando la producción destruyeran el latifundio. El plan zapatista de ocupar fincas por la violencia y repartirlas a los soldados, era el antecedente del Plan de Lucio Blanco en los comienzos del carrancismo y de los apoderamientos de tierra que Carranza no pudo evitar durante su régimen anárquico.[154] El Plan de Madero, en cambio, suponía una política de consecuencias progresistas. De haber triunfado, de haberse impuesto el maderismo, no habrían aparecido jamás, los latifundios revolucionarios de los Álvaro Obregón en Cajeme, de Plutarco Elías Calles en el Mante, de Pablo González en Morelos, de Amaro en Durango, etc., etc. Fácil nos fue en la Convención derrotar a los seudoextremistas que se imaginan avanzados porque practican el método romano de asignar la tierra a quien la conquista.

*FCE:* producción, destruyeran

En la cuestión religiosa nuestro triunfo fue arduo. Se trataba de quebrantar una tradición maldita y no faltaban en nuestras filas los rezagados del seudoliberalismo que reclamaban la aplicación literal de las leyes de Reforma. A don Porfirio nunca se habían atrevido a exigirle la clausura de los conventos ilegales conforme a la Constitución. En nuestra lucha por la rehabilitación de las Instituciones, tampoco contribuyeron los comecuras apegados más o menos al porfirismo. Pero llegado el momento que se podía actuar con impunidad, ¿cómo iban a faltar sus gritos destemplados? Los derrotamos fácilmente, porque no estaba en el ambiente la discordia religiosa. Y aunque a los líderes del maderismo, los católicos en sus diarios nos trataban con injusticia, ninguno de nosotros se dejó llevar de la pasión personal. Todos o casi todos conveníamos en la lealtad del punto de vista de Madero. Creía éste que la política de conciliación, uno de los aciertos de Porfirio Díaz, debería ser elevada a la categoría de ley. Pues si ya se había establecido una práctica que toleraba los conventos, ¿por qué no reconocerlo públicamente? ¿por qué no

*FCE:* Leyes

*FCE:* conventos, ilegales

*FCE:* las instituciones tampoco

*FCE:* fácilmente porque

*FCE:* maderismo los

*FCE:* ¿Por qué

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

nuestra prédica revolucionaria, que no contribuyó al peligro ni oyó la voz del deber»... El efecto fue inmediato; se juntaron todas las escuelas y decidieron celebrar una manifestación de protesta contra mi persona. Por momento recibía de los amigos noticias de la marcha de los debates y de los términos del plan aprobado. Los diarios de la tarde publicaron los discursos adversos y el programa de la manifestación hostil. Una palpitación de odio conmovió a la ciudad. A eso de las seis de la tarde desembocaba la columna por Plateros. Varios miles de colegiales venían de sus escuelas del rumbo de San Ildefonso y se dirigían a mi despacho en la calle de San Francisco. Avanzaban por la avenida gritando «mueras» y deteniéndose en las esquinas para pronunciar discursos. El público de paseantes que a esa hora llena la avenida, escuchaba con maledicencia y curiosidad. Por la lengua ingenua de la juventud hablaba el rencor anónimo. Algunos oradores no me conocían, pero se exaltaban adjetivándome. Cuando llegaron casi a la esquina de la «High Life», cerré mi balcón y bajé a la calle para curiosear. Me situé enfrente por el callejón de los Azulejos. Allí, con la salida franca, escuché la algarabía. No pasó de algún vidrio roto en los bajos. Los manifestantes llegaron ya fatigados y como mi balcón era alto y lo vieron a obscuras, duraron poco en su labor ofensiva. Se dispersaban ya cuando un grupo me vio, al borde de la acera. La sorpresa de encontrarme a pie, revuelto entre ellos, me dio tiempo para cambiar de calle y perderme de nuevo entre la gente. A la vuelta tomé un taxi.[a] No había querido que uno solo de mis amigos me acompañara en el trance, porque secretamente y en sitio previamente convenido, me esperaba Adriana. La encontré excitada, nerviosa, casi dichosa. Ella también había buscado la manifestación y desde un auto la siguió a distancia.

*FCE:* paseantes, que

*FCE:* la *High Life,*

¿Ahora qué haría yo? ¡Qué bien les había dolido

---

a. *Aquí termina el capítulo en* JUS.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

obsequio; una barrica de vino francés, un fonógrafo, provisiones, algunas veces dinero, pero temía ver con mis ojos lo que se me aparecía como un tormento insufrible. Cuando supo que había visitado a Concha me mandó instar para que también la viese a ella. Por fin, una tarde hice la caminata cuesta arriba desde nuestro domicilio de Tacubaya, a la mansión conventual, ubicada frente al cuartel que quisimos tomar cuando el complot. Esperaba encontrarla deshecha y pálida y me sorprendió presentándose con la misma risa jovial de antes, con un tono más dulce y cierta luz en el semblante. Desde el recibidor en que estábamos se oía la banda militar.

Irrumpían sones de estruendosa mundanidad y sin poder evitarlo descuidaba la conversación para imaginar las horas de tormento de quince o veinte jóvenes en clausura perpetua, obligadas a escuchar dos o tres tardes por semana, los ecos de la dicha fácil del amor y el placer sin trabas. La tentación del goce físico sin duda las obsedía más que la soledad. Sus almas estaban dadas a Dios pero el apetito primitivo sin duda sacudía la carne reprimida, sedienta. La conversación de ella revelaba despreocupación y más allá de la conformidad, alegría. Sin embargo, mi demonio interior preguntaba: ¿Cuántas veces un descarado paso doble habría provocado esa sensualidad que incita a salir a la esquina a ofrecerse?... Bromeando le dije: «Bueno, ¿todavía no te arrepientes? Recuerda que aun es tiempo... Si te sales, te llevo a un baile en Palacio, te paseo en auto vestida de seda por Plateros.» Pero ya no era la misma; sólo una indulgencia amable recordaba su antigua locuacidad. Lo que más conmovía en ella era cierta efusión entrañable que le salía en la voz y el ademán como de quien mucho sufrió y a la postre logró vencer.

*FCE:* escuchar, dos

Bajando la calle, de regreso a la casa, las lágrimas me corrían a dos carrillos, mientras reflexionaba: «Qué profundidad de dolor habrá sido necesaria para engendrar alegría tan serena.» Sin duda, torrentes de lágrimas y largas horas de agonía, creci-

## El averno

Faltaban ya pocas semanas para que se consumase en Washington el cambio de gobierno que habría de librarnos del enconado Embajador. Unas sesiones más de esgrima diplomática, y luego, con la salida de Taft cesarían las notas, cambiaría el rumbo internacional. El mismo cálculo se hacían, sin embargo, el Embajador y los traidores que visitaban la Embajada extranjera. Con desvergüenza que parece increíble, no sólo concertaron, también firmaron un documento que dieron a la publicidad al triunfar, el Pacto de la Ciudadela; trato de canallas, convenio de matricidas; por él se coludieron los conspiradores con el agente de Washington para derrocar al único gobierno legítimo de toda la historia mexicana.

*FCE:* embajador.

*FCE:* embajador

*FCE:* al triunfar: el Pacto *Ms:* al triunfar el Pacto

*FCE:* derrocar el único

Estaban presos los principales jefes de la conspiración, y, sin embargo, los rumores corrían precisos, se hablaba de fechas y de nombres, de regimientos comprometidos. Por mi parte, tantas veces había visto fracasar a los descontentos, tan vigorosamente había logrado reaccionar el gobierno, que no aceptaba la seriedad del riesgo. Mi contacto frecuente con zonas distintas de diversos Estados afirmaba mi optimismo. Por todas partes se pensaba en trabajar al amparo de una administración reconocida como honesta. Y la gente disfrutaba su libertad. Así que partí sin preocupaciones para Tampico al desempeño de una gestión profesional, la autorización para una nueva refinería.[a] Tan ajeno estaba a lo que iba a ocurrir, que por primera vez decidí llevar a Adriana. No es que lo pensara tampoco; se cometen tales imprudencias, por imperativo de la pasión. Hay en el amor un instante exaltado en que los amantes subirían a una torre para abrazarse a la vista del mundo. El delirio que los transfigura reclama el estruendo. No fue esta ocasión una torre, sino el reservado del coche dormitorio, donde se abrigó nuestro escándalo. Asomados a la misma ventanilla

*FCE:* Gobierno

*FCE:* estados

*FCE:* profesional: la autorización

*FCE:* imprudencias por imperativo

a. *El fin de este párrafo y los ocho siguientes no figuran en* JUS.

sangrienta se prolongaba. Por el barrio de Adriana, entre los jardines y chalets de lujo, hubo necesidad de levantar piras de cadáveres para quemar los caídos en las cercanías. Por las mañanas, siempre que había vehículo, me trasladaba a Palacio. Las tardes las pasaba con Adriana, y las noches en mi casa. Corrió el rumor de que quizás se emprendería el ataque con tropas de refuerzo, llegadas de los Estados. *FCE:* los estados. En realidad, el refuerzo consistió en hacer traer el batallón de Blanquet, el mismo que meses antes ametralló en Puebla a los maderistas. El título honorífico de este Blanquet, cofrade de Victoriano Huerta, era haber sido el soldado que dio el tiro de gracia a Maximiliano. Parece que estos servicios de verdugo aseguran consideración permanente en ciertos ejércitos. Las declaraciones que los diarios arrancaban a Blanquet, no fueron tranquilizadoras. *FCE:* Blanquet no Aseguraba que su misión era contribuir a la pacificación del país, pero ni una palabra de la lealtad que ya se le negaba.

Por fin, un medio día Victoriano Huerta puso *FCE:* día, Victoriano cátedra digna de los más recientes matadores de hombres: Amaro,[173] Calles o Eulogio Ortiz.[174] En nuestra *FCE:* hombres. En nuestra historia del crimen, el sacrificio de Gustavo Madero corre parejas con la emboscada que Carranza puso a Zapata, con la que Obregón y Calles pusieron a Villa. También el envenenamiento de Flores, rival peligroso de Calles, la ejecución de Serrano y Gómez; lo de Topilejo[175] y lo que ha seguido, todo arranca de aquella tarde sombría, del encumbramiento de un traidor. *FCE:* sombria del

Gustavo se había instalado en Palacio al lado de su hermano. Además, se había demostrado peligroso, rindiendo él en persona a todo un grupo de oficiales cuando el asalto a Palacio por los reyistas. Ya no se burlaban de él, lo temían. Y Victoriano Huerta lo invitó a comer. *FCE:* comer. § –Esta –«Esta misma tarde –le dijo–, tomaré la Ciudadela, pero antes he mandado preparar un almuerzo, en el restaurant Gambrinus (en el centro de la ciudad), y quiero que usted nos acompañe. Estaremos yo y mis oficiales y algunos íntimos. Dos altos jefes vendrán a buscarlo a medio día.» *FCE:* día. § Gustavo Gustavo era un hombre arrojado. No tenía es-

mayor sería el estallido nacional. Oscuramente, tímidamente, se esparcían los rumores. En Guerrero se habían vuelto a levantar en armas los Figueroa. Salieron tropas para Guerrero. En Sonora la Legislatura desconocía al nuevo régimen. De Coahuila llegaban noticias vagas. Don Venustiano ponía condiciones. No era maderista. Él también había estado a punto de levantarse contra Madero, pero ahora reclamaba que le conservasen el gobierno de Coahuila, y, mientras Rodolfo Reyes salía a parlamentar con Carranza, la Legislatura de Coahuila por voto unánime, impuso el camino de la rebelión.

*FCE:* Madero; pero

*FCE:* Coahuila, por

No todo estaba perdido. Era el momento de conspirar y repartir los fermentos. En mi bufete comencé a despedir clientes; otros me dejaron antes de que los despidiera. Aquello sería centro de conjuraciones hasta que viniese a cerrarlo la policía. El pormenor de estos días pavorosos requiere, por su extensión, el espacio aereado de otro volumen. Ojalá me sea dado escribirlo pronto y deshacerme de tanto recuerdo en favor de la imprenta, pues a semejanza del marinero de Coleridge:

*FCE:* aireado

«till my ghastly tale is told,
this heart within me burns.»[1]

*FCE:* till
*FCE:* burns.

FIN

[1] Mientras no concluya mi cruel relato por dentro arderá mi corazón.

este sentido, su obra más representativa», *Diccionario de escritores mexicanos,* UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1967, p. 5.

33. John Stuart Mill (1806-1873). Economista y filósofo británico. Positivista, amigo y protector de Auguste Comte.

34. Johann Friedrich Herbart (1776-1841). Filósofo y pedagogo alemán.

35. Krause (1781-1832). Filósofo cuya línea de pensamiento es una síntesis del idealismo alemán y de la moral cristiana.

36. Johann Heinrich Pestalozzi (1746-1827). Pedagogo suizo.

37. Justo Sierra O'Reilly (1848-1912). Escritor y político mexicano. Fue ministro de Educación del presidente Porfirio Díaz.

38. Gustave Le Bon (1841-1931). Médico y sociólogo francés, conocido como vulgarizador de las nociones de psicología colectiva. Consideraba el mestizaje como una degeneración.

39. René Worms (1869-1926). Sociólogo francés. Fundador del Instituto Internacional de Sociología. Uno de los teóricos del organicismo.

40. John Locke (1632-1704). Filósofo empirista inglés. Para él, la experiencia es la fuente única del conocimiento, de la que deriva toda idea.

41. Antonio Caso (1883-1946). En su juventud formó parte activa de las reuniones que dieron origen, en 1906, a la revista *Savia Moderna.* Desde el seno del Ateneo de la Juventud combatió la corriente esclerosante del positivismo. Su repulsa del intelectualismo coincide con la de Pedro Henríquez Ureña y José Vasconcelos. Desempeñó el cargo de Rector de la Universidad de 1921 a 1923. Maestro por excelencia, expositor brillante, suscitador constante de inquietudes filosóficas, Caso profesa un humanismo militante, un pragmatismo desinteresado y cristiano basado en la concepción de la existencia como caridad.

42. Max Weber (1864-1920). Sociólogo alemán. Influido primero por las ideas marxistas, Weber intentó luego aplicar a la sociología, «ciencia del hombre como ser actuante», un método compensivo.

43. Wilkelm Windelband (1848-1915). Filósofo alemán. Interpretó el criticismo kantiano en un sentido axiológico y encargó a la filosofía la elucidación de los valores absolutos, lógicos, morales y estéticos, constituyendo la «conciencia normal» afirmada a título de postulado.

44. Francisco Bulnes (1847-1924). Historiador porfirista. Autor de *El verdadero Juárez* (1904). «El buen dictador», diría Bulnes en un discurso, «es un animal tan raro que la nación que posee uno debe prolongarle no sólo el poder sino la vida», citado por E. Krauze, *Siglo de caudillos,* Barcelona, Tusquets Editores, 1994, p. 308.

78. Etienne Vacherot (1809-1897). Filósofo francés. Publicó una *Historia crítica de la Escuela de Alejandría* (1846-1851).

79. Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912). Ensayista y crítico español. Su obra sobre la desviación del pensamiento religioso, *Historia de los Heterodoxos* (1880-1882), le dio una fama merecida.

80. *Cf.* nota 62.

81. Tales de Mileto (-625/-546). Matemático, físico, astrónomo y filósofo griego.

82. Pitágoras (s. VI a. C.). Filósofo y matemático griego.

83. José Vasconcelos, *Pitágoras: una teoría del ritmo,* La Habana, Imprenta «El Siglo XX», 1916, 61 p.; 2ª ed., México, Editorial Cultural, 1921, 148 p.

84. En *El monismo estético* (1918), Vasconcelos apunta: «Otro ensayo relacionado con el origen de la tragedia, de Nietzsche, es el que conservo inédito, sujeto a correcciones, sobre la Estética del Baile. El baile es expresión de ritmo, por lo mismo, expresión mística. Lo estudio en tres maneras: la apolínea de los frisos griegos y el teatro de Isadora Duncan; la dionisíaca, representada en los bailes populares de España, ricos en animación lujuriosa y sentido trágico; y el baile místico de los templos brahmanes, cuyo ritmo ya no es sensualidad sino alegría de unión con lo Infinito», *Obras completas,* tomo IV, p. 13.

85. Jesús T. Acevedo (1882-1918). Arquitecto capitalino, uno de los fundadores de la Sociedad de Conferencias y del Ateneo de la Juventud. Algunos de sus escritores se reunieron en *Disertaciones de un arquitecto* (1920).

86. David Hume (1711-1776). Filósofo británico. Empirista, su filosofía es una crítica del racionalismo dogmático de los Metafísicos del siglo XVII.

87. Arthur Schopenhauer (1788-1860). Filósofo alemán. Obra principal: *El mundo como voluntad y como representación* (1818). La inteligencia, originariamente vinculada con el querer-vivir, puede desprenderse de esta servidumbre por el Arte, contemplación desinteresada de la Idea o expresión inmediata de la voluntad, por la compasión y el ascetismo.

88. Giacomo Leopardi (1798-1837). Escritor italiano. Su «conversión» a la poesía (1816) fue seguida en 1818-1819 por una «conversión filosófica» al materialismo y al «pesimismo histórico» que, en la continuación de Rousseau, descubre una irredimible fractura entre la naturaleza feliz y la civilización, privada de las ilusiones vitales.

89. Upton Real Sinclair (1878-1968). Polemista y novelista nortemericano.

90. Henrik Ibsen (1828-1906). Poeta y dramaturgo noruego. Estrena *Peer Gynt* en 1867.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

ofrece una perspectiva continental donde el antagonismo norte/sur se plantea ya en términos de imperialismo, pero de contenido económico y cultural equilibrado. Una vez definido, el término se difundirá como impulsado por una fuerza que lo convertirá en un irresistible maremoto de contenido puramente cultural, inmediatamente después de la aparición de estas *Memorias* vasconcelianas (1936).

consciente y de ideales como Vasconcelos debería interesarle no la persona sino la causa; no los hombres sino el sentido de la acción política».[24]

Por su parte, Gonzalo de la Parra escribe que «en materia política [el libro] contiene un juicio apasionado todavía sobre el porfirismo [...], otro juicio del maderismo y de Madero [...] pero inexactos ambos. No tiene Vasconcelos condición alguna de historiador y menos aún de historiógrafo de los acontecimientos de los que fue actor».[25]

R. L. Martín comenta: «Hermosamente escrito, en un estilo versátil que va del lirismo al humorismo, debe su éxito a maliciosos ataques a Calles y su círculo. Como galería de personajes contemporáneos es agradable, aunque acaso no de mucho crédito. No puede ser considerado como un documento social ni siquiera como una amplia reflexión sobre México [...]. Aunque Vasconcelos estuvo asociado a la mayor parte de los personajes que aparecen [...] adviértese que frecuentemente dejó prevalecer la pasión política sobre el juicio sereno».[26]

Para Ramón Puente, «lo que más atormenta a Vasconcelos es la política y las antipatías que le dejan algunos hombres con los que quisiera ser implacable como un inquisidor [...]: Carranza, Luis Cabrera, Palavicini, Soto y Gama, Alberto J. Pani [...] y por último Calles, a quien mira como modelo de los tipos más nefastos [...]. También en política es un místico en sus odios y en sus amores [...]. Hablando de hombres es tan apasionado como injusto, pero su cólera tiene muchos rasgos de valor y sinceridad, como la de los perpetuos rebeldes [...]. No se serenará jamás para hacer historia ni filosofía; pero en cambio, hará hermosos panfletos y frases apocalípticas».[27]

Otro defiende a la Revolución de los «ataques» de Vasconcelos catalogándolo de reaccionario: «Por encima de la opulenta vestidura literaria, palpita el odio ancestral que lo anima contra lo que reconoce legítima tradición de la nacionalidad, ya en el pauperismo de los desheredados, ya en la ignorancia de las masas explotadas, o en las ansias angustiosas por la rehabilitación patrimonial, donde se revela más vigorosamente la conciencia tradicional de una raza vencida, despojada e irredimida. Literariamente es una joya». Pero el articulista estima que «expresa, con peligrosa belleza de estilo, el pensamiento conservador de Lucas Alamán».[28]

---

[24] Jorge Useta, «Al margen de la actualidad. Miscelánea II», *El Universal Gráfico*, 5-VIII-35, pp. 6 y 13.

[25] Gonzalo de la Parra, «Punto de vista: las confesiones...», *op. cit.*

[26] R. L. Martin, «México a tientas...», *op. cit.*

[27] Ramón Puente, «La autobiografía...», *op. cit.*

[28] Miguel Mazín Cervantes, «El libro de un criollo», *El Ilustrado*, 15-VIII-35, p. 51. La acusación de que Vasconcelos representaba la reacción persistió en los años siguientes y se vio reforzada por sus actitudes políticas posteriores, por lo que interesa indicar aquí su posición al respecto poco antes (abril del 35) de la publicación del *Ulises*: «Por mi parte prefiero no actuar a convertirme en bandera de reaccionarios. Si nuestro papel ha de mantenerse digno de los sacrificios que ha costa-

mente, a este sentimiento, que se convirtió en el más fundamental de su carácter y de su existencia. La biografía de Vasconcelos es la biografía de sus ideas. Este hombre no ha tenido sino ideas que viven: ideas que aman, que sufren, que gozan, que sienten, que odian y se embriagan; las ideas que solamente piensan, le son indiferentes y hasta odiosas. El *Ulises criollo* es, por esta causa, el libro en que la filosofía de Vasconcelos encuentra su genuina, su auténtica expresión [...]. Su filosofía es una emoción, con frecuencia intraducible; y las emociones son incomunicables por la inteligencia. Pero tan inconsistente, tan pobre y tan confusa como es su doctrina cuando se la mira pensando, es vigorosa, imponente y fascinadora cuando se la mira viviendo [...]. Sus ideas filosóficas, sus ideas artísticas, sus ideas políticas y morales, toda su existencia intelectual reproduce este afán místico insaciable, que no se conforma con vivir en el interior de su alma individual, y tiende a inflamar todo lo que encuentra a su alrededor».

Cuesta señala además el vínculo entre las ideas del intelectual y el movimiento revolucionario, conexión que pocos historiadores advierten: «Su presencia en la vida del Ateneo de la Juventud es significativa de que el espíritu de Vasindividuo. Antonio Caso, el otro director espiritual del Ateneo, en nombre también de la mística, destruyó las bases positivistas de la educación nacional. Siempre sorprenderá que el movimiento revolucionario que se desarrolló en la política mexicana de 1910 a 1924 se haya visto acompañado de una mística en el plano del pensamiento. Y aún sorprenderá más que esta mística haya dado a la Revolución su programa educativo. Pero, por mucho que sorprenda y siga sorprendiendo, y por incomprensibles que sean las causas que lo motivaron, el pensamiento de Vasconcelos aparece tan íntimamente ligado al movimiento revolucionario, que no es posible considerar al uno separado del otro. Se ofrece aquí una contradicción que el propio espíritu de Vasconcelos no ha podido coordinar y llevar a una profunda unidad dichosa. Para decirlo exactamente, es la inteligencia lógica de Vasconcelos quien fracasa en esta empresa explicativa. Pues la vida de Vasconcelos es esta contradicción en persona. Puede decirse que en él se desespera y se inconforma consigo misma "la realidad mexicana", en un intento religioso de superación moral. La circunstancia de que Vasconcelos, en nombre de este intento, condene con una pasión inagotable y ensoberbecida muchos aspectos de nuestra vida política, es significativa de que la mística de Vasconcelos y la vida política del país guardan una relación que es más profunda de la que puede explicarse por la pura influencia personal del pensamiento de este hombre, a quien tiene que calificarse de extraordinario».

La obra fue propuesta para el Premio Nacional de Literatura de 1935: «En este año que fenece, publicó el Lic. Don José Vasconcelos su *Ulises criollo* [...]. Ese

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

para dar voz a un lamento: presenta la imagen no de un hombre que algún día podría ser presidente, sino de un hombre que hubiera podido serlo si su país hubiera obrado con sensatez. El proyecto autobiográfico le proporciona un descanso, un período para ajustar cuentas: marca el intervalo entre su fracaso como héroe político y su retorno a la escena pública como panfletista, armado de reflexiones no precisamente favorables a la política mexicana. Como afirma el propio Vasconcelos, el escribir su autobiografía le permite «un descanso, y también [...] ver el asunto entero con mejor perspectiva».[6] Mi lectura procurará elucidar la naturaleza exacta de este «asunto entero».

La autobiografía de Vasconcelos está dividida en cuatro volúmenes escritos entre 1931 y 1939. El primer libro, *Ulises criollo,* va desde la infancia hasta el asesinato de Madero, a cuya causa se había unido Vasconcelos. *La tormenta* llega a 1920, cubre los caóticos regímenes de Huerta y Carranza, las frecuentes ocasiones en que Vasconcelos tuvo que darse a la fuga o exiliarse, y sus crecientes obsesiones eróticas; asimismo es «la crónica del terror con que los mexicanos liberales vieron a las masas adueñarse de la Revolución y ocupar el país, la violencia y la ignominia de sus manipuladores».[7] El tercer volumen, *El desastre,* abarca de 1920 a 1928; describe la actuación de Vasconcelos como secretario de Educación Pública bajo Obregón, el enorme esfuerzo colectivo al que convocó para desarrollar una cultura nacional, el deterioro del proyecto y su creciente desencanto con un régimen que, bajo la influencia de Calles, cada vez entraba en mayores componendas con los caudillos militares. Por último, *El proconsulado,* cuyo título alude sarcásticamente a la intervención del gobierno norteamericano en los asuntos mexicanos a través de su embajador, hace a grandes rasgos la crónica de la derrota política de Vasconcelos, de sus desastrosas relaciones con Antonieta Rivas Mercado que terminaron con el espectacular suicidio de ésta en la catedral de Notre-Dame, en París, y de sus primeros años en el exilio. Volviendo al punto de partida, el relato de vida termina donde comenzó, es decir en el momento en que Vasconcelos empieza a escribir el primer volumen de su autobiografía.

Un resumen cronológico como el que acabo de intentar necesariamente traiciona el espíritu de esta autobiografía. Parecería que se tratara de una historia del México de la época, de un enorme mural como los que el propio Vasconcelos comisionó,[8] un mural donde el autor figura como narrador, participante e incluso protagonista, pero cuya magnitud inevitablemente lo empequeñece

[6] *El proconsulado,* en *Memorias,* II. México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 1141. Cito en adelante por esta edición salvo en lo que se refiere al *Ulises criollo,* para el cual las citas remiten al presente volumen. Las abreviaturas *T, DS* y *PR* corresponden a *La tormenta, El desastre* y *El proconsulado.*

[7] Blanco, *op. cit.,* p. 66.

[8] O bien, como escribe Monsiváis refiriéndose a los esfuerzos de Vasconcelos por explorar las

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Pudimos comprobar que las pistas abiertas por la «Advertencia» introductiva eran eficientes para la lectura de su obra. En efecto, tenemos en *Ulises criollo* una dualidad estructural que corresponde perfectamente al contenido del enunciado, y a los caminos marcados por la enunciación discursiva. Estos caminos en un principio, y abarcando los dos tercios de la obra, marcan claramente un espacio autobiográfico, una voluntad de recrear y recuperar un pasado remoto del vivir personal, sin «aspirar a la ejemplaridad, sino al conocimiento» («Advertencia»). Así es como J. Vasconcelos, desde su punto de vista enunciativo de los años 30, lleno de amargura del fracaso político personal y preso de inquietas dudas existenciales, estableció, mediante la escritura, con futuros lectores un proceso de investigación autobiográfica. A través, como lo vimos, de inquieta y precisa red de interrogantes sobre el pasado personal, el autor del *Ulises criollo* fue aclarando y dibujando el sentido de su destino marcado por el constante anhelo de conocimientos intelectuales y de creación literaria, por un entrañable amor a la patria, a sus valores culturales criollos y a sus bellezas geográficas y arquitectónicas. Vimos también cómo la memoria y la escritura autobiográfica desentrañaban en la infancia la apremiante determinación al destino heroico (véase el modelo propuesto por la instancia materna en el fascinante e inolvidable «Comienzo» del *Ulises criollo,* y en los otros muchos capítulos: «Oirás hablar de mí...». Puede ser, como lo vimos, que todo el proceso de investigación autobiográfica de Vasconcelos estuviera encaminado a la explicación y justificación del cómo y porqué de su actuación *heroica,* de su compromiso político responsable de la crisis y del exilio en el que se hallaba en el momento de la escritura.

Lo que no podemos dejar de subrayar ahora es la ambigüedad de la aclaración final de esta meta o propósito autobiográfico. La *revelación oaxaqueña* aparece fundamental, pero por otra parte rápidamente se pierde el camino de la enunciación propiamente autobiográfica y se da por imposible el ahondamiento de *los motivos profundos.* En efecto, es cuando el recuento vital llega al punto de coincidencia de los años del compromiso político que la escritura del *Ulises criollo* cambia de índole y de estructura. Es como si la investigación autobiográfica le hubiera revelado su lógica interna, privada, y que ésta dejara de interesarle como tal. El recuerdo recobrado por la escritura, aunque a medias palabras y con púdica reserva, del proceso de elucidación de *la novela familiar* parece haber devuelto al autor la seguridad interior perdida, justificándole en su empresa pasada como en su renovado deseo de reivindicación histórica del ideal fracasado.

Por eso el último tercio del *Ulises criollo* se aleja de la autobiografía. Ya no se trata de utilizar la escritura como medio de conocimiento o reconocimiento del destino personal, sino como fin para defender y justificar ese mismo destino en su elección del compromiso político. La pluma de Vasconcelos se vuelve la de

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

## *ULISES CRIOLLO*. UNA VIVISECCIÓN, EL ALMA Y LA CARROÑA*

*Oliverio Toro*

Agotada la primera edición en unos cuantos días, próxima a agotarse la segunda y por aparecer la tercera, *Ulises criollo*, autobiografía de José Vasconcelos, ha batido en brevísimo tiempo todos los récords editoriales en nuestro país.

El éxito, además de explicable, es lisonjero; porque demuestra, una vez más, que no es precisamente lectores lo que en México faltan, sino autores que sepan despertar el interés o mantener la expectación.

Este solo libro del maestro bastará a compensarnos con creces, en lo que va del año, de tanto papel como se pierde en la insaciabilidad de las prensas incitadas por el sarampión que ataca a tanto plumífero, por dar a la estampa sus lucubraciones.

En la noche herida por la luz incipiente de los fuegos fatuos, se encendió un lucero. La llanura, encharcada de aguas inútiles o pestilentes, se vio barrida por el torrente cristalino, si arrasador, también fecundizante. Los impotentes balbuceos fueron acallados por el verbo grávido.

La vida del autor, escrita por él mismo, «escrita con sangre», resárcenos del tiempo que comenzábamos a perder tediosamente en la lectura de esta o aquella gran novela mexicana, cuyos autores a palos, mojan la pluma en bandolina de peluquería arrabalera; y nos alivia de la náusea que produce el acercarse a las inepcias de los lupanarcillos literarios de elogio mutuo, inverecundo y rutinario.

*Ulises criollo* es el libro de un pensador señero, que empieza a transmitir su mensaje con una sinceridad cruel hasta el pungimiento. Intrincado y vario, como una obra de ataujía, apasionante y obsedente como un acto de contrición; sobresalta al prejuicio y desconcierta a la estandarización ambiente, dispuesta a solapar y aun a usufructuar los actos más abominables, siempre que no se interrumpan las buenas maneras, que no se infrinjan las conveniencias sociales; pero que abominará de quien se atreva a proferir palabras de verdad que llevan imbíbito un anatema.

Los mojigatos calificarán a Vasconcelos de cínico; de ególatra, los necios; de inconsecuente, los políticos; pero al fin y a la postre, aunque a revientacinchas, se producirá esta exclamación unánime:

—Sin embargo, hay que convenir en que su talento es excepcional.

Cínico, porque proclama verdades que el común de los mortales no acierta a concretar ni mucho menos se atreve a decir; vanidoso, porque no tiene empacho en declarar que siente en él una chispa divina que abrasa su cerebro, ni en confesarse poseído de que en cierta manera es gracia también y signo inequívoco de predestinación; inconsecuente, porque abominando, como abomina, de lo que él llama militaroidismo analfabe-

* *Excélsior*, 1º de agosto de 1935, pp. 5 y 7.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Don Armando Palacio Valdés, culto escritor español, ultimamente exponía un pensamiento que es perfectamente aplicable a Vasconcelos: «Las aguas revueltas no envenenan, son las tranquilas las que guardan en el fondo la pestilencia. Así como el cuerpo se fortifica con las bruscas transiciones de la temperatura, también nuestra alma se vigoriza con las violentas sacudidas de los sucesos».

La primera juventud de Vasconcelos, de estudiante, es borrascosa y obscura. Una pesadilla continua de día y noche; estudiando apenas y pasando el tiempo entre mujeres, guitarras y cantinas no es más que la repetición de tantas otras vidas de estudiantes. Sin embargo, vive en él latente el espíritu de rebeldía y superación. «Lentamente había ido escapando a la abyección de nuestras fiestas estudiantiles» nos dice, y más adelante, ya recibido de abogado comenta: «Me complacía haber concluido pronto con la vida de estudiante: verdadera pesadilla la de aquellos años de placeres bajos y ambiciones locas; vida parasitaria y mezquina, disimulada con palabras altisonantes: ideales, juventud».

Y ese mismo afán de superación le hace exclamar más adelante, al comentar su breve estancia en Durango como Fiscal Federal: «¡Ni quiero volver a ser lo que fui, ni amaré mañana este yo de hoy que tanto necesita mejorar a fin de que yo mismo lo encuentre amable!»

Ya de abogado, trabajando primero para una firma norteamericana y después en su pro pio despacho continúa su vida agitada y luchadora.

Seguimos con interés los principios de la revolución encabezada por Madero, y a la que Vasconcelos tomó interesante actuación intelectual y material. Con una posición lucrativa y un porvenir halagüeño, no vaciló en largarse a la aventura incierta y peligrosa que representaba la revolución. «Sin pertenecer ni remotamente a cualquiera de las facciones gubernamentales, veía acrecer mis entradas, poseía casa propia y porvenir seguro. Pero, ¿qué sabe nadie de los motivos profundos que van determinando el destino? La convicción de que el porfirismo era una cosa podrida y abominable había ido arraigando en mi sensibilidad. La evidencia de los atropellos diarios, cometidos a ciencia y paciencia del régimen, y un sentimiento de dignidad humana ofendida, convertían en pasión lo que primero había sido desagrado y sorpresa».

Vasconcelos nos hace vivir las angustias, sobresaltos, esperanzas, entusiasmos, tristezas y decepciones del movimiento libertario de Madero, hasta que la mano traidora y homicida de Victoriano Huerta consumó el sacrificio. Nos hace renacer la esperanza, cuando pinta los ideales y actitud de Madero durante la época institucional y cívica que por primera vez se ha vivido en nuestra patria. «La noche en que empezaron a llegar noticias de las elecciones de diputados, cené con don Francisco Madero en la casa de sus padres, por la Colonia Juárez. No se sabía allí una palabra del resultado, ni se sospechaba qué Partido obtendría la mayoría. Para esperar noticias nos fuimos después de la cena al teatro y en el palco presidencial supo Madero el triunfo de muchos amigos y de no pocos enemigos. Y celebramos todos el contraste de un presidente demócrata que se informa de los nombres de los diputados al mismo tiempo que el público y el antiguo Presidente que formaba la lista del Congreso meses antes de la elección».

Si una vez ya sucedió en nuestra historia este hecho democrático y cívico nos alienta en la lucha para que, nuestros hijos, puedan disfrutar no como excepción y caso insólito de un momento de vida ciudadana, sino que se convierta en realidad continua, en cos-

## EL LIBRO DE UN CRIOLLO*

*Miguel Mazín Cervantes*

El señor licenciado José Vasconcelos, al hacer su propia biografía en un libro, donde a sí mismo se nombra *Ulises criollo*, cuyo es el título de la obra, prefirió proclamar su casta, omitiendo su nacionalidad con afrenta y despecho.

Desde el nombre del libro, pues, identificamos en *Ulises criollo* al conservador de abolengo, y confirmamos su filiación apenas comenzada la lectura. Refiere ufano la repatriación de su abuela, merced a la tardía expulsión de los españoles, cuando pretendieron rectificar sus tremendos errores los últimos insurgentes, que tan deplorablemente transigieron en Iguala con el criollaje, que llevó la representación de los privilegios conquistadores.

Y más adelante descubre la razón medular de su criollismo altanero. Cuenta que recibió una tajada del botín de la conquista, en los restos de una riqueza formada de seguro con el despojo indígena, consumada en el insaciable proceso confiscatorio de tres siglos de acción española y criolla.

Se entiende que, sin estos elementos, habríamos desconocido también, a poco andar, al criollo despechado y egoísta, que atribuye a su casta una superioridad específica, basada, por invertido concepto de la dignidad, en el bastardato ignominioso que fundó la canalla de Madrid, Toledo y Sevilla –como dice el español González Blanco– que vino, saciando uno de sus bestiales instintos, a poblar el Nuevo Mundo con «gente de razón».

Por encima de la opulenta vestidura literaria, palpita el odio ancestral que lo anima, contra lo que reconoce la legítima tradición de la nacionalidad; ya en el pauperismo de los desheredados, ya en la ignorancia de las masas explotadas, o en las ansias angustiosas por la rehabilitación patrimonial, donde se revela más vigorosamente la conciencia tradicional de una raza vencida, despojada e irredimida.

El Día de la Raza es el ariete que asestan españoles y criollos contra las legítimas tradiciones nacionales, para borrar de la mente de los pueblos todavía oprimidos la idea de su rehabilitación nacional y seguir usurpando las riquezas que les produjo la conquista. El objetivo capital de esta conmemoración es infundir el mito de que el 12 de octubre apareció la raza dueña de América, que vino a abolir totalmente los derechos de los pueblos del Nuevo Mundo.

Literariamente, el libro es una joya. Al fluir el pensamiento, sometido con talento a la expresión elegante y sencilla, finge un raro manantial que, brotando apacible y tranquilo, se transforma de súbito en erupción, comenzando con un enturbamiento de sus aguas, que arrastran a la superficie cieno del fondo removido. Se ennegrece y barbotan, delatando la tormenta subyacente que ha estallado incontenible. Pero aun en la sorda

* *El Ilustrado*, nº 953, 15 de agosto de 1935, p. 51.

Mónica en las *Confesiones* es faro y luz. En el *Ulises criollo* algunas de las más bellas páginas están consagradas a delinear con trazos cristalinos la figura de la madre del poeta filósofo. También es faro y es luz.

III

El *Ulises* es una biografía intelectual. Allí se anota el parto doloroso del alma que busca la claridad. Primero, guiada por su gestadora material, y después, por el propio y desorientado esfuerzo. Desde el Ripalda hasta los primeros balbuceos de las escuelas de pueblo. Y después, el autodidacto que lee, que estudia todo lo que encuentra y que mediante difícil esfuerzo empieza a seleccionar en medio de la «selva oscura». Formación clásica, la disciplina intelectual de los grandes de la madre Grecia: Eskilo, Platón, Pitágoras. Los aspectos del saber clásico sintetizados en esos tres nombres. Y en escala menor los latinos, que nunca ha amado Vasconcelos.

Y cuando realizaba un hallazgo, la alegría inundaba su espíritu. Tal sucede cuando tiene su primer encuentro con el Dante. De él nos habla en el capítulo «Chorro de claridad». Cuando sus ojos recorrían las páginas de la *Divina Comedia*, exaltado, interrumpía la lectura, poseído de un delirio ideológico. «La doctrina dantista es una música que penetra y fortalece, dejándonos ricos para siempre». «Y por muchos días cesó el quebranto de mis dudas y también la sed de los apetitos insatisfechos». «Y hubiera querido tener poder, para convocar a la ciudad con dianas y repiques [...] una vez reunidas las gentes en plazas y azoteas, pregonarles la buena nueva, el *leit motiv* dantesco: "Un mismo amor mueve las almas y las estrellas". Y un júbilo resonante, gritaría en todas las bocas: "Así sea" y danzarían los cuerpos danzas de dicha».

Y así en todas las páginas geniales en que nos va poemizando su formación intelectual. «Éste, especialista en generalidades», ansioso buscaba la verdad en todos los campos del ser humano. Y generosamente, nos conduce de la mano, en medio de la maraña de doctrinas y de leyes.

IV

Un instinto ha dominado por momentos en la vida de José Vasconcelos: el sexual. Con fogosidad, con pasión. Por las páginas del libro desfilan los apetitos lúbricos del maestro. Él, que en los estudios Indostánicos huye de la sexualidad y recomienda las prácticas yoguistas y la trasmutación de la sexualidad en energía espiritual, ha sido un esclavo de la carne. Místico a lo nuevo: «carne tibia y rosada que no impeles al vicio, a pesar del flagelo y el cilicio...».

En su hogar, Vasconcelos ha sido un desafortunado. A veces, el libro cae de las manos porque nos da una dolorosa impresión. Incomprensión de dos almas ligadas por el vínculo matrimonial. El odio se va forjando lentamente entre el hombre y la mujer, incontenible a veces. Y después, las demás dificultades de la familia. Amarguras por las que quizá todos los hombres pasan en algún momento de su vida.

La sensualidad que atormentó a San Agustín por un gran lapso de su vida atormenta también a Vasconcelos. El apetito lúbrico se abre en su camino. Y empieza el desfile de nombres de mujer, que lo satisfacen por momentos.

# VASCONCELOS QUE NO ES VASCONCELOS. JUICIO FEMENINO ACERCA DE *ULISES CRIOLLO**

*A. Izquierdo Albiñana*

Agobiada por el máximo dolor que la vida puede infligir a una mujer madre, dejaba errar la vista por los repletos estantes de la librería en busca del libro que me permitiera proyectar mi pensamiento fuera de mí misma. Paliativo heroico que mi voluntad, harto reblandecida, me sugería para escapar siquiera parcialmente del espantoso aniquilamiento que vengo sufriendo. Ahora bien, una repulsa inexplicable me impedía alargar la mano hacia los autores habitualmente preferidos por lo que me dirigí hacia el casillero destinado a albergar las novedades. Entonces mis ojos tropezaron con una edición de Espasa Calpe y otra de Botas. Los dos libros debidos a plumas mexicanas. Tomé ambos y, poco después, me enfrascaba en la lectura del primero; pero transcurridas escasas tres horas me veía impelida a arrojarlo a un lado con una especie de desencanto. El poeta amigo había dejado de ser poeta y se deleitaba captando las hediondeces de un estercolero *tropical*. Doblemente estercolero por tal, ya que el propio clima les impone una meteórica descomposición. Además, el naturalismo de que alardea la obra no es precisamente aquel que solemos admirar, o sea, el vigoroso por excelencia de Flaubert, ni el viril y admirable de Zola, ni aun siquiera el enfermo de originalidad de un Huysmans, sino otro, excesivamente rudo, que no puede menos que herir la sensibilidad de una mujer, aunque la epidermis de ésta se encuentre, en cierto modo, impermeabilizada por un sin fin de lecturas de toda escuela.

Poco después, descansaba en mi regazo el voluminoso *Ulises criollo* de Vasconcelos, la obra que ha batido, en nuestro paupérrimo ambiente literario, y en brevísimo tiempo, todo un récord de ediciones; siendo objeto de críticas y loas a granel.

Mi impresión primera y decisiva fue que el Vasconcelos que nos pinta Vasconcelos no es Vasconcelos. Después de todo, esto es lógico y humano; nadie escapa al pintar un autorretrato de idealizar la imagen, trazando aquello que precisamente hubiésemos deseado ser, pero que está muy lejos de reflejar la fiel y auténtica imagen nuestra. Vasconcelos ciertamente no se ha idealizado, no, ¡se ha engrandecido! Es un curioso enfermo de grandeza, y por eso vemos que no ha titubeado en titularse a sí mismo Ulises. Muestra pueril, pero significativa, de su pasmosa obsesión de grandeza la tenemos al leer que se llama precursor de la moda, en el vecino país, por haber conservado su melena bohemia; melena que, años después —a su decir— impondría Wilson a Washington.

Por otra parte, la obra ha fracasado en lo mismo que pretendía llegar a mostrar: *el conocimiento del hombre*.

* *El Universal Gráfico*, 22 de octubre de 1935, p. 6.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

pero, en cambio, tiene estilo, que vale mucho más que las gramatiquerías y el purismo académico.

Y como bálsamo y bendición que alivia los dolores de nuestro Ulises y lo ampara en sus desvaríos y caídas, el recuerdo de la madre, figura noble y santa que evoca el autor con la más tierna y elocuente sinceridad.

Veremos y diremos. La política nada tiene que ver con las letras; al revés, éstas huyen de aquélla como de la peste, y no estaría bien que por el servil «qué dirán», se torciese la justicia ante la mirada escrutadora y vigilante de la opinión pública. De usted atto. y s. s. Juan Franco.

## *ULISES CRIOLLO* A TRAVÉS DEL PRISMA REVOLUCIONARIO*

*Juan Velasco Jiménez*

¡Qué tarde llegó a mis manos esta obra magnífica! ¿Las causas? No es preciso indicarlas; es suficiente que diga que soy un aspirante a revolucionario.

Desde las primeras páginas, en que palpita una viva emoción, el lector toma de la mano a un chiquillo con el que se incorpora allá por los años de mil ochocientos noventa y tantos, para saber de la vida de la dictadura porfiriana. Pero como no se trata de un personaje de novela, el chiquillo crece en el espacio y en el tiempo, no de un modo sedentario como Kant, sino zigzagueando en el territorio que en los cursos de geografía se ve en los mapas de América del Norte. El chiquillo, pues, se hace adolescente, el adolescente, joven, el joven hombre; y cuando el hombre se da cuenta de que su acompañante —el lector— corre el peligro de fatigarse, a pesar de la complacencia que en él supone, le dice, amablemente: descansemos, que la vida todavía sonríe, el sol alumbra y el dolor espera; ya habrá tiempo de seguir, antes de que las tinieblas nos circunden. El lector no está fatigado, pues ha jugado también «a la víbora, víbora de la mar»; ha reposado en muelles cojines, ha ido a la escuela, y en estremecimiento extraño ha recorrido su cuerpo, al mirar la pierna blanca que cubría una falda levantada por descuido. Se ha entristecido, a veces, sintiendo un nudo en la garganta, y ha reído mientras su frente se refrescaba con una suave brisa de pureza, de armonía y de luz.

### Su contenido filosófico

Pero el lector que descansa, reflexiona. *Ulises criollo* contiene en el fondo filosofía espiritualista. Y he aquí que un Dios es invocado a cada instante con una credulidad ingenua

* *El Universal Gráfico*, 28 de enero de 1936, pp. 6 y 8.

danza lenta, casi invisible, de las nubes en el cielo del Valle! Vasconcelos es un gran poeta de América; es decir, el gran creador o recreador de la naturaleza y los hombres de América. Ha sido fiel a su tiempo y a su tierra, aunque le hayan desgarrado las entrañas las pasiones. La obra de Vasconcelos es la única, entre las de sus contemporáneos, que tiene ambición de grandeza y de monumentalidad. Quiso hacer de su vida y de su obra un gran monumento clásico, como sus maestros; quizá el monumento no sea clásico sino dinámico. (No en balde es el creador de una filosofía dinámica). Pero palpita en él, al propio tiempo que el arrebato, la pasión del orden, la pasión del equilibrio; sus mejores páginas sobre estética son aquéllas en que habla del ritmo y de la danza: entiende el orden, la proporción, como armonía, como música o ritmo. Hay en su obra una como nostalgia de la arquitectura musical, sobre todo. (Cosa extraña en un filósofo: no es un buen psicólogo). Pasará el tiempo y de su obra quedarán, quizá, unas enormes ruinas, que muevan el ánimo a la compasión de la grandeza y, ¿por qué no?, alguna humilde, pequeña veta, linfa de agua pura, viviente, eterna: la de su ternura, la de su humanidad. Su autenticidad, tanto como su grandeza, son testimonios de su viril, tierna, apasionada condición, y esta condición es lo que amamos en él, por encima de todo.

## LA OBRA LITERARIA DE JOSÉ VASCONCELOS*

*José Luis Martínez*

Distingue José Vasconcelos, en uno de sus más característicos ensayos, dos grandes especies de libros, los que se leen sentados y los que piden leerse de pie. Los primeros se leen sin sobresalto, nos vuelven a la calma y al buen sentido, nos engañan quizá pero nos apegan a la vida; los otros, en cambio, «nos hacen levantar, como si de tierra sacasen una fuerza que nos empuja los talones y nos obliga a esforzarnos como para subir»; nos vuelven exigentes e insumisos y nos hacen reclamar «lo que aquí no se encuentra».

Si los libros mexicanos de esta época pertenecen, con muy contadas excepciones, a la primera especie, los veinticinco volúmenes que hasta la fecha lleva publicados Vasconcelos participan casi sin excepción, aunque por diversos caminos y con la más disímiles sustancias, de las virtudes de los libros que deben leerse de pie. En efecto, sólo sus obras han levantado, ciegos de ira o de admiración y dispuestos a seguirlo por los caminos del espíritu o a través de los riesgos de las aventuras políticas, a los lectores de su país y aun a los del continente de habla española. Fue hace algunos años nuestro escritor más leído. Estaba en todas las manos, colmando con creces la voracidad pública por el escándalo, contentando nuestro resentimiento impotente pero arrebatándonos también con tantas

* En: *Literatura mexicana. Siglo XX. 1910-1949*, México, Antigua Librería Robredo, 1949, pp. 265-279.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

dar y sorprender cuando aparece de nuevo; algo que hace perder su carácter público a un escrito político, su carácter académico a un tratado filosófico, su carácter histórico a un libro de historia; algo que coincide a veces con la razón, a veces con la verdad, a veces con la inteligencia y a veces con la perfección; algo que es real y vivo aunque no coincida con ninguna de estas categorías; algo que todos tienen y que en todos ha sido móvil de juicios, de antipatías, de inclinaciones: la emoción».

Cuenta habida de las anteriores consideraciones generales sobre el carácter de sus escritos, puede intentarse el examen particular de las obras literarias de Vasconcelos. «Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas» fue el nombre de la conferencia con que participó en la serie que, para festejar el primer centenario de la independencia mexicana, organizó el Ateneo de la Juventud, grupo al que entonces, no sin violencias, pertenecía. Es de sus primeros escritos publicados y, antes de él, acaso sólo exista su tesis profesional, «Teoría dinámica del derecho», recogida por la *Revista Positiva* en 1907. Su lectura delata muchas de las que llegarán a ser características del pensamiento vasconceliano. Ante todo, su cultura. El Positivismo de Barreda es analizado aún con simpatía pero a la manera de un «elogio fúnebre»; las fuentes de esa doctrina han sido frecuentadas, pero Bergson está ya ante ellas para anunciar el ingreso de una nueva fe en el espíritu. El pensamiento, noble y original, parece, sin embargo, frenado como en todo escrito primerizo, quizá por preocupaciones de estilo contagiadas por sus compañeros ateneístas que le aconsejaban modelos contradictorios. Pero sus ideales estilísticos se postulan ya con nitidez en sus líneas fundamentales, y aun se anticipa su concepción trágica de la vida en uno de los momentos más afortunados de la conferencia: «Cuando el propósito no se cumple, la fuerza, si perdura, conserva un potencial que la hará volver una y más veces a intentar la acción: así cada derrota hace más larga una lucha tenaz. Otros intentarán lo que no logramos y nuestro querer revivirá. Es una anticipación de la inmortalidad imaginar que otro y otros repetirán nuestra acción en el remoto porvenir. En cambio, el éxito es estéril y mediocre, se acomoda al instante, muere con él, no suscita ni anhelos ni virtudes. Lo que se trunca por alzarse demasiado, conserva vigor en las raíces para recomenzar el salto de la altura».

*El monismo estético* —que prefiero considerar como un libro de ensayos antes que como obra filosófica— es también semillero de algunas de sus concepciones estéticas más importantes. Desde luego, el ensayo que da nombre al volumen expone la teoría, luego ampliamente desarrollada en su libro sobre esa materia, de la naturaleza estética del conocimiento y de la síntesis mística. Contiene también este volumen, además de otros ensayos y cuadros de viaje, uno de los más brillantes y agudos textos de Vasconcelos, «La sinfonía como forma literaria».

*Divagaciones literarias, Pesimismo alegre, Sonata mágica* y *Qué es la revolución* son volúmenes integrados por ensayos, visiones de ciudades y paisajes —como las llama Castro Leal—, cuentos y relatos recogidos casi siempre de la dispersión periodística, que nos ofrecen, en consecuencia, al Vasconcelos más diluido e irregular. Los ensayos suelen ser de muy diverso valor y habría que destacar aquí y allá unas líneas, una interpretación sagaz, una sentencia luminosa, y pocas veces un artículo entero, acaso «Los signos, Pesimismo alegre» y el fascinante que se llama «El amargado», lo último revelador de su genio que ha escrito Vasconcelos.

Sus visiones de ciudades tienen una gracia suave y su autor reserva para ellas la dulzura que rehusa en otras de sus páginas. Se ha hecho ya notar el encanto de sus recuer-

humana, el testimonio de sus caídas y el rastro todo de una de las vidas más plenas de nuestro tiempo, en la que no falta siquiera junto a la virtud legendaria del profeta y del maestro de un día la caída inexplicable de ayer?

## IRACUNDIA Y APOSTASÍA DE JOSÉ VASCONCELOS*

*Manuel Pedro González*

Hubo un momento en la vida de José Vasconcelos en que estuvo a punto de convertirse en *leader* y mentor de la juventud hispanoamericana. A pocos hombres se les ha abierto por aquellas latitudes un tan generoso crédito intelectual y moral como a este contradictorio, apasionado y exuberante panfletista. Muertos Rodó, González Prada, Ingenieros, Mariátegui, y silenciosos o poco menos, otros como Varona, el interés de la juventud indoamericana convergió hacia Vasconcelos, el ex-secretario de educación de México que tan honda huella había dejado a su paso por aquel ministerio. Fuimos muchos los que, engañados por el espejismo de la distancia, creímos descubrir en Vasconcelos ese espíritu orientador que llenaría el vacío dejado por la muerte de los guías precitados y continuaría su rectoría. Vasconcelos tuvo su apoteosis por aquellas calendas –hacia 1925-26– dentro y fuera de México, principalmente entre la juventud letrada sudamericana.

Mas el aura de popularidad que por aquellos días lo envolvió fue de escasa duración. El propio Vasconcelos, a poco andar, nos arrancó la venda a todos. Vasconcelos sintió la atracción de las alturas y aceptó la postulación como candidato de oposición a la presidencia de la república al terminar el período gubernamental de Plutarco Elías Calles. Tras una campaña turbulenta y violentísima, resultó triunfador su contrincante, el candidato del gobierno y del único partido organizado y fuerte que existía, el Nacional Revolucionario. Vasconcelos y sus partidarios impugnaron aquellos comicios y denunciaron su resultado como uno de los fraudes electorales más escandalosos que se habían perpetrado en la historia de México. Sus enemigos, por el contrario, sostuvieron la legitimidad de la elección de Ortiz Rubio. Por otra parte, mexicanos neutrales en la contienda, aunque inclinados a Vasconcelos por afinidades ideológicas y culturales, nos aseguraron que Vasconcelos habría perdido aunque no hubiesen mediado la violencia y el fraude, ya que por una parte carecía del apoyo de un partido organizado y fuerte como el PNR y, por la otra era una figura poco menos que desconocida de la gran masa. A nosotros el pleito –*sub judice* todavía– sólo nos interesa en su carácter de experiencia personal de Vasconcelos y como factor que influyó profundamente en toda su labor intelectual posterior.

* En: *Trayectoria de la novela en México*, México, Ediciones Botas, 1951, pp. 268-277.

santes que podemos encontrar en la trayectoria de la novela en México. Si reproduzco aquí lo que en 1938 escribí, es porque la glosa representa un criterio de época, la visión que del autor se tenía todavía. El concepto de la crítica actual está sintetizado en las líneas que reproduzco de una lectura todavía inédita que el doctor Mariano Azuela le consagró en el Colegio Nacional el 29 de mayo del presente año de 1950, en la que lo define con las siguientes palabras:

> Por más que Vasconcelos no haya escrito novelas, lo reputo como el mejor novelista de México. Como novelas juzgo yo sus famosas memorias en cuatro volúmenes y —que se me permita la osadía— como novela estimo su *Breve historia de México.*

Con su honradez característica, el doctor Azuela me explicó que esta idea había sido expresada antes por Xavier Villaurrutia y así desea que lo haga constar.

## ULISES, ÁGUILA DE PROMETEO. ENCUENTROS, AFINIDADES, DISTANCIAS CON JOSÉ VASCONCELOS

*Rodolfo Usigli*

### I*

Por razones de tiempo y de distancia, estas páginas son inevitablemente incompletas, pero inocentes de toda pretensión de constituir un estudio profundizado o riguroso analítico o histórico ni, menos, filosófico de la extraordinaria figura intelectual y humana de José Vasconcelos. Son sólo notas sobre el hombre y su trascendencia en el mundo mexicano y los jóvenes de mi generación. Notas personales. Tampoco registran su proyección latinoamericana. La dualidad conflictiva que apunta —con justeza, creo— podría ser materia de obra enjundiosa para escritor más digno que yo de la tarea.

Enemigo cordial, pasivo amigo, en su visita de hoy el correo de México me trajo el golpe y el diálogo cotidianos. Un gran aliento de México, de América, se apagó el 30 de junio. Setenta y siete años tenía José Vasconcelos. A medida que me adentro en el tiempo so pena de salirme de él, pero sobre todo cuando cae un gran nombre, comprendo y siento más y mejor que Shaw tenía razón en *La vuelta de Matusalen* y que su teoría de la *revolución creadora* debería ser incorporada a una carta de las aspiraciones vitales del hombre, en la misma medida y por igual derecho que las religiones. Hasta hoy los hom-

---

* En: *Excélsior*, 29 de julio de 1959, pp. 6a y 8a.

el edén subvertido que se
calla
en la mutilación de la metralla...

Empleado (taquígrafo-secretario en inglés y en español, por favor) en la National Paper & Type Company, después de adherirme a diversas manifestaciones callejeras en honor del maestro, de tomar el pulso a las gentes de mi ciudad y de sentir el latido de su corazón, me presenté a saludarlo un día, pasada la una, en sus oficinas de la avenida Juárez. No sé si escogió para ellas el viejo edificio de la histórica Fotografía Daguerre por limitaciones económicas o como homenaje a la memoria de Madero. Era, en todo caso, el corazón de mi ciudad, y el aire allí, a despecho de la mole porfiriana del entonces Teatro Nacional, me parecía lleno de ozono para mis pulmones. Era un aire con música. Debo decir que no me hubiera atrevido a presentarme ante Vasconcelos (era yo tímido y todavía entonces podía decir como Rimbaud: «Par délicatesse, j'ai perdu ma vie») sin un artículo que había escrito en jaculatoria del Prometeo mexicano. Habían circulado rumores en el sentido de que Vasconcelos quería ingresar en la Academia de la Lengua. Con apoyo en mi conocimiento de su estilo siempre a caballo, de su dinamismo, de su modernidad, de su burla de lo convencional (¿no era el original filósofo que tenía y expresaba ideas sin citar casi nunca a nadie?), declaraba yo, de autoridad que José Vasconcelos no podía ir a la Academia sin correr el riesgo de despertar a sus miembros del sueño de los justificados. Mi artículo se titulaba «La falsa eternidad» y era digno de un joven sincero. Como refería yo en él las razones que determinaron la fundación de la Academia Francesa con el límite de los Cuarenta Richelieu, Vasconcelos tuvo el amable gesto de declarar que había aprendido algo que no sabía; tomó mi artículo para el periódico del Partido, desde luego, pero me pidió que lo publicara en algún otro diario. Naturalmente, y con aquella cordialísima risa suya, Vasconcelos convino en que nunca había soñado ni nunca soñaría siquiera en ir a la Academia. ¡Qué horror! Mi respetuoso entusiasmo juvenil entró en ritmo de marcha. Qué lengua tiene el tiempo, ¡ay! Lengua que lo dice todo sin palabras.

Maniático siempre de la exactitud y de la funcionalidad de las palabras, nunca lo llamé Maestro ya que no había sido, de bulto, su discípulo.

–Señor licenciado, yo tengo que trabajar para que vivamos mi madre y yo; pero usted me da, como a todos, la oportunidad de servir a México, de votar por primera vez en mi vida, y dedicaré todas mis horas de libertad a su partido.

Sencilla y cordial, como el hombre mismo, su bienvenida. Visitaba yo las oficinas a diario. Así lo oí bromear alguna vez sobre el rumor de la candidatura de Aarón Sáenz, vi iniciarse la creación del himno vasconcelista y hablamos de todo lo de cada día entreverando recuerdos del maderismo y la Revolución. Una de tantas veces discutimos. Había aparecido un artículo de Jaime Torres Bodet en alguna revista, explicando que su generación había seguido hasta cierto punto a sus maestros Vasconcelos, Caso y González Martínez, pero que ahora tenía ya alas propias. Aunque en realidad Jaime estaba en lo justo y su postura era expresiva del destino evolutivo de las generaciones literarias humanas, yo me indigné y acusé a Vasconcelos de haber dañado el equilibrio moral de un grupo de jóvenes, al darles puestos sobresalientes y crecidos sueldos en Educación.

Con todo y los inviernos que han caído sobre mi cabeza sigo sintiendo fervor por los hombres de lucha que saben arrojarse en el torbellino de la vida sin miedo de ser arrebatados y aniquilados por él. La secular idea de los místicos de todas las religiones de que el hombre que quiera ganarse ha de perderse, puesta hoy a la moda por ciertos existencialistas que asientan que el hombre que sabe que se frustra en el frustrarse lee la cifra de su ser, es doctrina que de siempre me ha seducido. No han sido los arrogantes vencedores, sino los abatidos, los fracasados, los que me han ganado el cerebro y el corazón. No es Napoleón en Austerlitz sino Napoleón en Santa Elena el que yo admiro, no es Madero recibido en la capital por millones de mexicanos enloquecidos de entusiasmo, sino Madero traicionado y vilmente asesinado consumando con su sangre la obra de redención que soñó. Y el Vasconcelos al que yo admiro no es el que arrastraba multitudes desbordantes de pasión en su gira política, sino al vencido y desterrado que al encontrarse con otro vencido y desterrado, a su mortal enemigo Plutarco Elías Calles, le abre los brazos, perdonando y haciéndose perdonar.

Todo juicio que hoy se emita sobre este escritor tiene un valor provisional, como aporte para los que más tarde, a su debido tiempo pronuncien la última palabra sobre el hombre y su obra. Ningún hombre está cabal antes del instante en que rinde la jornada. Sin las últimas palabras con que el maestro Antonio Caso se despidió de la vida, su figura habría quedado incompleta. De todo ser humano tenemos derecho de esperar siempre algo inédito.

Vasconcelos es una figura polifásica de enorme riqueza. Quizá nuestra cercanía nos impida contemplarlo en su verdadera magnitud. La evidente superioridad de su inteligencia, la claridad y el vigor de sus conceptos, su dinamismo avasallador, su deseo –directriz de su vida– del adelanto espiritual de nuestro país, son unas cuantas modalidades que todos podemos apreciar; pero su personalidad completa da material para libros, y en una lectura de doce cuartillas apenas es posible tocar alguna de sus múltiples facetas. Mi plática no es por tanto más que un pretexto, una charla más o menos incoordinada sobre el hombre y su obra en lo que personalmente me ha interesado más de él, en mi calidad de escritor de novelas. Ni siquiera aspiro a la imparcialidad en mis apreciaciones. Muchas de las opiniones del escritor discrepan en absoluto de las mías, pero otras las comparto apasionadamente.

Por más que Vasconcelos no haya escrito novelas, lo reputo como el mejor novelista de México. Como novelas juzgo yo sus famosas memorias en cuatro volúmenes y –que se me permita la osadía– como novela estimo su *Breve historia de México*.

Toda autobiografía es interesante en la medida que lo que es el que la escribe, si quiere y puede darnos algo que de auténtico e inédito hay en él. Y es claro que si el autobiografiado es persona culta y de inteligencia superior, el valor de la obra sube incomparablemente. Libros que por su índole son muy áridos, como lo son los que tienen temas filosóficos, sociológicos, de humanidades, disertaciones históricas, etc., adquieren positivo interés cuando el autor sabe infundirles su personalidad. Me viene a la memoria el caso singular del padre don Agustín Rivera –historiador injustamente relegado al olvido– que ilustra cuanto tema toca con infinidad de notas personales del sabor más delicioso. Se tiene la sensación, no de que se está leyendo un libro, sino de estar viendo y escuchando a un hombre. Estas cualidades se hacen evidentes en las memorias lo mismo que en la *Breve historia de México*, de Vasconcelos, y las comprueba el gran público lector, agotando múltiples ediciones de estos libros.

nado momento, sin razón efectiva, como mera humorada o bien como urgencia de la nota interesante e indispensable en el interés novelístico de la construcción. El que lo tome demasiado en serio nos hará sonreír como aquel ranchero que desde su butaca desenfundó su revólver e hizo fuego sobre Otelo en los momentos de crisis en que estrangula a Desdémona.

Su obra es una gran novela en la que él es el protagonista, con un dominio tan perfecto de su arte que se presenta como si fuera una de tantas creaciones, entre la multitud incomparable de los que lo rodean. Y se desnuda impúdicamente ante la curiosidad morbosa de los espectadores lo hace como si exhibiera algo en absoluto ajeno a su persona. Pero el hombre que tiene el valor de presentarse como es o como él cree sinceramente ser, si lo hace con arte superior deja de ser cínico e inmoral.

En Vasconcelos vemos al hombre en quien ensueño y acción van de la mano. Cuando el destino lo coloca en el punto culminante de su carrera política, ministro de Educación del gobierno de Álvaro Obregón, el drama inicial que lleva dentro se intensifica en atrevidas e imprevistas actividades. El hombre que nos imaginábamos como un teorizante ingenuo y divertido se transforma, surge vigorosamente en un estado de dinamismo que nos sorprende y nos admira. Es un horno donde se retuercen las ideas y los proyectos en perpetua ignición. México es un páramo donde todo está por hacer y él, Vasconcelos, está destinado a hacerlo todo. Emprende una labor ardua con tenacidad incansable: viaja por los más apartados rincones del país porque quiere verlo todo con sus propios ojos, estudiarlo y transformarlo. Lo acompañan el maestro don Antonio Caso, que dice discursos, Roberto Montenegro, que acopia material para sus cuadros, y pensadores, artistas y hombres de acción que colaboran eficazmente en la realización de sus proyectos. Perora, escribe para los diarios, presenta unas iniciativas una tras otra, y sus actividades como educador van aparejadas con sus tendencias apostólicas. Pero como todo hombre que vive en su totalidad, sin las limitaciones del especialista, todo lo abarca y gusta de apurar la copa llena de sus alegrías lo mismo que de sus pesares, sin temores ni reservas. Este católico tan poco ortodoxo escribe: «La iniciación es vivir con plenitud, con arrojo, ensayando vicios y placeres, por los altos y bajos de la escalera sensual; padeciendo amarguras y miserias por los desiertos y los abismos, por la cumbre y en la hampa. Y después de la renuncia, la meditación, la epopeya de la voluntaria, luminosa, misericordiosa liberación».

Espíritu singular y contradictorio en algunos de sus frecuentes *ex abruptos* descarga su ira sobre figuras de la categoría de Stendhal, Flaubert y Zola, increpándolos por su descarnado y cruel realismo, dice pestes y se escandaliza de la escuela realista francesa, sin percatarse de que en esas memorias la supera. Por otra parte, hay que aclarar, aun en los pasajes más audaces, como buen novelista, tiene el tino de tocarlos en tal forma que la escena más escabrosa, diciéndolo todo, nada dice para quienes no lo saben todo.

Se ufana de ser católico, apostólico, romano y tiene salidas del librepensador más rabiosamente libre. Como su vida, su arte no tiene otras normas que las de su voluntad soberana. Nos admira que sin preocuparse por la exactitud de infinidad de detalles –que cuidaría el erudito como las niñas de sus ojos– jamás pierda de vista la meta que se ha trazado e imprima a los sucesos y a los personajes la mejor dirección en acuerdo con sus designios.

No ha aprendido la técnica del novelista de nadie, porque nació con ella y sin

La política, pues, lo encontró bien preparado. En 1911 es enviado a Washington como secretario de la Agencia Confidencial de la Revolución; su dominio del inglés le abría el paso. Luego, con el triunfo de Madero, sirvió el cargo de director de la Escuela Nacional Preparatoria. Después del asesinato de Madero y Pino Suárez, huye de la capital y se incorpora al carrancismo; es enviado a Inglaterra, como agente confidencial, y visita entonces a París y otras capitales europeas.

Aquello no fue propiamente un destierro, sino una comisión oficial. Pero cuando, después de la Convención de Aguascalientes, en 1914, Eulalio Gutiérrez ocupa la Presidencia de la República provisionalmente, Vasconcelos ingresa al gabinete como Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes; muy poco tiempo duró en tal cargo, y entonces, al triunfo de Carranza sobre los otros caudillos de la Revolución, se destierra voluntariamente. Radica en Nueva York y escribe sus primeros ensayos filosóficos: *Pitágoras, una teoría del ritmo* (1916), *Monismo estético* (1918), *Divagaciones literarias* (1920). Viaja por Sudamérica. Regresa a México. A la caída de Carranza, y durante el gobierno provisional de Adolfo de la Huerta, sirve el cargo de Rector de la Universidad de México. Ya bajo el régimen del general Alvaro Obregón, logrado que se restablezca la Secretaría de Educación Pública, es nombrado titular de ella.

Es magnífica entonces su labor. Reparte muros entre los pintores y fomenta así la pintura mural. Inicia la campaña de alfabetización y de construcción de escuelas en todo el país. Edita a los clásicos griegos y latinos. Fomenta el acercamiento de los pueblos latinoamericanos, su mutuo conocimiento, y la política de unidad cultural y de su futura hegemonía. De esta época datan los dos libros suyos en que proclama esta armonía y esta grandeza latinoamericana: *La raza cósmica* (1925) e *Indología* (1927), y el lema que él inventa para el escudo de la Universidad Nacional de México: «Por mi raza hablará el espíritu».

Sin embargo, la teoría racista quedó sin prestigio después de la segunda guerra mundial. De un lado, no existen razas superiores o inferiores en su naturaleza o esencia, sino que las únicas diferenciaciones posibles entre los hombres son de índole funcional y no sustancial. Ernst Cassirer, en su *An essay on Man* (1944), afirma que no es posible definir al hombre por ningún principio que le sea inherente y que constituya su esencia metafísica, ni por ninguna facultad innata o instinto que pueda descubrirse por observación empírica. «La característica predominante del hombre –concluye–, su nota distintiva, no es su naturaleza física o metafísica sino su trabajo. Es su trabajo, su sistema de actividades humanas, las que definen y determinan el círculo de la "humanidad". El lenguaje, el mito, la religión, el arte, la ciencia, la historia, son los elementos constitutivos, los diversos sectores de este círculo. La filosofía del hombre será, por tanto, la filosofía que nos proporcione una visión interior de la estructura fundamental de cada una de estas actividades, y que al mismo tiempo nos permita entenderlas como un todo orgánico. Así se explica que el concepto de "raza" no se justifique más que mediante la idea axiológica del espíritu y el trabajo humanos, de los valores de la zona activa, sin prejuicios peyorativos».

De otro lado, este concepto de «raza» es relativamente moderno, aplicado al hombre, y resulta confuso, vago, impreciso, o como dijo el escritor cubano Fernando Ortiz: es voz de mala cuna y de mala vida. Es «mala palabra». Originalmente tuvo un sentido zoológico, ganadero, del que pronto, en el siglo XVII, aproximadamente, habría de derivar hacia la zona infecta de la trata de esclavos que primero practicaron los hebreos y los árabes;

Ese amor convertido en flama —*Flama* es el título del otro libro de Vasconcelos publicado en el año de su muerte— ata las almas en conquista jamás soñada —parece añadir en voz baja el profeta de Asís— por jactanciosos conquistadores de imperios.

Algo así sintió el creador de tempestades musicales, Beethoven, que llevaba su propia tempestad íntima con una pureza que rechazaba a la amargura. Un luminoso día escribió: «No conozco otro signo de excelsitud que la bondad».

El redoblado trueno que vibra en el umbral de la Quinta Sinfonía parece cantar a la bondad, no a la que se deshace en debilidad estéril, sino a la que se convierte en sumo valor para enfrentarse y elevar cada destino.

Beethoven —¿habrá que recordarlo?— en medio de golpes no se puso a quejar sino nos dejó su Canto a la Alegría que es un himno imperecedero de fraternidad humana.

¿Puede la acidez espiritual de quienes se mofan de la ternura porque la temen o porque son incapaces de sentirla acallar el mensaje de los coros de la Novena Sinfonía?

Esa acidez flota en el mundo como el verde mefítico de las charcas estancadas. Proclama no la hermandad sino la ley de la jungla, el culto a la fuerza que avasalló la mente genial de Federico Nietzsche admirado aun por quienes lo sentimos lejano a nuestros principios.

En algo así a lo mejor meditaba José Vasconcelos el día que lo vimos entre los muros de uno de los más viejos y bellos templos de México, tocado con el sayal franciscano que lo empapaba de una alegría que no era la de sus tiempos olímpicos de gloria.

Aludimos al día que decidió ingresar a la Orden Tercera, de San Francisco, cuando el escritor mexicano, para quienes los tomó de improviso, pareció dar un viraje que desconcertó a quienes no conocían a fondo a José Vasconcelos: hombre de búsquedas y mutaciones espirituales.

¿Era aquel otro hombre como el que dicen que nació después de lo ocurrido en 1929?

Era el mismo. El arcano de la personalidad vasconceliana era rico en contrapuntos y la música que sólo él oía lo azuzaba para hacer danzar su corazón entre las sonatas más opuestas.

Ese rasgo del filósofo no fue entendido por todos como es fácil suponer. Se atribuyó a decadencia, a juglarismo, a —usando una palabra de la jerga popular— achaque de *mochería*, es decir, lo conservador en catolicismo como síntoma de enfermedad.

Creemos que una cosa es señalar confusiones político-religiosas, como tratamos de deslindar con toda sinceridad en el mismo Vasconcelos y otra, negarse a ver como rasgo auténtico la vuelta al templo que visitaba en la niñez, cuando salía con sus hermanos a buscar flores de mayo para embellecer el altar de la oración vespertina.

El pasado de Vasconcelos hecho astillas entre la intensidad de relámpago para vivirlo fulguraba, ahora, ante otras flores aromadas por la inmensa sencillez de la profecía de Asís.

Ese paso del converso era el último baluarte contra las dudas y su zumbido demoledor y creemos que todos —creyentes en religión alguna o no— tienen derecho a buscar la fe extraviada o desconocida.

Qué contraste ofrecía de nuevo Vasconcelos a quien quisiera observarlo, es decir, amigos y adversarios. Atado el cuerpo con el cordón albo de tres nudos que hablan de virtudes difíciles para quien ha oído con deleite la incitante voz de los sentidos.

Algo en Vasconcelos, entre nostalgia y dicha, parecía revelar que estaba rememorando la lejana niñez y que en ese cendal lejano se transparentaba el retrato remoto de los suyos

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

Muy pronto, cuando se publique una biografía profunda de Vasconcelos, vendrán quizá las evidencias contra esta hipótesis. El propio Vasconcelos la habría refutado. Fue, en efecto, un maderista influyente y comprometido desde un principio. Madero le tenía el mayor aprecio y confianza; lo habría visto quizá, a la larga, como el heredero perfecto. Conoceremos los detalles de su labor periodística en apoyo de Madero, su desempeño como delegado diplomático del constitucionalismo. Se aclararán sus relaciones con Villa, Zapata, Carranza y sus fatigas como efímero ministro del Gobierno de la Convención. Pactos, riesgos, alianzas. Incluso datos sobre su vida material: cómo financió su largo exilio. Podremos calibrar su influencia política, sus actividades de conspirador y, lo que es más importante, la consistencia moral que propone *La tormenta*.

Pero ¿cuál fue, íntimamente, la actitud de Vasconcelos frente a la Revolución? ¿Cómo la pensó? Ya en 1914, Alfonso Reyes –que nunca fue precisamente un ideólogo social– se quejaba con Henríquez Ureña: «Vasconcelos no tiene noción de los valores sociales». Y en 1926, Manuel Gómez Morín, representante de un grupo cuyo único horizonte es justamente el de los valores sociales, escribe esta respetuosa condena:

> Del caos de 1915 nació la Revolución. Del caos de aquel año nació un nuevo México, una nueva idea de México y un nuevo valor de la inteligencia en la vida.
>
> Quienes no vivieron ese año de México, apenas podrán comprender algunas cosas. Vasconcelos y Alfonso Reyes sufren todavía la falta de esa experiencia.

Hay pasajes en *La tormenta* y datos elementales –como su prolongada ausencia de México entre 1915 y 1920– que leídos ahora confirman parcialmente las palabras de Gómez Morín. El discurso de Vasconcelos ante la Convención de Aguascalientes es una prueba. En él toca y sanciona el programa económico y social de la Revolución, pero lo hace de prisa, como quien habla de medios, no de fines, de elementales problemas de la materia y no de trascendentales asuntos del espíritu. Vasconcelos se erige, quizá por primera vez, en conciencia histórica de la Revolución: la memoria viva de Madero. Se trata de una reducción del fenómeno revolucionario para ajustarlo a su afán místico personal: una encarnación. Desde la tribuna decreta que la historia desemboca en el sitio donde habla y lo santifica. Todo intento de reforma debería partir del «código verdaderamente santo» de 1857, fuente, a su vez, de inspiración y legitimidad para Madero. Había que aplicar desde luego, con eficacia quirúrgica, las ideas radicales de la Revolución, única vía para restablecer el orden constructivo y la concordia. Pero Vasconcelos advierte en términos de la más pura cepa liberal:

> No olvide la Revolución, si quiere cumplir sus fines, el respeto que se debe a la personalidad humana, única entidad que suele estar por encima aun de las mismas revoluciones.

Si la legitimidad histórica proveniente de la Reforma y Madero confluía ahora en el presidente Eulalio Gutiérrez, su futuro secretario de Instrucción Pública, José Vasconcelos, podía pensar en rigor que todos los gobiernos siguientes, construidos, como el de Huerta, sobre la remoción violenta de aquel régimen, eran por necesidad usurpadores. A partir de ese momento Vasconcelos es ya, frente a sí mismo, en carne

«despertar a otra forma de *mirar*, común a todos, pero que pocos ejercen». Los pobres hombres, presos en la cárcel corporal, pueden vivir condenados a su comercio amoroso, eco pálido de otros géneros superiores del amor. Pero pueden también «huir», fugarse en «contemplación hacia la patria del espíritu». Son célebres sus últimas palabras: «Me esfuerzo en levantar lo que hay de divino en mí a lo que hay de divino en el universo».

Liberación y camino de salvación, pero no sólo eso. Con el pensamiento de Plotino, Vasconcelos podía retener y sublimar –usemos por fin la palabra– lo más preciado de Adriana: la belleza. «Plotino –escribe Alfonso Reyes– ha dejado páginas imperecederas sobre la belleza... es uno de los fundadores de la filosofía estética». Las *Enéadas* son:

> el remate de toda la cultura antigua, el punto en que por fin se aísla el concepto de belleza (ya no en homonimia con el bien)... y se explica como la expresión victoriosa del espíritu en las apariencias sensibles... cuando Plotino cierra el «arco tremendo de las emanaciones» a la hora final del éxtasis y cuando el alma humana retorna al cielo sumo, parece que todo el desfile de virtudes se le vuelve cosa instrumental y secundaria, que el bien mismo ha sido superado por otra especie más pura y más alta, la cual ya no es el bien sino la belleza, y acaba por concebir a Dios en términos de belleza.

Hay varias huellas de esta conversión vasconceliana a la doctrina de Plotino. En Lima proclamaba: «Vengo en línea recta de Plotino». A Alfonso Reyes le informa –aún antes de la separación de Adriana– que trabaja en un ensayo sobre «la sinfonía como forma literaria» donde sostendría que el futuro de la literatura no estaba en el discurso, el ensayo o el tratado –formas de la razón y la pluralidad–, sino en el género sinfónico. Una literatura musical y de síntesis, acorde con la ley estética, como las *Enéadas* de Plotino. En julio de 1916 imparte una nostálgica conferencia sobre el Ateneo de la Juventud. A su juicio, el rasgo distintivo de la nueva generación era:

> la inspiración en una *estética distinta* de la de sus antecesores inmediatos, un *credo ideal* que... no es ni romántica ni modernista ni mucho menos positivista o realista, sino una manera de *misticismo fundado en la belleza*, una tendencia a buscar claridades inefables y significaciones eternas... noción de la afinidad y el ritmo de una eterna y divina sustancia.

Seguramente ninguno de sus amigos se habría reconocido en esta definición. Al perfilar a cada uno, Vasconcelos proyectaba también su propia imagen, su propia metafísica visual: Torri era un «extraño vidente»; Argüelles Bringas, un hipnotizador de «poderosas visiones»; Méndez Rivas, inspirado «luminoso»; Cravioto, «escultor de prosa»; Reyes, Euforión, «hijo de Fausto y la Belleza clásica»; Caso, un «libertador de los espíritus».

Es el primer momento en que su misticismo, vago e indeterminado, encuentra cauce. Había transitado de la exaltación nietzscheana al hinduismo, de los sermones de Buda a un fervor de iniciado por Pitágoras, pero la lectura de Plotino lo convirtió en monista estético. Sus escritos filosóficos de la época son variaciones obsesivas sobre el tema de Plotino: la liberación por el ascenso contemplativo a una esfera superior. En *El monismo estético* (1918) propone el *pathos* de la belleza como camino místico alternativo, y de hecho preferible al amor cristiano. Es el camino de los «grandes inspirados», «los verda-

> la historia y la suprema ley entre todas las que norman el espíritu; y la «Divina Comedia», que es como una confirmación de los más importantes mensajes celestes. Se publicarán también algunos dramas de Shakespeare, por condescendencia con la opinión corriente, y varios de Lope, el dulce, el inspirado, el magnífico poeta de la lengua castellana, con algo de Calderón y el «Quijote» de Cervantes, libro sublime donde se revela el temperamento de nuestra estirpe. Seguirán después algunos volúmenes de poetas y prosistas hispanoamericanos y mexicanos; la «Historia Universal» de Justo Sierra, que es un resumen elocuente y corto; la «Geografía» de Reclus, obra llena de generosidad, y libros sobre la cuestión social que ayuden a los oprimidos, y que serán señalados por una comisión técnica junto con libros sobre artes e industrias de aplicación práctica.
>
> Finalmente se publicarán libros modernos y renovadores, como el «Fausto» y los dramas de Ibsen y Bernard Shaw y libros redentores como los de Tolstoy y los de Rolland.

El proyecto privilegiaba a cinco autores. Dos místicos antiguos: Platón y Plotino, y tres «místicos» modernos: Tolstoy, Rolland y –es el criterio de Vasconcelos– Pérez Galdós. Mientras que de Shakespeare –demasiado humano para cualquier moralista– se publicarían sólo seis comedias, de los tres visionarios modernos se editaría la obra completa en 12 tomos cada uno. La de Galdós, por ser «el genio literario de nuestra raza… inspirado en un amplio y generoso concepto de la vida». La de Rolland, porque «en sus obras se advierte el impulso de las fuerzas éticas y sociales tendiendo a superarse, a integrarse en la corriente divina que conmueve al Cosmos». Se editaría la obra de Tolstoy porque para Vasconcelos representaba la genuina encarnación moderna del espíritu cristiano.

La fundación de la revista *El Maestro* ilustra también este fervor de elevación libresca. En su primer número, Vasconcelos hace «Un llamado cordial» a escritores y lectores en el que propone a la revista como un Evangelio. Aquí se expresa y perfila, con nitidez, el fundador del que habla Weber. Ha venido –advierte– para «voltear de raíz los criterios» con que se ha organizado la obra de gobierno. «Convencidos… de que sólo la justicia absoluta, la justicia amorosa y cristiana puede servir de base para organizar a los pueblos… escribiremos para los muchos con el propósito constante de elevarlos, y no nos preguntaremos qué es lo que quieren las multitudes, sino qué es lo que más les conviene, para que ellas mismas encuentren el camino de redención.» *El Maestro* se repartiría gratuitamente –«la verdadera luz no tiene precio»–. En sus páginas, los escritores prescindirían de la crítica y la vana búsqueda de notoriedad. Más que escritores serían arquitectos: «seremos constructores hasta en el crítica». En envío final es casi un himno a Plotino:

> Publicaremos los hechos que interesan a la generalidad, las verdades que son la base de la justicia social, las doctrinas que se proponen hacer del hombre el hermano del hombre y no su verdugo, y daremos a conocer las expresiones de la belleza que es eterna y no de la belleza pueril que los hombres fabrican y las modas cambian. ¡Verdad, Amor y Belleza Divina, tal sea el lema radiante de los que en esta publicación escriban!

Libros y revistas para hacer de cada niño, de cada lector, no un simple mortal sino un ángel, un semidiós, un Prometeo… un Vasconcelos.

En los momentos límite de su vida Vasconcelos no siguió el ejemplo de aquel otro místico extraviado por un reino que no era el suyo, y que en su tránsito practicó y predicó una virtud de valles, no de cielos ni montañas: la caridad.

## Visiones

De pronto, en algún momento de exhaltación ministerial, en el viaje bolivariano a Sudamérica o inagurando alguna escuela, pensó: ¿Por qué no? Platón, padre espiritual de Plotino lo había prescrito: el filósofo debe ser rey. Vinieron a su memoria analogías históricas que lo justificaban: Vasco de Quiroga, Motolinía, Gante, el Virrey de Mendoza, Revillagigedo, los intelectuales de la Reforma, Mitre; recordó a Bello, educador, escritor, gramático en el poder. Y nadie como Sarmiento: educador, fundador de la primera escuela normal de la América española (1824), autor del *Facundo* y de tratados de educación popular; viajero por gusto y necesidad; estupendo autobiógrafo y biógrafo de héroes; gran sistematizador de teorías sociales, pero sobre todo un presidente constructor cuyas fundaciones comprenden centenares de escuelas, bibliotecas, observatorios astronómicos, jardines botánicos y zoológicos, parques, carreteras, ferrocarriles, inmigración, barcos, líneas telegráficas y hasta nuevas ciudades. Sí, un Sarmiento mexicano…

Antes de salir al exilio discurrió un antecedente más cercano, más cargado de significación. En su discurso final a los maestros en 1924 se refirió a él, de un modo casi explícito, como su anterior –pitagórica– encarnación:

> ¡Quetzalcóatl, el principio de civilización, el dios constructor, triunfará de Huitzilopóchtli, el demonio de la violencia y el mal, que tantos siglos lleva de insolente y destructor poderío!

No hay que confundir este exilio con el que siguió a su desastre electoral. En 1925 salía por voluntad propia, dueño de un crédito moral casi unánime y con la certeza de que, como Quetzalcóatl, regresaría. Por esto tuvo buen cuidado en acentuar esa filiación. Después de su labor educativa, a pesar de «los Calles» –y debido a ellos– el país entero reclamaría su regreso. La Revolución, con sus vuelcos y alternancias, no había terminado. Vasconcelos presentía su ascenso a la presidencia casi como un acto de justicia estética.

De esa esperanza plena nació el viaje por los paraísos terrenales de Europa y Medio Oriente que describe en *El desastre*. De allí nació también su más desorbitada fantasía: *La raza cósmica*. Es el segundo momento profético en Vasconcelos, cuando el fundador se transforma en visionario. *La raza cósmica* no es una utopía. No propone una arquitectura social, reglas de convivencia, métodos de felicidad terrenal y paz perpetua. Es, en el sentido bíblico del término, una *visión:* un lienzo absoluto e irresistible del futuro. Al leerlo, Unamuno, que no cantaba mal como profeta, sonrió y dijo: «El gran fantaseador».

Una visión metahistórica. Junto con España –decretaba Vasconcelos– la raza hispanoamericana había caído a abismos teológicos en Trafalgar. Mientras parecía que Dios condujese los pasos del sajonismo, la raza ibérica fragmentaba su geografía en pequeñas repúblicas y perdía su espíritu en dos extremos: el dogma y el ateísmo. Pero, por fortuna, el destino nos deparaba la predestinación. Mediante una óptica racial típica de fin de

zó a morir por esa causa. Su vehemencia profética había sido ya responsable indirecta de la muerte de un joven peruano en 1926 en Lima. Ahora lo rodeaba una generación de mártires potenciales: sus jóvenes apóstoles. Uno de ellos, Andrés Henestrosa, recuerda:

> Todos nos creíamos destinados al sacrificio, porque todos nos creíamos de limpio corazón inmaculado. Por eso abrazamos ardientemente el vasconcelismo; habíamos ido a esa lucha no a vivir ni a triunfar, sino a dejar en las barricadas de México y en el asfalto de México... aquella existencia que sólo alcanzaba sentido si la sacrificábamos por lo que hay de más entrañable en el mundo: la libertad, que creíamos amagada.

Con la derrota electoral se abrieron tres opciones acordes con el temperamento de Vasconcelos y una imposible. Ésta es, quizá, la que mayor bien le hubiese hecho al país. Era la opción que le sugería Gómez Morín. Calles había institucionalizado el poder; en un sentido histórico, no mentía cuando en 1928 había proclamado el ocaso de los caudillos; el país entraría en un cauce pacífico e institucional a pesar del propio Calles; la revolución violenta era cosa del pasado. Gómez Morín vio con realismo inusitado este cuadro y pensó en institucionalizar la oposición. Hubiese bastado una interpretación más humana y menos milenarista del vasconcelismo por parte de Vasconcelos: entender la campaña no como un fin sino como un principio, no como una vuelta –habían pasado 20 años desde el maderismo, una generación– sino como el esperanzado inicio de un poderoso movimiento civil. El sistema político mexicano hubiera nacido a la auténtica modernidad. Ese partido de oposición no hubiese requerido de apoyos eclesiásticos. Hubiese representado el ala maderista y liberal dentro de la Revolución. Gómez Morín fue el vidente, pero el profeta Vasconcelos, desdeñoso de todo lo que no fuese el absoluto, no lo escuchó. Miguel Palacios Macedo, uno de los hombres que con mayor fidelidad, valor e inteligencia apoyó a Vasconcelos, le pidió con sencillez y respeto: «Haga que esto dure». Pero Vasconcelos proclamó que él no era Gandhi.

Las tres opciones acordes con la sed de infinito eran: el milagro de una nueva revolución, el destierro del profeta o su muerte. Muy pronto fue claro que lo primero no ocurriría. Las condiciones objetivas, el agotamiento histórico, el relevo generacional, el azar, le arrebataron la posibilidad de reencarnar al Madero triunfante de 1911. Aunque emitió el «Plan de Guaymas» y siguió con precisión la ruta de Madero, le faltó la red subterránea de lealtades que el maderismo tendió entre 1908 y 1910, y mil elementos más. Biográficamente el hecho central es éste: aunque justificaría su destierro argumentando una infinita espera del estallido revolucionario, en su fuero interno contó siempre con la posibilidad de que, en efecto, no sucediese. Las verdaderas opciones eran, entonces, sólo dos: el destierro o la muerte.

El destierro tendría un enorme valor como aguijón histórico. «Prometeo encadenado» no por los celos de los dioses sino por la apatía de su propio pueblo. O, con palabras de Valeria, «encadenado a la dura roca, desde la cual, sin reposo, veíalas hundirse en un abismo las manos que su fe alzara».

Un enorme valor, pero no un valor absoluto. Vasconcelos había guiado su vida de acuerdo con una frase de Plotino:

> No ceses de esculpir tu propia estatua

tió, pero sin abandonar, como rasgo distintivo, la lección de fuerza que se aprendió durante el primer combate. Para volver a Vasconcelos, aunque cada vez más reaccionario en las ideas, la vibración y la fuerza originales del temperamento nunca decaen, al parecer la experiencia primera y básica no desaparece jamás. Algo similar podría decirse de Lugones.

Para comenzar mi programa de temas que surgen de la lectura de las *Memorias* de José Vasconcelos diría, acercándome con lentitud, que las primeras ciento cincuenta páginas del *Ulises criollo* deben o deberían pertenecer a una hipotética antología de lo que, con énfasis, yo llamaría «una escritura latinoamericana». No es porque tengan modismos o peculiarismos o encarnen lo que podría ser una escritura mestiza, como las del Caribe o la gauchesca; si las incluyo es por la «fuerza», lo que las homologa con otras ya reconocidas como pertenecientes a ese ámbito: Sarmiento, Darío, Martí, Rodó, Vallejo, Borges y otros. Pero una fuerza que implica siempre un arrebato central paradójicamente controlado, algo así como un arreglo entre una pasión y una estructura. Con lenguaje algo antiguo se diría que surgen de un «gran escritor», menos invocado que otros para ejemplificar pero acaso, en esas páginas, más brillante que muchos considerados canónicamente como «grandes escritores». Es claro que faltaría determinar qué es exactamente eso, un «gran escritor», pero, mientras llega la definición –para lograr la cual me declaro inepto– contentémonos con abrigarnos en el lugar común y con no rechazar una experiencia de lectura que arrebata y que, me parece, no se le concede a Vasconcelos más que a la ligera, o benévolamente, como si hubiera que ponerlo entre paréntesis.

Ahora bien, esa escritura tiene una clara inflexión evocativa: mediante imágenes recupera la infancia, la adolescencia, la primera juventud. Los lugares referidos son, desde luego, disparadores de la evocación pero, ya se sabe, eso sólo no basta; no basta con escribir «Piedras Negras», «Eagle Pass», «Campeche» o «Madre» para dar aquella fuerza a la prosa; es preciso algo más que tiene que ver, me parece, con una «imaginación» de la escritura que se aloja en esa pluma de manera privilegiada. Concepto que no es fácil transmitir; simplemente, me parece que por ahí va la cosa.

Ahora bien, el encanto de esa prosa va cediendo de a poco, justamente a medida que lo evocado deja de ser la niñez, la adolescencia y la primera juventud, en el momento en que el movimiento evocativo abandona las «atmósferas» recuperadas para dar lugar a «episodios» que implican algún tipo de juicio: en esa inflexión, la escritura como tal decrece en intensidad aunque no en impulso, ni en vehemencia, ni en agresividad, ni en *sostenuto*.

A partir de entonces, surgen nuevas líneas trazadas hacia direcciones diferentes, el centro de interés se desplaza de un «yo», que actuaba como nítido sujeto de enunciación hacia un «yo» psicológico e histórico; no es de extrañar, entonces, que se superponga un matiz de autojustificación que es, en el primer momento, de sentimientos, luego de actitudes y, finalmente, de ideas y de actos. Consecuencias: la escritura envejece, aunque conserva la convicción, pierde capacidad de retención de modo tal que si leí de una sentada esas primeras páginas porque me introducían a un mundo de imágenes densas y perdurables, ahora sigo leyendo pero para «saber» lo que pasó, o qué le pasó al que escribió; el interés, por lo tanto, cambia de signo, el enigma de la escritura se modifica y aquello que en un comienzo se disparaba hacia la excepción –un hombre

atraso que, justamente, con su programa (suyo y no de los vocingleros miembros del Comité de Orientación o del Partido Antirreeleccionista) y su ejemplo intenta superar.

Se ve, complementariamente, que acepta sin cálculo los desafíos que el trabajo formula, tanto en tiempo como en desplazamientos: una de las más hermosas escenas que describe se vincula con su labor de abogado de compañías mineras; ello le permite llegar al fondo mismo de las montañas de Durango (en esos trenes, en esos coches, a caballo con esas gentes, a través de paisajes de sueño); da infinitas conferencias por toda América Central, clases en los Estados Unidos, no rechaza ir al Perú para organizar academias, jamás lo arredra un viaje ni una reunión, la campaña electoral que realiza impresiona más que por lo que haya dicho por la increíble cantidad de actos en los que imprescindiblemente intervino. Este aspecto de su entrega al trabajo resume quizás todo lo demás y le da sentido pues, frente a la campaña ortizrubista (o callista), según Vasconcelos basada en la intimidación y la corrupción, la suya se presenta como una alternativa de vida, la campaña misma propone la forma de un país nuevo, basado en el esfuerzo, la labor, el desafío. Dicho sea de paso, habla de esta moral en los actos y escritos políticos pero jamás de economía, dimensión ausente de su pensamiento y de su análisis; esa moral, a su vez, reflejo quizás de las enseñanzas recibidas en Eagle Pass, rescata lo mejor de la experiencia histórica norteamericana pero no, como es obvio, para ponerse al servicio de Estados Unidos y su política, sino para ayudar a los mexicanos a proyectarse hacia el futuro como «raza», como «nación», a partir de la recuperación de su pasado español, irrenunciable pero amenazado por enemigos que comienzan su obra destructora en el momento mismo del apogeo del imperio español.

Se van perfilando, en consecuencia, elementos de pensamiento y de convicción que necesitan ser considerados en sí mismos y en sus efectos políticos y filosóficos. Entretanto, se podría reescribir lo que Vasconcelos articula de este modo a través de lo que se me ocurre llamar la «novela ecuestre» de su vida, extraordinariamente a la «novela familiar» a la que darían lugar los *Recuerdos de provincia*, de Sarmiento. En el relato de por lo menos tres travesías a caballo no sólo el material para dicha novela –y unas cuntas películas– sino también una suerte de encarnación concreta y anecdótica del elemento de «energía» y de trabajo: por los cañones de Durango cuando era abogado, hacia el Río Bravo –acompañado por la mítica Adriana y un grupo de leales y rudos sombrerudos– cuando Eulalio Gutiérrez lo envía a Washington para defender la causa de la Convención y la legítima presidencia de México y, finalmente, hacia el Ecuador a través de los Andes colombianos en pleno exilio, luego de la derrota electoral. Esas escenas justificarían la novela ecuestre pero la novela no se queda en el viaje: hay que ver todo lo que hace apenas llega a destino; casi sin transición se sumerge en bibliotecas, registra observaciones para su *Estética*, visita a compatriotas, busca libros, da conferencias, va al teatro y, como si el físico no existiera, se entrega a las sensaciones físicas con una voluptuosidad que da la medida de una grandeza.

Hacia 1931, cuando ya está escribiendo *Ulises criollo*, Vasconcelos ha tomado distancia de eso que denomina, global y mitológicamente, la Revolución Mexicana. Quizá, por lo que le exige el orden de los recuerdos, esa distancia está, al menos inicialmente, atenuada pero, de todos modos, sorprende, porque detrás de ella hay una suerte de teoría del

tomando forma, quizás porque cuando las escribió estaba ya perfectamente configurado, tiene que ver con la imprescindible aplicación de un adjetivo, judío, a toda persona que lo es; si no está tan seguro de que tal o cual persona lo sea, ecuánime, pero como si no se debiera renunciar a tal tipo de precisión, también lo destaca («Un doctor Golchalk, creo que judío»). Con la misma tenacidad con que asumió compromisos revolucionarios o amorosos, no deja de aplicar el adjetivo ni una sola vez; cuando no hay más prolongaciones ni mucho más que decir la enunciación se queda en una mera mención que nadie en justicia podría rechazar porque es la verdad, pero si hay lugar a alguna nota complementaria jamás deja de invocar razonamientos de alcance más general: los judíos son tal cosa o suelen ser tal otra, por judíos son callistas y, en todo caso e invariablemente, enemigos jurados de Cristo. La acentuación es vigorosa y convencida cuando puede ser negativa, de acuerdo con la índole de lo que el judío en cuestión puede representar, y más pálida y diluida cuando el judío, contrariando su naturaleza profunda, puede haber hecho algo digno de elogio: «[...] un caso curioso el de aquel judío [Freyman] mexicano hasta por el físico» que le da «consejos valiosos para su revista», lo cual le suscita esta interesante reflexión: «Siempre he comprobado que el judío *[sic]*, como amigo, es leal, comprensivo, desinteresado.»

Podría argumentarse, dejando de lado el arte de la injuria que tuvo en Vasconcelos uno de sus buenos cultores, que el adjetivo no hace más que situar y que otras pertenencias también están señaladas; en todo caso, ser judío aparece como algo muy especial, diría como lo extranjero en estado puro, puesto que no se aplica adjetivación equivalente a otros mexicanos pero, como a veces con decir «judío» no se añade ninguna información porque basta meramente con decirlo, se puede entender que tal recurrencia constituye un rasgo de estilo tan imprescindible como intencionado y espiritual, y situado tan en el fondo que conduce invariablemente a inequívocos. Por ese lado va el inverosímil diálogo con Luciana (seudónimo de Berta Singerman, la célebre recitadora que algún instante de encanto le proporcionó) y en el cual ella dice: «¿Y qué simpatía quiere Ud. que yo tenga por ese Cristo en cuyo nombre se ha maltratado a mi raza desde hace dos mil años...?». De inmediato, Vasconcelos reproduce su reacción: «Me sentí como el que acaba de sentir que le cae la maldición... Ya otra vez, conversando hasta la intimidad con un amigo judío de los Estados Unidos, había visto abrirse entre los dos idéntico abismo: el odio del Cristo que nosotros amamos».

La toma de distancia que implica la mención, «judío», se organiza en un antisemitismo coherente y sistemático: existiría una internacional del judaísmo que intenta clavar sus garras en México y que, para hacerlo, ha establecido una alianza con el luteranismo de los Estados Unidos; el objetivo de esa nefasta alianza –de la que no sabemos quién es el socio mayor– podría ser económico pero eso no es tan terriblemente peligroso como la otra conquista, la espiritual. Un último dato: la complicidad callista con esa conspiración explica el encadenamiento de episodios que lo llevan a él, Vasconcelos, a la soledad política y a la apasionada búsqueda de razones o de hechos que han llevado al país al error en el que vive: «No convenía a la Internacional judeoluterana que la enseñanza prosperase...», reflexiona, reinterpretando los conflictos que lo llevaron a alejarse de Obregón y a interrumpir lo que efectivamente era una extraordinaria empresa de regeneración educativa o por la educación.

Está claro, los judíos están por todas partes y tienen tal poder que deciden del desti-

sus antiguos contertulios, quienes habían vivido la Revolución y sus secuelas de manera muy distinta. Enrique Krauze examina la relación de Vasconcelos con sus estrictos contemporáneos:

> La vertiente religiosa de su afán encontró compañía hacia fines del régimen porfiriano en el Ateneo de la Juventud. En la superficie, Vasconcelos no escapa a la actitud central de su generación, cuyo llamado es combatir al positivismo que «no encuentra el alma bajo el bisturí». El Ateneo es el eco de una vieja crítica a la Razón y la Ciencia que se remonta al romanticismo, y aun antes, a Blake. En Nietzsche el Ateneo encuentra el ideal heroico; en Schopenhauer, la estética de la voluntad, el misterio del desinterés; el gran personaje es Bergson, su prédica antiintelectual, la fe en la intuición como vía del conocimiento, *élan* vital que se opone al concepto lógico y mecánico de la vida. Hay un aire espiritualista de familia en ciertas obras que en esos años escriben Reyes, Antonio Caso y Vasconcelos, «un dinamismo que se inicia en las cosas pero que transformándose por intermedio del hombre se dirige a lo divino». El tema es en el fondo idéntico: las escalas de la actitud humana, los rangos de la vida, desde los más inertes y biológicos hasta los de mayor calidad artística. Pero entre Vasconcelos y los ateneístas son más las diferencias que las simpatías. Siempre se mantuvo un poco al margen de ellos. Les parecía cálido pero indescifrable. Vasconcelos no intenta el apostolado académico de Caso, el apacible humanismo de Reyes, la estoica sabiduría de Henríquez Ureña, la bohemia de Gómez Robelo. No busca conocer los valores, sino heroicamente, encarnarlos. No publica en ninguna revista literaria y cuando lo hace es para introducir un sistema descabellado, pretencioso, totalizante y original, como su «Teoría dinámica del derecho». No imparte cátedras ni ciclos de conferencias. A las platónicas reuniones del Ateneo, presididas –para disgusto de Vasconcelos– por un busto del terrenal Goethe, acudía el zapoteca-asiático, con los sermones de Buda.

El 22 de agosto, a dos meses escasos del estallido revolucionario, Pedro Henríquez Ureña diserta en aquellas conferencias sobre «La obra de José Enrique Rodó», cuyas ideas serían definitivas en el horizonte del futuro Vasconcelos. El uruguayo Rodó (1871-1917) da a Vasconcelos la perspectiva racial y continental que acabaría por dar forma a la más ambiciosa de sus elucubraciones: la raza cósmica. El *Ariel* de Rodó daba una convincente coartada intelectual al incipiente pensamiento latinoamericano. La «idea-fuerza» de Rodó llamaba a los pueblos del continente a alejarse tanto del destino manifiesto anglosajón como de los nacionalismos locales, frecuentemente antiespañoles. La perspectiva racial de Rodó, su bolivarismo lírico y el ideal de una Iberoamérica que encarnara una civilización nueva prendieron en Vasconcelos el anhelo del mito. Pero antes había que jugarse la vida.

La Revolución significó la diáspora para los ateneístas. Alfonso Reyes, hijo de un general levantisco, abandonó el país durante una década. Antonio Caso y otros intelectuales de esa generación pasaron al exilio interior; empobrecidos, vendieron sus bibliotecas y realizaron no pocos actos de heroica resistencia cultural contra los saldos cotidianos de la barbarie. Todavía durante el régimen civilista de Madero, algunos de ellos emprendieron una cruzada educativa previa a la de Vasconcelos: una Universidad Popular que la violencia dejó para el futuro.

You have either reached a page that is unavailable for viewing or reached your viewing limit for this book.

En el último semestre de 1914, Villa y Zapata rompen con Carranza y cada facción convoca a una convención política legitimadora. La de Carranza no se verifica, mientras villistas y zapatistas se reúnen en la Soberana Convención de Aguascalientes. La asamblea desconoce al jefe constitucionalista y nombra presidente provisional al general Eulalio Gutiérrez. El 3 de diciembre las fuerzas de la Convención, tras una victoria fulminante, toman la capital de la República, que desde ese momento será capturada por facciones rivales varias veces consecutivas y alternas en menos de un año.

La Convención de Aguascalientes tuvo en Vasconcelos a su principal teórico, jurista y propagandista. Él redactó sus documentos básicos y en ella fracasaron sus aspiraciones por devolver a la Revolución a ese «orden fecundo» que anunció Madero. Aquella asamblea, admirablemente descrita por Vasconcelos en *La tormenta*, y por Guzmán en *El águila y la serpiente*, fue el episodio teatral más impactante del movimiento. En ella se vieron desde zafarranchos a balazos entre generales analfabetos hasta discursos incendiarios como aquél de Antonio Díaz Soto y Gama, quien en nombre del anarquismo estrujó la bandera nacional y a poco estuvo de ser asesinado. Durante esas sesiones se vivió el momento más dramático de la imaginación política de la Revolución. El destino de los intelectuales revolucionarios no deja de ser paradójico. En la «extrema izquierda» de 1914-1915, personajes como Vasconcelos, Soto y Gama –el intelectual más cercano a Zapata– o Guzmán se fueron desplazando hacia la derecha durante los años treinta, misma década en que varios de los liberales moderados del carrancismo nutrieron el nacionalismo radical de Lázaro Cárdenas y algunos se convirtieron a la izquierda de orientación marxista.

Aquel diciembre de 1914, la capital mira estupefacta el desfile de los ejércitos campesinos por sus calles, aquellas que un siglo atrás los insurgentes se negaron a tomar, prefiriendo la derrota al previsible saqueo de la gleba. Son famosas las fotografías de los zapatistas desayunando en los elegantes comedores del Porfiriato, y las de Villa y Zapata sentados con un gesto de incredulidad y socarronería en una silla presidencial que abandonaron como una broma del destino.

Pero para nuestro José Vasconcelos había llegado la hora del poder. El gobierno de la Convención lo nombra Ministro de Instrucción Pública, cargo que asumió apenas simbólicamente, pues en un incidente bochornoso, un coronel zapatista –que lo acusaba de una antigua malversación– lo amenazó de muerte y se mostró dispuesto a verificarla. El futuro Maestro americano no pudo tomar posesión de su primera investidura oficial pues un pistolero lo buscaba por la ciudad para ajustar una cuenta dudosa. La anécdota revela la fragilidad de un gobierno de intelectuales y jurisconsultos a merced de una tropa ingobernable. El régimen de Eulalio Gutiérrez danzaba sobre las bayonetas y su rápida disolución acabó de convencer al efímero ministro Vasconcelos de que las masas revolucionarias sólo engendran tiranías. Aunque no hubo matanzas ni saqueos, el gobierno convencionista no pudo hacerse obedecer. Era imposible sostener cualquier administración republicana frente a la veleidad de los caudillos, sus rencillas y ambiciones, sus balaceras y sus francachelas. Leyento tanto *La tormenta* como *El águila y la serpiente*, uno siente a Vasconcelos y Guzmán paralizados ante el espectáculo de un pueblo llano que nadie los había preparado para afrontar.

En enero de 1915 el presidente Gutiérrez se da por vencido y, aunque sus fuerzas alcanzan a reconquistar la ciudad en marzo, un mes después el general Obregón derrota a Villa en las llanuras de Celaya. El jefe de la División del Norte desoyó los consejos de

La iniciación de Vasconcelos en la filosofía causó alarma entre sus amigos. Una vez que leyó sus primeros libros, Alfonso Reyes se atrevió a escribirle, desde Madrid, una carta fraternal y sincera que el nuevo Ministro de Educación nunca le perdonó. La reconvención de Reyes, quizá, explica que Vasconcelos le haya retirado una oferta de repatriación como subsecretario en la SEP. Y es que el 25 de mayo de 1921, Reyes le envió el siguiente mensaje:

> Debo hacerte dos advertencias, mi experiencia de lector me las dicta: 1ª procura ser más claro en la definición de tus ideas filosóficas: a veces sólo hablas a medias. Ponte por encima de ti mismo: léete objetivamente, no te dejes arrastrar ni envolver por el curso de tus pensamientos. Para escribir hay que pensar con las manos también, no sólo con la cabeza y el corazón. 2ª pon en orden sucesivo tus ideas, no las incrustes la una en la otra. Hay párrafos tuyos que son confusos a fuerza de tratar de cosas totalmente distintas, y que ni siquiera parecen en serio.

Vasconcelos jamás atendió las sugerencias literarias de sus amigos. Es de dudarse, incluso, que los haya tenido en cuenta en el orden intelectual. Una vez instalado en la SEP, el profeta pretendió poner en práctica las ideas concebidas entre 1916 y 1920, cuando el destierro lo obligó a soñar con su utopía americana.

En el siglo de los intelectuales comprometidos con la Revolución hasta la abyección o el martirio, sorprende el paso de Vasconcelos por la guerra civil mexicana. Vivió en ella su educación como militante de la libertad política; aprovechó sus exilios para pasear a su mujer por el Museo Británico, mientras soñaba una estética bárbara y transcurría esa novela de aventuras que culminó en *Ulises criollo* y *La tormenta*.

Jorge Aguilar Mora interroga a ese Vasconcelos:

> Si, como decían los románticos alemanes, la vida de un poeta es más artística que su propia obra, la de Vasconcelos en la época de la Revolución era, entre otras cosas, la tensión constante entre dos principios opuestos trenzados en el mismo cuerpo y en el mismo nombre; y fue también la expresión de una verdad desesperada ante el destino de una nación débil [...]. ¿Su vida posterior fue más fértil, más consistente, más pura? Quién sabe. Es dudoso, incluso si se tiene muy presente su labor como Secretario de Eduación; lo importante en todo caso es la perspectiva que Vasconcelos decidió adoptar frente a esos años, contrastada con lo que dice dentro de la narración misma. Sí, la vida de Vasconcelos era más ambigua y más fascinante que todo lo que escribiría después, incluyendo su autobiografía. Lo sé, ésta es otra paradoja... pero ésa es la lógica interminable de la vida y de la obra de Vasconcelos. Habrá alguna vez que detallar esa proliferación de paradojas, ese trenzado de elementos extremos y opuestos, y ese acompañamiento de lucidez con inconciencia piadosa.

Es probable que en la vida de Vasconcelos hallemos más arte que en su obra. Aguilar Mora, antaño descifrador de textos, olvida en esta ocasión a la literatura, ansioso como está por escribir una épica de los descamisados que dé sosiego a una conciencia, la suya, absorta ante la inmolación de las masas campesinas. Aguilar Mora admira al revoluciona-

preferencias que Vasconcelos pretendía imponer a sus educandos eran, como señala Krauze, las de un místico moralista ansioso por elevar el temple espiritual de una raza. Ello explica la inclusión de Pérez Galdós, cuyos *Episodios nacionales* debieron parecer al ministro un ejemplo de cómo se narra la epopeya de un pueblo contra la adversidad. Un programa de publicaciones y bibliotecas como el de Vasconcelos tenía pocos precedentes en el mundo occidental. Y por su diseño recuerda al propuesto por John Ruskin en 1867 para una Inglaterra que empezaba a preocuparse por las obligaciones educativas del Estado. Vasconcelos no olvidó las revistas. Editó *El Maestro* con un tiraje de setenta y cinco mil ejemplares, la primera revista continental de cultura universal, que incluía en sus páginas desde la divulgación elemental hasta la difusión de la nueva literatura.

Tras su gira triunfal por América del Sur en 1922, ya en calidad de Maestro americano, empezaron a crearse en México las condiciones de su declive político. Mientras los estudiantes colombianos y venezolanos lo aclamaban, los mexicanos repudiaban a su antiguo rector. Lombardo Toledano, hábil agitador político, sublevó a la Escuela Nacional Preparatoria contra Vasconcelos, utilizando en su contra la fuerza de la central obrera cuya dirección buscaba. El ministro reaccionó con violencia. Como un prefecto de escuela de sus muchachos, Vasconcelos llamó a la policía e impuso el orden. Furioso y despechado, el ministro perdió en esa ocasión la amistad de consejeros insustituibles como Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña. Y la izquierda nacionalista, a la que Vasconcelos estaba encarnando de manera fugaz y excéntrica, tomó sus distancias de un personaje cada vez más impredecible.

Las condiciones políticas terminaron por privar al ministro de toda capacidad de maniobra. En 1924 se firmaron con los Estados Unidos los Tratados de Bucareli, inflexión conservadora de un régimen obregonista cuyo radicalismo empezaba a aislarlo internacionalmente. Era necesaria una entente cordial con el vecino del norte. Un senador mexicano, Francisco Field Jurado, atacó con virulencia unos tratados que hacían concesiones graciosas a los Estados Unidos en materia petrolera e indemnizaban con largueza a los norteamericanos perjudicados por la guerra civil. La disidencia de Field Jurado fue castigada con el asesinato. Finalmente, el general De la Huerta, amigo de Vasconcelos y su protector, se sublevó y fracasó. Aunque el ministro trató de disuadirlo y no tomó parte en la intentona golpista, su fidelidad al gobierno quedó en entredicho. Y ese año su enemigo Plutarco Elías Calles fue electo presidente. Vasconcelos renunció a esa Secretaría de Educación Pública que había fundado, en julio de 1924.

Pese a su brevedad, el Ministerio de la Redención dejó una huella imborrable en la historia de la cultura mexicana. El esteta de la nación creó un aparato burocrático sin el cual la larga hegemonía cultural del Estado no hubiera sido tan exitosa; dio a la Revolución Mexicana una dimensión civilizatoria que la guerra civil había impedido proyectar, y realizó esa «obra material» que, aunque inconclusa, dio al país un rostro cuya novedad era la combinación entre modernidad y tradición, nacionalismo y bolivarismo.

El camino señalado por Vasconcelos para la educación pública en México no sufrió alteraciones sustanciales. Uno de sus inmediatos sucesores, Moisés Sáenz –protestante para horror suyo– recogió los aspectos más pragmáticos del proyecto vasconceliano. Durante el régimen cardenista, el Estado acabó por adoptar constitucionalmente sus obligaciones pedagógicas e impulsó la llamada «educación socialista». Aunque las diferencias entre el nacionalismo socializante de Cárdenas y el mesianismo alegórico de

cuna de las culturas superiores: del Éufrates, el Ganges y el Nilo al Mississippi, y, ¿por qué no?, al río de la Plata. En *La raza cósmica*, Vasconcelos lleva más lejos el sacrilegio y exige la presencia profética del bardo: «Una región no existe mientras no aparece su cantor: Chateuabriand hizo el Mississippi, lo incorporó a la literatura; y ancho, el potente Paraná, el gran río latino, todavía está esperando su poeta».

Vasconcelos está anunciando al Pablo Neruda del *Canto general* o al propio Pellicer –el poeta mexicano más sensible al discurso vasconceliano–, pero sus intenciones resultan excesivas al pretender unir la poética del espacio con la política de la raza en un solo canto, recordando al panteísmo del primer Chateaubriand: el hombre necesita del paisaje majestuoso para exaltar su equívoca grandeza. Las cataratas del Iguazú son

> el nervio vital de la América Latina y el centro propulsor de una civilización que no tiene paralelo en la historia. Sin el Iguazú no habría América del Sur, por lo menos no habría Argentina, porque no es porvenir poseer una pampa, por dilatada que sea; el porvenir está en el aprovechamiento de las fuerzas de la Creación, y el Iguazú es la mayor fuerza virgen y libre que hasta hoy se conoce; el pueblo que domine el Iguazú será el pueblo de América [...]. Hierven las espumas, primero blancas y hacia el fondo amarillentas; son dos o tres planos de agua que caen; por encima está la claridad de los cielos, por todo alrededor los verdes de la selva. Sólo después de un instante de mirar uno se da cuenta de que hay algo inmenso que se está cayendo, que lleva siglos de estar cayendo, y se tiene la impresión de una continua y melodiosa catástrofe.

La exaltación de esa «continua y melodiosa catástrofe» que Vasconcelos ve derramarse en Iguazú pasará en sus discursos de lo hímnico a lo profético. En ese trance las teorías vasconcelianas enseñan el cobre, resultando virtuosas por ecuménicas y falibles por eclécticas. En ese eclecticismo latinoamericano, que Aguilar Mora ve bien, se confunden alegre y didácticamente términos como raza, cultura y civilización, que Vasconcelos intercambia con singular distracción. Se inspira –anota Claude Fell– lo mismo en *Geografía Universal* del anarquista Elisée Reclus que en *Les races et l'histoire*, un texto liberal de Eugène Pitard, que plantea la hipótesis de la miscegenación: el hombre tiene un origen tan plural como la Creación misma de los vegetales y los minerales. Todos somos parte del cosmos. Pero ante el espectáculo de Iguazú, Vasconcelos necesita localizar una catástrofe humana originaria que le sirva como metáfora decisiva:

> Jugando despreocupadamente –dice Claude Fell– con la cronología, Vasconcelos no titubea en mezclar historia y leyenda, lo que lo lleva casi naturalmente a recurrir al mito de la Atlántida, familiar para un lector de Platón, y además puesto otra vez a la moda por una serie de campañas científicas emprendidas por esa época. El nacimiento del continente se aureolaba así de un nimbo místico capaz de excitar la imaginación y suscitar el entusiasmo de los «iberoamericanistas» convencidos. De tales antecedentes confundidos en la noche de los tiempos «en una tradición tan oscura como rica de sentido» subsiste la leyenda de una civilización nacida en las selvas de América, cuyos vestigios aún pueden verse, según Vasconcelos, en Chichén Itzá, Palenque y «en todos los sitios donde perdura el misterioso Atlante». Lo importante no es tanto la «verdad histórica», sino el hecho de proporcionar a los hispanoamericanos un abanico de referencias mitológicas

funciones de Secretario de Educación Pública, cuando su prestigio intelectual va siendo derruido por la eficaz propaganda del régimen en el resto del continente y, peor aún, tras la derrota de 1929, el americanismo vasconceliano se diluye rápidamente hasta quedar en hispanismo.

Su clasicismo americano se basó en esa idea nutricia –que comparte con Reyes– que vio en la grecolatinidad de América una variable decisiva como alternativa probable y ponderable a una desfalleciente civilización occidental y cristiana. Las armas de Vasconcelos fueron dos nociones en principio débiles –una teoría de la raza y una argumentación estética– cuya síntesis no potenció al conjunto.

La búsqueda de la Raza Cósmica tiene la honrosa virtud de ser una de las pocas utopías raciales no racistas durante los años en que Occidente marcha hacia las puertas de Auschwitz. El mestizaje impuesto por los conquistadores españoles en la Nueva España –pese a los intentos recientes, algunos sensatos y otros histéricos, por desacralizarlo– posibilitó una solución mesiánica como la de Vasconcelos. La Raza Cósmica es hija muy legítima del criollismo novohispano, y su planteamiento en el siglo XX prueba la pertinencia ética de esa fusión nacional mexicana que Vasconcelos deseó extender a todo el continente.

*La raza cósmica* (1925) y la *Indología: una interpretación de la cultura iberoamericana* (1926) son también libros de combate contra el anglosajonismo, que siguen la vieja lección de Rodó, y pretendieron fundar un panteón cívico hispanoamericano que levantaría sus primeros cadáveres en el desastre de la Armada Invencible y tras la batalla de Trafalgar, hasta llegar a ese siglo XIX que para Vasconcelos es la rendición de América Latina ante el protestantismo y la francmasonería. Pero en los años veinte, Vasconcelos dibuja un mural de la raza que no excluye a ninguno de los héroes americanos. Vasconcelos rescata por igual a Cuauhtémoc y Cortés, a Pizarro y Atahualpa, a los conspiradores de Quito y a Hidalgo, a Simón Bolívar y a sus enemigos criollos. La Hispanoamérica vasconceliana es imagen fiel de las ciudades monolátricas donde cada héroe clásico o dios de la mitología tiene derecho a la adoración de su prójimo familiar siempre y cuando acepte firmar la Alianza imperial de la latinidad.

Los Atlantes rojos, sostiene Vasconcelos en *La raza cósmica*, han muerto como género para no despertar. Sus herederos directos, los indios americanos, no sólo tienen alma, sino resultan tan latinos como los hijos de César o Virgilio. Como éstos, son producto de la miscegenación. Y si los modernos americanos no sucumben ante los nuevos y verdaderos bárbaros –los anglosajones–, tendrán en su poder un cetro de la latinidad que ha pasado –como lo querían Sor Juana y Sigüenza y Góngora– de la vieja Roma a México-Tenochtitlan. El Vasconcelos de *La raza cósmica* invita a festejar los convites barrocos del criollismo bajo los arcos neoclásicos: con la misma ingenuidad o desparpajo que sus ancestros, vuelve a colocar a Minerva sobre las ruinas aztecas.

La danza de la Raza Cósmica es un movimiento alegórico cuyo candor conmueve:

> ¡Cuán distintos los sones de la formación iberoamericana! Semejan el profundo *scherzo* de una sinfonía infinita y honda; voces que traen acentos de la Atlántida; abismos contenidos en la pupila del hombre rojo que supo tanto, hace tantos miles de años, y ahora parece que se ha olvidado de todo... Se parece su alma al viejo cenote maya de aguas verdes, profundas, inmóviles, en el centro del bosque desde hace tantos siglos que ya ni su leyenda perdura. Y se remueve esta inquietud de infinito, con la gota que

> Y la magia y la locura. Las más absurdas astromentalistas y teósofas nos llamaron para que les diésemos la consagración vasconcelista. Gentes perfectamente chifladas juraban que Vasconcelos era acontecimiento cósmico anunciado en los planos extraterrestres desde hacía miles de años. Así lo proclamaban los signos iniciáticos. Tantas y tan abrumadoras fuerzas de lo astral lo reputaban su candidato, su guía y su maestro, que salíamos de esas escalofriantes y escenográficas casas trastornados como por una borrachera [...].

Quizá hasta las jornadas neocardenistas de 1988, México no volvió a vivir una agitación electoral como la protagonizada durante la campaña vasconcelista. El milagro político era la posibilidad de devolver a la ciudadanía el ejercicio de una soberanía conculcada por ese militarismo mexicano que entonces era ejemplo universal de barbarie. Mauricio Magdaleno registra las noches febriles del verano de 1929 cuando una mayoría urbana creyó posible entrar sin derramamiento de sangre a la democracia moderna:

> Afiliábamos a ciento cincuenta, a doscientos desarrapados, nos retirábamos bajo los árboles fantasmales de las sórdidas barriadas. Nos concentrábamos en humosos cafés de chinos y tras comentar los pormenores de nuestras respectivas jornadas hablábamos de libros. Coincidíamos todos en Dostoievski y en Gorki y en lo más iconoclasta de Papini. Discutíamos a Nietzsche, repetíamos párrafos de D'Annunzio y yo proclamaba la supremacía ética del Brand de Ibsen. Germán, por su parte, leía unas páginas de una apasionada novela de Andreiev que sacaba del bolsillo: el *Saschka Yegulev,* y que reputaba el más legítimo mensaje de la libertad.

Y de esa tertulia de estudiantes mexicanos, que predicaban el Bien con el ardor de los terroristas rusos, sería Germán de Campo, el lector de *Saschka Yegulev,* el más llorado de los mártires vasconcelistas. Su asesinato, el 20 de septiembre, abrió el camino de la represión. Antes, en Guadalajara, el propio Vasconcelos había escapado con gallardía de una emboscada. El candidato atribuyó su salvación a la protección olímpica de Minerva. Pero hasta la muerte de Germán de Campo, el gobierno de Portes Gil, a las órdenes de Calles –que pasó la mayor parte del año electoral en Europa–, actuó regido por una calculada maestría política. Otorgó ciertas garantías a los vasconcelistas simulando disposición por el juego democrático, mientras eliminaba masivamente a los militares obregonistas en rebeldía y pactaba con la Iglesia Católica un concordato *de facto* que dejaba indefensos a los cristeros. Cerrados esos dos frentes militares, pasó a ocuparse de Vasconcelos cuyo movimiento civil sólo tenía el ambiguo respaldo armado de los cristeros y de los pocos generales rebeldes que habían sobrevivido a la subasta sangrienta. La ilusión de Vasconcelos era que una vez consumado el previsible fraude electoral esas dos fuerzas fantasmales formarían la pinza necesaria para generalizar un levantamiento popular. Semejante error de cálculo resultó costosísimo tras la derrota.

Vasconcelos, en sus memorias, convirtió su fracasada campaña en un holocausto de la nacionalidad, la afrenta de un pueblo que se negó a dar la vida por su redentor. Sin embargo sorprende la impostada distancia que, en esos momentos, el profeta colocó entre él y la algarabía mesiánica que provocaba al recordarse como político en campaña. En contraste con las encendidas prédicas de sus partidarios, Vasconcelos escoge la falsa

go sobre el teatro de vanguardia, la música sinfónica y la literatura. Fue, durante un breve e intenso tiempo, la mejor amiga de los poetas de la revista *Contemporáneos*. Se había enamorado de un homosexual, el pintor Manuel Rodríguez Lozano, quien la entretenía con una amistad desesperada e inútil, como suelen serlo las relaciones platónicas. Y salió de esa situación para convertirse vertiginosamente no al vasconcelismo –que ella inventó, como su evangelista y su mártir– sino al culto de José Vasconcelos. Como Saulo de Tarso en el camino de Damasco, Antonieta cayó fulminada ante el redentor. Los dos años exactos que le quedaban de vida los consagró al profeta, como secretaria, cronista, amante y, al final, como su más cara tragedia personal, la cifra definitiva de su destino.

En adelante, no haremos sino glosar *Antonieta* (1991), la biografía exacta y definitiva que Fabienne Bradu dedicó a Rivas Mercado, libro cuyo seguimiento plasma una vida tan misteriosa como transparente.

Vasconcelos y Antonieta se conocieron en Toluca el 9 de marzo de 1929, un día antes del Domingo de Ramos:

> Nunca antes se habían estrechado la mano. Las referencias que tenía Vasconcelos de Antonieta eran sobradas y precisas, pero poco coinciden con sus aspiraciones culturales pasadas y actuales. Para él, Antonieta había padecido, al igual que toda la burguesía intelectual latinoamericana, la mala influencia de «la Francia de la literatura invertida del *maestro* Gide, la plástica deformada de Picasso, la música decadente de Debussy y el escepticismo calculadamente anticristiano de Anatole France» [...]. Antonieta estaba de pie en el vestíbulo del hotel. Después de los abrazos que sellaban virilmente pactos de lucha y fraternidad, Vasconcelos se sorprendió de recoger en la suya una mano elegante y fresca. Le gustó escuchar una voz melodiosa, grave y suavemente monocorde, como una sonatina, entre el estruendo de las vociferaciones. Estimó, con mirada penetrante y experta, las virtudes de ese «ejemplar de fina raza nativa». «El vestíbulo del hotel se tornó luminoso», escribiría años después.

En *La flama* Vasconcelos la retrató:

> La figura es un modelo de belleza sensual. Formas elásticas, de tipo venusino francamente voluptuoso y sin embargo sereno. Personalmente ella era esbelta y más bien alta, con mucha seducción en los movimientos y en la marcha. Su piel morena tenía el matiz de los gitanos, el moreno claro heredado de su padre que tenía sangre indígena [...]. La escultura famosa muestra a Valeria [ése fue el seudónimo con que Vasconcelos se refirió invariablemente a Antonieta en sus libros], en posición sedante, totalmente desnuda, luce redondeces delicadas en los senos y amplitud fecunda en las caderas; los muslos más largos, del tipo de Diana Cazadora. Todo el dibujo es fino, sinuoso, alargado, con aquella sensualidad aristocrática de las esculturas florentinas de la época renacentista. El rostro de Valeria se aprecia mejor en sus retratos: revela una extraña afinidad con la Simonetta de Botticelli.

La desconfianza de Vasconcelos ante esa «millonaria culta y emancipada» se desvaneció de inmediato. El candidato, hombre de fe, estaba familiarizado con el halo de

frontera. Creyó que la rebelde Liga de Defensa Religiosa, para la cual había intrigado entre la curia durante el Congreso Eucarístico de Buenos Aires, lo pondría al frente de la rebelión contra el régimen de Cárdenas. Pero en los Estados Unidos se enteró consternado de que la oposición católica había escogido a Cedillo para intentar el cuartelazo. ¡El general Cedillo, quien había martirizado al jefe cristero Anacleto González Flores! A Vasconcelos se le ofrecía el puesto de amanuense del mílite. El profeta enfermó de asco. Los obispos, como en 1929, volvieron a pactar con el gobierno y dejaron colgada a la Liga. Cedillo murió poco después en un enfrentamiento con las tropas del gobierno.

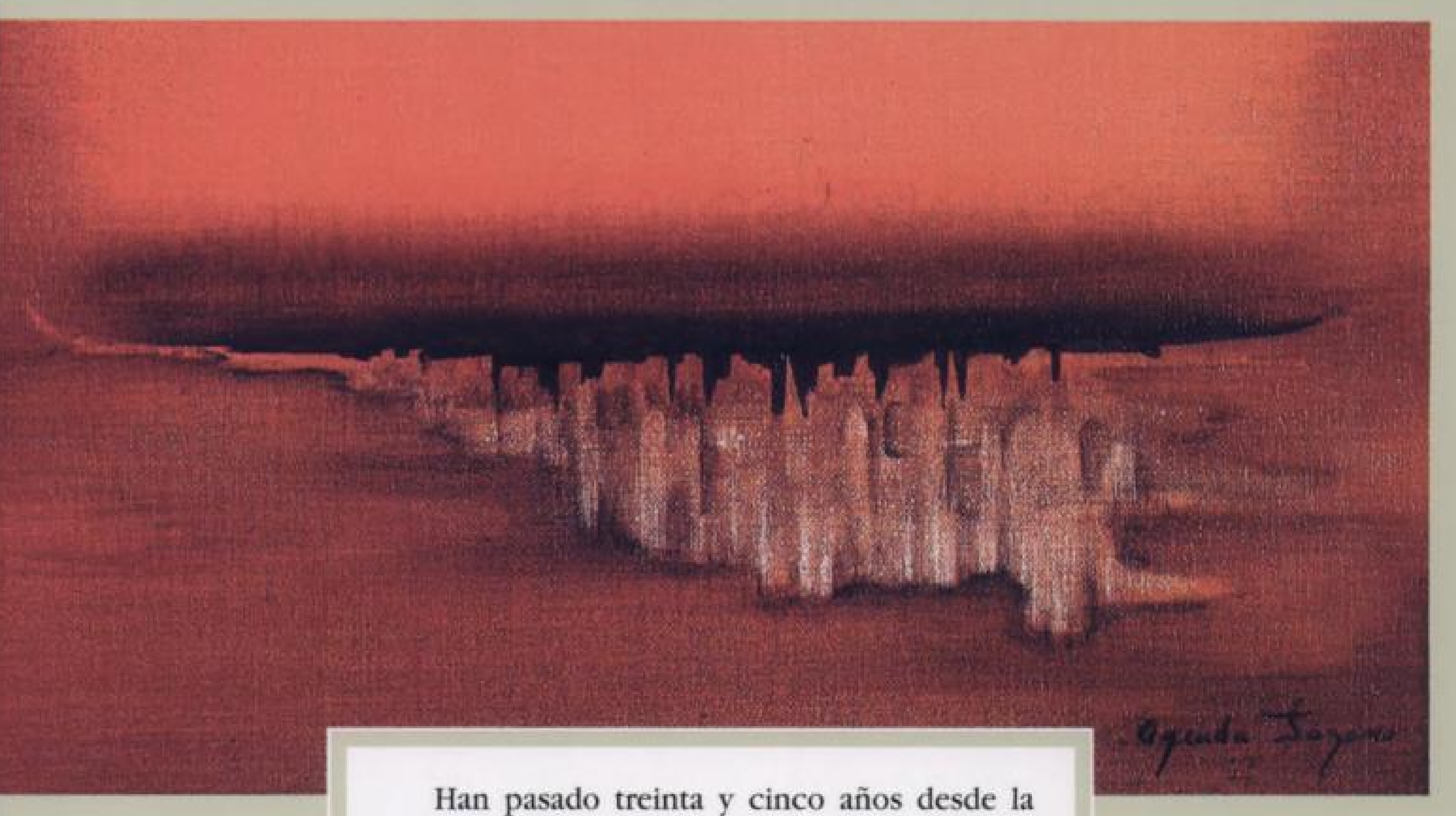
Vasconcelos, humillado, pasó de la ilusión a la desvergüenza. Fue a tocar a la puerta del general Calles. Se entrevistaron en Los Ángeles a fines de 1938. El diálogo entre dos fantasmas que ignoran que el México en que se odiaron ya no existe, merece reproducirse:

> *Calles:* Mire, Licenciado, Usted me conoce y sabe que yo no tengo más lenguaje que el de la franqueza.
>
> Usted perdió en 1929 porque le faltó la fuerza. Tenía Usted la popularidad y es todavía el único que podría recobrarla con sólo que se presente una oportunidad cualquiera. Yo tuve la fuerza y creo seguirla teniendo. Mi plan actual es éste: mover al ejército para que derroque a Cárdenas y establezca un Triunvirato Militar. Lo primero que haría ese triunvirato es convocar a elecciones y, en ellas, Usted tendría el triunfo asegurado.
>
> Y repito, si Usted llega al poder nunca me verá en una de sus antesalas.
>
> *Vasconcelos:* Debo corresponder a su franqueza y le digo que en esta lucha en la que yo estoy en contra de la canalla que gobierna al país, me creo obligado a aceptar cualquier ayuda, así me la ofrezca el Diablo. De suerte que acepto.

Es el propio Vasconcelos quien transcribe la entrevista en *La flama*. Poco se puede decir sobre ignominia tan perfecta de un hombre contra sí mismo, contra su pasado, contra sus afectos. ¿De cuándo acá el profeta era un cínico que pactaba con el Diablo? ¿Dónde habían quedado los actos puros? ¿Cómo pudo ponerse al servicio de Calles, el hombre que pretendía incluir en su *Ética* como uno de los tiranos más dignos del aborrecimiento? ¿No fue Calles el sátrapa que Antonieta maldijo antes de matarse?

Al entrevistarse con Calles, Vasconcelos abandonó para siempre el reino de los puros, aquel que había soñado regir como príncipe filósofo. Tras su encuentro con el Diablo decidió encarnar el Mal como una persistente forma de autoflagelación. Antes de narrar con todo cinismo la conversación con Calles, Vasconcelos suelta en *La flama* una frase que quizá explica su conducta: «El orgulloso padece y fracasa, a menos que se resuelva renunciar a todo, que es cuando se empieza a vivir para la eternidad».

Para fortuna del profeta, el diabólico Calles también soñaba. Preocupado en consultar a los espíritus mediante la *ouija,* mientras Vasconcelos regresaba a la Iglesia, Calles sufría de fantasías tan absurdas como las de su antiguo detractor. La rebelión de Cedillo fue aplastada. En 1939 Vasconcelos cruzó la frontera en Nogales. Regresó a su país como cualquier turista, conduciendo su propio automóvil, decepcionado por no ser aplaudido ni ultrajado. La Nada de 1930 lo rodeaba: el Maestro se había convertido en



Han pasado treinta y cinco años desde la muerte de Vasconcelos. De su pensamiento filosófico queda poca huella: sus batallas, su cólera, sus contradicciones, sus imprevisibles cambios de bandera han dejado de avivar las pasiones. Queda de él, sobre todo, el testimonio de una insumisión. El ejemplo de una individualidad que se resistió a cualquier regla impuesta desde el exterior. Queda una espléndida fe de carbonero que vislumbró la salvación por el espíritu y que convirtió el libro en su instrumento predilecto. Queda el esplendor de su prosa, que ilumina todo *Ulises criollo*.

SERGIO PITOL

ISBN -2-914273-00-2

COLECCIÓN ARCHIVOS

